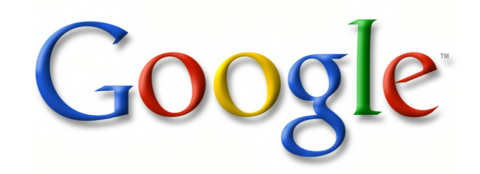




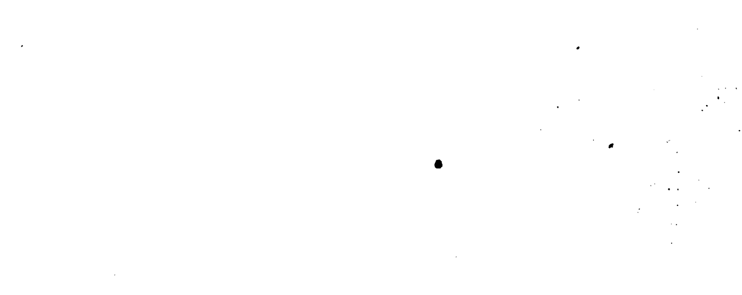

LUIS
EX LIBRIS
LEAL











COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XV.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

NUEVA EDICION, CORREGIDA POR EL AUTOR.

TOMO SEGUNDO.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1873.



ÍNDICE.

LA LEY DE RAZA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL DRAMA, Á 24 DE ABRIL DE 1852.

PERSONAS.

HERIBERTA.[1] *
GOSVINDA.
FULGENCIO.
RECESVINTO.
BERTINALDO.
EGILAN.
GUNDEMARO.
Godos, Españoles, Esclavos, Esclavas.

La escena es en Toledo, año de Cristo 653.[2]

* Las notas correspondientes á este y los demas números se hallan al fin del drama.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del Gobernador de Toledo. Dos puertas, una á cada lado; una mesa con libros, pergaminos sueltos y papiros, y una urna de sortear ó votar.

ESCENA I.

FULGENCIO. GUNDEMARO.

GUNDEMARO. **Entrad. Mi Señor, el Conde**
Gobernador de Toledo,
Manda que espereis aquí,
Miéntras vuelve del entierro
De su hermana, la Princesa,
Que está por vos en el cielo.

FULGENCIO. **Aquí esperaré.**

GUNDEMARO. **Vos fuisteis**
Esta vez único médico
De la difunta: la ley
Os coge de medio á medio.

FULGENCIO. **¡Sábia ley! seguramente**
Digna de los que la hicieron.

GUNDEMARO. **La prudencia la dictó.**

FULGENCIO. **No: la ignorancia y el miedo.**

GUNDEMARO. **Siendo los conquistadores**
De España los godos, siendo
Vosotros los españoles
Los vencidos, ¿fuera bueno
Fiar la salud y vida
Nuestra del capricho vuestro!
No sin razon en sus códigos
Nuestros reyes escribieron:
«Si hace el médico sangría,[3]

Y muere el paciente luégo,
Quede el médico al arbitrio
De los parientes del muerto.»
— Sangrasteis á la Princesa;
Murió: bajo este supuesto,
Su hija y su hermano tienen
Justo, innegable derecho
Sobre vos de vida y muerte,
Pena y gracia.

FULGENCIO. Sí por cierto.

GUNDEMARO. Como alcaide de la torre,
De ver sentenciar, entiendo
Algo de causas, y opino
Que, dándose bien el pleito,
No escapais de ser esclavo.

FULGENCIO. ¡Esclavo!

GUNDEMARO. Si han de venderos,
Yo os compro: suele ocurrir
Más de una vez que tenemos
Que dar á algun delincuente
De elevado nacimiento
Una pócima que le haga
Ir sin ruido al cementerio;
Y vos podréis...

FULGENCIO. Gundemaro,
Por favor...

GUNDEMARO. Creed, Fulgencio,
Que haré buen amo: aunque soy
Ostrogodo, soy biznieto
Del rey Téudis.

FULGENCIO. Y ¡servís
Al Conde!

GUNDEMARO. ¿Qué extraño es eso!
La corona es electiva:
Muerto un Rey, elige el Reino
Otro, y sus familias quedan
Como ántes del nombramiento
Del agraciado. Ya van
Algunos introduciendo
La costumbre de que al padre
Siga el hijo, con asenso
De la nacion; Recesvinto
Está nombrado heredero [1]
De Quindasvinto, y por él
Rige el timon del gobierno;
Mas como no tuvo tanta
Fortuna mi bisabuelo,

Yo, en vez de su vara de oro,
Solo empuño mi llavero.
Y, por Dios, que no me aflige
Mi suerte: peligra ménos
Un alcaide que un monarca.

FULGENCIO. No han fallecido en su lecho
Muchos reyes visigodos:
Nunca habeis sido modelos
De lealtad.

GUNDEMARO. Es de valientes
El pecar algo de inquietos.
Ya lo veis: el Conde Froya,
Improvisando un ejército
De vascones y franceses,
Proclama en el Pirineo
La rebelion; y anteayer
Prendimos aquí un mancebo
Noble, emisario del dicho,
Que iba ganándole adeptos;
Pero descubierta ya
La trama, no hará progresos.
Hoy morirá ese muchacho;
Los Reyes vendrán corriendo
Aquí desde San Roman
De Hornisga, adonde se fueron
Para la consagracion
De aquel edificio nuevo,
Y.......

FULGENCIO. ¿Cómo se llama el cómplice
De Froya?

GUNDEMARO. Lotario, deudo
Próximo suyo. — ¡Ay! ahora
Que le he nombrado, recuerdo
Que el padre abad Ildefonso
Le quiere ver. Pronto vuelvo.
(Vase y cierra.)

ESCENA II.

FULGENCIO.

FULGENCIO. ¡Esclavo á mi edad! Bien hizo
Dios en llamar á su seno
A mi esposa y á mi hija
Sin este dolor acerbo.
Yo solo padeceré.

Con todo, no desmayemos:
La hermosa Heriberta, hija
De la Princesa, es espejo
De virtud; y si su tio
El Conde juzga severo
Mi causa, ella interpondrá
Por mí su piadoso ruego,
Que es órden casi: Heriberta
Dará la mano, en volviendo
Nuestro anciano Rey, al Príncipe
Recesvinto, Rey electo.
Dignísima soberana
Será del gótico imperio. —
Abren.

(Ábrese la puerta que está á la derecha del espectador, y sale Heriberta con precaucion, trayendo una carta y una llave en la mano.)

ESCENA III.

HERIBERTA, FULGENCIO.

FULGENCIO. Ella es.
HERIBERTA. Di con vos
Al fin.
FULGENCIO. ¿Me andabais buscando!
HERIBERTA. En vos estuve pensando
Toda la noche de Dios.
FULGENCIO. ¡Oh! ¡cuánta bondad!
HERIBERTA. Si corre
Peligro la vida vuestra,
Con esta llave maestra
Podeis huir de la torre.
Por vos al Gobernador
Hablé; no me ha respondido
Palabra, y aquí he venido...
A que me hagais un favor.
FULGENCIO. ¡Ojalá me fuera dado
Serviros cual corresponde!
HERIBERTA. Desde esta mañana el Conde
Me deja sin un criado.
FULGENCIO. ¿Por qué de vos los aparta!
HERIBERTA. Porque quiere que me fie
De los suyos, y no envíe
Hoy al Príncipe esta carta.
FULGENCIO. Yo la llevo: dadme.
HERIBERTA. Vais
A oirla, que es importante,

Y os sorprenderá bastante
Lo que dice.

FULGENCIO. Ya tardais.

HERIBERTA, lee. «Al ínclito Príncipe godo, Recesvinto, Rey futuro de España, su sierva fidelísima.»

FULGENCIO. ¡Sierva!

HERIBERTA. Lo vais á entender.

(Lee). «Cuando partiste á San Roman con tu padre el Rey, nonagenario y achacoso, temias volver solo á Toledo; volveréis felizmente los dos, y me hallaréis huérfana. Ayer falleció la Princesa Berengarda, á quien tuve por madre, y al morir me declaró que no soy su hija.»

FULGENCIO. ¡Señora! ¿no os engañais!

HERIBERTA. ¡Ay! no. Oid.

(Lee.) «La declaracion fué hecha delante del Conde Bertinaldo y su hija Gosvinda. La moribunda confesó que hallándose léjos de su esposo, el príncipe Radimiro, dió á luz una niña que murió poco despues, no de enfermedad, sino por un descuido inexcusable de la misma Princesa. Temiendo el terrible enojo de Radimiro, sustituyó la malograda criatura con otra que acababa de quedar sin padre ni madre, españoles ambos; la supuesta hija fuí yo. La ley de raza prohibe que se case godo con española; nuestro concertado enlace ya es imposible; nuestra separacion precisa y urgente: señala un retiro donde viva léjos de tí la española Heriberta.»

FULGENCIO. Vos que brillais
En la cumbre del poder,
En virtud esclarecida,
En gracias única y sola,
¡Sois de la raza española
Por los godos abatida;
Por esos conquistadores
Bárbaros vil declarada,
Con ignominia alejada
Siempre de cargos y honores!

HERIBERTA. Igual vuestra soy.

FULGENCIO. Señora,
¿Qué region os vió nacer?
¿Quiénes os dieron el ser?

HERIBERTA. Imposible es por ahora
Satisfaceros: la misma
Berengarda no logró
Saberlo, y hoy que faltó,
Más el secreto se abisma.
Recibióme de un viajero,
Que movido á caridad,

Me trajo de una ciudad
Sita en la márgen del Duero.

FULGENCIO. ¿Cuál? ¿Numancia por ventura?

HERIBERTA. La Princesa no lo supo.

FULGENCIO. Allí perecer le cupo
A la mujer de alma pura,
En cuyos labios oí
El dulce nombre de esposo;
Tambien allí el fruto hermoso
De sus entrañas perdí.

HERIBERTA. ¿Esposo fuisteis y padre?

FULGENCIO. Al ser padre, hube de hacer
Un viaje; y hallé al volver
Sepultadas hija y madre.

HERIBERTA. ¡Triste suerte!

FULGENCIO. Sí, en verdad,
Suerte fué bien lastimera:
La infeliz niña viniera
Hoy á tener vuestra edad.
Mas ¿cómo de vos me olvido?
Perdonad mis digresiones;
Dadme vuestras instrucciones
Para el Príncipe querido,
Que la raza indo-germana
Feroz, que nos dominó,
Juntar piadoso intentó
Con la española-romana.
Lo que principió imparcial,
Como hábil hombre de estado,
Conclúyalo interesado,
A fuer de amante leal.

HERIBERTA. No son tales pensamientos
Los que mostrar me compete;
Le encargaréis que respete
La ley de los casamientos;
Pero que anule advertido
Las demas que en sus rigores,
Mengua de los vencedores,
Tormento son del vencido.
Si esto Recesvinto hiciere,
Solo con que se proponga
Conseguírnoslo, disponga
De mí segun le cumpliere.

FULGENCIO. Señora...

HERIBERTA. Fué en el abril
Placentero de mi vida
Por el Rey Tulga pedida

Mi mano, casi infantil:
Mis padres se la ofrecieron;
El cielo se la negó:
Con pena la daba yo,
Con ira me lo riñeron:
Recesvinto, á la sazon
Sin el real poderío,
Dominaba mi albedrío,
Rey era en mi corazon.
Debió Tulga renunciar
El cetro, mal de su grado,
Y el padre de mi adorado
Fué elegido en su lugar;
Y en época posterior
Nombró al hijo el Reino entero,
De su padre compañero,
Conreinante y sucesor.
De su aclamacion al grito
Vertí llanto de placer;
Mi amor no pudo crecer,
Porque ántes era infinito.
Si Recesvinto, sus fueros
Guardando á mi suerte esquiva,
De otro vínculo se priva,
Fiel á sus votos primeros;
Aunque en triste soledad
Viva y muera, de él lejana,
Felicidad más que humana
Será mi felicidad.
Si dispone de su fe,
Porque otro amor se lo mande,
Mi dolor será muy grande;
Mas yo lo soportaré,
Y firme se me verá,
Combatiendo con mi suerte,
Amarle en vida y en muerte,
Y áun, si puedo, más allá.
Esto al Príncipe decid,
Esto no más.

FULGENCIO. Ruido siento.
Idos pronto, idos.

HERIBERTA. Me ausento;
Pero volveré.

FULGENCIO. Salid.

(Abre Fulgencio con la llave maestra la puerta del lado derecho, y vase Heriberta.)

ESCENA IV.

BERTINALDO, GUNDEMARO, FULGENCIO.

BERTINALDO, *á Fulgencio.* Habréis esperado mucho;
Mas, para juzgaros, quiero
Que os oiga el Duque Egilan,
Y áun no ha venido: al momento
Que llegue, se os llamará.
Miéntras viene, distraeos
Los dos en la galería
Próxima.

GUNDEMARO. Os obedecemos.
(Vanse Fulgencio y Gundemaro.)

ESCENA V.

GOSVINDA, BERTINALDO.

GOSVINDA. Padre, ya despedí á todos
Los criados que sirvieron
A Heriberta.

BERTINALDO. Encarga mucho
Que la vigilen los nuevos.
Evita que por ahora
Cunda ese descubrimiento.

GOSVINDA. ¿Porqué?

BERTINALDO. Despues lo sabrás.
¿Qué hace Heriberta?

GOSVINDA. Hace... esfuerzos
Para mostrarnos que sufre
Con valor su abatimiento.

BERTINALDO. Grande ha sido su caida.

GOSVINDA. Mayor fué su orgullo.

BERTINALDO. Pero
Harto lo expía.

GOSVINDA. La hermosa
Dama, de florido ingenio,
Sol refulgente de España,
Justa envidia de su sexo;
La que intenta Recesvinto
Llevar al tálamo regio,
Pérfidamente injuriando
Mayores merecimientos,
¡Nacer de sangre villana,
Cual flor que brotó del cieno!
¡Bien me ha vengado la suerte

Del que, voluble, y soberbio,
En ella puso el amor,
Que yo merecí primero!

BERTINALDO. La venganza verdadera
Será conquistar su puesto.
Clava los ojos en él.
Yo te allanaré el sendero.

GOSVINDA. Gosvinda le correrá
Con esplendor. Ya no tengo
Rival que temer; la tuve,
La odiaba: la compadezco.
¡Española quien se estaba
Reina de los godos viendo!
Fábula desde hoy será
De grandes y de pequeños:
Guarecerla deberé
Del general menosprecio.
Cubra su cabeza rasa
Toca de lino modesto,
Y harémosla superiora
De algun lejano convento.

BERTINALDO. Ya está aquí Egilan: retírate.

GOSVINDA. Ella el báculo, yo el cetro. (Vase.)

ESCENA VI.

EGILAN, BERTINALDO.

EGILAN. Léjos de Toledo habito:
Por la distancia he tardado.

BERTINALDO. Duque amigo, te he llamado.
Porque de tí necesito.

EGILAN. Ya me tienes á tu lado.
Tu carta me sorprendió
Más que puedo encarecer.

BERTINALDO. Por hombres de gran valer
España nos designó.
¿Qué es lo que nos toca hacer
En ocasion tan funesta?

EGILAN. Pensar y obrar sin demora,
Conde.

BERTINALDO. La cuestion es esta.
Nuestro Rey futuro adora
En mi sobrina supuesta.

EGILAN. Ella es española.

BERTINALDO. Tilde
Que sobra para estorbar,

En el órden regular,
Que áun el godo más humilde
Lleve á Heriberta al altar.

EGILAN. La ley que hasta aquí rigió
Dice: «Quien godo nació,
Con goda, segun su clase,
O vándala ó sueva case;
Mas con española, no.»

BERTINALDO. Y bien, ¿se someterá
El Príncipe Recesvinto
A esa ley!

EGILAN. Dos veces ya,
Desde que reinando está
Con su padre Quindasvinto,
Dejarla quiso abolida.

BERTINALDO. En siendo por él sabida
La confesion de mi hermana
(Y espero de hoy á mañana
De hijo y padre la venida),
Gozoso de una ocasion,
Que disculpa en cierto modo
La intentada abolicion,
Deroga sin remision
La ley que ennoblece al godo;
La mano á Heriberta da;
Y, el dia que sustituya
Al Rey, que no tardará,
Una española será
Mi soberana y la tuya.

EGILAN. ¡Oh! pues yo tengo jurado
Desde el concilio pasado
No sufrir legislador,
Que alce al pueblo conquistado
Igual al conquistador.
El vencido, que soporte
Su yugo, baja la frente:
¿Porqué no fué más valiente!

BERTINALDO. Está la raza del norte
Muy sobre las de occidente.

EGILAN. Si ese terrible decreto
A darse llegara al cabo,
Mañana quizas un nieto
Mio se viera sujeto
Al hijo de un casi esclavo.
Semejantes exenciones
No se adquieren con renglones

De tinta; cuestan más caras:
Den cosecha estas regiones
De Viriatos y Megaras.
¿Qué hazañas han merecido
Que saquemos de villanos
A los que tanto lo han sido,
Que se les llama *romanos*,
Porque hasta el nombre han perdido!
No será, no. Decision,
Bertinaldo.

BERTINALDO. La tendremos,
Egilan. Dí tu opinion.

EGILAN. Es preciso que estorbemos
A toda costa esa union.

BERTINALDO. Y... ¿cómo?

EGILAN. Es fuerza ocultar
A esa mujer en lugar
Seguro, cual se requiere,
Para que, miéntras viviere,
Nadie la pueda encontrar.

BERTINALDO. Mal proyecto, Duque. ¿Dónde
Sin peligro se la encierra!
¿Quién de su guarda responde!
Tesoro tal, si se esconde,
Pide sobre sí...

EGILAN. ¿Qué?

BERTINALDO. Tierra.

EGILAN. Juzgo que no hay precision
De que tan léjos vayamos.

BERTINALDO. Pues con determinacion
De otra especie, no afianzamos
La suerte de la nacion.

EGILAN. Tiene muy negro matiz
Eso, Conde.

BERTINALDO. ¡Qué delirio!
Ella ha de ser infeliz:
Abreviemos su martirio,
Y se le excusa un desliz
Al Príncipe.

EGILAN. ¿Cuál?

BERTINALDO. Si echamos
Del mundo á esa desgraciada,
Sin esperar la llegada
De su amante, y ocultamos
Que fuese española, nada
A Recesvinto exacerba

Contra la ley, y la ley
Sigue.

EGILAN. En verdad, sangre sierva...

BERTINALDO. Donde el hacha no reserva
Ni áun la garganta del Rey...

EGILAN. Poco supone.

BERTINALDO. Y el mal
Que ha de traer es enorme.

EGILAN. La defensa es natural.

BERTINALDO. Pues muera, si estás conforme,
Con un veneno.

EGILAN. Sí tal.

BERTINALDO. Se dirá que sucumbió
A un accidente violento,
Y habrá quien jure que vió
Cuanto importare al intento.
Con esclavos se probó
Siempre cuanto se queria.

EGILAN. Eso ha de ser.

BERTINALDO. Todavía
Me falta el veneno.

EGILAN. ¿Quién
Nos le proporcionaria?

BERTINALDO. Servirnos pudiera bien
Fulgencio: yo, de contado,
Para ponerle en apuro,
Encarcelarle he mandado,
Y teme un castigo duro.

EGILAN. ¿Por qué?

BERTINALDO. Por haber sangrado
Con desacierto fatal
A Berengarda, lo cual
Me le entrega á discrecion,
Conforme á la ley penal
De su triste profesion.

EGILAN. Háblale.

BERTINALDO. Ambos le hablaremos. —
(Llamando.) Gundemaro.

EGILAN. No debemos
Decir para qué persona
El tósigo proporciona.

BERTINALDO. En su lugar nombraremos
A Lotario. Óyeme y calla,
Y estarás pronto de acuerdo
Conmigo.

ESCENA VII.

GUNDEMARO, EGILAN, BERTINALDO.

GUNDEMARO. Señor...
BERTINALDO. Que venga
Ese hombre.
GUNDEMARO, á Fulgencio. Pasad adentro.
BERTINALDO. Vos salid.
(Vase el alcaide y sale el médico.)

ESCENA VIII.

FULGENCIO, EGILAN, BERTINALDO.

BERTINALDO, á Fulgencio. Ya supondréis
La causa por que estais preso.
FULGENCIO. Conde Bertinaldo, sí.
BERTINALDO. Dispone el ordenamiento
Sobre los físicos...
FULGENCIO. No
Teneis que buscar el texto:
Conocedor de la ley,
A su rigor me someto.
EGILAN. Hablais el lenguage de hombre
De valor y entendimiento.
BERTINALDO. Pero ha delinquido: sé
Que hace larguísimo tiempo
Que no asiste á nadie, y debe
Creerse con fundamento
Que, sin práctica segura,
Se me presentó, ofreciendo
Curar á mi hermana, solo
Por la codicia del premio
Que prometí, la alquería
De más valor que poseo.
EGILAN. ¿Qué respondeis?
FULGENCIO. Que es verdad.
Desde que nos impusieron
La dura ley visigoda,
Ley que hunde en el vilipendio
La dignidad del saber,
Emanacion del Eterno,
Juré no asir en mi vida
El brazo calenturiento
De hombre nacido á la sombra

Del solio de Recaredo.
Muerta mi esposa, y con ella
Mi hija, presa del fuego
Mi pobre hogar, años y años
Devorando mi despecho,
¿Qué necesitaba yo
De la ciencia que profeso!
¡He tenido tantas veces
En las manos un veneno!

BERTINALDO. ¿Cómo!...

EGILAN. ¿Sabeis!...

FULGENCIO. A Dios gracias,
Supe tener sufrimiento.
Me hospedaron algun dia
Vuestros piadosos renteros,
Y el favor pagarles quise
Con la granja de su arriendo.
Solo codiciaba yo
Que me llevase uno de ellos
Á los campos de Numancia,
Para saludar muriendo
Los escombros de mi albergue,
De mi consorte los restos.

EGILAN. Bertinaldo, este español,
Por sus nobles sentimientos,
Merece, en ley de equidad,
Indulgencia con sus yerros.

BERTINALDO. En ver de imponerle pena
Mayor, le desterraremos
A los campos de Numancia,
Ya que suspira por verlos.

FULGENCIO. ¡Patria mia!

BERTINALDO. Pero es fuerza
Que por tan dulce destierro
Nos muestre su gratitud.

EGILAN. Justo es.

FULGENCIO. Mi vida os ofrezco.

BERTINALDO. Bien. El Conde Froya trae
A los vascones revueltos;
Lotario, cómplice suyo,
Está convicto, confeso
Y sentenciado, y conviene
Mucho que muera en secreto.
De un tósigo hablasteis; uno
Para Lotario queremos.

FULGENCIO. ¿Es justa su muerte?

BERTINALDO. Ahí

En la mesa está el proceso:
Podeis enteraros.

EGILAN. No
Debeis abrigar recelo.

BERTINALDO. Se quiere que no padezca
Rubor ni dolor el reo.

FULGENCIO. ¿Me lo jurais?

BERTINALDO. Por mi nombre.

EGILAN. Por mi fe.

FULGENCIO. Pues dándoos crédito,
Y descargando en vosotros
De la accion íntegro el peso,
Registrad la arquita donde
Traje los medicamentos,
Y un pergamino hallaréis
En una caja de hierro.
Aquel pergamino es obra[5]
De un hábil físico griego,
Por quien en Numancia fué
De órden superior compuesto;
Y depositado en mí,
Cuidadoso le conservo.
Los caracteres en él
Trazados, que son muy gruesos
(Pues el que los escribió
Debió formarlos á tiento),
Con un tósigo impregnados
Están, el más pronto y recio
Que hay. Al desarrollarle,
Pone el roce en movimiento
La sustancia letal fija
En las letras, despidiendo
Un como vapor sutil
El pergamino funesto;
Y al aproximarle al rostro,
Como es natural hacerlo
Para leer, mata en una
Sola inspiracion de aliento.

EGILAN. ¡Tan pronto!

FULGENCIO. Es un rayo.

BERTINALDO. ¿Deja
Señales?

FULGENCIO. Ninguna.

BERTINALDO. ¿Hay riesgo
En desarrollarle?

FULGENCIO. No,
Como se le tenga léjos

De la boca y la nariz;
Aspirando y absorviendo
Sus efluvios, da la muerte.
Por un descuido ligero
Del mismo que le compuso,
Trastornósele el cerebro,
Y murió loco.

EGILAN. Y el arca
¿Dónde está?

FULGENCIO. Queda en mi encierro.

EGILAN. ¿Abierta?

FULGENCIO. Puesta dejé
La llave.

BERTINALDO. Duque, busquemos
Ese rollo. Vos quedad;
Y si áun dudais, convenceos,
Viendo la causa.

EGILAN, aparte al Conde. Que ahora
No entre nadie.

BERTINALDO, aparte á Egilan. Cerraremos:
Allí tú, yo aquí.

EGILAN. Bien.

BERTINALDO. Vamos,
Pues, á probar los efectos
Del pergamino en Lotario.

EGILAN. Sí.

(Vase cada uno por su lado, y cierran.)

ESCENA IX.

FULGENCIO.

FULGENCIO. Se hablaban con misterio.
¿Me habrán engañado! Público
Es lo del levantamiento
De los vascones. Veamos
Si resulta verdadero
El delito de Lotario.

(Llégase á la mesa y examina un papiro.)

El lo confiesa. — Yo tiemblo
A pesar de todo. Alguno
Más va á morir sin remedio
Con ese escrito.

(Llaman á la derecha.)

¿Quién es?

ESCENA X.

HERIBERTA, FULGENCIO.

HERIBERTA, dentro. Abrid.

(Abre Fulgencio con la llave maestra, y sale Heriberta.)

Informada estoy
De que debe llegar hoy
El Príncipe: dadme, pues,
La carta.

FULGENCIO. Tomadla.

HERIBERTA. ¿Os han
Juzgado?

FULGENCIO. Se me confina
En mi patria

HERIBERTA. ¡Peregrina
Clemencia! Salí de afan.

FULGENCIO. Y á mí un recelo me acosa,
Cuando mi riesgo fenece.
¿Creeréis que me parece
Esta piedad sospechosa!

HERIBERTA. ¿Cómo!

FULGENCIO. Con ingratitud
Procedo, y me lo acrimino;
Pero me saca de tino
Cierta invencible inquietud.
Vos, sobre quien el amargo
Cáliz la suerte derrama,
Vos, ¿nada temeis!

HERIBERTA. Me ama
El Príncipe.

FULGENCIO. Sin embargo,
Oid, oid los acentos
De mi fe, de mi experiencia.
Señora, la Providencia
Nos da los presentimientos;
Y al quedar mi vida inmune,
Brota en mí la inspiracion
De que hoy en este salon
Dios por algo nos reune.
Por algo vos hoy en mí
Secretos depositais,
Por algo sobresaltais
Mi pecho desde que os vi.
Yo no sé lo que se trata;
Pero al Conde le he fiado

Cierto escrito envenenado,
El cual, leyéndole, mata.

HERIBERTA. ¿Que mata, decís!

FULGENCIO. ¡Oh! sí:
Con rapidez inaudita
O quita la vida, ó quita
El uso del juicio: así
Obrad con detenimiento.
Sabed, por lo que pudiera
Suceder, que tiene afuera
Título de testamento.
Con verdad ó con tramoya
El Conde me le ha pedido
Para que muera sin ruido
Un reo, secuaz de Froya.

HERIBERTA. Condenado á muerte yace
Preso el infeliz Lotario,
Que es de Froya partidario;
Pero mi vida ¿á quién hace
Daño! ¿á quién estorba!

FULGENCIO. Jóven
Hay, á quien la envidia encona:
Si os quitaren la corona,
Que sin la vida os la roben.

HERIBERTA. ¡Corona! Mano clemente
La alzó sobre mi cabeza;
Otra mano con fiereza
Me la arrancó de la frente.
Ella se llevó espantados
Mis sueños de amor, tan bellos,
Ella dejó mis cabellos
Por el hierro amenazados.
Ya, por mi dicha futura
Fingiendo sinceros votos,
Me hablan de vínculos rotos,
De soledad y clausura.
De sí me arroja el recinto
Que tembló bajo mi pié.
¡Recesvinto! ¿Qué seré
De hoy más para Recesvinto!

FULGENCIO. Vienen: debeis retiraros.
Pronto. Adios.

HERIBERTA. Adios quedad.

FULGENCIO. El aviso recordad
Sobre el veneno. (Vase Heriberta.)

ESCENA XI.

BERTINALDO, Soldados godos, FULGENCIO.

BERTINALDO, á Fulgencio. Llevaros
Debe el decurion Arnesto:
Id, pues, con él.
FULGENCIO. Permitid....
El pergamino....
BERTINALDO. Partid.
FULGENCIO. Me importa.....
BERTINALDO, al decurion. Alejadle presto.
(Los soldados se llevan á Fulgencio).
Debe de todas maneras
Lo que suceda ignorar,
Porque es fácil sospechar....

ESCENA XII.

EGILAN, con un rollo de pergamino en la mano, BERTINALDO.

EGILAN. Lotario acabó.
BERTINALDO. ¿De veras
Quedó sin vida!
EGILAN. No hizo
Más que lo que viste. Inerte
Como la piedra. Es la muerte
Misma ese infernal hechizo.
(Pónele en la mesa.)
BERTINALDO. Conocida su eficacia,
Y estando para llegar
Los Reyes, hay que atajar
Nuestra inminente desgracia.
Tú no querrás comision
Tan odiosa.
EGILAN. Es muy sencillo
Que repugnen á un caudillo
Comisiones de sayon.
BERTINALDO. Pero este negocio, ves
Que por su misma entidad,
Pide mancomunidad
Completa, y no es para tres.
EGILAN. Confiésolo francamente.
BERTINALDO. Sorteemos.
EGILAN. Aceptado.

BERTINALDO. El que saque negro el dado,
Hará el funesto presente.
(Lléganse á la mesa.)

EGILAN. Sí.

BERTINALDO. Mueve esa urna.

EGILAN, sacude la urna y la abre ó destapa. Sea.
Saca.

BERTINALDO, sacando un dado.
Blanco me tocó.

EGILAN, sacando otro dado. Dado negro.

BERTINALDO, aparte. Me sirvió
El acaso.
(Coge el rollo y se le da á Egilan.)
Ten: que lea.
Te la enviaré. (Vase.)

ESCENA XIII.

EGILAN.

EGILAN. Cruelmente
Resolví sin vacilar;
Y ahora tiemblo de atentar
Contra esa pobre inocente.
Pero si vive, consiento
El mal que nos amenaza:
Primero es la ley de raza
Que una española ni ciento.
Su amante nuestro perjuicio
Quiere: esto me justifica.
Él es quien la sacrifica,
Y á él le salva el sacrificio.

ESCENA XIV.

HERIBERTA, EGILAN.

HERIBERTA. A vos, Duque, me dirigen:
Dadme pues conocimiento
De no sé qué documento
Donde se explica mi orígen.

EGILAN, le da el pergamino. Leed.

HERIBERTA, tomándole. Estais conmovido.

EGILAN. Tal vez.

HERIBERTA. Mi suerte ¿os da pena!
Yo la soporto serena.
Miradme.

EGILAN. Señora, os pido
Que no me hableis ni mireis,
Ni pretendais que se os mire...

HERIBERTA. Bien.

EGILAN. Y ántes que me retire,
Leed.

HERIBERTA. ¡Qué ceño poneis,
Egilan! (Aparte. Entro en cuidado.)
Y ¿qué es este pergamino?

EGILAN. Señora, vuestro destino,
Que no es muy afortunado.
Leed.

HERIBERTA. Concibo la idea
De que no ha de ser noticia
La que halle, tan impropicia,
Cuando me instais á que lea.

EGILAN. Justo...

HERIBERTA, aparte, mirando el rollo por fuera.
(¿Qué es lo que reparo!
¡*Testamento!*) — ¿Dice aquí
Testamento?

EGILAN. No advertí...
Sí. *Testamento*... muy claro.

HERIBERTA. Claro me va pareciendo
Ya todo. ¿Quereis hacerme
El obsequio de leerme
Esto, Duque?

EGILAN. ¿Yo!

HERIBERTA. Comprendo.

EGILAN. ¿Qué?

HERIBERTA. Que este escrito, al reves
De lo que era de esperar,
A vos os debe dañar,
Y á mí no.

EGILAN. Sí.

HERIBERTA. Cierto. Y ¿es
Aquí vuestra compañía
Necesaria á la lectura?

EGILAN. ¡Oh! no. Os dejo. (Ap. ¡Qué tortura
Padecí!)

(En el momento en que Egilan vuelve la espalda, Heriberta desarrolla con ruido el pergamino, evitando verle.)

HERIBERTA. ¡Vírgen María!

(Cae en el suelo; al oir la exclamacion de Heriberta, vuelve Egilan.)

EGILAN. ¡Heriberta!... Consumó
El suicidio involuntario.
Crímen era necesario. —
¡Conde! (Llamando.)

ESCENA XV.

BERTINALDO, EGILAN, HERIBERTA, inmóvil en el suelo.

BERTINALDO. ¿Qué hay?
EGILAN. Mira.
BERTINALDO. ¡Ah! Leyó.
(Recoge y guarda el pergamino.)
¡Hola! (Llama.)
EGILAN. ¡Infeliz!
BERTINALDO. ¡Hola!

ESCENA XVI.

GOSVINDA, ESCLAVAS, ESCLAVOS, Dichos.

BERTINALDO, á su hija. Ven.
Llegad: un fiero accidente
(á las esclavas)
La acometió de repente.
Llevadla donde le den
Auxilios.
(Las esclavas levantan á Heriberta, y la conducen á una silla).
HERIBERTA. ¡Ay Dios!
EGILAN. ¡Respira!
BERTINALDO, fuera de sí, mirando atónito al Duque.
¿Qué hubo aquí!
HERIBERTA, con voz sorda. ¡Maldad!... ¡engaño!
GOSVINDA. ¿Qué ha sido esto?
HERIBERTA. Ya... no hay daño.
GOSVINDA. Pero ¿qué fué!
HERIBERTA. Que delira
Mi pobre madre... que niega
Lo que sabeis que es verdad.
¡No la creais, no! ¡Callad!

ESCENA XVII.

GUNDEMARO, Dichos.

GUNDEMARO. Señor, el Príncipe llega.
(Levántase Heriberta).

BERTINALDO. ¡El Príncipe ya en mi casa!
(Hace que se va.)
HERIBERTA. Aguardad. (Detiene al Conde.)
EGILAN, aparte. ¿Si el maleficio
Le habrá trastornado el juicio!
BERTINALDO, á Gosvinda. Vé y cuéntale lo que pasa;
Prevenle.
(Vase Gosvinda. Heriberta, teniendo asido al Conde, coge con la otra mano á Gundemaro y le dirige las expresiones que debia dirigir al Conde.)
HERIBERTA, á Gundemaro. Viejo taimado,
Pariente infernal, confiesa
Y jura... que soy Princesa:
Respeta mi principado.
GUNDEMARO. Ved...
HERIBERTA. Esa voz de agonía
Que te dió gozo feroz,
La has de olvidar: esa voz
O deliraba ó mentia. (Suelta á Bertinaldo.)
GUNDEMARO. Pero...
(Heriberta lleva á Gundemaro delante de una ventana.)
HERIBERTA. Allí, tras la montaña,
Negro vapor aglomera
El cierzo, que á la lumbrera
Del dia la luz empaña.
Mas el viento es cambiadizo:
Paró; y el turbion que nace...
Se deshace... se deshace...
Se deshace... Se deshizo.
(Dirígese al Conde y al Duque.)
De un sepulcro alzarse veis
Nube que á mi frente sube:
Rayos lanzará la nube,
Si no la desvaneceis.
GUNDEMARO. ¿Qué es esto! (A las esclavas.)
BERTINALDO, aparte á Egilan. Lo que al autor
Del veneno le sucede.
EGILAN, aparte á Bertinaldo. Faltándole el juicio, puede
Vivir.

ESCENA XVIII.

RECESVINTO, GOSVINDA, Godos, HERIBERTA, EGILAN, BERTINALDO, GUNDEMARO, Esclavas, Esclavos.

BERTINALDO. ¡Príncipe y señor!
GUNDEMARO. ¡Qué infortunio presenciais!
RECESVINTO. Apartad, hablarla quiero. —
Heriberta...

HERIBERTA. Caballero...
RECESVINTO. Soy Recesvinto.
HERIBERTA. Seais.
¿No sois más?
GOSVINDA. Tu amante.
HERIBERTA. Amante...
Amante... ¡Oh! ¡dulce sonido!
RECESVINTO. Pero ¿qué le ha sucedido!
HERIBERTA. Mil cosas en un instante.
Sobresaltos y sonrojos
Y peligros y caidas.
Víboras pisé dormidas...
Embistiéronme á los ojos.
RECESVINTO. ¿Cómo!
HERIBERTA. La viuda á quien diste
Un abrazo en esta sala,
De pronto se puso mala;
De verla, me puse triste.
Vinieron á casa ¡santos
Hombres de alta dignidad!
Su divina Majestad,
Y la Vírgen y los tantos...
¡Pero ay! entre hachas de luz
Tendida la vimos yerta,
De áspero sayal cubierta,
Las manos juntas en cruz.
¡Cuán poco duran los bienes
Del mundo! ¿Quién lo diria!
El pecho se me partia,
Se me saltaban las sienes.
Otra más, otra dolencia
Me iba royendo cruel:
Su nombre es como la hiel
De amargo: se llama *ausencia.*
Ojos, manos y clamores
Alcé á la esfera azulada;
Cubrióme la una bandada
De buitres devoradores.
Una bóveda movible
Era de alas, garras, picos...
Graznaban grandes y chicos;
Pero en lengua inteligible.
Una chillaba: «Heriberta,
Reina te hace la lisonja;
No lo serás: monja, monja.»
Dos gritaron: «Muerta, muerta.»
— ¡Huí! tinieblas y truenos

Detuviéronme horrorosos,
Y reptiles monstrüosos,
Lanzadores de venenos.
Imposible resistir
A tal angustia y espanto:
No pude romper en llanto,
Y eché de golpe á reir.
¡Ah, ja, ja, ja, ja!

GODOS. ¡Está loca!

RECESVINTO. Su juicio se extravió.
Alguien contra ella atentó.
¿Quién ha sido! Hablad. ¿Quién!

HERIBERTA. Poca
Precision hay de que arbitres
Por mí ninguna medida:
Con tu ruidosa venida
Se han espantado los buitres.

RECESVINTO. ¿Quién te ofendió!

HERIBERTA. Convendrá
Sí, que unos lazos les echen...

RECESVINTO. Di, di más.

HERIBERTA. Donde no acechen.
Adentro. ¡Ah, ja, ja, ja!
(Tómale de la mano, y éntranse.)

ACTO SEGUNDO.

Salon del pretorio ó palacio del Rey.

ESCENA I.

HERIBERTA, con el cabello corto, y vestida con un saco de penitente, GOSVINDA, con traje rico.

HERIBERTA. ¡Ah, ja, ja! Bien dije yo!
Soy adivina famosa.

GOSVINDA. ¡Eh! calla.

HERIBERTA. «Doliente el Rey,
¿Al Príncipe se le antoja
Llamarnos á su pretorio!

No volveré pesarosa.» —
Aun hay quien me quiera bien.

GOSVINDA, aparte. ¿Que ha de humillarme una loca!

HERIBERTA. ¡Gracioso gesto nos hizo,
Cuando me vió motilona!
¡Qué ojos te echó! Te pusiste
Mas pálida que una momia.

GOSVINDA. Tu confesor y tu médico
Lo mandaron.

HERIBERTA. Te equivocas.
De tu buen padre son ese
Hipócrates y ese hipócrita.

GOSVINDA. ¿Crees tú?...

HERIBERTA. Ya dije al Príncipe:
«Mi prima no es envidiosa:
Hecha una vision me trae;
Sin embargo, no supongas
Que es por deslucirme: yo,
Con buena ó mala ropa,
Valgo más que ella.»

GOSVINDA. ¡Atrevida!

HERIBERTA. Mujer, á mí me desmochan,
Me jaropean, me encajan
Un sayo de hilaza tosca,
Me llevan de templo en templo,
Me santiguan y me hisopan...
¿A qué propósito viene
Semejante trapisonda!

GOSVINDA. A reponerte cual ántes,
En tu juicio.

HERIBERTA. ¡Qué rabiosa
Manía! Porque unos pájaros
Volaban echando roncas
En mi cuarto, y me asusté,
¡Ya se me supone idiota!
¿No vino el Príncipe, y yo
Me reí de mi congoja?
¿No vino en seguida el Rey,
Y hablamos, tres cuartos de hora,
Solitos el viejo y esta
Su obediente servidora?
Pues él me desatontó.
Pero, no señor; no hay forma
De persuadiros. En parte
Sufro sin pena la broma,
Porque la vida que tuve
Antes... ¡era deliciosa!

Los ojos siempre en el suelo,
Siempre un candado en la boca...
Ya me permiten decir
Y hacer cuanto me acomoda...
Ménos tratar de casarme
Y disponer de mis joyas.

GOSVINDA. Se te guardan para...

HERIBERTA. Al cabo
Me dejais la más preciosa.
Este anillo que me dió
El Príncipe. Guarda y goza
Las demas: ésta no es fácil
Que en el dedo te la pongas.

GOSVINDA. ¡Heriberta!

HERIBERTA. ¿Qué te da,
Prima?

GOSVINDA. ¿Tú de mí te mofas!

HERIBERTA. Tal vez.

GOSVINDA. ¿Sabes tú quién eres!

HERIBERTA. ¡Pche! Yo sé que el Rey me nombra
Nuera; su hijo me dice
Que sigo siendo su novia:
Las especies de otra especie
Se me van de la memoria.

GOSVINDA. ¡Pérfida!

ESCENA II.

BERTINALDO, HERIBERTA, GOSVINDA.

BERTINALDO. ¿Qué pasa?

HERIBERTA. Aquí
Mi prima se me sofoca,
Y porque os hacen tutor
Mio, la echa de tutora.

BERTINALDO, aparte á su hija. (Disimula.) No haya más.

HERIBERTA. Tu padre, ni cuando ahorca
Sin razon á un infeliz
Sale de su calma heróica:
Aprende de él.

BERTINALDO. En efecto,
No obstante que me ocasiona
Grave daño lo que hiciste
Dias há, mi bondadosa
Condicion, sin reparar
En nada, te lo perdona.

HERIBERTA. ¡Perdonar! ¿Qué habeis tenido
Vos que perdonarme!
BERTINALDO. Rotas
Mis arcas lo están diciendo.
HERIBERTA. Les entraba la carcoma:
Cogí un hacha... zas... manaron
Oro... lo invertí en limosna.
BERTINALDO. Guardaba yo allí escrituras,
Y las quemaste.
HERIBERTA. Sí.
BERTINALDO. ¿Todas?
HERIBERTA. No: reservé un pergamino.
BERTINALDO. ¿Cuál?
HERIBERTA. Uno con letras gordas
Por de fuera.
BERTINALDO. ¿Qué decian?
HERIBERTA. «Testamento.»
BERTINALDO, aparte. (El es.) Importa
Que me le vuelvas.
HERIBERTA. Al Rey
Con eso.
BERTINALDO. ¿Al Rey!
HERIBERTA. Le custodia
El... por más señas, en una
Caja pequeña redonda,
Para libros, que le traje
Cuando hice la escapatoria
Para verle. Mi tesoro
Le oculto allí.
GOSVINDA. ¿Qué atesoras
Tú!
HERIBERTA. Felicidad... en cartas.
GOSVINDA. ¿De amor?
HERIBERTA. Del Príncipe.
BERTINALDO. Cosa
Es ya de advertir al Rey...
HERIBERTA. Pero si el Rey nada ignora.
BERTINALDO. ¿Cómo!
HERIBERTA. Como que me dijo
Desde luégo: «Tú de tonta
No pecas: mira, si el Príncipe
Te sonsaca, no respondas
Acorde, ¡no! disimula,
Y espera á que se reponga
Mi salud.» Yo disimulo,
Yo espero... y él empeora,
Y ambas Españas invade

La peste de la discordia.
Eco infiel dilata el grito
De la rebelde Vasconia;
Soldados por todas partes
En Toledo se amontonan;
Recesvinto ha de salir
Con ellos á Zaragoza;
Van descontentos con él;
Voces oigo misteriosas
Allá en el palacio nuestro,
Y caras miro traidoras.
Mi amor, que observa con susto
Las nubes que el cielo entoldan,
Prevé la tormenta horrible
Que viene rugiendo sorda.

GOSVINDA. ¿Qué tormenta!

BERTINALDO. ¿Qué has oido!

HERIBERTA. Cuando llueve, se deshojan
Las flores: ántes que al suelo
Caigan las primeras gotas,
Voy por un ramo al verjel
Real. — (A Gosvinda.) Te traeré una rosa...
Amarilla... como tú.

GOSVINDA, á su padre. ¡Vos consentís!...

HERIBERTA. Una copla.
Amarilla volvióse
La rosa blanca,
Por envidia que tuvo
De la encarnada.
Teman las niñas
Convertirse de blancas
En amarillas.

GOSVINDA. Oye.

HERIBERTA. Niña grande, adios. (Vase.)

ESCENA III.

BERTINALDO, COSVINDA.

GOSVINDA. Padre, esta locura...

BERTINALDO. ¿Tornas
A sospechar que es fingida?

GOSVINDA. ¿Hay razon satisfactoria
Para imaginarla cierta?

BERTINALDO. Sí tal, hay razon de sobra.
(Aparte.) No sabe lo del escrito
De la letra venenosa.

GOSVINDA. Esto de no recordar
Ni una vez que es española...
BERTINALDO. Ese olvido y el silencio
Nuestro se combinan y obran
Juntos para ti. Conviene
Que el Príncipe no conozca
La cuna de la que amó;
No haga crecer esa historia
Su amor á los españoles,
Que á los godos alborota;
Y no les dará cuidado,
Si ciñes tú la corona.
GOSVINDA. ¡Ceñirla yo! Recesvinto
Nunca me querrá; me odia,
Y yo... le aborreceré.
BERTINALDO. Iras de mujer celosa,
Que debe lanzar del pecho
Quien la diadema ambiciona.
Mal se ganan voluntades
Con frente ceñuda y torva;
Muéstrate amante, y verás
Que ser bien pagada logras.
Al Príncipe en este punto
Propone Egilan tus bodas.
GOSVINDA. Las rehusará; le tiene
Ciego mi competidora:
Triunfará de mí.
BERTINALDO. ¿Ha de ser
Una demente su esposa!
Fia en mí y en Egilan:
Toda la nobleza gótica
Quiere la union que prepara
Mi diestra fuerte y mañosa,
Y pronto el regio dosel
Dará á tu cabeza sombra.
GOSVINDA. ¿Pronto, decís!
BERTINALDO. Y si no,
Toledo se insurrecciona...
Y tu rival... á mi cargo
Queda.
GOSVINDA. Ella vuelve.

ESCENA IV.

HERIBERTA, con un ramo de flores, BERTINALDO, GOSVINDA.

HERIBERTA. Señora
Prima, flores traigo aquí

De vario color y aroma:
Las que no tienen espinas,
Te las ofrezco; las otras,
Para mí son buenas.

GOSVINDA. Gracias.

HERIBERTA. Ahí queda en la estancia próxima
Vuestro Alcaide. (A Bertinaldo.)

BERTINALDO. ¿Gundemaro!

HERIBERTA. Pues: le acompaña una tropa
De médicos, recogidos
Con celeridad pasmosa
Por él y otros, en ciudades
Inmediatas y remotas.

BERTINALDO. Para que asistan al Rey,
El Príncipe los convoca.

HERIBERTA. De aquel sabio, que en mi madre
Desgració su mano docta,
Tiene para mí una carta
Gundemaro: pues os toca
Verla primero, mirad
Si es lectura peligrosa
Para mí.

GOSVINDA. Lo veré yo.
Ven por ella.

HERIBERTA. Quiere ahora
Hablarme el Príncipe.

GOSVINDA. Vamos
De aquí, padre.
(Vanse padre é hija.)

ESCENA V.

EGILAN y RECESVINTO dentro, HERIBERTA.

EGILAN, dentro. No desoigas
Mi voz.

RECESVINTO, dentro. Egilan, ya basta.

HERIBERTA. Conversacion borrascosa
Traen: esperemos. (Vase.)

EGILAN, dentro. Oye,
Si amas tu vida y tu gloria.

ESCENA VI.

EGILAN, RECESVINTO.

RECESVINTO. ¡Duque!...

EGILAN. No vuelvo á insistir

En que á Gosvinda concedas
Tu mano: tú me lo vedas,
Y hay más en que discurrir.

RECESVINTO. ¿Qué más!

EGILAN. Déjame rogar
Que no alteres la costumbre,
Cuando tanta muchedumbre
De gente quieres armar.
Se dice en calle y en plaza
Que deben los reclutados
Españoles ir mandados
Por caudillos de su raza.

RECESVINTO. Tal pienso: con recompensas
Justas, amor inspiremos;
No digan más que vencemos
Sin su pro y á sus expensas.

EGILAN. Tú, pues, no tan solamente
Al vínculo te has negado,
Que te afianzara un reinado
Pacífico y floreciente,
Sino que, dado al afan
Contínuo de malquistarte,
Pretendes que el talabarte
Se ciña de capitan
Gente que se me figura
Que va á pensar, muy en ello,
Que la cadena del cuello
Se le pasa á la cintura.

RECESVINTO. La cadena agobiadora
Volver quiero yo lijera:
Nuestra raza degenera,
La indígena se mejora.
Forzadas á competir,
Ganen ambas á la par:
No querrá el godo bajar,
Si ve al español subir.

EGILAN. ¿Temes tú que la nobleza
Visigoda se avillane!

RECESVINTO. Yo pretendo que se hermane
Lo que unió naturaleza.
Siglo y medio há que vivimos
Juntos en una region:
Ni ellos lo que fueron son,
Ni nosotros lo que fuimos.
Tu habla, tu aspecto, esa ropa,
Digna de un galan de Aspasia,
¿Muestran al bárbaro de Asia,

Huésped y azote de Europa!
Echados del setentrion
Por el frio y por el hambre,
Caímos, inmenso enjambre,
Sobre una y otra nacion;
Y donde rico estipendio
No pagó nuestra jornada,
La dejaron bien marcada
La mortandad y el incendio.
Pero en España, que fin
Puso al dilatado viaje,
No era ya el godo el salvaje
Que á nado cruzaba el Rhin;
Antes al ver con escándalo
En ella déspotas nuevos,
Arrolló alanos y suevos,
Lanzó al silingo y al vándalo.
Mandatarios imperiales,
Ascendimos á señores,
Venciendo á los invasores,
Ganando á los naturales;
Y ellos, en la sujecion
Conservándose sin mengua,
Nos impusieron su lengua,
Costumbres y religion.
En virtud, sabiduría
Y número, nos exceden.

EGILAN. Ejercer con fruto pueden
Labranza y ganadería,
Tejer seda con primor
Y edificar un castillo;
Pero el cargo de caudillo
Pide ánimo superior.

RECESVINTO. Froya dirá si en justicia
Mi resolucion se apoya.

EGILAN. Y ¿no vencerás á Froya
Sin esa nueva milicia!

RECESVINTO. Poco le temo, Egilan;
Soldados rijo de cuenta;
Pero á ti ¿no te amedrenta
Desde Africa el musulman?
Hácia nosotros avanza;
Nadie de él está seguro:
Fabriquémonos un muro
Donde se rompa su lanza.
Unidos para las lides
Godo y español, sereno

Aguardaré al sarraceno
En las columnas de Alcídes;
Pero teniendo neutral
Al español y remiso,
Como tenerle es preciso
Cuando se le trata mal;
Si nosotros no atajamos
La furiosa inundacion,
Dejará con su inaccion
El, que naufraguen sus amos;
Y á salvo en puerto contiguo,
Reirá de ver que llegó
Dia en que pisoteó
Nuevo tirano al antiguo.
Corona espera mi sien,
Egilan; y si algo puedo,
No exhalará mi Toledo
El ay de Jerusalen.

EGILAN. Un riesgo que ignoras labras,
Y el que presientes no evitas:
Mira que te precipitas;
Por Dios, que los ojos abras.
Cuando sulquen el Estrecho
Las galeras del infiel,
A recibirle en tropel
Iremos con firme pecho,
Donde sin ayuda ajena,
Sino la que el cielo preste,
Gane el triunfo nuestra hueste,
O se abra tumba en la arena.
Muera yo, como haga riza
Primero, y quiebre la hoja
De mi espada, no la coja
Mano de sangre mestiza,
Sangre hispana, que cien veces
Con otra se revolvió,
Y en la mezcla desechó
Lo bueno, y guardó las heces.
Lúz de gloria nunca radie
Sobre esa familia extraña:
Nosotros somos España;
Fuera de nosotros, nadie.
Al hombre que nace y crece
A nuestros piés, no podemos
Amarle; le aborrecemos,
Y áun al que no le aborrece.
¿Quieres una prueba? Impía

Es, horrorosa es la prueba;
Mas dice adónde nos lleva
Nuestra terca antipatía.
Si Heriberta no enloquece,
Muere á mis manos de fijo.

RECESVINTO. ¡Matar á la que yo elijo
Para tu Reina! Merece
Tan solo el pensarlo, mil
Muertes, mil. Pues, ¿qué os ha hecho!

EGILAN. La llamabas á tu lecho,
Y es una española vil.

RECESVINTO. Es hija de Radimiro,
Es hija de Berengarda.

EGILAN. Es de la estirpe bastarda:
Lanzando el postrer suspiro
Berengarda, reveló
El hecho, el cómo y por qué,
Y el Conde testigo fué,
Y Heriberta lo escuchó.

RECESVINTO. ¡Cielo santo!

EGILAN. Ahora, desnuda
Tu acero, y el pecho parte
Al que, mirando á salvarte,
No enfrena su lengua ruda.
Tú luégo perecerás;
Ya está en feroz asonada
Tu muerte determinada.

RECESVINTO. ¡Oh! yo sabré...

EGILAN. Ni sabrás
Ni podrás: no hay defensores
De Rey que su ser abjura;
Tragará la sepultura
Tus planes trastornadores;
Tragará contigo al viejo
Nonagenario, que hubiera
Finado en paz su carrera.

RECESVINTO. ¡Mi padre!... ¡Duque!...

EGILAN. Un consejo.
En sus manos moribundas
Pongamos nuestras cuestiones;
Yo diré mis pretensiones,
Di tú el no y en qué lo fundas.

RECESVINTO. Egilan, el Rey consiente
Mi justo y noble decreto.

EGILAN. Quizá escuche con respeto
La voz del riesgo inminente.

RECESVINTO. ¡El temer!

EGILAN. Si convenís,
Mi parecer avasallo
Al tuyo.

RECESVINTO. Dicte su fallo
Mi suerte y la del país. (Vanse.)

ESCENA VII.

HERIBERTA. GUNDEMARO.

GUNDEMARO. Pasad. ¿Qué estabais haciendo
Aquí!

HERIBERTA. ¿No lo comprendeis!

GUNDEMARO. Acechabais, ¿eh!

HERIBERTA. Y oia
Cosas de mucho interes.

GUNDEMARO. ¡Linda maña!

HERIBERTA. Las mujeres
Son amigas de saber.
A propósito, ¿me das
El consabido papel?

GUNDEMARO. A eso vine. (Se le da.)

HERIBERTA. ¿Qué te dijo
Fulgencio?

GUNDEMARO. Que os quiere ver
Que necesita salir
De Numancia; que logreis
Que le perdone el destierro
El Conde, mediando el Rey.

HERIBERTA. ¿Por qué se quiere venir?

GUNDEMARO. Porque intenta recorrer
Media España; ha descubierto
Que una hija que tuvo, fué
Robada; pues no murió,
Como le hicieron creer.

HERIBERTA. ¿Es posible!

GUNDEMARO. El hombre tiene
El juicio hecho una babel
Con la noticia, y anhela...

HERIBERTA. Sí. Leamos.

GUNDEMARO. ¿Aun leeis
Sin dificultad?

HERIBERTA. Ninguna:
Todo lo comprendo bien.
Oye y juzga.

(Lee.)

«Princesa, necesito veros, por vos y por mí; sabed entretanto que se disponen varias ciudades á unirse con el rebelde Froya, y que se niegan muchas á hacerle guerra: el designio de conferir grados militares á los españoles irrita á los godos contra el Príncipe, contra nosotros y áun contra vos: aunque no se dice, comprenderéis el motivo. Dad esta carta al Príncipe: que resuelva pronto, porque el peligro da poca espera.»

Y ¿es verdad
Todo esto!

GUNDEMARO. Distinguiré.
A los pobres españoles
Hoy los tienta Lucifer:
Con lo de ofrecerles jefes
Propios, cobran altivez;
Y sin pérdida de tiempo
Quitársela es menester.
Esto es verdad; y si ocurre
Algun degüello, pardiez
Que no será extraño. Es cierto
Que se conspira tambien
Contra el Príncipe... De vos
Nadie se queja; al reves,
Todos sentimos que el Príncipe
Rival tan indigna os dé.

HERIBERTA. ¿Quién! ¿Gosvinda!

GUNDEMARO. Si esa fuera,
Todo se arreglara.

HERIBERTA. Pues
¿Qué otra rival tengo! ¿Cómo
Se llama! ¿Quién es! Di. ¿Quién!

GUNDEMARO. Dicen que es una española
Duende, que no se la ve,
Y todo lo enreda.

HERIBERTA. ¡Ah, sí!
Ya estoy.

GUNDEMARO. Contra esa mujer
Es el odio general
De toda la goda grey.
Esa pierde al Príncipe, esa
Le llevará á perecer,
Esa condena á su estirpe
A un exterminio cruel.

HERIBERTA. No lo creas, Gundemaro.
Gracias. Yo lo evitaré.

El Príncipe viene. Déjame
Hablar á solas con él.
(Vase Gundemaro.)

ESCENA VIII.

RECESVINTO, HERIBERTA.

RECESVINTO, aparte. (Mi padre, con tal porfía,
¡Mandarme salir!... ¡quedarse
Con Egilan!... ¿Va á frustrarse
La firme esperanza mia!)
Heriberta...
HERIBERTA. ¡Qué oportuna
Es tu venida, señor! (Rasga la carta.)
RECESVINTO. ¿Qué rasgas?
HERIBERTA. Un borrador
Sin importancia ninguna.
RECESVINTO, aparte. (Española... He de indagar...)
Mira, ven: recapacita...
HERIBERTA. Es que aguardo una visita...
¡Visita que hace temblar!
RECESVINTO. ¿Temblar! ¿Quién es?
HERIBERTA. Bien que no:
Respetará el regio albergue.
— ¡Ay! mi cabello se yergue.
Nada respeta. Ya entró.
RECESVINTO. ¿Quién!
HERIBERTA. Berengarda. Allí: mira...
Al verte, se queda atras.
RECESVINTO, aparte. (¡Española, y ademas
Así la infeliz delira!)
Vuelve en ti, y el error cese
Que tu pensamiento embarga.
HERIBERTA. Viene y la mano me alarga
Para que vaya y la bese.
(Da algunas pasos, se arrodilla y hace como que toma y besa la mano que supone le tiende la sombra de Berengarda.)
RECESVINTO. Sola estás conmigo.
HERIBERTA. ¡Sola!
¿No la ves pegada á mí!
¿No oyes que me dice: «Di,
Dile que eres española!»
RECESVINTO. Vuelva tu juicio á su ser,
Y hasta el solio te levanto.

HERIBERTA. ¿Oís? Queriéndome tanto,
¿Quién le deja de querer!
RECESVINTO. Alza, mi bien.
HERIBERTA, áun de rodillas. ¿Qué!... No: el resto
Ménos le debe importar.
Ya no se puede casar
Conmigo: basta con esto.
RECESVINTO. ¿Qué más quiere esa vision...
Esa ilusion que te engaña!
HERIBERTA. Quiere, para bien de España,
Que oigas una prediccion.
(Dirigiéndose á la sombra.)
Mi labio no acertaria...
No espereis que se lo anuncie.
(Se levanta.)
No es razon que yo pronuncie
Contra mí la profecía.
(Huye de la sombra.)
¡Señora, mil veces no!
— ¡Ella en mi cuerpo se embebe!
Ella es quien mi lengua mueve;
Ella habla en mí: no hablo yo.
RECESVINTO, aparte. (Este delirio es tan raro,
Que á maravilloso pasa.)
HERIBERTA, con una voz como sepulcral. ¡Recesvinto! De tu casa
Eres el varon preclaro.
¡Recesvinto! el cielo dones
Grandes te va á conceder:
Procura corresponder
Bien á tus obligaciones.
De la prenda que te quito,
Sepárate con grandeza:
En ti fuera una flaqueza
Imperdonable delito.
RECESVINTO. ¡Qué es lo que oigo!
HERIBERTA. Cruel, vana,
Y amante de ocio y placeres
Fuera la que tú prefieres,
En la silla soberana.
Queriendo atajar el curso
Del mal que á traeros iba;
Para bien de ambos, la priva
El cielo de su discurso.
Por esa infausta doncella
Pierde tu amoroso afan,
O te la asesinarán,
Y á todo un pueblo con ella. (Vase.)

ESCENA IX.

RECESVINTO.

RECESVINTO. ¡Asesinármela! Rios
De sangre derramaré
Primero: yo prevendré
Vuestros intentos impíos,
Godos, que á la rebelion
Tan ágil prestais la mano:
Pues no me quereis Trajano.
Temblaréis de otro Neron.
De mi justicia despojos
Los que hoy osan conspirar,
Nadie en mi reino ha de alzar
Contra Heriberta los ojos.
Resuélvase el Rey...

ESCENA X.

EGILAN, RECESVINTO.

EGILAN. Vencí.
El Rey, á quien no disuades,
Teme de tus novedades
El daño que yo temí.
RECESVINTO. ¿Se opone!
EGILAN. Dice que está
Bien la ley que nos divide,
Y que al pueblo que no pide,
Le pervierte quien le da.
RECESVINTO. Cuando cien provincias doma
El infiel con sus legiones...
EGILAN. Dice que esas distinciones...
Quien las quiere, se las toma.

ESCENA XI.

BERTINALDO, GOSVINDA, RECESVINTO, EGILAN.

GOSVINDA. Gran señor, los toledanos
Contra vos se alborotaban
Por mí: fuí donde gritaban,
Y atajé voces y manos.
BERTINALDO. Lazos á mi fe han tendido
Con un informe siniestro:

Temor del peligro vuestro
Me dejó sordo el oido.

RECESVINTO. ¡Gosvinda!

ESCENA XII.

GUNDEMARO, RECESVINTO, GOSVINDA, BERTINALDO, EGILAN.

GUNDEMARO. Acudid, llegad.
El Rey envía á llamaros
A los tres para dictaros
Su postrera voluntad.

RECESVINTO. ¡Padre mio!

EGILAN. Ese motin...

BERTINALDO. Ya cesó completamente.

ESCENA XIII.

HERIBERTA, GODOS, RECESVINTO, GOSVINDA, EGILAN, BERTINALDO, GUNDEMARO.

HERIBERTA. Recesvinto, el Rey doliente,
Que ve próximo su fin,
A tí me envía, fiado
En que es mi ruego eficaz,
Para que vuelvas la paz
Que á sus reinos has quitado.

RECESVINTO. ¿Yo!

HERIBERTA. Te pide, ántes que rinda
Su espíritu al Criador,
Que un sí reconciliador
Te haga esposo de Gosvinda.

RECESVINTO. ¿El quiere!...

HERIBERTA. Siendo notorio
Tu gran respeto filial,
Toda la casa real
Junté para el desposorio.

RECESVINTO. El Rey... que esposa me elige...
Me debe escuchar aún.

HERIBERTA. El te la ofrece, segun
El público bien exige.

RECESVINTO. Cuando eso diciendo estás,
¿Sabes tú lo que profieres!

HERIBERTA. Satisfaga sus deberes
El que impone los demas.
Mira ese rostro que hechiza,

Mira mis ropas groseras:
Esta es ilustre de veras,
Yo fuí princesa postiza.

RECESVINTO, aparte. ¡Oh Dios! ¡oh martirio doble!

EGILAN, á Heriberta. ¿Vos cedeis!...

HERIBERTA. De buena gana.
¡Bah! Desde que soy villana,
Tengo corazon muy noble.
Y no porque yo lo diga;
Lo ha dicho y lo ha repetido
El Rey, y me ha bendecido,
Para que Dios me bendiga.
No cesa de sollozar
Sobre si gano.... si pierdo....
Si.... Me enternece el recuerdo,
Sin poderlo remediar.

RECESVINTO, aparte. ¡Infeliz!

BERTINALDO, aparte, á Egilan. Triunfamos.

HERIBERTA. Ea,
Id. Este anillo tenia....
Ser de tu esposa debia...
Toma... para que lo sea.

RECESVINTO. ¡No!

HERIBERTA. Sí. — Rinde en el encuentro
Con tu valor tu pesar.
Un Príncipe ha de llorar
De los párpados adentro.

RECESVINTO. ¡Ah!

HERIBERTA. Falta la accion postrera
De mi loco frenesí.
Tu mano. (A Gosvinda.)
(A Recesvinto.) La tuya aquí.
(Une las de ambos.)
Marchad: el Rey os espera.
Salga el sí que vais á dar
Bien firme de vuestra boca...
— Y desterradme á una roca
Del piélago balear.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EGILAN y FULGENCIO, en pié. BERTINALDO, sentado, distante de ellos.

FULGENCIO. Mil veces recuso y tacho
De incompetente el dictámen
De los médicos judíos,
En caso tan importante.

EGILAN. Interesado es el tuyo,
Y nada en justicia vale.
Diez personas de saber,
Y en la cuestion imparciales,
Afirman que el Rey difunto
Muerto de veneno yace; [7]
Las apariencias acusan
Del asesinato infame
A los españoles, y eres
Español: ¿quién ha de darte
Fe sin pruebas, cuando abogas
La causa de tu linaje!
Tan cierto es el regicidio
Como será inevitable
El horroroso escarmiento
Que está para ejecutarse.

FULGENCIO. Pero ¿es posible! ¿Seréis
Capaz de tanta barbarie!

EGILAN. Los próceres lo han resuelto
Así; Gosvinda y su padre,
Que rigen á España en tanto
Que Recesvinto combate,
Lo han aprobado, y me encargan
La ejecucion: no me es dable
Ni áun diferirla. (Vase.)

ESCENA II.

BERTINALDO, FULGENCIO.

FULGENCIO, dirigiéndose al Conde, que se levanta.
Señor...

BERTINALDO. Buen Fulgencio, harto se sabe
Que vos estáis á cubierto

De acusacion semejante.
Casi moribundo el Rey
Un mes há, vos le salvasteis,
Y le vió con grato asombro
Toledo pisar sus calles.
De la ciudad os hallabais
Ausente seis dias hace,
Noticias de vuestra hija
Buscando afanoso en balde,
Hasta que volvisteis hoy,
Por este funesto lance.
Supuesto que no se os culpa,
Dejad que muera el culpable.

FULGENCIO. Señor, la muerte del Rey,
Segun lo que enseña mi arte,
No ha sido violenta, ha sido
Natural.

BERTINALDO. Soy ignorante
En vuestra ciencia; con todo,
En un tumulto, es bien fácil...

FULGENCIO. ¿Tumulto, señor! Llegó
La noticia deplorable
De que dejaban al Príncipe
Solo muchos capitanes
Godos, y lanzó Toledo
Un grito de horror unánime.
Recorrió á pié la ciudad
El anciano venerable,
Nuestro Rey, sin consentir
Guardia que le acompañase;
Y entónces mil españoles
Fieles, de todas edades,
Con sus vidas le brindaron
Contra el rebelde pujante.

BERTINALDO. Y vinieron hasta aquí,
Persiguiéndole tenaces...

FULGENCIO. Con ruegos.

BERTINALDO. Con exigencias
De sedicioso carácter;
Y poco despues yacia
Muerto el Rey: es indudable
Que se introdujo un traidor
Entónces á envenenarle.

FULGENCIO. Pero ¿quién fué!

BERTINALDO. Si á quien fué
No se me entrega esta tarde
Antes de la hora de sexta,

Se diezman los habitantes
Que hay de vuestra casta dentro
De la ciudad.

ESCENA III.

GOSVINDA, BERTINALDO, FULGENCIO.

GOSVINDA. ¿Qué debate
Es este!

FULGENCIO. ¡Reina y señora
Mia! Con los tristes ayes
De un pueblo infeliz me acerco
A vuestras plantas reales.
Un reo nos piden. Tiempo
Dejadnos para buscarle.
Si hay un traidor, muera él;
Vivan en paz los leales.
Ya disteis á vuestro esposo
Cuenta del fatal desastre;
Aguardad á que él envíe
Su sentencia inapelable:
Será de su juicio digna,
Y de su espiritu grande.
Recordad que interrumpidos [8]
Vuestros regios esponsales,
Las galas el desposado
Necesitó desnudarse;
Y sin haber recibido
Las bendiciones nupciales,
Del tálamo se privó
Por las tiendas militares.
Ved que el nuevo Rey de España
Quizá en este mismo instante
Mueve por segunda vez
Contra el rebelde sus haces.
Más feliz que la primera,
Triunfe su regio estandarte
Con el favor que de Dios
Vuestra clemencia le gane.
Fuera triste, gran señora,
Fuera horrible ensangrentarle
Vos la página primera
De sus gloriosos anales.

GOSVINDA. No se la ensangrentaré
Con un castigo que ultraje

Su nombre; mas no penseis
Que el regicida se salve.
Muy cerca estoy de saber
Quién es.

BERTINALDO. ¡Cómo! ¿Averiguaste?...

GOSVINDA. Mucho.

FULGENCIO. ¡Oh Dios!

GOSVINDA. Ve y di á los tuyos
Que alienten.

FULGENCIO. El cielo os pague
La esperanza que me dais
Con tan propicio mensaje. (Vase.)

ESCENA IV.

BERTINALDO, GOSVINDA.

BERTINALDO. ¿Se descubre algo, en efecto!

GOSVINDA. Gundemaro, nuestro alcaide,
Más explícito conmigo
Que fué con vos ni con nadie,
Noticias me tiene dadas,
Pruebas evidentes casi.

BERTINALDO. ¿Pruebas de qué?

GOSVINDA. Anoche el Rey
Difunto, para librarse
De la turba de españoles
Que le acosaba incesante,
Se encerró en su cuarto.

BERTINALDO. Sí.

GOSVINDA. A poco de retirarse
Los españoles, oyó
Gundemaro como si álguien
Hablase al Rey; y mirando
Por el hueco de la llave,
Vió que trémulo y convulso
Peleaba por soltarse
De los brazos...

BERTINALDO. ¿De quién!

GOSVINDA. De una
Mujer, que al verle expirante,
Huyó veloz por la puerta
Oculta de aquel paraje.

BERTINALDO. ¡Una mujer!

GOSVINDA. Y, segun
La luz dejaba enterarse,
Heriberta era la furia,

En cuyas manos fatales
Pereció el Rey.

BERTINALDO. ¡Gundemaro
Dice eso!

GOSVINDA. Podeis llamarle.

BERTINALDO. ¿Cómo Heriberta ha venido
Aquí, de las baleares!

GOSVINDA. Ella nos lo explicará:
La buscan por todas partes.

BERTINALDO. ¿Sabes, Gosvinda, que fuera
Mejor que no la buscasen!

GOSVINDA. Muera quien mató.

BERTINALDO. ¡Una loca!
No hay castigo que aplicarle.

GOSVINDA. ¿Y si está en su juicio?

BERTINALDO. Atiende.
En la junta de magnates
Que se ha tenido secreta,
Sin Egilan, personajes
De mucha cuenta han querido
Que un escarmiento notable
Aterre á los españoles,
Que han principiado á inquietarse.
Reina te aclaman, con esta
Condicion irrevocable:
Para cumplirla, conviene
Que no se siga el alcance
Mucho al matador.

GOSVINDA. Primero
Es que me pongan delante
La que amarga de antemano
Mis venturas conyugales.

BERTINALDO. Te las amargan tus celos,
Que son injustificables.
Esas cartas de Heriberta,
Que por tu mal encontraste,
Fueron al Príncipe escritas
Cuando eran los dos amantes;
Y con todo, tú por ellas
La guardas odio implacable.

GOSVINDA. Se le guardo: no sé qué
Diera por apoderarme
De las que él la dirigió:
Allí viera yo, si cabe
Que, habiéndose amado tanto
Los dos, pueda aniquilarse
La inclinacion de mi esposo,

Que en férvido afan me trae.
Con sobresalto de dia
Siempre el corazon me late;
Por la noche me persigue
Una y otra hórrida imágen:
Mi muerte he soñado ya
Tres veces, las tres iguales.

BERTINALDO. ¿Crédito á sueños otorgas!

GOSVINDA. Oid el mio, y juzgadme.
Coronada, y en mi trono,
Puesto en la cumbre de Calpe,
Dosel me daban las nubes
En pabellones flotantes.
Al pié del monte, acullá
En hondura inmensurable,
Cruzaba un agrio sendero,
Cavernoso árido valle.
Por un extremo venia
La Muerte, vision gigante;
Por el otro iba Heriberta
Con la vision á encontrarse.
Cetro de ébano empuñaba
El espectro formidable:
Alzábalo, y se morian
Las águilas en el aire.
De tumbas poblaba el suelo
Su mirada fulminante;
Saltaban las rocas, hechas
Lápidas ya sepulcrales.
Llegó á la fantasma al cabo
Mi enemiga detestable,
Y un corazon le arrojó
Que echaba fuego por sangre.
Rugiendo entónces la Muerte,
Sus alas despliega y bate;
Huye, su cetro abandona,
El cetro en las manos cae
De Heriberta, y al asirle,
Prolóngase hasta tocarme
La frente: no bien la toca,
Polvo mi corona se hace;
Caigo del solio, rodando
Sus escalones de jaspe;
Rasgan las piedras del monte
Mis vestidos y mis carnes;
Voraz ensancha un abismo
Su boca para tragarme,

Y hundida en su fondo, tiento
A cada lado un cadáver.
BERTINALDO. ¿Será un pronóstico!
UNA VOZ, dentro. Sí.
GOSVINDA. ¡Gran Dios!
VOZ DENTRO. Triunfaré. Dejadme
Paso.
BERTINALDO. Esa voz...
GOSVINDA y BERTINALDO. ¡Heriberta!

ESCENA V.

HERIBERTA, GODOS, ESPAÑOLES, BERTINALDO, GOSVINDA.

GOSVINDA, aparte á Bertinaldo. La soñé con ese traje....
Con ese ademan...
BERTINALDO, aparte á su hija. Repórtate.
HERIBERTA. ¿Por qué te asusta el mirarme!
GOSVINDA. ¿Porqué en mi alcázar penetras!
¿Quién autorizó tu viaje?
HERIBERTA. Siempre en Toledo he vivido.
GOSVINDA, observando á Heriberta. ¡Mirad, mirad su semblante!
No está loca esa mujer.
HERIBERTA. Tiempo es de arrojar disfraces.
Nunca lo estuve.
BERTINALDO. ¡Ah!
GOSVINDA. ¿Porqué
Tu locura simulaste?
HERIBERTA. Por vivir.
GOSVINDA. ¿Quién á tu vida
Osó atentar!
HERIBERTA, á Bertinaldo. ¿No lo sabe?
BERTINALDO. ¿Por qué ha de saberlo!
(Aparte á Heriberta.)
Calla.
GOSVINDA. ¿Quién fué contra ti!
HERIBERTA. Tu padre,
Por ser de Egilan amigo,
Pudiera quizá informarte.
BERTINALDO. Salid todos.
HERIBERTA á Bertinaldo. Vos tambien.
BERTINALDO. Es necesario que te hable.
HERIBERTA. Despues que á la Reina yo.
BERTINALDO, aparte. Llevo mi plan adelante.
(Vanse Bertinaldo y los que salieron con Heriberta.)

ESCENA VI.

HERIBERTA, GOSVINDA.

GOSVINDA. ¿Conque así nos has burlado?
¿Así me has escarnecido!
HERIBERTA. Un Rey tienes por marido,
Gosvinda; yo te le he dado.
GOSVINDA. ¡Tú!
HERIBERTA. Justo es que me indemnice
Quien todo mi bien estraga:
Yo vengo aquí por la paga
Del sacrificio que hice.
GOSVINDA. ¿Qué pretendes!
HERIBERTA. Defender
A mi pueblo calumniado.
Se le achaca un atentado,
Que no pudo cometer.
GOSVINDA. ¿Que no pudo! Antes que emprendas
La defensa que meditas,
Vindicarte necesitas
De inculpaciones tremendas.
HERIBERTA. Lograr mi objeto presumo.
GOSVINDA. ¿Por qué no marchaste á Palma?
HERIBERTA. Faltóle valor al alma
Despues del esfuerzo sumo.
Debí al Príncipe casar
Contigo, y supe cederle;
Quise renunciar á verle;
No he podido renunciar.
GOSVINDA. Tú ¿le amas aún?
HERIBERTA. Gosvinda,
Si el Rey anciano viviera,
El, aunque anciano, dijera
Si es posible que se rinda
Al tiempo el amor que abrigo.
El de mi delirio ciego,
El de mi llanto de fuego
Fué consolador testigo.
GOSVINDA. ¡El Rey! ¿Dónde le veias!
HERIBERTA. En el convento cercano
Doble, de San Emiliano,
Que él me destinó.
GOSVINDA. ¿Solias
Venir aquí?
HERIBERTA. Bien que tuve

La llave correspondiente,
La usé un dia únicamente.

GOSVINDA. ¿Estuviste anoche!

HERIBERTA. Estuve.

GOSVINDA. ¿Para qué!

HERIBERTA. La vez postrera
Que el Rey mi albergue pisó,
De mis padres ofreció
Darme razon verdadera.
Por él anoche llamada,
Sola aquí me dirigí;
Temblando, el quicio moví
De la puerta reservada.
Pero en la cámara augusta
Entro apénas y pregunto,
Cuando el Rey, casi difunto,
Me grita con voz que asusta:
«Mis años... la conmocion...
— Huye, no te encuentren sola
Conmigo... eres española..
Muero... y odian tu nacion.
Allí (prosiguió), allí... apriesa...
Tú verás.»... Y señalaba
Una cajita que estaba
Cerca de él en una mesa.
A socorrerle acudí;
Pero de mí se apartó
Convulso: ruido sonó,
Tomé la caja y huí.

GOSVINDA. Segun lo pintas...

HERIBERTA. Lo pinto
Como sucedió.

GOSVINDA. ¿Qué habia
En la caja?

HERIBERTA. Contenia
Las cartas de Recesvinto.

GOSVINDA. ¡Cartas de mi esposo allí!
Pues ¿cómo!... De qué manera?

HERIBERTA. A fin de que el Rey pidiera
Las que al Príncipe escribí,
Le fueron por mí entregadas
Antes.

GOSVINDA. Y ¡no las cambió!
Sin duda se las negó
Recesvinto: las taimadas
Frases de tu amor vulgar
Aun leia con placer. —

Tú me las has de volver,
Y has de verlas abrasar.

HERIBERTA. La calle, cuando salí,
Estaba de gente henchida:
Por un tropel oprimida,
La caja en medio perdí.

GOSVINDA. ¡Me engañas!

HERIBERTA. Reina, si miento
Esta vez, no es con ventaja
Mia; guardaba la caja
Tambien aquel testamento,
Que tu padre sin cesar
De mil modos me pedia...

GOSVINDA. ¿De quién era?

HERIBERTA. El lo sabia,
Y yo lo debo callar.
Y á fe que excitó iras tales
Al Rey cuando se le dí,
Que perecieran sin mí
Dos vidas muy principales.
Pasó en fin la triste escena
Del Rey como dije ya:
Sin culpa mi pueblo está;
Libértesele de pena.

GOSVINDA. Aunque hartas dudas me ofusquen,
A creerte me decido
Aun hasta el haber perdido
La caja, que haré que busquen.
Consiento en mandar piadosa
Que ese proceso se corte;
Mas yo soy del Rey consorte,
Y le amo y estoy celosa.
De tu funesta beldad
Nace el mal que se me atreve:
Por la vida de tu plebe
Quiero mi tranquilidad.
Como hasta ahora te han visto
Grandes y pequeños loca,
Te has librado de la toca
De las esposas de Cristo.
Hoy es preciso que al pié
Del altar sumisa llegues,
Y esos cabellos entregues,
Que á mi pesar te dejé.
No basta, para vivir
Yo en paz, que el amante cedas;
Es preciso que no puedas

Amarle sin delinquir;
Y que al Africa te ausentes,
Donde ahoguen tu gemido
Los tigres con su rugido,
Con su silbo las serpientes.
Resuelve: la salvacion
De tu pueblo en ti descansa.

HERIBERTA. No esperé más de tu mansa
Y apacible condicion.
El edicto furibundo
Revoca; yo admito el pacto.
Dispon, ordena en el acto
Mi separacion del mundo.
Pero del claustro las leyes
Mandan á la religiosa
Que ruegue á Dios fervorosa
Cada dia por sus Reyes;
Y, para el que amé, pedir
Mercedes al Criador,
Tambien es amor, amor
Que no se puede impedir.
Soy por ese amor capaz
De rogar por ti, que fuiste,
Casi desde que naciste,
Mi enemiga pertinaz.
En fin, haz al que han unido
A tu suerte mis fatigas
Tan dichoso, que consigas
Que á mí me ponga en olvido;
Templa misericordiosa
De mi raza la opresion....
O teme la maldicion
De una rival generosa.

GOSVINDA. Teme tú que me arrepienta
Por tu audacia desmedida,
Y que esa cerviz erguida
Se doble á mi pié sangrienta.
Puedo hacerte aparecer
Del Rey envenenadora.

HERIBERTA. ¡Acusacion bienhechora,
Que te debo agradecer!
Sí: que un golpe me liberte
De siglos de atroz tormento.

GOSVINDA. No, vivirás: el convento
Castiga más que la muerte.

ESCENA VII.

GUNDEMARO, HERIBERTA, GOSVINDA.

GUNDEMARO, á Gosvinda. Perdonad, señora, tengo
Precision de hablaros.

GOSVINDA. Habla.

GUNDEMARO, aparte á Gosvinda, recatándose de Heriberta.
A una mujer encubierta
Que de aquí se retiraba,
Le quitó esta caja anoche
Un esclavo del alcázar.
(Se la enseña aparte.)
Cartas contiene del Rey
Para Heriberta.

GOSVINDA, aparte. (¡Las cartas
De Recesvinto! Por fin
Logré lo que deseaba.
Aquí estará el misterioso
Pergamino, que con ansia
Quiso recobrar mi padre,
Sin declararme la causa.)
Lleva la caja á mi cuarto,
Sin que la vean. (Vase Gundemaro.)
(A Heriberta.) Prepára
Tú ánimo: dentro de un instante
Van á llevarte á las aras,
Donde es fuerza que renuncies
A toda aficion mundana.
(Aparte.) Triunfé: quiero sin testigos
Saborear mi venganza. (Vase.)

ESCENA VIII.

HERIBERTA.

HERIBERTA. Resuelta vine á ceder
A mi patria mi vivir;
Gosvinda supo elegir
Más grande mi padecer.
Por tí, sañuda mujer,
Heriberta se destrona;
Y tú, que en la ardiente zona
Duro encierro me destinas,
Clavas en la frente espinas
A quien te dió la corona.
Clávalas: dócil ofrezco

A sus puntas ambas sienes:
No hay madre ni padre, á quienes
Angustie lo que padezco.
Sierva nací, y obedezco
La ley con que Dios contrasta
De nuestra abatida casta
La paciente resistencia. —
Muda, señor, tu sentencia:
Basta de ignominia, basta.
Sí: justo compensador,
Hará el Santo de los Santos
Que el pueblo, presa de tantos,
Se alce un dia vengador.
Temblará de su valor
La verde y la azul campaña;
Y cuando á su justa saña
Contrario llegue á faltar,
Brotará el seno del mar
Nuevos mundos para España.
Tú, que á nuestra exaltacion
Preparabas el sendero,
Recibe el adios postrero
De mi amante corazon.
En dura separacion
Nuestro amor vino á parar:
Entre los dos un altar
Y un conyugal juramento,
Aun de sí mi pensamiento
Debe tu imágen borrar.
Quédense, pues, anegadas
En la corriente del Tajo
Las ilusiones que trajo
Mi pasion acariciadas.
¡Aires de las enramadas,
Donde á Recesvinto hablé!
Cuando él, solo en ellas, dé
Por su española un suspiro,
Llevádmele á mi retiro,
Por tantos que exhalaré.

ESCENA IX.

EGILAN, GUNDEMARO, GODOS, HERIBERTA.

EGILAN, al salir. Que Fulgencio se apresure
A venir. (A Heriberta.) Jóven, jurad
Que nos diréis la verdad.

HERIBERTA. La diré sin que lo jure.
¿Qué ocurre?

EGILAN. Vos, Gundemaro,
Mirad bien esa mujer.

GUNDEMARO. La vi en el pretorio ayer
Noche: cuanto más reparo
En el aire y vestidura,
Más en mi aserto me afirmo.

HERIBERTA. Yo vuestro aserto confirmo,
Alcaide.

GUNDEMARO. Huyó con presura,
Y de su brazo pendia,
Cuando abrió para escapar...

HERIBERTA. Una caja circular.

GUNDEMARO. Lo mismo que yo decia.

HERIBERTA. Tengo á la Reina mi encuentro
Con el Rey allí explicado.

EGILAN. La Reina... nos lo ha callado.
¿Llevaba la caja dentro
Algo?

HERIBERTA. Cartas.

EGILAN. ¿Solamente
Las cartas?

HERIBERTA. Y un pergamino,
Que vos, segun imagino,
Conoceis perfectamente.

EGILAN. Decid claro lo demas.

HERIBERTA. El pergamino ministra
La muerte al que le registra.

EGILAN, á los godos. ¿Oís? (A Heriberta.) Convencida estás.
El Rey tu amor contrarió;
En su aposento has entrado
Con el rollo envenenado:
El Rey con él pereció.

HERIBERTA. ¿Con él! En poder estaba
Del Rey; pero bien sabia
El peligro que debia
Correr, si le desdoblaba.
Abreviemos la cuestion:
¿Es la Reina, mi señora,
La benigna promotora
De tan vil acusacion?

ESCENA X.

FULGENCIO, DICHOS.

FULGENCIO. Señor...
EGILAN. ¿Lograsteis que aliente
Siquiera su pecho helado?
FULGENCIO. Dios para siempre ha quitado
La corona de su frente.
EGILAN. Murió Gosvinda, Heriberta.
HERIBERTA. ¡Gosvinda!
EGILAN. Un esclavo halló
La caja, la Reina vió
El rollo fatal, y es muerta.
HERIBERTA. ¡Gran Dios! ¡Qué fin!
EGILAN. Sí, bien triste.
— Asómbrate y haz extremos,
Cuando por ti la perdemos,
Despues que al Rey muerte diste.
Declara sin dilacion,
O tormentos inauditos
Habrán de arrancarte á gritos
La horrorosa confesion.

ESCENA XI.

BERTINALDO, GODOS, DICHOS.

BERTINALDO, á los que le acompañan. En la pena con que lucha
Un padre en desgracia tal,
Aun á esa mujer fatal
Quiero ver y oir. — Escucha.
HERIBERTA. Decid. (Hablan aparte.)
BERTINALDO. Tu rostro compon
De modo que lo que oyeres
No lo conjeturen: eres
Hábil para la ficcion.
HERIBERTA. Hablad, sin más prevenir.
BERTINALDO. Gosvinda muere dichosa:
No oyó la nueva espantosa
Que acabo de recibir.
HERIBERTA. ¿Cuál!
BERTINALDO. Fiero el destino vario
Nos deja el trono desierto.
HERIBERTA. Pues ¿qué!...

BERTINALDO. Recesvinto ha muerto,
Vencido por su contrario.
HERIBERTA. ¡Ha muerto!
BERTINALDO. A los regicidas
Aquí es preciso aterrar.
Piensa que puede salvar
Tu muerte miles de vidas.
HERIBERTA. ¡Ay, mi bien!
BERTINALDO. Sangre villana
Tu madre te ha transmitido;
Pero el pecho le has bebido
A la Princesa mi hermana.
Pon el labio renitente
De la verdad al contraste;
Y si á traicion te vengaste,
Confiésalo noblemente.
(Tocan clarines dentro.)
HERIBERTA. ¿Qué suena!
BERTINALDO. Son los pregones
Con que á tu mísera raza
Nuestro poder amenaza.
Sofoca tus ambiciones;
Pues aunque del Rey quizas
No fueras la matadora,
No te has de ver sucesora
De tu víctima jamas.
HERIBERTA. Cargos me haceis convincentes,
Y eludirlos no me es dable. —
Jueces, yo soy la culpable.[10]
FULGENCIO. ¡Vos!
BERTINALDO, á los godos. Fallad ya.
HERIBERTA. Sed clementes
Conmigo en acelerar
La pena al delito junta....
— Y excusad cualquier pregunta,
Penosa de contestar.
(Vase Bertinaldo.)

ESCENA XII.

HERIBERTA, EGILAN, FULGENCIO, GUNDEMARO, GODOS.

FULGENCIO. Jueces, el entendimiento
De esta mujer está herido.
EGILAN. Ha declarado que ha sido
Su locura fingimiento.

HERIBERTA. Sí, todo se descubrió.
Respiren los toledanos,
Mis inocentes hermanos,
Y muera quien delinquió.

FULGENCIO. Jueces, ajena es del crímen
Tan noble tranquilidad.
No la creais, no; dudad,
Inquirid...

HERIBERTA. No se dirimen
Así tan graves contiendas:
Si yo no soy delincuente,
Que Fulgencio le presente,
O dé para hallarle, prendas.

EGILAN. Vana es, si no, tu fatiga.
Culpar, ó no defender. (A Fulgencio.)

FULGENCIO, aparte. (Irresistible poder
A libertarla me instiga.)

EGILAN. ¿Quién el crímen perpetró?
Habla.

HERIBERTA. ¿De qué estais perplejo?

FULGENCIO, aparte. (Ella es jóven, yo soy viejo.)
El delincuente soy yo.

EGILAN. ¡Tú!

HERIBERTA. Quien al Rey dió salud,
¿Cómo su obra destruyera!

FULGENCIO. ¿Cómo una mujer hundiera
Al Rey en el ataúd!

HERIBERTA. Por él fuí desposeida
Del bien que mi alma anheló.

FULGENCIO. El á mi estirpe negó
Una gracia merecida.

HERIBERTA. El coronó á mi rival.

FULGENCIO. Fué ingrato conmigo.

HERIBERTA. Acabe
La cuestion: yo tengo llave
De la cámara real. (Muéstrala.)

FULGENCIO. Yo tambien esta que veis. (Muéstrala.)

EGILAN. Iguales exactamente. —
Más ó ménos claramente,
Reos ambos pareceis:
Mas á tan lóbrego cáos
Dará luz el tribunal,
Castigando á cada cual
Segun merece.
(A Heriberta y Fulgencio.)
Quedaos.
(Vanse Egilan, Gundemaro y los Godos.)

ESCENA XIII.

HERIBERTA, FULGENCIO.

FULGENCIO. Heriberta, ¿qué habeis hecho!
Porque vos os acusais
Falsamente.

HERIBERTA. Vos juzgais
Mi pecho por vuestro pecho,
Y acertais. Con la advertencia,
Que me hicisteis, prevenida,
Una locura fingida
Me conservó la existencia.
Ya no hay por qué la conserve:
Soy palma sin compañero.
Murió por quien viví... muero
Tambien.

FULGENCIO. ¡Jesus!

HERIBERTA. Lloro... y hierve
Mi pecho en rubor y en ira.
Froya, un traidor, le ha vencido.

FULGENCIO. ¿Es cierto!

HERIBERTA. Pues ¿cuándo ha sido
Nueva de dolor mentira!
Quien miente soy yo. ¡Perdon,
Eterna Verdad, que ofendo!
¡Perdon de morir mintiendo!

FULGENCIO. ¿Y vuestra reputacion!

HERIBERTA. Muchas de virtud y gloria
Da sin razon la fortuna:
Que haya de ignominia alguna,
Con falsedad meritoria.
De mi vida hice un manojo
De flores, no para mí:
Faltó el dueño que les di,
Y en su tumba las arrojo,

FULGENCIO. Mi edad á su fin avanza:
Perezca yo.

HERIBERTA. No debeis.
Aun esa hija hallaréis.

FULGENCIO. Me abandonó la esperanza.

HERIBERTA. Noticias me prometió
Daros el Rey.

FULGENCIO. ¿Es verdad!
¿Es posible!

HERIBERTA. El santo abad

Ildefonso ya partió
Con otro encargo y con ese.

FULGENCIO. Y ¿qué!... Decid... ¿Se ha sabido?...

HERIBERTA. Poco tiempo ha trascurrido
Para que al Rey escribiese.

ESCENA XIV.

EGILAN, con una caja para volúmenes, HERIBERTA, FULGENCIO.

FULGENCIO. ¡Cielos!

HERIBERTA. ¿Qué nos anunciais?

EGILAN. Discurrid qué pensaremos
De los dos, cuando sabemos
El secreto que ocultais.

HERIBERTA. ¿Qué secreto!

EGILAN. ¿Reconoces
Esta caja por la tuya?

HERIBERTA. Sí.

EGILAN. Todo lo que ella incluya,
Lo habrás visto.

HERIBERTA, saca varias cartas. Sí. ¡Oh goces
Para siempre fenecidos! —
Estarán como al dejarlas
Al Rey... No puedo mirarlas,
Me trastornan los sentidos.

EGILAN. ¿Y esto!
(Presenta á Heriberta un papiro.)

HERIBERTA. ¡Letra del Rey!

FULGENCIO. ¡Del
Rey difunto letra ahí!

HERIBERTA. ¡Para esto llamada fuí!
¡Porque viera este papel
Dijo con voz ronca y tarda:
Allí, allí!

FULGENCIO. ¿Qué os escribe?

HERIBERTA. (Lee.) «Vuestra madre ya no vive,
Como afirmó Berengarda;
Víctima fué de asesinos,
Que en bárbaras correrías
Quemaron las alquerías
De los campos Numantinos.»

FULGENCIO. Allí mi esposa murió
A manos de bandoleros.

HERIBERTA. (Lee.) «Por testigos verdaderos
Ildefonso averiguó
Que, llevada con la presa

De Numancia recogida,
Te vendió, recien nacida,
Un bandido á la Princesa.»

FULGENCIO. Proseguid.

HERIBERTA (Lee.) «Ella sin padre
Te creyó, como el bandido
Supuso; no le has perdido:
Vive.»

FULGENCIO. ¡El nombre de la madre!

HERIBERTA. El de la Madre de Dios
Era el nombre de la mia!
(Dando una mirada rápida al papiro.)

FULGENCIO. ¡Era mi esposa María!

HERIBERTA. ¡Fulgencio es mi padre, vos!

FULGENCIO. ¡Hija!

HERIBERTA. ¡Padre!

EGILAN, aparte. (No, no es falso
Esto; no se conocian.)

FULGENCIO. ¡Hija adorada! Y querian
Conducírmela al cadalso.
No, jamas, no lo tolero;
Para ti no se ha de alzar
El hacha de ajusticiar;
Muera ántes el mundo entero. —
Ya veis, Duque, yo tomaba
Su defensa tan activa...

EGILAN. Porque la fuerza instintiva
De la sangre te impulsaba.

FULGENCIO. Porque supe su inocencia.
Sí, Duque; no es criminal.
Heriberta, hija, en señal
Primera de tu obediencia,
Rinde homenaje sincero
A la verdad, yo lo mando.

HERIBERTA. Y ¿qué lograré negando
Lo que sostuve primero!

EGILAN. Nada, si al punto no tratas
De acreditar lo que niegues;
Todo, si ya que no entregues
Otro reo, le delatas.

HERIBERTA. ¿Yo! Padre, vuestra cordura
Medite la condicion:
Me salva una delacion,
Es decir, una impostura.

FULGENCIO. Duque, por Dios, que atendais
A lo que dije y repito:

Yo soy autor del delito,
Yo el culpable que buscais.

EGILAN. Ya indagaron mis conjueces
La verdad, y se aclaró:
Heriberta delinquió,
Y tú inculpable apareces.
Tú entrabas por ese umbral,
Cuando el Rey ya no existia;
De allí Heriberta salia,
Y el Rey quedaba mortal.

FULGENCIO. Ved que á vuestros piés me humillo.
Yo soy el reo.

EGILAN. Levanta.

FULGENCIO. ¡No!

HERIBERTA. ¡Padre!...

EGILAN. Esa es la garganta,
Que debe herir el cuchillo.

FULGENCIO. ¡Hijo tengas, que te aflija,
Yendo á morir de este modo!
Mas no, no merece un godo
Un hijo como esta hija.

EGILAN. Si fuera hija mia, ya
Estuviera en sus entrañas
Este acero....

ESCENA XV.

GUNDEMARO, DICHOS.

GUNDEMARO. Señor...

EGILAN. ¿Qué?

GUNDEMARO. La hora del plazo es llegada.

FULGENCIO. ¡Hija infeliz!
(Gundemaro habla bajo al Duque.)

HERIBERTA. Padre mio,
Dios del infeliz se apiada:
Con la muerte que me envía,
Mis desventuras acaban.
Léjos de temerla, salgo
Con júbilo á saludarla.
Mostrar nos toca valor:
Hemos nacido en Numancia.

GUNDEMARO, aparte á Egilan. Llegan tropas, hay noticias
Opuestas de una batalla...
Jinetes en luto envueltos
Encamínanse al alcázar.

La ciudad se altera; van
A las puertas y murallas
Todos.... Tomad la sentencia
Y el rollo, y ejecutadla.
(Da al Duque un papiro y el pergamino arrollado.)

EGILAN. Que venga el Conde.
(Vase Gundemaro. Egilan lee el papiro y lo deja sobre una mesa.)

ESCENA XVI.

HERIBERTA, EGILAN, FULGENCIO.

HERIBERTA. Egilan,
Estoy pronta.

FULGENCIO. No te aparta
De mis brazos el verdugo,
Si ántes no me despedazan.

EGILAN. Pena tiene capital;
Pero sin pública infamia.
Ved. (Les muestra la sentencia.)
Puede morir aquí,
De la manera que mata:
Con este rollo.

HERIBERTA. ¡Con ese!
Vos, en la que fué mi casa,
Me dijisteis de ese escrito
Que mi destino encerraba.
Proféticas, Duque, fueron
Vuestras ambiguas palabras.

EGILAN. Yo contra tu vida entónces
Pérfido atenté sin causa;
Ya soy juez, y tú eres rea,
Por confesion voluntaria:
Perdóname generosa,
Y cumple tu suerte aciaga.

HERIBERTA. Pues me librais de que muera
Escarnecida en la plaza,
Por esa piedad, en vez
De perdon, recibid gracias.
Idólatra el numantino
Antes, con su mano airada
Fin á su vivir ponia;
Yo, numantina cristiana,
La muerte recibiré
De yerbas, dogal ó espada;

Mas no me la doy. — (A Fulgencio.) A vos
Debo la vida, cobradla.

FULGENCIO. ¡Yo de tí? ¡Yo!

HERIBERTA. Vos la diestra
Pondreis, el Duque la daga
Yo el corazon... Ese acero...

(Coge la daga al Duque, y teniéndola en la mano derecha, se lleva á los labios los dedos de la mano izquierda y pasa luégo la punta de la daga entre los dedos de dicha mano, para que el acero tome alguna humedad.)

El rollo. (El Duque se le entrega.)
Dos muertes. De ambas
Una puedo hacer... así....
Ved... así...

(Teniendo el pergamino en la mano izquierda, y la daga en la derecha, introduce la hoja del arma en él, oprimiendo el pergamino al verificar la frotacion.)

EGILAN, aparte. ¡Me aterra!

FULGENCIO. Basta:
Por levemente que hiera,
Mortal es la herida que abra.

HERIBERTA. Fuí huerfana; padre hallé,
Ver á mi madre me falta:
(Arrodillándose delante de su padre.)
Enviadme donde está,
Enviadme sin tardanza.

FULGENCIO. ¡Hija!

HERIBERTA. ¡Dios! ¡misericordia
Con esta desventurada!
Tomad. (Da la daga á Fulgencio.)

FULGENCIO. No me mires, cierra
Los ojos, vuelve la cara.

(Cubre con la mano izquierda los ojos á Heriberta, y dispónese á herir.)

Duque, yo no puedo... Vos,
Que decís que la matarais,
A ser hija vuestra, sed
Su padre. Pura y sin tacha
La perseguisteis: herid,
Ya que la juzgais culpada.

EGILAN. Pues bien, trae. (Tómale la daga.)
Pero ¿qué!
Yo tiemblo más que temblaba,
Cuando el rollo la ofrecí.
No es una mujer malvada
Esta, no. ¡Fuera el puñal!

(Arrójalo, y entra el arma por el vano de una puerta de costado, correspondiente á una pieza inmediata. Rumor confuso en ella.)

(A Fulgencio.)
Ponla de pié.

ESCENA XVII.

BERTINALDO, que sale cayendo, clavada la daga en el pecho. GODOS, que venian con él. HERIBERTA, FULGENCIO, EGILAN.

BERTINALDO. ¡Dios me valga!
(Cae á los piés de Heriberta.)
HERIBERTA, EGILAN, FULGENCIO. ¡Bertinaldo!
GODOS. Le han herido...
EGILAN. ¡He sido yo!
HERIBERTA. ¡Vírgen santa!
(Fulgencio arranca á Bertinaldo la daga. Le alzan y socorren.)
EGILAN. Tiré... no miré... (Aparte á los Godos.)
Y está
Esa hoja envenenada.
HERIBERTA. Buscad antídotos, padre.
EGILAN y GODOS. Corred.
HERIBERTA. Salvadle. (Vase Fulgencio.)
ESPAÑOLES, dentro. ¡Salvadla!
OTROS, dentro. Que nos oigan.

ESCENA XVIII.

HERIBERTA, BERTINALDO, EGILAN, GODOS.

BERTINALDO. Heriberta...
Yo muero... yo te engañaba.
¡Recesvinto vive!
HERIBERTA. ¡Vive!
BERTINALDO. Dieron los médicos... falsas
Declaraciones.
EGILAN. ¿Porqué!
HERIBERTA y GODOS. ¿Por quién!
BERTINALDO. Por mis amenazas.
EGILAN, HERIBERTA y GODOS. ¡Oh!
BERTINALDO. Dios dispuso del Rey.
EGILAN. ¡Y esta infeliz!...
BERTINALDO. Coronadla.
Es inocente.
GODOS. ¡Inocente!
BERTINALDO. Sí. La eternidad me aguarda. (Muere.)

ESCENA XIX.

RECESVINTO, con manto negro sobre la malla. Escuderos suyos, con manto negro tambien. Españoles, con trofeos, palmas y ramos de oliva. Otros españoles, vecinos de Toledo; Fulgencio y otro médico, con una arquita de medicamentos. HERIBERTA, EGILAN, GODOS, BERTINALDO, muerto.

FULGENCIO á Recesvinto. Vedlo: era en vano.
RECESVINTO. ¡Heriberta!
Por mi padre, que te amaba
Tanto como el tuyo, di...
EGILAN. Está ya justificada
Por el Conde.
GODOS. Es inocente.
FULGENCIO. Su vida sacrificaba
Por su pueblo.
EGILAN. Para ella
Reclamó el trono de España
Bertinaldo, al exhalar
Del mísero cuerpo el alma,
Y dos féretros repiten
El eco de sus palabras.
ESPAÑOLES y GODOS. ¡Viva Heriberta!
(Recesvinto estrecha la mano de Heriberta.)
FULGENCIO, alzando ojos y manos al cielo. ¡Señor!...
HERIBERTA. ¡Señor! si no me dais lágrimas
Para el placer, me dais muerte.
RECESVINTO. Egilan, mira esas palmas:
El triunfo que solemnizan,
No debe á los godos nada.
Contra mí se rebelaron
Los caudillos que mandaba,
Y á Froya me ví llevar,
Preso entre vendidas armas.
Alzaron los españoles
Mis banderas desgarradas:
Ellos á mis enemigos
Embisten, vencen, amarran,
Y á destrozar al tirano
Piden que á su frente vaya.
Recibe Froya de mí
La muerte que me aprestaba,
Perece á hierro la flor
De la Vasconia y la Galia;
Cánticos de triunfo suenan...
Mi llanto los acompaña:
La púrpura victoriosa

En luto filial se cambia.
(A Egilan.) Tú, que de ánimo español
Nunca esperaste una hazaña,
Sentencia lo que merecen
Los que de Froya te salvan.

EGILAN. Llegó el tiempo de borrar
Las distinciones de raza.

RECESVINTO. Téngase la misma ley,
Teniendo la misma patria.[11]

GODOS. ¡Sí!

EGILAN, presentando á Heriberta el rollo y el puñal.
Heriberta, yo he sido...

RECESVINTO. Responde, cual soberana.

HERIBERTA. Loca estuve... no recuerdo.
Entregad eso á las llamas.
(Toma de un soldado un ramo de oliva.)
Huya con vuelo rápido
Léjos de aquí el encono;
Paz y hermandad recíproca
Cerquen desde hoy el trono,
Y, ¡ojalá difundiéranse
Por cuanto alumbra el sol!
¡Gloria se dé al Altísimo,
Y él su favor derrame
Sobre el piadoso espíritu,
Que, roto el yugo infame,
La libertad ingénita[12]
Devuelve al español!

NOTAS.

1

HERIBERTA.

Sirve de desenlace á este drama el casamiento del rey godo Flavio Recesvinto con *Heriberta*. Segun los críticos más avisados; la esposa de Recesvinto fue la princesa *Reciberga*, á quien otros suponen mujer de Quindasvinto, padre de Recesvinto. Siendo el nombre de *Reciberga* poco á propósito para el teatro, principalmente habiendo de llevarle una princesa jóven, le he sustituido con el de *Heriberta*, que tiene las mismas vocales, colocadas en el mismo órden.

2

La escena es en Toledo, año de J. C. 653.

He supuesto que las bodas de Recesvinto y Heriberta, ó Reciberga, se verificaron en el año 653 en que falleció el Rey Quindasvinto*, porque nada hay en la historia que lo contradiga. De aquella malograda Reina solo sabemos, por el epitafio que le compuso S. Eugenio III, que habiéndose casado á la edad de quince ó diez y seis años, falleció de veintidos y ocho meses, muy llorada por su real esposo, de quién fué entrañablemente querida. El epitafio carece de fecha.

Sostienen algunos historiadores que la rebelion de Froya, único disturbio que agitó el quieto reinado de Recesvinto, ocurrió algunos años despues del fallecimiento de su padre; pero Quindasvinto murió el dia último de Setiembre ó primero de Octubre de 653; y en 17 de Diciembre del mismo año se abrió el concilio octavo de Toledo, en el cual se habla de una rebelion sofocada: esta pudo ser la de Froya, que segun Ferreras, estalló áun en vida de Quindasvinto.

3

Si hace el médico sangría, etc.

(Fuero Juzgo, libro 11.º, título 1.º, ley 6.ª Texto castellano.)

«Si algun físico sangrar algun omne libre... si muriere, metan el físico en poder de los parientes, que fagan dél lo que quisieren.»

4

Está nombrado heredero
De *Quindasvinto*.

Chindasvinto y *Chindasvindo* solemos llamar á este Rey; pero segun la eti-

* Algunos dicen que este Rey murió en 653; otros que en 652; otros que en 650. *Non nostrum tantas componere lites.*

mología del nombre y el uso de personas eruditas, debe ser *Kindasvinto* ó *Kindasüinto,* porque se compone de las dos palabras góticas *Kind* y *swinth*, que significan *poderoso en hijos*. En las ediciones de la Historia de Mariana hechas por la Real Biblioteca, en la introduccion al Fuero Juzgo publicado por la Real Academia española, y en algun otro libro, aquel nombre se ve impreso de esta manera: *Chîndasvinto.* El acento circunflejo sobre la *i* significa que la consonante doble que le precede varía de sonido, convirtiéndose la *ch* en *k* ó *q*; no pudiendo ponerse acento ni otra señal sobre dicha consonante, se ponia en la vocal inmediata. Así leemos *Simmaco* y *Antioquía* donde aparece impreso ó manuscrito *Simmâcho* y *Antiochîa*, y áun respecto de estos dos nombres y otros, tengan ó no el acento circunflejo, pronunciamos constantemente la *ch* como *k*.

El Sr. Bergnes de las Casas, traductor de la *Historia de España*, escrita en frances por Mr. Romey, escribe *Quindasvinto.*

5

Aquel pergamino, etc.

Este recurso y las situaciones á que da lugar están tomados de *La fingida Arcadia,* comedia de Calderon, Moreto y otro poeta cuyo nombre se ignora.

Antes habia empleado Lope un recurso análogo en *La boba para los otros y discreta para sí*; despues se halla usado en *La prudencia en la niñez* y otras composiciones dramáticas.

6

Esa ropa,
Digna de un galan de Aspasia, etc.

En el siglo VII era muy conocido en España el traje griego, ó por las poblaciones griegas que habia en ella, ó porque algunos españoles usaban aquel traje, como puede colegirse de estas palabras de San Isidoro en sus Etimologías; «Exotica vestis est peregrina de foris veniens, ut in Hispaniam a Graecis.»

7

El Rey difunto
Muerto de veneno yace.

(Mariana, Historia de España, libro 6.º, capítulo 8.º)

«Falleció Quindasvinto en Toledo de enfermedad, ó como otros dicen, con yerbas que le dieron.»

(Morales, Crónica general de España, libro 12.º, capítulo 28.º)

«Fallesció en Toledo de su enfermedad, y otros dicen con ponzoña.»

8

Recordad que interrumpidos
Vuestros regios esponsales,
. . . .
. . . .
Y sin haber recibido
Las bendiciones nupciales, etc.

El contrato de esponsales, esposayas ó desposorios, era entre los godos un verdadero matrimonio civil, hecho el cual, aunque podia diferirse el matrimonio sacramental hasta dos y cuatro años, los novios quedaban durante este tiempo obligados á guardarse fidelidad completa; y si el desposado se casaba

clandestinamente con otra, ó la desposada perdia su honor, ambos eran castigados con la pena de los adúlteros. Así Gosvinda, aunque áun no hubiese recibido las bendiciones de la Iglesia, era ya consorte de Recesvinto, por haberse desposado con él, recibiendo el anillo y el beso. Véase el Fuero Juzgo, libro 3º.

9

Brotará el seno de mar
Nuevos mundos para España.

Heriberta, que habia estudiado los autores latinos, recordaria el famoso vaticinio hecho por Séneca en su *Medea*.

Venient annis secula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

10

Soy la culpable.

La noble ficcion de Heriberta, la causa que la motiva y la competencia entre Heriberta y Fulgencio, están imitadas de la *Jerusalen* del Taso, canto 2.º Hay sobre aquel asunto una tragedia alemana del Baron de Cronegk y un drama de Mercier, ambas obras con el título de *Olinto y Sofronia*. En la comedia de Calderon *Fineza contra fineza* se halla tambien una imitacion de ese bello episodio del Taso.

11

Téngase la misma ley,
Teniendo la misma patria.

(Fuero Juzgo, libro 3.º, título 1.º, ley 1.ª Texto vulgar.)

«Tollemos nós la ley antigua, é ponemos otra meyor: establescemos por esta ley, que ha de valer por siempre, que la mujier romana pueda casar con omne godo, é la mujier godo puede casar con omne romano.»

Romano significaba en esta ley *español.*

Lardizábal en la introduccion al Fuero Juzgo, impreso el año de 1815 por la Real Academia Española, dice: «Siguiendo Recesvinto el ejemplo y máximas de su padre... para introducir la union é igualdad entre las dos naciones de godos y romanos que componian la monarquía, comprendiendo bajo el nombre de *romanos* á los *españoles,* como se debe entender que se comprenden en las leyes, volvió á prohibir el uso de las leyes romanas en toda la extension de la monarquía.»

Salvá en su Diccionario dice: *Romano* significaba antiguamente *español,* en contraposicion á *godo.*

12

La libertad ingénita
Devuelve al español.

(Fuero Juzgo, libro 3.º, título 1.º, ley 2.ª Texto latino.)

«Nec parum exultare debet libertas ingenita, quum fractas vires habuerit priscae legis absoluta sententia... Sancimus ut tam gotus romanam, quam etiam gotam romanus... facultas eis nubendi subjaceat.



UN SI Y UN NO,

COMEDIA,

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE, A 18 DE FEBRERO DE 1854.

. . . . . . Los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel, suman. . . Segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda.
MORATIN, en su comedia *El Baron*,
acto II, escena VI.

PERSONAS.

PILAR.
GARCÍA.
DON MÁRCOS.
FLORENCIO.
DOÑA GREGORIA.

La escena es en una casa de huéspedes, en Madrid, año 1853.

El teatro representará una sala con cinco puertas, dos á cada lado, y una en el fondo. La habitacion de Pilar y la de García están á la derecha del espectador; á la izquierda, la de Florencio y la que desde el acto segundo ocupa don Márcos. La puerta del centro deja ver un pasillo, con el cual comunican el cuarto de Pilar y otros á la derecha; el pasillo, por el lado opuesto, conduce á la calle.

Mueblaje decente: un armario pequeño de dos cuerpos, con puertecillas en el superior, y cajones en el de abajo. Una mesa, sillas, un espejo, etc.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

PILAR, DOÑA GREGORIA.

Pilar aparece bordando una pechera de camisa, puesta en un bastidor á propósito. Pasan algunos instantes de silencio, durante los cuales doña Gregoria mira y arregla los trastos de la sala.

DOÑA GREGORIA. Ni en mi cuarto ni aquí la encuentro, Pilar.

PILAR. No se canse usted más en buscarla, doña Gregoria.

DOÑA GREGORIA. Yo misma la recibí del cartero. No sé dónde puedo haberla escondido. Una distraccion de las mias.

PILAR. ¿Está usted segura de que la tal carta era para mí?

DOÑA GREGORIA. A doña María del Pilar Villaurrutia decia el sóbre, calle de la Estrella, número 23, cuarto principal, habitacion de huéspedes. En esta casa no hay más Pilar que usted.

PILAR. Pues no sé de quién pueda venir. A mí nadie me escribe.

DOÑA GREGORIA. Algun antiguo conocimiento de su padre de usted. El era muy rico, ¿verdad?

PILAR. Muy rico no; pero cuando vino á Madrid, contaba con cincuenta mil duros para mi dote.

DOÑA GREGORIA. Y ¿todo lo perdieron ustedes!

PILAR. Lances de fortuna, doña Gregoria. Un millon poseíamos, en billetes de banco por cierto; y, al morir mi padre... haga usted cuenta que ni un maravedí nos quedó. Habia una deuda, que importaba más de otro tanto; era mi padre muy hombre de bien, y quiso pagarla.

DOÑA GREGORIA. Ya. Debiendo... y teniendo conciencia... No tenia conciencia de huésped su padre de usted. Si me

hubieran pagado á mí todos los que me han debido hospedaje, ya hubiera dejado este ejercicio tan afanoso. Bien que ahora con ustedes tres, mucho me duren, estoy en la gloria.

PILAR. Temo que se va á quedar usted pronto sin uno.

DOÑA GREGORIA. ¿Don Pablo tal vez!

PILAR. No, señora, Florencio.

DOÑA GREGORIA. ¡Adios! Habrán ustedes vuelto á reñir.

PILAR. Con más fuerza que la otra mañana.

DOÑA GREGORIA. ¿Rompimiento formal!

PILAR. Poco ménos.

DOÑA GREGORIA. Y ¿con qué motivo?

PILAR. Con el de siempre. Estábamos solos. Rabia Florencio por conversar á solas conmigo. Principió á ponderarme su afecto con unas razones tan sin razon... Me habló de las doce tablas de la ley, que yo no sabia que pasasen de dos; me citó las *Novelas* de Justiniano, que estudió en la Universidad, asombrándome yo de que allí hubiese cátedra de novelas; y me dijo por fin que ya tenia en su poder el título de licenciado en jurisprudencia. Todo esto sin dejarme dar aquí una puntada, porque trae tal desasosiego cuando está cerca de mi silla, que si no me enfado, no hay forma de averiguarme con él. «Florencio, le dije, permítame usted concluir el bordado de esta pechera; que es para un novio, y la está esperando la oficiala que ha de hacer la camisa. — Yo no quiero que borde usted sino para mí. — ¿Tiene usted licencia ya de su padre para contraer matrimonio? — ¡Matrimonio! replicó entónces con un gestillo de probar acerolas verdes; con tan poca edad, y sin haber defendido un pleito, ¿cómo quiere usted que me arriesgue á casarme! — Y ¿cómo quiere usted que entre tanto le oiga yo hablar de novelas que no paran en boda!» — Se picó, me llamó exigente, le exigí que se retirara, se marchó trinando á su habitacion, y seguí mi tarea; he roto una docena de agujas, y creo haberme dado cien punzadas en este dedo.

DOÑA GREGORIA. Pilar, don Florencio nunca ha pensado en ser esposo de usted.

PILAR. Dias hace que lo sospecho.

DOÑA GREGORIA. ¿Por qué diantre quiere usted á ese títere!

PILAR. ¿Qué sé yo por qué le quiero, señora! Porque no debiera quererle, por eso quizá. El áun no ha cumplido veinticinco años; yo voy caminando á los veintisiete; él es un muchacho elegante, que frecuenta las tertulias de Madrid más lucidas; yo, desde que la pérdida de mi padre me dejó huérfana, de vivir entre costureras y tenderos, me he convertido en una especie de modistilla groseruela y sin aprension. Su padre está bien; yo del mio no heredé sino tentaciones. El,

que ya es abogado, puede aspirar á los destinos más principales; mi bastidor es mi hacienda y mi única esperanza para lo sucesivo. ¿Cuánto le parece á usted que me pagan por esta pechera, doña Gregoria!

DOÑA GREGORIA. Veinticinco duros lleva por ellas el comerciante; le dará veinte napoleones á usted.

PILAR. ¡Veinte! Doce; y me cuesta un mes de trabajo, á catorce horas de tarea diaria, de cuyas resultas ya la vista se me va resintiendo. Compare usted mi situacion con la de mi... con la de ese hombre.

DOÑA GREGORIA. Quien debe compararla es usted. Pero Dios mejora sus horas, Pilar. Si se marcha Florencio... Es un huésped que paga bien; sentiria perderle; sin embargo, todavía sintiera más la fuga del otro. Si Florencio levanta el campo, no hay que afligirse: á pollo muerto, gallo vivo. Ahí queda el bueno de don Pablo García, que, sin ponderacion, adora en usted.

PILAR. ¡García! Pues nunca me ha dicho...

DOÑA GREGORIA. Como ve que el otro es quien priva... Y él, que no peca de temerario... Soldado fué; pero lo que tiene de emprendedor Florencito, lo tiene García de respetuoso y atento. Ha servido muy bien á su país en las armas, y le sirve en las letras.

PILAR. Es un hábil calígrafo .. sujeto muy honrado y juicioso... como que no es ya ningun muchachuelo.

DOÑA GREGORIA. Treinta y ocho años cuenta: me parece que para usted...

PILAR. Sí, comprendo. Para mí, que he salido ya de minoría, mejor fuera un hombre de más edad que yo, que uno de ménos.

DOÑA GREGORIA. Como nuestros apreciadores afirman que desmerecemos tanto en sumando los cinco cincos... Bien que usted apénas representa veinte años, y cada dia tiene más gusto para acicalarse.

PILAR. Más gusto no, más necesidad sí. Por eso gasto ahora doble tiempo que ántes, y doble dinero, en componerme y vestirme.

DOÑA GREGORIA. Y con ese cuerpo tan lindo, lo luce usted, que da gozo verla. Ayer la contemplaba á usted García desde su balcon...

PILAR. ¿Ayer!

DOÑA GREGORIA. Siempre que sale usted á cualquier diligencia. La seguia con los ojos miéntras iba usted calle arriba, tan embelesado y tan contento el pobre, que no se pudo contener al fin sin decirme: «Doña Gregoria, mire usted ¿con qué garbo y qué señorío va Pilar por aquella acera! Agil sin desgarro, derecha sin tiesura...»

Pilar. ¡Derecha! Sí, buen trabajo me va costando.

Doña Gregoria. ¿Qué dice usted!

Pilar. ¿Cómo quiere usted que se conserve derecha una mujer, plegada todo el dia sobre los banzos del bastidor? Crea usted que si deseo mudar pronto de estado, es principalmente por el miedo terrible de que, siguiendo algunos años amarrada á este pícaro trasto, no me libro de una corcova.

Doña Gregoria. Pues, hija, don Pablo suspira por usted en silencio, y aunque no es mucho lo que gana extendiendo títulos y enseñando primeras letras, puede mantener con decencia á su esposa; fuera de que, el dia ménos pensado, le colocarán por influjo de ese consejero, á quien da lecciones de ortografía. Determínese usted por él, y conservará sin curva la espalda.

Pilar. Primero es que él se determine á manifestarnos su pensamiento.

Doña Gregoria. ¿Y si llega el caso?

Pilar. Ya veré. No estoy ahora pará decir...

Doña Gregoria. Los once años que García le lleva á usted ¿no le costarán un desaire!

Pilar. ¡Me traen á la memoria un lance tan raro esos once años de diferencia!...

Doña Gregoria. ¿Qué lance?

Pilar. La historia de mi primer amor viene á ser.

Doña Gregoria. ¿Sí? Refiérala usted.

Pilar. Cuando murió mi padre, vivíamos junto á las Calatravas, en un cuarto bajo. Dos años ántes de aquel desgraciado acontecimiento, que contaba yo trece, un dia de fiesta por la tarde me senté á la reja; y entreabriendo unas cortinillas de tafetan, me puse á mirar á los que bajaban al Prado. De pronto me ocurrió decir para mí: «Yo, si Dios no dispone otra cosa, me casaré el dia de mañana: voy á ver, de los jovencitos que pasan, cuál me gusta para marido.»

Doña Gregoria. Con tiempo lo tomaba usted.

Pilar. Lo mismo que si pudiese escoger esposo á la manera que elige sultana el emperador de los turcos, empecé á observar á cada cristiano transeunte, poniéndoles faltas á casi todos. El uno era feo, el otro desgarbado, este parecia un hortera, aquel un aprendicillo de barbero. Pasó en fin por medio de la calle un airoso jóven en un caballo chiquito perla; y apénas le vi, solté las cortinas y me quité de la ventana diciendo: «Aquel, no veo más.» Figurábame yo que mi preferido seria un muchacho de quince años á lo sumo; en los periódicos del dia siguiente leí que, cerca de la ermita del Angel, un caballo perla habia derribado y muerto al jinete...

Doña Gregoria. ¡Pobre criatura!

Pilar. Criatura de veinticuatro años, segun los perió-cos.

Doña Gregoria. ¡Ay, Jesus!

Pilar. De trece á veinticuatro van once. Como la calle Alcalá es harto espaciosa, engañada yo por la distancia, bia elegido un novio que me doblaba casi la edad. Con-ere usted ¡qué feliz y durable fué mi primera eleccion!

ESCENA II.

FLORENCIO, de bata; PILAR, DOÑA GREGORIA.

Florencio. Doña Gregoria, ¿me hace usted el obsequio mandar que aseguren con dos puntadas esta presilla?

(Señalando una de la bata.)

Doña Gregoria. ¿Por qué no! — (Llamando.) ¡Sinforosa!

Florencio, aparte. Aun dura su enojo, segun las señas.

Doña Gregoria. ¡Sinforosa! — ¡Esta maña de no respon-rme!

Pilar. Si es sorda la pobre.

Doña Gregoria. Siempre se me olvida. Una de mis dis-acciones. Voy á llamarla.

Pilar, á Florencio. Lléguese usted aquí, si gusta.

Florencio. Gracias, Pilar. ¡Siento yo tanto que usted se comode!...

Pilar. Yo no me incomodo... cuando se trata de peque-eces. (Toma otra aguja, y sin levantarse, cose la presilla.)

Doña Gregoria, aparte, retirándose. Paso de reconciliacion e prepara. Me convenzo de que hace bien en callar el pobre alígrafo.

(Vase.)

ESCENA III.

PILAR, FLORENCIO.

Florencio. Pilarcita... Alce usted los ojos á mirarme, ilar.

Pilar. Déjeme usted ver lo que hago, señor.

Florencio, aparte. (¡Qué hermosos cabellos! ¡Qué pre-iosas manos, blancas á la par de la nieve!) ¡Adorada mia! l querer abrazarla, se clava la aguja con que Pilar estaba cosiendo.) ¡Ay!

Pilar. ¡A quién le ocurre, cuando estoy con la aguja en mano!... ¿Se ha hecho usted mucho mal?

FLORENCIO. No. ¿Qué! (Aparte. ¡Diantre!)

PILAR. Está usted servido.

FLORENCIO. Pilarcita, yo venia á justificarme con usted.

PILAR. A ver cómo.

FLORENCIO. Usted exige que dé cuenta de nuestro amor á mi padre.

PILAR. O que no vivamos tan cerca.

FLORENCIO. Pues bien, hoy mismo saldré de Madrid á impetrar su consentimiento.

PILAR. ¿Hoy, dice usted!

FLORENCIO. Esta tarde á las seis, en el correo de la Mala.

PILAR. ¡Mala! No promete cosa buena ese nombre.

FLORENCIO. ¡Preocupacion! A las cuatro de la madrugada se llega á la venta de Juanilla; tomando caballerías allí ó en Santo Tomé de Pié del Puerto, á las dos horas ó dos y media sorprendemos á mi padre en Riaza.

PILAR. ¡Sorprendemos! ¿Quién va con usted á la tal sorpresa!

FLORENCIO. Quien destruirá, quien desvanecerá con su encantadora presencia las dificultades que mi padre pudiera oponer á mi dicha. Usted.

PILAR. ¡Yo, Florencio! ¡Yo, de noche, sola con usted en un carruaje, y más sola despues por esos caminos! A una mujer á quien se aprecia, no se hace semejànte proposicion.

FLORENCIO. Una mujer que ama debe admitirla.

PILAR. Una mujer que ame puede no saber tenerse á caballo. Eso me pasa: con que el tal viaje no es para mí. Hágale usted solo, emplee con su padre todos los recursos de la oratoria que tiene aprendida, y vea de ganar la primera causa que toma á su cargo. Aunque es de pobre, no me parece injusta.

FLORENCIO. ¿Se burla usted de mí, Pilar!

PILAR. ¿Pretende usted burlarme, Florencio!

FLORENCIO. Mire usted que si declaro á mi padre que su futura nuera es una bordadora, mi pretension no será muy bien acogida. Viéndola á usted, viéndola tan hermosa y amable, él, un labriego de capa burda, no sabrá negarme su bendicion.

PILAR. Yo no debo ir á solicitarla en persona; la bordadora tiene mucha presuncion para eso.

FLORENCIO. Pilar, ó me acompaña usted, ó parto, y no vuelvo.

PILAR. ¡Dios mio!

FLORENCIO. Decídase usted, y sea pronto.

PILAR. Florencio, me trata usted como á una infeliz menestrala. Eso soy; pero acuérdese usted de que no siempre lo he sido.

FLORENCIO. Si cabalmente aspiro á que vuelva usted á ser lo que fué.

PILAR. Pero salir de Madrid así... Y sin haber despachado aún mi labor... Voy á concluirla en un instante... Despues...

ESCENA IV.

GARCIA; PILAR, FLORENCIO.

GARCIA. Señor don Florencio... — Con licencia de usted, Pilarcita.

FLORENCIO. ¿Qué hay, señor don Pablo?

GARCIA. Tengo que dar á usted una noticia muy agradable.

FLORENCIO. ¡Oiga!

GARCIA. Su padre de usted ¿no se llama don Márcos?

FLORENCIO. Márcos Mauricio.

GARCIA. Vecino de Riaza, labrador acomodado, miembro de varias sociedades mineras...

FLORENCIO. Sí, señor. Y bien, ¿qué?

GARCIA. En una de las diligencias Peninsulares llega hoy á Madrid.

PILAR. ¡Qué dice usted!

FLORENCIO. ¡Mi padre! ¡Cómo!... Pues... ¿á qué viene!

PILAR, aparte. Dios le conduce.

GARCIA. ¿A qué ha de venir, sino á dar un abrazo á su hijo, que ha terminado su carrera brillantemente? Esto dijo ayer á un camarada mio, que estaba como él aguardando la diligencia en el parador de Juanilla. Mi camarada, de quien acabo ahora de separarme en la Administracion, tomó el primer coche; su padre de usted pensaba ocupar un asiento en el otro. No han venido juntos, porque el señor don Márcos tenia que visitar no sé qué personas en Villarejo ó Rosuero.

FLORENCIO. Labradores olvidadizos, que estarán debiéndonos la renta.

PILAR. Florencio proyectaba salir hoy de Madrid, para ver á su padre; ya no necesita moverse.

FLORENCIO. En efecto, se frustró mi propósito.

PILAR, levantándose. ¡Gracias á Dios!

FLORENCIO. ¿Qué!

PILAR. Que despaché mi labor... y voy á entregarla. (Quita del bastidor el bordado.) Supongo que su padre de usted vendrá aquí de huésped.

GARCIA. Es natural: hay habitaciones desocupadas.

FLORENCIO, con amarga ironía. Sí, se arregla bien todo.

PILAR. Se ha quedado usted frio con la noticia que ha

traido el señor. ¡Qué hijo tan poco amoroso para con su padre! ¡Si viera yo entrar por esas puertas al mio!...

FLORENCIO, volviéndose á García. ¿No le ha dicho á usted su camarada alguna otra cosa?

GARCIA. Me ha contado un desastre que acaba de suceder en aquella carrera.

PILAR. No está por aquí mi pañuelo... Sacaré otro del armario. (Abre con llave un cajon del armario, saca un pañuelo y lo desdobla.)

FLORENCIO. ¿Cuál ha sido el suceso?

GARCIA. Parece que un aventurero sedujo con palabra de matrimonio, y robó de la casa paterna estos dias, á una señorita de Búrgos... (Pilar, que iba á echar la llave al cajon, lo deja solamente encajado, y se acerca á García, llena de curiosa inquietud.) La abandonó luégo en una posada; y la infeliz jóven, caminando sola y á pié en medio de una noche oscurísima, cayó en un precipicio, y á estas horas habrá muerto del golpe.

PILAR. ¡Qué horror!

FLORENCIO. Desgracia ha sido, seguramente.

PILAR, con doble intencion. Peligrosa es la carrera de la Mala, Florencio. Traiga Dios con bien á su padre de usted. (Pone la pechera en el pañuelo, que ata por las puntas, y se va á su cuarto. Luégo, por la puerta del fondo, se la ve cruzar el pasillo, ya con mantilla, para salir de casa. En la mano lleva el pañuelo con el bordado.)

ESCENA V.

GARCIA, FLORENCIO.

FLORENCIO. ¿Qué tardará en llegar esa diligencia?

GARCIA. Sobre una hora.

FLORENCIO. Iré dentro de un rato á esperar á mi padre. — Amigo, se ha lucido usted en la portada que ha dibujado para el álbum de Isabelita.

GARCIA. ¿Ha visto usted el álbum de la señorita Valdáriz!

FLORENCIO. Conozco á esa niña y al Consejero, su tio y tutor, aunque no visito su casa. Quién allí manda en jefe es usted.

GARCIA. Don Luis y su pupila me aprecian: hace mucho tiempo que nos tratamos.

FLORENCIO. Ayer le tuvieron á usted á su mesa.

GARCIA. Fué el cumpleaños de Isabelita.

FLORENCIO. Me han asegurado que don Luis trata de casarlos á ustedes.

GARCIA. Ni ella ni yo sabemos palabra.

FLORENCIO. Con pocas puede arreglarse el asunto. Isabel es amable y su dote crecido.

GARCIA. No soy de los que idolatran en el dinero.

FLORENCIO. Pues mire usted, se comprende bien ese linaje de idolatría. Discurriendo positivamente, lo único apreciable, lo único útil, lo único bueno que hay en este mundo es el dinero.

GARCIA. ¿Y la virtud? ¿Y el honor? ¿Y el saber?...

FLORENCIO. La virtud, el honor y el saber sin dinero son atropellados y escarnecidos por el dinero sin honor, sin saber ni virtud: así, pues, aunque no sea más que para la natural defensa, el virtuoso, el honrado y el sabio tienen absoluta necesidad de dinero, de mucho dinero.

GARCIA. El hombre de bien, como junte para vivir, no necesita más.

FLORENCIO. El que solo tiene para vivir, es pobre; y el pobre, por muchas virtudes que posea, no deja de ser un ente inmoral.

GARCIA. ¿Está usted en su juicio! Pues el pobre virtuoso ¿á quién da mal ejemplo!

FLORENCIO. Á cuantos amen la virtud, sin amar la indigencia. Ponga usted á un muchacho á la cabecera de un hombre de bien que se muere de hambre, y diga usted á la criatura que aprenda del moribundo á ser bueno: ¿qué responderá el chico! «Yo seré un santo; pero quiero comer.» Pues ese niño es la fiel imágen del género humano, tal como existe en la actual sociedad. La virtud, en coche y con brillantes, alienta á seguirla; descalza y con andrajos, á nadie enamora.

GARCIA. Señor don Florencio Pascuaflorida, usted es licenciado de universidad, y yo del ejército. Usted ha aprendido á sostener con razones, ó cosa que se les parezca, una opinion, buena ó mala, y yo no; pero escúcheme usted una historia, no ajena del caso. En Alhama, la de Aragon, el año 1839, compartian el modesto albergue de una viuda anciana dos forasteros, que habian ido allí á tomar las aguas medicinales; el uno tenia con la viuda algun parentesco, y era persona acaudalada, sin más dolencia que un exceso de robustez; el otro era un huérfano de pocos medios y endeble salud. Salteó una gavilla de bandidos el pueblo; robó y quiso matar á los dos huéspedes de la anciana; dos hijos de ella, el uno muy honrado, el otro un perdido, valientes ambos, los defendieron á todo trance, y arriesgándose mucho, les salvaron la vida. Repúsose con aquellas aguas el huérfano; se celebró entónces un sorteo de quinta, y cayó soldado el hijo bueno de la patrona. Era aquel jóven el sosten de su madre, porque del otro no tenia que esperar más que pesadumbres y trampas. Acudió la madre á su deudo, pidiéndole prestada una cantidad para tomar un sustituto por el buen hijo; contestó el pariente que no habia necesidad de dinero ni sustituto, porque él daria

eficaces consejos al hijo malo, á fin de que se portara bien con su madre miéntras el bueno llevaba el fusil. El otro huésped, sin dar ni pedir consejos á nadie, se presentó por suplente del quinto, y sirvió siete años por él. Dígame usted, señor don Florencio: ¿ejerceria nocivo influjo la conducta de aquel muchacho!

FLORENCIO. Hombre...

GARCIA. ¿Qué le fué más beneficioso á la viuda? ¿tener derecho al amparo de un rico, ó haber merecido el agradecimiento de un pobre? ¿Cuál de los dos quisiera usted ser? ¿el pariente, ó el huérfano?

FLORENCIO. ¿Qué renta anual disfrutaba el pariente?

GARCIA. No bajaria de cincuenta mil reales.

FLORENCIO. Esos quisiera yo, para excusarme de escribir pedimentos. Pero, hallándome en lugar del ricote, hubiera sacado del apuro á la viuda. Ya ve usted que ni soy avaro ni muy ambicioso.

GARCIA. A la verdad, cuando usted pretende á una bordadora...

FLORENCIO. Esa es harina de otro costal. Pilar me gusta mucho; pero...

GARCIA. ¿Pero qué!...

FLORENCIO. Aun soy menor... áun no estoy casado.

GARCIA. ¿Qué quiere usted decir!

FLORENCIO. Que dependo todavía de mi padre... y que voy á aviarme para recibirle. (Vase.)

ESCENA VI.

GARCIA.

GARCIA. ¿Qué piensa este hombre! Tanto calor al hablar de dinero, y tanta indiferencia al tratarse de sus amores, ¿qué dan á entender? ¿Que le devora la sed del oro, y que sus pretensiones con Pilar son poco legítimas? Y ¿por qué he de maliciar del prójimo? Esa indiferencia será afectada; el amor es padre del disimulo: yo me precio de franco, y estoy encubriendo mi amor desde que vi á Pilar: de modo que Florencio me supone galan de Isabel. — Sí, ella y su tutor estiman al hombre que, á fuerza de ahorros, les ha pagado los mil duros que les estafó el hijo malo de mi patrona; pero nuestras amistades no van más allá. Extinguida por fin la deuda, viviré con algun desahogo: esta circunstancia y ese lenguaje de mi competidor justifican la resolucion que anoche formé. Tengo escrita la carta en que me declaro: ¿dónde estaria bien para que la hallase Pilar? ¿Allá dentro? ¡Ah! se ha dejado puesta la llave de este armario. Ningun sitio mejor. (Tira del cajon.)

En el cajon echaré la carta. (La busca en el bolsillo.) Pero ¿dónde la tengo? Pues yo jurara que la traia en este bolsillo. (Saca de él varios papeles.) No doy con ella.

ESCENA VII.

FLORENCIO, en traje de calle; GARCIA.

FLORENCIO, aparte, al salir. ¡Calla! El armario de Pilar está abierto. ¿Qué hace nuestro insigne calígrafo delante de él!

(Quédase á la puerta de su habitacion, observando á García.)

GARCIA, sin ver á Florencio. Me la he dejado encima de mi pupitre.

(Empuja el cajon, y se va á su cuarto.)

ESCENA VIII.

FLORENCIO.

FLORENCIO. Cerró y se fué. Abrir, no le he visto: ¿encontraria abierto el cajon? ¿Qué! No. Pilar dejó el cajon embebido en su hueco. Hubo de aturdirse con la catástrofe de la dama de Búrgos, y se le olvidó quitar de ahí la llave: lógicamente se deduce que abrió García. Y ¿cómo ese mosquita muerta se atreve!... Porque él no es curioso... ni quiere á Pilar. El le hizo un regalo por año nuevo: ¿habrá querido sorprenderla con otro? Veamos. (Tira del cajon y lo mira.) Bien sospeché. Dos cajas de carton hallo aquí. (Saca una.) Un pañuelo hay en esta. Yo no he visto á Pilar con este pañuelo: se deduce lógicamente que García acaba de poner en el cajon esta caja. (La coloca en su sitio, y saca otra.) Y esta menor ¿qué tendrá? (La destapa, y saca unos papeles cogidos con una faja por en medio.) ¡Santa Rita! ¡abogada de los imposibles! ¡Billetes de banco! No da tanto de sí la caligrafía: esto no lo ha visto don Pablo en su cofre... ni aquí... (Hojea los billetes con ansia.) Cuatro mil... cuatro mil... cuatro mil... Son muchísimos. En la faja dice... (Lee.) «Herencia que me dejó mi padre: un millon de reales en doscientos cincuenta billetes. Pilar Villaurrutia.» Es su letra, es su firma, ¡es poseedora de un millon! Cerremos, no me vean. (Impele el cajon.) No entra el cajon. (Cierra de golpe.) ¡Qué estrépito armé! (Huye hácia su cuarto; luego vuelve al medio de la sala.) Nadie... nadie. — Un tesoro es esta muchacha. Por cierto que si me descuido, me quedo sin él; gracias á que ella se ha descuidado. A don Pablo decia yo que me contentaba con cincuenta mil reales de renta; un millon, solo al seis, rinde sesenta mil, y puede producir el doble. Ahora va de veras. ¡Oh! sí, sí! Pilar es mi esposa. — Pero ¿cómo callaba

esto, señor! — Quisiera discurrir tranquilo, y no acierto. — Heredar un millon, y trabajar ella cual si lo necesitara para comer, es altamente contradictorio. ¡Necio de mí! Es que ha recobrado la tal herencia estos dias... y ha querido hacer conmigo una prueba. Por eso me hablaba con tanto brío, por eso insistia de aquel modo en que pidiese la licencia á mi padre. Voy volando por ella. (Vase.)

ESCENA IX.

GARCIA, con una carta.

GARCIA. Ni encima ni dentro del pupitre tenia la carta, la tenia conmigo. Aquí sobre el corazon la traia guardada, y ¡él sin decírmelo! ¡Tierna y fiel expresion de un cariño, tantos años oculto, Dios te proteja! La colocaré sobre... (Tira del cajon.) ¡Qué veo! Esta cajita no estaba así. (La saca: está abierta y vacía.) Se volcaria cuando cerré; se levantó la tapa, y se salieron estos papeles. (Los toma y mira.) Pero... ¡son billetes! ¡Dinero aquí! Y ¡yo lo he tocado!... (Pone la caja en el cajon.) ¡Eh? ¿Qué dice este letrero! (Lee el de la faja.) «Herencia que me dejaba mi padre: ¡un millon!...» ¡Cielos! Pilar es rica. No hay duda; lo firma ella. Esto es un caudal; este caudal es suyo; esta mujer no es para mí. — La herencia á su sitio. (Coloca los billetes en la caja, y la cierra.) La carta... No, ya no pongo ahí la carta.

ESCENA X.

PILAR; GARCIA.

PILAR. ¡García!

GARCIA. ¡Oh Dios! (Cáesele al suelo la carta.)

PILAR. ¿Qué estaba usted haciendo en mi armario!

GARCIA. Nada, señora, nada ya.

PILAR. Ese papel que ha dejado usted caer en el suelo, ¿es mio?

GARCIA. No es de nadie, no es nada. (Lo hace pedazos.)

PILAR. ¿A qué viene el rasgarlo!

GARCIA. Era un papel inútil.

PILAR. ¿Ha registrado usted este cajon, García?

GARCIA. Pilar... Sí.

PILAR. ¿Sabe usted lo que contiene esta caja? (Mostrándosela).

GARCIA. Lo sé; no puedo negarlo.

PILAR. ¿Por qué ha hecho usted eso, García!

GARCIA. El por qué, lo reservo. Lo que declaro es que he hecho muy mal, y me pesa en el alma.

PILAR. Con una confesion así, ya no debo reñirle á usted; tendré, sí, que rogarle.

GARCIA. ¿A mí, Pilar! Si me pidiera usted la vida, se la diera con gusto.

PILAR. Eso fuera quedarme yo sin un amigo, á quien estimaba mucho hasta hoy.

GARCIA. ¡Oh! si hay algun medio para que yo conserve su estimacion de usted, indíquemelo, por difícil que sea.

PILAR. Usted sabe ya que existe en mi poder un millon de reales en billetes de banco, secreto que he conservado hasta ahora cuidadosamente, por motivos de que enteraré á usted, no en este momento, en que me tiene usted un poco enfadada; pero sí cuando el mal humor se me haya pasado. (Cierra el cajon. Al volver la cabeza, sorprende á Garcia en un ademan de vivo dolor; visto lo cual, suaviza ella el tono de su lenguaje.) Aun miéntras pasa, ya ve usted que no me impide hablarle con la templanza de la indulgencia.

GARCIA. ¡Divina criatura!

PILAR. Pues este secreto, de que ya participa usted, ha de continuar tan ignorado de todo el mundo como cuando le poseia yo sola.

GARCIA. Bien, Pilar, bien.

PILAR. ¿Me promete usted callarlo religiosamente?

GARCIA. Lo juro. Fie usted de mí.

PILAR. ¿A fe de soldado?

GARCIA. A fe de hombre de bien.

PILAR. Contando con ello, porque los hombres de bien no han de ser curiosos ni parlanchines, me doy por desenojada, y ahí va mi mano de amiga.

GARCIA. Pilar, es usted un ángel.

PILAR. ¡Angel que borda! Angelito de aguja y dedal.

ESCENA XI.

DOÑA GREGORIA; PILAR, GARCIA.

DOÑA GREGORIA. ¡Hola, hola! ¿A las manos han llegado ustedes! ¡Bueno va!

PILAR. No va como á usted le parece, doña Gregoria.

GARCIA. No forme usted juicios temerarios, por Dios.

DOÑA GREGORIA. Ello dirá. — (A Pilar.) Lo que yo venia á decir á usted es que la criada tampoco me da razon de esa bendita carta. ¿La ha visto usted por ahí, García?

GARCIA. ¿Qué?

DOÑA GREGORIA. Una carta dirigida á Pilar.

GARCIA. No, señora, yo no.

PILAR. Pues ¡no ha tomado usted con poco empeño la busca de la carta dichosa! Una carta que nada me puede importar.

DOÑA GREGORIA. ¿Qué sabe usted!

PILAR. Me lo figuro. Bien que... ¿Era de Sevilla?

DOÑA GREGORIA. No; traia sello de Castilla la Nueva.

PILAR. Entónces, viva usted sin cuidado. A propósito de Sevilla... (A García.) Voy á dar á usted un encargo.

GARCIA. Mándeme usted.

PILAR, abriendo el cajon. Yo he deseado mucho saber quién es el heredero de don Cárlos Figuérez, natural de Sevilla, que falleció en Puerto-Príncipe; y jamas he podido lograrlo. (Da á García un papel que ha sacado del cajon.) Tome usted esta nota, y aprovechando las noticias que incluye, vea usted si es más feliz que yo.

GARCIA. Serviré á usted con el mayor gusto. Convendria, sin embargo, que me facilitara usted algunas explicaciones...

PILAR. Conténtese usted por ahora con las de ese papel. Ya he dicho que no gusto de amigos curiosos.

GARCIA. Bien está, señora. Voy á enterarme de la nota, y á principiar en seguida mis diligencias. (Yéndose.) ¡Don Cárlos Figuérez! Jurara haber oído este nombre al hijo malo de mi patrona. (Vase. Pilar cierra el cajon, y quita la llave.)

ESCENA XII.

PILAR, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA. Con que vamos, Pilarcita, ¿qué ha pasado entre García y usted?

PILAR. Nada de particular. Me disgustó mucho una imprudencia de García, me aplaqué luégo, hicimos las paces, y llegó usted á la conclusion del tratado.

DOÑA GREGORIA. Ya comprendo yo lo que ustedes han podido tratar.

PILAR. Me parece que no.

ESCENA XIII.

FLORENCIO; PILAR, DOÑA GREGORIA.

FLORENCIO. Pilar, he visto, he abrazado á mi padre... Soy el más feliz de los hombres. — Doña Gregoria, haga usted el favor de arreglar para mi querido padre la habitacion principal.

DOÑA GREGORIA. Con mucho gusto. — (Llamando.) ¡Sinforosa!

FLORENCIO. ¡Si era sorda la última vez que usted la llamó!

DOÑA GREGORIA. Siempre se me olvida. Voy corriendo yo propia.

FLORENCIO. Sí. Gracias. Y si enviara usted á Manuel á buscar á mi sastre... Ya sabe usted quién es.

DOÑA GREGORIA. Si, ese de... el de la calle de... allí junto á...

FLORENCIO. Justamente. Mi padre viste al uso de su pueblo, necesita ropa... Tenga usted esa condescendencia.

DOÑA GREGORIA. Inmediatamente, señor. (Vase.)

ESCENA XIV.

PILAR, FLORENCIO.

PILAR. ¿Cómo deja usted á su padre solo, y se viene aquí!

FLORENCIO. Así lo ha querido. Se encontró en la Administracion de diligencias con un amigo, allá de Sepúlveda, el cual se empeñó en conducirle á esta casa; un coche los espera miéntras se verifica el registro del equipaje. ¡Trae allí mi papá tanto enredo!... Cestas de mantecados, cecina, muestras de minerales, caza, paños del país... una carga de piñas para encender la lumbre... Yo, por otro lado, ardia en deseos de llegar á los brazos de mi adorada.

PILAR. A los brazos, perdone usted.

FLORENCIO. A los piés, si no, pidiendo mil perdones á usted. Hasta hoy no he conocido yo quién era usted y lo que valia.

PILAR. Y ¿qué resulta de ese conocimiento?

FLORENCIO. Que he corrido á buscar á mi padre, que apénas ha bajado del coche, cuando con la prisa, con la vehemencia de mi pasion, se la he descubierto, informándole de las prendas y circunstancias que adornan á usted, y está él muriéndose por llamarla con el nombre de hija. ¿Qué dice usted ahora!

PILAR. Digo que... Digo que no proponia yo ningun desacierto cuando instaba á usted para que escribiese á Riaza.

FLORENCIO. Quien andaba peligrosamente descaminado era yo. En reparacion de mis yerros, necesitamos ir mañana á la Vicaría.

PILAR. Deje usted eso á cargo de padre.

FLORENCIO. Mañana por la mañana, Pilar.

PILAR. Es demasiado pronto.

FLORENCIO. ¿Se complace usted en dilatar mi ventura!

PILAR. Déjeme usted prolongar estos instantes de expectacion..... de confianza... de aturdimiento... Déjeme usted.

FLORENCIO. Es que la veo á usted parada, la veo triste...

PILAR. Anhelaba este momento con vivas ansias; y ahora que llega, el corazon se me oprime... los ojos se me llenan de lágrimas..... no sé qué presentimiento me acosa..... ¡Ah, Florencio, Florencio! quiera usted de veras á esta pobre mujer.

FLORENCIO. Sí, con el alma y la vida, sí. (La abraza.)

ESCENA XV.

GARCIA; PILAR, FLORENCIO.

GARCIA, aparte. ¡Cielos!

PILAR. ¡Ah!

FLORENCIO. Señor de García, autorizado con el beneplácito paterno, tengo la honra de presentar á usted mi futura consorte.

GARCIA. Pilar... que sea muy en... Que sea usted feliz.

FLORENCIO. Lo espero.

GARCIA. Yo no podré presenciar las satisfacciones de ustedes.

PILAR. ¿Por qué!

GARCIA. Se me ha confiado la comision de averiguar á quién dejó por heredero un tal don Cárlos Figuérez, natural de Sevilla... Necesitaré vivir algun tiempo en aquella comarca.

PILAR. ¿Qué precision hay?...

GARCIA. ¡Oh! usted no sabe, usted no puede comprender que me es absolutamente preciso.

FLORENCIO. ¿Cuándo marcha usted?

GARCIA. Voy á disponer al punto mi viaje. — Adios, señor don Florencio. Pilar... Adios.

FLORENCIO. Adios. (Vase. Le acompaña Florencio.)

PILAR, aparte. Me ha sobresaltado, me ha llenado de angustia ese hombre. Parece que se lleva consigo mi dicha futura.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

PILAR, con un buen vestido; DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA. No acierto á volver en mí de sorpresa. ¡Qué poco esperaba yo tal acontecimiento! Ya es usted novia. Florencio se ha explicado categóricamente, y su padre dice, en propios términos, que no se le cuece la hogaza hasta ver á ustedes *uncidos*. ¡Uncidos! ¡Vaya un suegro fino que se echa usted!

PILAR. Don Márcos habla y viste como un lugareño de Castilla la Vieja; pero no descubre pelo de tonto.

DOÑA GREGORIA. ¿Tonto! Socarron y taimado es lo que me ha parecido.

PILAR. Un buen hombre de villa.

DOÑA GREGORIA. Mejor me haga Dios. En fin, va usted á casarse á su gusto: que sea para bien.

PILAR. Me parece que sí lo será.

DOÑA GREGORIA. ¿Y el pobre García!

PILAR. ¡Qué bizarro! ¡Qué obsequioso conmigo! — ¡Si tuviéramos otro corazon de reserva para una ocasion!...

DOÑA GREGORIA. ¡Yo, que esta mañana supuse que ya estaban ustedes conformes!... Los vi tan mano á mano...

PILAR. Tratábamos de otros asuntos, créame usted.

DOÑA GREGORIA. Pero, señor, este repentino viaje á Sevilla... Nada, nada. García se ausenta por no ver á usted casada con su rival.

PILAR. Eso me ocurrió en un principio; despues he desechado la idea, y usted se hará cargo de la razon. Cuando conocimos á don Pablo, noté que parecia mirarme con algun interes: aguardé á que se explicara, muy satisfecha. Pasaron dias, semanas, meses.... García, mudo como una estatua: chascos de esta especie nunca dejan de incomodar. Vínose aquí Florencio de huésped, y empezó á dirigirme requiebros desde el primer dia; por mucho que lo fuí dilatando, tuve al cabo que responder: en aquel intermedio, pasé algunas noches de insomnio, crueles. A mí me sucede una cosa muy particular: y es que, estando recogida y despierta, no hay para mí tinieblas ni silencio completos; veo ó creo ver unas vislumbres vagas y ténues, y se me figura percibir, ya un ruido

como de lluvia, ya un toque de campanas lejano, ó cosa parecida, que no cesa de zumbarme en los oídos hasta que me duermo: este rumor se asemeja á veces á una voz humana. Pues si supiera usted, doña Gregoria, ¡cuántas noches, agitándome en el lecho la idea de una eleccion entre ambos huéspedes, me parecia oir... ¿qué digo parecerme! oia claro un nombre, repetido muy bajo detras de mi almohada una vez y otra, ciento, mil veces!... García, García, García... — y García entre tanto pensaba en mí lo mismo que García del Castañar. Levántabame descolorida y ojerosa de la incómoda trasnochada, me ponia al bastidor, cruzaba por aquí don Pablo... «Buenos dias, Pilar; ¿se ha dormido bien?» — No mucho: me han tenido en vela unas aprensiones... — Pues ¿quién le quitá á usted el sueño, criatura! — Estuve alguna vez por decirle: «Usted, majadero, que no sabe lo que me da que pensar.» Llegaba el otro... ¡Eche usted flores á puñados!... Y ¡qué ofertas! y ¡qué instancias! «¿Cuándo me sacará usted de angustias! ¿Cuándo me dirá si me quiere!» Para librarme de sus importunidades, tuve que decirle: «Hombre, sí.» Y no crea usted que le profesara por entónces grande cariño; despues he ido cobrándosele mayor, porque, dada ya mi palabra... soy mujer de bien... he debido cumplirla.

Doña Gregoria. ¡Qué ocasiones ha desperdiciado ese santo varon!

Pilar. Me acostumbré á mirar á don Pablo como un amigo, como un hermano mayor, que inspira confianza... y algun respeto. Le escucho gustosa, tranquila... más tranquila que al otro, porque ese ántes me infundia una especie de susto... — ¡Jesus! ¡Qué locuras estoy diciendo! Para concluir, siento muchísimo que García se ausente; no sé qué diera por excusarle cualquier pesadumbre; mas hoy he quedado seriamente comprometida con Florencio, y ya formo escrúpulo hasta de pensar si me ha mirado con buenos ojos algun pretendiente. Yo no sé querer de otro modo.

Doña Gregoria. Aun por eso ha empezado usted á sacar lo mejor del cofre, para lucirlo con el novio y el suegro.

Pilar. Como tenemos que salir... ¡y en coche! Doce años há que no he puesto los piés en un carruaje. — ¿Estoy bien?

Doña Gregoria. ¿No se ha mirado usted al espejo?

Pilar. Doscientas veces. Obsérveme usted, doña Gregoria: ¿no es verdad que ando ya enteramente derecha! (Recorre la sala con gallardía y desenvoltura, hasta que ve salir á don Márcos.) ¡Ah!

ESCENA II.

DON MARCOS; PILAR, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA, riéndose. ¡Ah! ¡ja, ja, ja! — Señor don Márcos, ¿no le parece á usted algo corcovada la novia?

DON MARCOS. Corcová sea mi alma, si tal se me ofrece [1]. Y ¡qué maja se ha puesto! ¡Buena figura voy á hacer entre vosotros en el carricoche con este arreo y este calcijo! [2]

PILAR. Pronto lo deja usted.

DON MARCOS. Sí por cierto: lo que yo he dicho es lo que se ha de hacer. Me llevais á uno de esos almagacenes donde se halla de too...

DOÑA GREGORIA. ¿Queda usted contento de su habitacion, señor don Márcos?

DON MARCOS. ¿Pues no? ¡Señor don Márcos! Soldemente por oirse uno llamar *señor don Fulano*, pué venirse á Madrid. Allá en Riaza, como casi toos preuuncian *l* en igual de *r*, unos me dicen *tio Málcos*, otros *tio Maulicio*... más corre el Maulicio, porque, ya se ve, tiene traza de mote, y allí no hay cristiano sin él... El tio Pelines, la tia Carramposa, el tio Zarramango, la Guindolera... (A Pilar.) ¡Cómo se retrae [3] usté á la tal Guindolera! Es usté su vivo retrato.

PILAR. ¿Quién es esa mujer?

DON MARCOS. Fué una pobre aldabona que criaron en Turrubuelo.

DOÑA GREGORIA. ¿Qué se entiende por aldabona?

DON MARCOS. Tola, mestiza, echá, ó por mejor decir, desechá. Hija de padres desconocíos.

DOÑA GREGORIA. Acabáramos.

PILAR. Expósita.

DON MARCOS. Guapa era como ella sola... no, no, como usté. Algo más rolliza; pero la mesma gracia, la mesma fechuría de rostro, la propia caída de párpagos... No me dejará mentir mi Florencio.

DOÑA GREGORIA. ¡Oiga!

PILAR. ¿Cómo!

DON MARCOS. No se asome usté á la celosía; que el muchacho enjamas pudo tragar á la tola. Si Dios no se la lleva tan pronto, quizá seria hoy madrastra de usté.

DOÑA GREGORIA. Ya.

DON MARCOS. Muy engolondrinao me tuvo; sea dicho sin agravio de lo presente.

[1] Se me ocurre.
[2] Calzado.
[3] Se parece.

PILAR. Voy, con permiso de usted, á echarme la mantilla. (Vase.)

ESCENA III.

DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

DON MARCOS. No pué negarse que mi hijo se lleva una hembrica de lo bueno que hay.
DOÑA GREGORIA. En todos conceptos.
DON MARCOS. Doña Gregoria, las piñas de encender la lumbre son pa usté.
DOÑA GREGORIA. Mil gracias.
DON MARCOS. Son cosa rica; mucho mejor que too lo que usan al efeto en Madrid. Á propósito de ricura: tusté conoce, bastante tiempo hace, á Pilar.
DOÑA GREGORIA. Desde ántes que muriera su tutor, y con mucho.
DON MARCOS. Soldrá usté saber qué ha hecho y qué ha dicho... si tiene, si deja de tener...
DOÑA GREGORIA. Seis años ha vivido en mi compañía, mirándola yo cual si fuera su madre.
DON MARCOS. Usté no extrañará que me entere de ciertas minucias; pues, como padre de mi hijo, tengo obligacion de conocer los requilorios de la nuera que se me endilga.
DOÑA GREGORIA. Ya se ve que sí.
DON MARCOS. Allí truje... ya usté lo habrá visto... un tabaque lleno de caza...
DOÑA GREGORIA. Sí, codornices y pollos de codorniz.
DON MARCOS. Aparte usté pa sí la mitá de las guarnices y la mitá de los guarnigones.
DOÑA GREGORIA. Usted se empeña en abochornarme.
DON MARCOS. Le he cobrao á usté ley al istante, porque penetro yo que es usté una de aquellas personas imposibilitás de decir una cosa por otra.
DOÑA GREGORIA. Corresponderé á la confianza con que usted me honra, señor don Márcos.
DON MARCOS. Pues, señor, yo no tengo más hijo que ese... porque, como me quitó que me casara con la Guindolera... Y cuando yo me reucí[1] á no darle madrastra, ya se deja ver si le quiero.
DOÑA GREGORIA. ¡Vaya!
DON MARCOS. Que le envié á Madrid á estudiar, que he gastao con él toíta la hijuela de su madre, que ha concluío su carrera... mucho bueno hasta aquí. Pero cate usté, doña

[1] Reduje.

Gregoria de mi alma, que el Juéves 15 recibo una carta de un amigo que tengo aquí-nesto [1] la Corte, un alfolinero [2] que fué de Sepúlveda, el cual me escribia: «Tu hijo anda con dolor de cabeza por cierta individua; si es pa boda, no le conviene á él; si es pa broma, no le conviene á ella: mira tú qué os conviene á los tres.»

Doña Gregoria. Es hombre de juicio el ex-alfolïero.

Don Marcos. Me planto en Madrid, se me cuelga al pescuezo el muchacho, y me dice de Pilar tales cosas, que no puedo ménos de exclamar: «Corriendo, á casarte.» Hételé en seguida al del alfolin; zámpome solo con él en un coche, le doy cuenta de tó, y se empeña en que mi hijo, si no sueña, miente. — «Desa mina, me dijo...» El des-alfolinero es viz-presidente de una sociedá minera, entitulá la Tragantona... «Desa mina, dijo, no se saca ni el coste de la enuncia.»

Doña Gregoria. No comprendo...

Don Marcos. A propósito de minas... En el término de Horcajuelo hay una, de que soy casi único propietario. Voy á regalar á usté una accion.

Doña Gregoria. Señor don Márcos, por nuestra Señora del Cármen, déjese usted de eso. — Y ¿de qué es la mina? ¿De oro? ¿De plata?

Don Marcos. A la hora desta, solo es de agua salobre; pero toos los inteligentes aseguran que ha de ser con el tiempo riquisma, inagotable.

Doña Gregoria. ¿Inagotable de agua?

Don Marcos. De metal rico... ó si no, de alcohol... ó por lo ménos, de polvos de escribir. Con que, amiga doña Gregoria: ¿con qué dinero hace usté á Pilar?

Doña Gregoria. Deje usted. Doce que hoy ha cobrado, tres que tenia, cinco prestados á una compañera que murió en el santo hospital anteanoche... — Veinte pesos duros... y el mes pagado.

Don Marcos. ¿Cómo dice usté!

Doña Gregoria. Hay que añadir una Vírgen del Pilar de plata, que pesa treinta onzas, única alhaja que no le vendió su tutor. Cabales en todo, cincuenta pesos.

Don Marcos. Cincuenta pesos... cincuenta mil... Aquí-nesto la heróica villa, plantan á las cosas unos motes tan equivoquibles... Verbo y gracia: ¿quién ha de figurarse, como no se lo adviertan, que una talega sinifica trescientos treinta y tres doblones y pico! Dígame usté: los pesos de ahora, ¿valen veinte reales, ó veinte mil?

[1] Aquí, *en* la Corte.
[2] Alfolïero, el encargado del alfolí, *toldo*, ó despacho de sal.

Doña Gregoria. A cinco pesetas se cambian, señor don Márcos.

Don Marcos. ¡Demontre, demontrijo[1]! Entónces el vizpresidente de la Tragantona estaba en lo cierto. Cincuenta duros... ¡en igual de!...

Doña Gregoria. ¿Se habia usted figurado que Pilar poseia cincuenta mil! ¿que tenia de dote un millon! ¡Ah! ya caigo.

Don Marcos. Sin daño sea. A ver la caída.

Doña Gregoria. Su padre era millonario; pero de lo que él tuvo, no han quedado á la hija más que recuerdos... tentaciones, como ella dice.

Don Marcos. ¡Tentaciones, eh!... Y ¿está usté segura de lo que afirma?

Doña Gregoria. Así estuviera tan segura la riqueza de la mina de agua. No hay más que preguntarlo á Pilar. ¿Quiere usted que la llame?

ESCENA IV.

FLORENCIO; DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

Florencio. Sí, sí, haga usted el favor de avisarla, que vamos á salir.

Don Marcos. Aguarde usté un poco; tenemos que hablar.

Doña Gregoria. Como ustedes quieran. (Aparte. ¡Duros de veinte mil reales! ¡Qué aprensiones tienen los de Riaza!)

(Vase.)

ESCENA V.

DON MARCOS, FLORENCIO.

Don Marcos. Chico, vamos á cuentas... ¿Qué demontre me has dicho de la herencia desa mujer!

Florencio. Que se compone de un millon de reales en billetes de banco.

Don Marcos. Mira que el des-alfolinero jura y rejura que eso es cháchara.

Florencio. Ríase usted de ese hombre, y présteme fe.

Don Marcos. Mira que esa tia Gregoria se ha reído ya de mí, porque le he preguntao si era rica Pilar.

Florencio. Quiere decir que doña Gregoria no sabe, no ha visto lo que he visto yo.

Don Marcos. ¿Acostumbras tú ver visiones? ¿Te acontece soñar dispierto?

[1] Demonio, demoniejo.

FLORENCIO. Cuando le digo á usted que ahí en ese armario, aquí en este cajon, hay encerrados cincuenta mil duros...

DON MARCOS. A dinero me huele ese trasto, no te lo negaré; pero se lleva uno petardos tales en herencias y bodas... tantos casi como en negocios de minas. Por nuestra Señora de Hontanares te ruego que no me engaites. Si la bordaorcilla te gusta, bien te vaya con ella; tambien me gusta á mí, y te conceo licencia pa que te cases. Pero no me hagas consentir en que posé ese bienaventurao millon, si, en igual de millon, es cuento.

FLORENCIO. ¿Le parece á usted que me casaria yo con quien no tuviese más caudal que su aguja!

DON MARCOS. Hombre, yo estuve aínas[1] si me caso con la Guindolera.

FLORENCIO. Los viejos todavía suelen hacer locuras de esa especie; los jóvenes de ahora, no. Miramos algo más á lo positivo.

DON MARCOS. En fin, tú lo dices, tú lo quieres... Orégano sea, y no alcaravea. No estaria de más que ántes que viésemos al escribano... Pilar viene. (Alzando la voz para que le oiga Pilar.) En cuanto á eso del escribano...

ESCENA VI.

PILAR, con mantilla; DON MARCOS, FLORENCIO.

PILAR. Eso no urge. Avíese usted de ropa, ya que este señor se lo exige; y otro dia, con más sosiego... (Abre el armario y saca de él unos guantes.)

FLORENCIO. Hoy ha de ser, como estaba pensado. No nos acostumbremos á cambiar de propósito sin motivo.

DON MARCOS, acercándose al cajon á mirar. Esta papelerilla me gusta; me he de llevar una igual á Riaza.

PILAR. Llévese usted esta.

DON MARCOS. Y ¿dónde ha de poner usté lo que tiene ahí?

FLORENCIO. No faltaria dónde.

PILAR. Poco lugar ocupa lo que merece guardarse.

DON MARCOS. Ya... si es dinero. . Con esa invencion de lo que llaman *talones*, en un papelejo como un naipe pué cualquiera tener un millon.

PILAR. ¡Un millon! ¡Qué casualidad! Parece que adivinaba usted que tenia yo que hablarles de uno.

DON MARCOS. ¿Sí! Pues eche usté por esos labios de claveles.

[1] Por poco, casi.

Florencio. Explíquese usted.

Pilar. Bajemos, y en el coche lo iré contando.

Florencio. Aquí es mejor.

Don Marcos. En el coche no oigo yo bien; el ruido de la diligencia me tiene atronao.

Florencio Siéntese usted.

Don Marcos. A mi laíto.

Florencio. Entre los dos. (Siéntanse.)

Pilar. ¡Qué curiosidad manifiestan ustedes!

Don Marcos. La gente de pueblo no toa es limpia; pero curiosa...

Florencio. El deseo de saber es la base de la filosofía.

Don Marcos. Ya lo oye usté. Filosofiquemos sobre la base del millon.

Pilar. Pues oigan ustedes. Uno de nuestros últimos Vireyes de Nueva-España, que poseia en Sevilla unas fincas, dejó estos bienes al pariente suyo que resultara más inmediato. El Virey no tenia más que dos, y distantes: mi padre, que Dios haya, y un tal don Cárlos Figuérez Brahones.

Don Marcos. Ese don Cárlos ¿era de la provincia de Avila?

Pilar. No, señor, de Sevilla.

Don Marcos. Yo tuve escondido en mi casa unos dias á un don Cárlos Figuérez, á quien buscaba la policía; pero aquel era natural de Gotarrendura.

Florencio. Pilarcita, prosiga usted.

Pilar. Llevaba mi padre el apellido de Teran y el de Villaurrutia. Pasó de nuestro pueblo á Sevilla, presentó sus documentos donde convenia; y apareciendo por la línea Teran pariente más cercano al Virey que don Cárlos por la línea Brahones, fué puesto en posesion de la herencia.

Don Marcos. Ese es el registro de la mina.

Pilar. Queria mi padre que mi educacion se perfeccionara en Madrid; trató de establecerse en la Corte, vendió las fincas del Virey por bastante ménos de lo que valian... (Se levanta.)

Don Marcos. Ese es el filon.

Pilar. Y venimos aquí. Un millon de reales nos habia producido la venta. (Saca del armario la caja.)

Florencio. ¡Un millon de reales, y vendiendo barato!

Pilar. Aquí tienen ustedes el dichoso millon.

Don Marcos. Déjeme usté verle la cara. (Destapa la cajita.) ¡Mira, mira, qué gloria de miles!

Florencio. Gloria de papel.

Pilar, aparte. ¡Bien! no es codicioso.

Florencio. Más me interesa la relacion de Pilar.

Pilar. Pues falta referir lo mejor.

Don Marcos. ¿Falta lo mejor! (Aparte. ¿Si retoñará otro millon por ahí!)

Pilar. Un dia recibió mi padre un anónimo, que le afligió profundísimamente; cayó enfermo de pesadumbre, y ella le condujo á la muerte.

Don Marcos. ¡Dios nos asista!

Florencio. ¿Qué le trajo ese anónimo!

Pilar. Eso le preguntaba yo cada instante... «¿Qué carta de excomunion es esa, papá! Desde que usted la vió, no ha tenido hora buena. — Ya es necesario informarte de todo,» me dijo, — y aquella fué la última vez que me habló. Me hinqué de rodillas para escucharle, y en dos palabras me enteró de que la herencia del Virey no nos pertenecia.

Florencio. ¿No!

Don Marcos. ¡Demóncano![1]

Pilar. Nos la habian adjudicado como á parientes más inmediatos del testador por la línea Teran; y el anónimo, que nos remitia un árbol genealógico, demostraba que don Cárlos era deudo más próximo por la línea Figuérez.

Florencio. Pero mentiria el anónimo.

Don Marcos. Por supuesto: ese árbol mentia por el tronco y las ramas.

Pilar. ¡Ah! no, señor. Mandadas practicar por mi padre las comprobaciones debidas, resultaba que el anónimo decia la verdad.

Florencio. ¿Es posible!

Don Marcos, aparte. La mina de oro se ha vuelto de agua.

Florencio. Y á todo esto, ¿qué hacia ese don Cárlos!

Pilar. Parece que habiendo venido á Madrid y comprometídose en una causa política, huyó por entónces á Francia: ello era que se ignoraba su paradero.

Florencio. De manera que su padre de usted...

Pilar. Mi padre, de buena fe, habia tomado posesion de una hacienda que no era suya, la habia vendido á ménos precio, estaba en conciencia obligado á restituir su valor; y si lo restituia, yo, su hija única, yo, á quien amaba con delirio, ¡quedaba sin pan!

Don Marcos. La concencia es á veces el mesmo enemigo. Dios nos libre della, digo, dél.

Florencio. Acabe usted, que nos tiene atónitos.

Don Marcos. Aturrullaos.

Pilar. Me abracé con el pobre viejo, lloré, le reñí, reí para desimpresionarle... ¿qué sé yo cuántas cosas hice!... mas ya no habia remedio para él. Juré, besando sus manos convulsas, que entregaria fielmente á don Cárlos el importe

[1] Demonio.

total de su hacienda; me bendijo el moribundo, me recordó las virtudes de mi santa madre... y partió á reunirse con ella.

DON MARCOS. ¡Válgame nuestra Señora de Hontanares!

FLORENCIO. Pero usted era menor entónces...

DON MARCOS. En efeto, era usté menora...

FLORENCIO. Tendria usted tutor...

PILAR. Mi tutor, que nada sabia y á quien nada quise decir del millon, apénas se enteró de que mi herencia se reducia á cuatro muebles y unas pocas alhajas, no hizo de mí caso ninguno; y á no valerme de mis regulares disposiciones para bordar en blanco, hubiera tenido que mendigar ó servir.

DON MARCOS. ¿Con un millon en ese almario!

PILAR. Lo que yo deseaba era echarle fuera. Hice poner avisos en los periódicos, ocultando mi nombre, y averigüé que don Cárlos era difunto. Se llamó á su heredero; no pareció, y ahí tienen ustedes á ese aciago millon esperando á su dueño.

FLORENCIO. ¡Bien lo ha guardado usted!... y el secreto, mejor. Como que yo debiera ofenderme de la poca franqueza de usted.

PILAR. A saber usted mi secreto, su cariño me hubiera parecido ménos espontáneo.

FLORENCIO. Pero al fin de tres años de suspirar por usted...

PILAR. Es que apénas hace tres horas que pidió usted mi mano.

FLORENCIO. Es que si á mi padre no le ocurre tratar de un millon, ¿qué sé yo cuándo nos hubiera usted contado la historia de ese!

PILAR. Esta misma tarde queria contarla.

FLORENCIO. Usted lo dice...

PILAR. Y usted debe creerlo. Yo no miento nunca.

FLORENCIO. Pero sabe usted disimular.

PILAR. ¿A disimulo achaca usted la reserva mia para custodiar el caudal ajeno! Pues es una disimulacion que me honra bastante. ¿Hubiera sido mejor pregonar por ahí que era despositaria de ese caudal, exponiéndome á un robo, á un fraude, á solicitudes interesadas!

FLORENCIO. ¿Me supone usted interesado á mí!

PILAR. ¿Sabia usted que tuviese yo tal dinero!

DON MARCOS. Chicos, ¿vais á reñir delante de esta gracia de Dios?

ESCENA VII.

GARCIA; PILAR, DON MARCOS, FLORENCIO.

GARCIA. Buenas tardes, señores.
PILAR. García, ántes que usted emprenda su viaje, necesito conferenciar con usted.
GARCIA. Mi viaje se frustra; no me dejan marchar. — He hallado noticias de don Cárlos Figuérez.
DON MARCOS. ¡Calle!
PILAR. ¿Quién se las ha proporcionado á usted!
GARCIA. Don Luis Valdáriz, un caballero á quien Florencio conoce.
FLORENCIO. Un sujeto muy relacionado con los ministros, tio y tutor de una linda sobrina.
PILAR. ¿Es el consejero que á los cincuenta años aprendió ortografía?
GARCIA. Es una persona muy estimable... que ha residido muchos años en la isla de Cuba.
PILAR. En efecto, el señor Figuérez, el de Sevilla, murió en Puerto-Príncipe.
DON MARCOS. El de Gotarrendura tambien.
GARCIA. Estaba usted equivocada, Pilar. Don Cárlos Figuérez no era natural de Sevilla, sino de Gotarrendura, como dice el señor.
DON MARCOS. Entónces yo he tenido á ese hombre en Riaza, oculto en un granero.
GARCIA. Ya: por eso él...
FLORENCIO. ¿Pero cómo ha sido el hacer usted ese descubrimiento!
GARCIA. Cuando estaba preparándome al viaje, me envió á llamar á su casa don Luis; era para entregarme en propia mano mi nombramiento de inspector de Instruccion primaria.
PILAR. ¡Bien por el discípulo de ortografía! Muchas enhorabuenas.
FLORENCIO. Repito.
DON MARCOS. Idem.
GARCIA. Muchísimas gracias. Manifesté á don Luis que necesitaba salir de la Corte para averiguar á quién habia dejado por heredero don Cárlos Figuérez... y enseñé la nota que llevaba conmigo. «Ya está usted de vuelta», me dijo don Luis. El habia conocido en Puerto-Príncipe á don Cárlos Figuérez, y conserva, con diferentes papeles suyos, su testamento.
PILAR, DON MARCOS, FLORENCIO. ¡Su testamento!
GARCIA. Don Luis entónces me hizo una relacion, cuyo resúmen es que don Cárlos murió, no muy rico, en la isla de

Cuba, dejando por heredero á un extraño que le habia prestado un asilo en Riaza.

DON MARCOS. Ese de Riaza soy yo.

GARCIA. Don Márcos Mauricio Pascuaflorida es el heredero de don Cárlos Figuérez.

DON MARCOS. ¡Santa María, Madre de Dios!

FLORENCIO. ¡Mi padre es el que hereda!...

PILAR. ¿Es de veras, García!

GARCIA. Lean ustedes el testamento. (Saca unos papeles. Pilar, don Márcos y Florencio toman y leen á una el testamento.) Muerto don Cárlos, un escribiente suyo malversó la herencia, y ocultó los papeles de su principal, para no rendir cuentas al heredero. Vino á la Península, entró á servir á don Luis Valdáriz, se portó mal con él, y al huir de su casa, abandonó en ella esos documentos.

DON MARCOS. ¡No marra! ¡Yo soy!

PILAR, tomando la caja. Señor don Márcos, satisfaciendo el último deseo de mi padre y el más vehemente de los mios, pongo en manos de usted esta caja. Esto es de usted. — Yo no creía casarme con el hijo de un millonario; como Florencio mejora en fortuna, le debo en conciencia devolver la palabra con que hoy ha querido favorecerme. (Vase. La llave queda puesta en el cajon del armario.)

DON MARCOS. ¡Ah, boca de ángel, corazon de cien querubines, encarnaos en hembra! En contando, hablaremos. — (A Florencio.) Reza tú en el ínter por el difunto.

(Cuenta los billetes.)

ESCENA VIII.

GARCIA, DON MARCOS, FLORENCIO.

GARCIA. Esto significa sin duda...

FLORENCIO. Que Pilar ha tenido en depósito un millon de reales, pertenecientes á don Cárlos Figuérez, que hoy corresponden á mi papá.

DON MARCOS. Veintiseis, veintisiete, veintiocho. — Servidor de usté. — Veintinueve, treinta, treinta y uno...

GARCIA, á don Márcos. Reciba usted mi parabien por la herencia. (A Florencio.) Se le he dado á usted por la novia, que vale más.

DON MARCOS. Tiene usté razon, caballero. — Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro. — Tiene usté razon. (Vase García.)

ESCENA IX.

DON MARCOS, FLORENCIO.

ſARCOS. Cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cin-
siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta.
ıuchacha merece ser emperaora de cuantas mujeres
cosen. Bien y rebien me paecía con el millon;
páece mejor sin él.

:NCIO. Ya, porque ha venido á parar á manos de

ſARCOS. Mis manos ó las tuyas lo mismo da. Too
en casa.

ɪNCIO. Si da lo mismo, cédame usted esa cantidad
e regalo de boda. Yo contaba con ella.

MARCOS. Ya la cogerás, y con buena crez,[1] cuando
la laude[2] encima. Entónces, con más años, acer-
ıanejarte mejor en el mundo. Un muchacho que áun
á los veinticinco, no necesita tanto dinero.

ɪNCIO. Quien no lo necesita es usted, acostumbrado
ı Riaza como un pegujalero infeliz. Yo tengo que
n, ocupar un cuarto bonito, darme trato decente...
ed! Apuesto á que todavía no ha probado el cham-

MARCOS. Nunca lo he bebido; pero en el parador
uela lo he visto beber. — A la vida de rico, en un
se amaña el más zonzorrion. — Doscientos cuarenta
ɔscientos cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta
cincuenta. Cabal. Doscientos cincuenta billetes de
mil componen justo un millon de reales. ¡Vea usted!
alla del escribiente no hubiera ocultao ese testamento,
s há que estaria yo manejando esta suma, y nos
'a proucío otro medio millon.

ɜNCIO. O si Pilar la hubiese invertido en acciones
o. De eso nos defraudan sus necios temores.

MARCOS. ¿Ya la acusas de necia! Pues esta mañana,
aguda me la vendiste. ¿Va y viene el cacúmen con
es azulaícos!

ENCIO. Papá, ¿de cuántos va usted á desprenderse
:o favor?

MARCOS. Pagaré el diezmo, aunque ya no se usa.
l duros regalo á tu novia.

ɜNCIO. ¿Nada más!

[1] ento.
[2] ı de sepultura.

DON MARCOS. ¿Habrá ambicioson! ¿No es bastante par poner casa, abrir tu gufete y empezar á vivir!

FLORENCIO. Cinco mil duros, los he de ganar yo en tres años; y en teniéndolos, una mujer con solo ese dote ya no es para mí una gran conveniencia. Al hijo de un millonario, lo que le conviene es la hija de quien posea, cuando ménos, el mismo caudal.

DON MARCOS. Discurres con juicio; pero de que[1] media un amor tresañejo...

FLORENCIO. Tres años de continuas quimeras. No puede usted figurarse lo esquiva que ha sido conmigo Pilar.

DON MARCOS. A ser más dulce que agraceña, ¿cuántas semanas hubieran durao tus amoríos!

FLORENCIO. Tiene tambien mas edad que yo.

DON MARCOS. ¿Tenia ménos que tú de que la conociste!

FLORENCIO. Hasta los treinta años, apénas principia el hombre á vivir. ¡Buena vida me espera, si me hallo entónces con una cáfila de chiquillos, y su madre hecha una vision!

DON MARCOS. Y ¿no te han pintao esas reflexiones hasta que Pilar te ha dicho que no tiene un cuarto!

FLORENCIO. La juventud, la inexperiencia... el amor, que nos pone una venda en los ojos...

DON MARCOS. Tú ya no la tienes; dentro desta caja se te ha caído. (La tapa.)

FLORENCIO. Cuando á uno se le desgracia un plan, siempre se desazona y...

DON MARCOS. Yo te conozco, y aquí nadie nos oye: declárame la verdá sin rodeos. Se me antoja que ya, desenmillonná la pobre novia, el ansia de casorio se te afufó.

FLORENCIO. La verdad es que, no interviniendo esa circunstancia, yo no habia pensado esclavizarme tan presto.

DON MARCOS. Licenciadillo licencioso, ¿con qué fin me galanteaba usté á la bordaora!

FLORENCIO. Primero por capricho, luégo por amor propio, ella tiene relativamente su mérito; por otra parte, un soltero de regular posicion no parece bien sin su adjunta: es una de las exigencias del siglo.

DON MARCOS. Es decir que si no le ocurre á ese cafrílago registrar el cajon del almario...

FLORENCIO. Si no salgo yo á tiempo de verle; si él no se retira, proporcionándome ocasion de abrir esa caja, crea usted que, léjos de hablar hoy de matrimonio á Pilar, hubiera declarado á doña Gregoria que con esta fecha cesaba de ser huésped suyo. Bastante consecuencia ha sido la mia, sosteniendo por tres años esa especie de amor en líneas para-

[1] Cuando.

elas, prolongadas hasta lo infinito, y siempre á la misma distancia.

Don Marcos. ¿Sabes, hijo, que con ese amor para lelas, y con tó lo demas que me dices, me vas entrando en ganas de coger un garrote y agramarte los huesos! ¡Bravamente has adelantao en Madrid! Antaño, el que cerdeaba por la codicia ó por otro lao vicioso, tenia vergüenza de que se lo conociesen, cuanto más de decirlo; pero hogaño, en igual de sentir cochura, páece que se hace gala de los apetitos desordenaos de toa clase. En fin, ya que hablas á tu padre con tanto desahogo, vamos á ver qué tal te gobiernas con esa infeliz. Esta tarde, ahora mesmo, íbamos á otorgar la declaracion de bienes; mañana teníamos de ir á la iglesia: ¿cómo eslapas[1] el atollaero en que te has metío!

Florencio. Muy fácilmente; los señores de antaño se puran por nada. Yo diré á Pilar que nuestra delicadeza os prohibe disponer de esa caja miéntras no aclaremos la iestion de la herencia; que yo, como jurista, quiero estudiar fondo el asunto y reconocer los documentos originales, para cual es indispensable que vaya á Sevilla. De este modo : gana tiempo; y una carta bien puesta concluye en definiva el negocio. Está reducido á una dilacion, una ausencia una despedida cortés.

ESCENA X.

PILAR; DON MARCOS, FLORENCIO.

Pilar. Tres viajes van hoy proyectados aquí, uno á Riaza dos á Sevilla: detuvo el primero el señor don Márcos; don uis, el segundo; y yo, que he tenido el gusto de oir á usdes su amena plática, salgo á suspender el tercero. Sin ilacion, sin ausencia y sin carta, acepto cortésmente la desedida.

Don Marcos, *con sentimiento del que supone en Pilar.* Hija, quien scucha...

Pilar. Su mal oye, dice el refran; esta vez ha salido lso: he oido mi bien; mi mal hubiera sido casarme con el ie me llama (ademas de pobre) vieja y regañona. *(A Florencio.)* a falta ó sobra de mis años, que apénas pasan de veintiseis,) es culpa mia; lo de pobre, no debe afeármelo quien por í se enriquece; y en cuanto á si riño, testigo es usted de la imienda, y eso que la ocasion era para hablarle á usted ertecito. Señor don Márcos, usted que parece no ser eneigo de los amores paralelos, enseñe á ese niño cómo ha de

[1] Escapas.

portarse con mujeres de honor, aunque sean bordad[illegible] mayores de edad, y aunque usen de cierta esquivez c[illegible] disolutos que tratan de envilecerlas. — Beso á usted [illegible] mano, señores.

Don Marcos. Que te enseñe me ha dicho. Para le[illegible]... esta es la mejor enseñanza.

(Coge una silla para tirársela á Florencio, que huye á su cuarto.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

Doña Gregoria. ¡Jesus! ¡Jesus! Villanía igual no se ve.

Don Marcos. Ha sido una trastá... una barbarie.

Doña Gregoria. Una iniquidad, una monstruosidad.

Don Marcos. Sin perdon de Dios ni de los hombres. No lo sabe usté bien.

Doña Gregoria. Si me hallo presente, me cuelgo de sus orejas como un alano: dispense usted la comparacion.

Don Marcos. Si no eslapa tan presto, del primer aguzonazo [1] le descuadrilo. [2]

Doña Gregoria. Como remanezca por esta sala, entre mi Sinforosa y yo le pelamos. Y cuenta, que la sorda no es manca. (Repara en la llave del cajon, que está puesta; cierra, la quita y se la guarda.)

Don Marcos. Tiene usté razon; aquí no debe asentar los piés. He cometido una imprudencia, mandando á llamarle.

Doña Gregoria. Si usted le ha llamado, es muy diferente. De usted no tenemos queja ninguna.

Don Marcos. He querido que me le busquen para saber si ha encontrao ya casa donde hospedarnos. ¡Tarda tanto en venir!...

Doña Gregoria. Tambien Pilar se detiene bastante. ¿Si le habrá sucedido algo! No quisiera que se viesen aquí los dos.

Don Marcos. Ni yo tampoco. Mas ya supondrá usté que

[1] Hurgonazo.

[2] Le deshago un cuadril, le estropeo una cadera..

yo no me voy sin hablar á la chica, para cumplir con ella segun corresponde.

Doña Gregoria. ¿Piensa usted hacerle alguna expresion!

Don Marcos. Expresion y expresiones hay prevenidas para ella.

Doña Gregoria. Si pudiera usted asegurarle una suertecilla...

Don Marcos. Déla usté por segura y por buena.

Doña Gregoria. Señor don Márcos... indudablemente es usted un hombre de bien á carta cabal... y yo una tonta, una zopenca, aforrada en malicia. Pues ¿no se me habia figurado usted un codicioso por el estilo de Florencio, aunque más taimado! ¡Dios de piedad! El me lo perdone, y perdónemelo usted tambien; que yo me acusaré de ello.

Don Marcos. Señora, toos necesitamos indulgencia plenaria. Dicen que hay en Madrid un señor tan repagao de su mérito, que le reza padre-nuestros á su propio retrato; si tuviera yo el mio, no le rezara ni un Ave María. No estoy sastifecho de mi santidá.

Doña Gregoria. Lo cierto es que merecia usted otro hijo, que le diese más honra.

Don Marcos. Majaderote como él no ha nacido en mi tierra. Hételo allí. En mentando á Juan Loma, luégo asoma.

Doña Gregoria. ¡Huy! Me voy por no verle; que se me exalta la bílis de un modo... ¡Huf! (Vase.)

ESCENA II.

FLORENCIO; DON MARCOS.

Florencio, presentándose temeroso. Me tiene usted á sus órdenes, papá.

Don Marcos, haciendo señal á su hijo de que se acerque. Pilar no está en casa, la sorda trastea por mi cuarto y el tuyo, la patrona se ha marchao á sus hazanas [1] acullá dentro... Bien podemos hablar aquí sin temor de que aguaiten. [2]

Florencio. Nada se perdió con que nos acechara Pilar. Salimos del compromiso ántes.

Don Marcos. Pero tú ¿conservas en el cuerpo el alma que trujiste á Madrid, ó se te ha escabullido entre las hojas de algun mal libraco! ¿No sientes la pena que has causao á Pilar!

Florencio. Pues ¿no he de sentirla, señor! Una cosa es mirar por el propio interes, y otra carecer de afecciones humanas. Compadezco el mal de cualquier prójimo ó prójima;

[1] *Hazanas* ó *hazañas*, quehaceres.

[2] Acechen, atisben.

pero mi bienestar exige de la mujer que haya de ser mia ciertas condiciones, con que supuse adornada á Pilar, y que ella no tiene. No es un pícaro el hombre que, yendo á comprar una joya, se entra por equivocacion en una tienda de loza comun.

Don Marcos. Te doldrá la tal equivocacion, te doldrá. Entre barro humilde estaba la joya, Florencio; tú has reñido con el mercante, y él ahora guardará pa otro la alhaja.

Florencio. ¿Qué quiere usted decir!

Don Marcos. Casi nada, galan. Que el millon consabido no es nuestro.

Florencio. Pues ¿de quién es!

Don Marcos. Era del padre de Pilar; por consecuencia, podrá[1] ser de la hija.

Florencio. ¡Con mil diantres! Pero ¿qué trasiego de herencia es este!

Don Marcos. Es que la fortuna, que se regodea zangoloteando á los presumidos, va y les pone en la mano el bien, de que á ellos se les antoja tirarlo al suelo.

Florencio. Al caso, papá.

Don Marcos. Ahí-neso mi cuarto hay sobre una mesilla redonda una porcion de tildos...

Florencio. ¿Tildos!

Don Marcos. ¿Ya se te ha olvidado ese nombre! Belhezos, cacharros, vasijas...

Florencio. El juego de café. Vamos, ya estoy.

Don Marcos. Me puse á mirar aquellos cachivaches, asin, maquinariamente; destapé uno, y hallé dentro una carta dirigida á Pilar. A doña María del Pilar Villaurrutia, calle de la Estrella, núm. 23.

Florencio. La carta que buscaba doña Gregoria.

Don Marcos. «¿Oblea negra! ¡Malo!» dije yo. «Algun azar más pa la chica, tras la barrabasá que mi hijo le ha hecho. Por sí ó por no, me enteraré de la epístola; y si es lo que barrunto, á la lumbre va.» ¡Ras! Abrí. — ¿Nos avizoran?

Florencio. Creo que no. — Seguros estamos.

Don Marcos. Toma. Recréate. (Dale una carta.)

Florencio. Veamos quién escribe. (Lee.) «El hijo malo de la patrona de don Pablo García.» — ¿Qué perillan es este!

Don Marcos. Un presidario, que trabajaba en el canal de Isabel Segunda. — Lee, lee.

Florencio, lee. «Hospital de Torrelaguna... 1853. Un

[1] Deberá. Con la misma significacion dijo D. Márcos en la escena 2ª del acto segundo, *soldrá*.

delincuente condenado á cadena perpetua, un enfermo, ya moribundo, se dirige á usted implorando misericordia. Sé que vive usted en la misma casa que don Pablo García; por él tendrá usted las noticias que necesitare de mí. Yo fuí secretario de don Cárlos Figuérez, quien por este apellido tenia con el Virey de Nueva-España parentesco más inmediato que ustedes por la línea Teran; pero ustedes eran deudos más próximos que don Cárlos por la rama de los Villaurrutias: descubrimiento que hizo el propio don Cárlos, despues de adjudicada á ustedes la herencia. Es decir, señorita, que el legítimo heredero del Virey era su señor padre de usted, aunque no por el costado en que fundó su derecho, sino por el otro, cuyo entronque le era desconocido. Valiéndome de esta ignorancia para sacarle cantidad de dinero, escribí aquel anónimo que anticipó la muerte á su padre de usted; pues, en efecto, averiguando él que era verdad lo que yo le decia, no descubrió la verdad que yo le ocultaba. Precisado á fugarme, no acabé de coger el fruto de mis inícuas maquinaciones. Perdónemelas usted en nombre de su virtuoso padre, y moriré con ménos remordimientos.» — Más abajo, de letra distinta: «Ha fallecido ya.»

DON MARCOS. ¿Qué tal! ¿Qué me dices!

FLORENCIO. Por consideracion al carácter de hombre, no declaro que soy un cuadrúpedo. He perdido una novia con cincuenta mil duros de dote.

DON MARCOS. Por tu codicia, por tu ligereza, por no hacer caso deste rudo labriego, que sin haber estudiao latin, sabe algo más que tú de negocios en castellano.

FLORENCIO. Verdad poco ménos que evangélica, papá. He procedido cual pudiera el mayor mentecato; pero me arrepiento sinceramente de mi locura, y voy á procurar enmendarla como es razon.

DON MARCOS. ¿De qué manera!

FLORENCIO. Con el favor de usted, que sabe más que yo, agregando luégo mis pobres esfuerzos. Pilar no habrá visto aún esa carta.

DON MARCOS. ¿Cómo? Toadía no ha vuelto.

FLORENCIO. Será forzoso restituirle el millon.

DON MARCOS. Forzoso... más que voluntario; pero ¿qué remedio hay!

FLORENCIO. Antes de pasar á la devolucion, vea usted de proporcionarme una entrevista con mi enojada.

DON MARCOS. Dificilillo ha de ser obtenerla; mas yo probaré.

FLORENCIO. Yo intentaré luégo pacificarla.

DON MARCOS. Mal pleito emprendes, razones endebluchas alegarás.

Florencio. En la pura verdad fundaré mi defensa. Yo, para casarme, necesito una mujer con honradez y con dinero. Cada uno tiene su gusto, y este es el mio, que me parece nada ofensivo á la buena moral. Pilar, que es honrada, ya es rica. La señorita Pilar, que ántes no me convenia, ya me conviene.

Don Marcos. ¿Y su esquivez! ¿Y sus veintisiete del pico!

Florencio. A la rosa del pudor guarnecen espinas; esas son las esquiveces de una doncella. Los veintiseis (que áun no ha cumplido los veintisiete) se disimulan á la mujer de buenas dotes y dote mejor.

Don Marcos. Tú no puedes hacerla feliz; tú no la quedrás nunca de veras.

Florencio. ¡Oh! me juzga usted mal. Cuando yo me vea instalado en una habitacion cómoda, con lujoso mueblaje y servidumbre á la inglesa; cuando guíe una berlina elegante tirada por fogosos caballos; cuando me siente á una mesa con servicio de plata y china, crea usted que no se quejará de mí la mujer á quien deba aquel fausto. Los positivistas son hombres de bien cuando les tiene cuenta.

Don Marcos. Falta que Pilar se convenza dello.

Florencio. Espero que usted cooperará á mi rehabilitacion.

Don Marcos. Sí; pero si no lo consigo, no extrañarás que trate de quedar bien con la señorita, aunque no quede muy bien con el señorito.

Florencio. ¿Quiere usted comentarme esas expresiones?

Don Marcos. No: no fio yo á traque barraque mis proyectos á un andulario,[1] que malada[2] torpemente los suyos. — Véte á mi cuarto, y no salgas dél.

Florencio. Como usted disponga, papá.

ESCENA III.

DON MARCOS.

Don Marcos. Oí muchas veces á la Guindolera cantar, con aquella voz de calandria, esta copla:

> Siente el hombre y sentirá,
> Segun la suerte le incita,
> Muy poco el bien que le da,
> Muy mucho el bien que le quita.

[1] Perdulario.

[2] *Maladar* ó *malhadar*, echar á perder, estropear.

Purico, purico,[1] lo que me pasa con el millon. Yo predico á Florencio; mas aunque me sermonearan á mí, no estaria de sobra. Sí, señor, sí, señor; ántes se hace uno á poseer que á desposeerse; y entre un *toma* y un *tomo*, hay una diferencia de tomo y lomo. ¡Si pudiese yo amugronar en terreno mio esa vid hermosísima de la herencia!... se entiende, sin que resultara perjuicio de tercero... — Allí asoma la estrella de la calle de ídem.

ESCENA IV.

PILAR, con mantilla; DON MARCOS.

PILAR. Felices tardes, señor don Márcos.

DON MARCOS. Téngalas usté muy buenas, Pilar. ¿Cómo se siente usté?

PILAR. Bien, gracias, muy bien.

DON MARCOS. La vi á usté salir tan arrebatá...

PILAR. Ya menguó la creciente.

DON MARCOS. ¿Podrá usté oirme dos palabras, sin que torne á subir?

PILAR. Si no me habla usted de su hijo, sí, señor.

DON MARCOS. El se va mañana de aquí.

PILAR. Por muchos años.

DON MARCOS. Disponga Dios. Tal vez en una calle se estropiecen ustés...

PILAR. Cada uno seguirá su camino.

DON MARCOS. Florencio no; zanqueará tras usté.

PILAR. ¿Con qué objeto!

DON MARCOS. Con el de solicitar su perdon.

PILAR. Memorial perdido, señor don Márcos.

DON MARCOS. ¡Bah! Súplica de indulto, no la niega un buen corazon.

PILAR. Bien... con tal de no ver al suplicante en su vida...

DON MARCOS. ¿Por qué no ha de verle usté más?

PILAR. Porque entre él y yo todo ha cesado.

DON MARCOS. Si no pué ser...

PILAR. Si no puede ni debe ser otra cosa. Florencio no me ha querido nunca... ni yo á él; ahora lo conozco. Quiso mi honor, quiso mi dinero; á Pilar Villaurrutia, jamas.

DON MARCOS. Repare usté...

PILAR. Yo me le figuraba apasionado y fiel; imprudente sí; mas por efecto de su misma pasion; él no era nada de esto; es decir, que Florencio no es el hombre á quien yo queria.

[1] Igualito, idénticamente.

Don Marcos. Figuracion que dura tres años, mal se desbarata en dos horas. Muerta la llama de una hoguera, queda el rescoldo. Yo espero toadía que trilleis bien[1] los dos.

Pilar. Ni lo piense usted. ¿No ve usted que se lo digo con firmeza, con serenidad, sin lágrimas?

Don Marcos. Cargadillo se muestra el cielo pa que falte agua.

Pilar. ¿Tan pusilánime cree usted que soy! ¿Merece su hijo de usted que le lloren!

Don Marcos. Lo que él merece, ya le acontece.

Pilar. «Una dilacion, una ausencia y una despedida cortés!» — Cuando recuerdo estas palabras... No hablemos de Florencio, señor don Márcos; ya lo dije desde el principio.

Don Marcos. Norabuena. — ¿Qué se ha hecho usté dende que salió?

Pilar. Pasearme. Necesitaba respirar en anchura; me dirigí al Canal.

Don Marcos. ¿Donde se tiran los que pierden el juicio!

Pilar. No me hallaba en tal caso. Quien vive con pureza, no debe morir entre cieno. Ademas, iba con mi maestra.

Don Marcos. ¿Concurre allí gente?

Pilar. Poca; sin embargo, allí andaba un sujeto... Ellos no me vieron á mí.

Don Marcos. ¿Quiénes eran ellos?

Pilar. García, con una jóven y un hombre de edad.

Don Marcos. Serian don Luis Valdáriz y su pupila.

Pilar. Tal he creído.

Don Marcos. García visita mucho su casa.

Pilar. ¡Mucho, eh?

Don Marcos. Ayer estuvo de servilleta prendida con esos señores... Bien que ya no se prenden las servilletas.

Pilar. Ayer... En efecto, aquí no comió.

Don Marcos. Don Luis le ha sacao ese empleo, le ha estorbao que se marche á Sevilla...

Pilar. Justo. ¡Cuántas cosas que yo no apreciaba, que no sabia! Y usted, ¿de quién las sabe!

Don Marcos. De persona bien informá, segun que se ve.

Pilar. ¿No le han dicho á usted por qué frecuenta esa casa García?

Don Marcos. Por muy santo y muy buen motivo, Pilar.

Pilar, con amargura. Ya... Era de suponer. — ¿Hácia dónde se mudan ustedes?

Don Marcos. Aun no lo sé. No hará usté la pregunta porque trate de visitarnos.

[1] *Trillar bien con uno,* llevarse bien con él: úsase más con negacion, *no trillar bien.*

PILAR. Es porque trato de mudarme lejísimos.

DON MARCOS. ¿Tambien huye usté de la pobre doña Gregoria?

PILAR. De ella no, de sus huéspedes.

DON MARCOS. ¿Entro yo en lista?

PILAR. No, no, por Dios. Perdone usted; que no estaba en mí.

DON MARCOS. Ya que nos apartamos, que sea como buenos amigos. Yo he recibido de usté un millon... el cual... es de usté.

PILAR. ¿Mio! Un millon de gracias por el millon. — Hágame usted el gusto de hablar de otra cosa.

DON MARCOS. Escuche usté, y admitirá lo que le pertenece.

PILAR. Basta, señor don Márcos. No me está bien pellizcarle su herencia al desinteresadísimo don Florencio.

DON MARCOS. ¡Su herencia! ¿Y si la huele y no la cata!

PILAR. ¡Buen chasco seria! Casi me alegrara, mire usted.

DON MARCOS. Alégrese usté, porque... chasqueado ya está; chasquearle más... en usté consiste.

PILAR. ¿Cómo!

DON MARCOS. Cásese usté conmigo, Pilar.

PILAR. ¡Yo con usted!

DON MARCOS. Poquismo valgo pa tan garrida moza, es verdá; pero ¡qué demontre! Ya se casaba usté con Florencio, que, sin alabarle, vale mucho ménos que yo.

PILAR. No se compare usted con él...

DON MARCOS. No soy un Matusalen, que digamos; cuatro docenas de pascuas floridas áun prestan. Tengo un natural alegrote; riño pocas veces; con la Guindolera, que era el vivo retrato de usté, no reñí nunca. De mi tosquedá puedo perder mucha sin gran trabajo. Mire usté: allá en Riaza, trocando la *r* en *l* como los más, decia yo *diveltilse* por *divertirse*, *folastelo* por *forastero*, *ganao de celda* en igual de *ganao de cerda*. Se rió una vez de mí la difunta aldabona, me piqué, me puse á *rrrrrererear*, y dale que dale, no paré hasta pronunciar como ella. Crea usté que se pué sacar partido de mí.

PILAR. No lo dudo, señor don Márcos, y agradezco á usted en el alma los favores que me dispensa. Con todo, casarse por vengarse suele ser casarse para arrepentirse.

DON MARCOS. Pues desacotemos venganzas. Armistía completa. Salgo corresponsable de que el zangarullon de Florencio está bien repiso: vuelva usté á ennoviar con él.

PILAR. ¡Con él! Todo ménos eso. Antes fuera esposa... ¿de quién diré yo?...

DON MARCOS. Del tio Maulicio. Pues, pa que la familia no pierda. Animo; resuélvase usté. Un sí entre dientes no cuesta mucho.

Pilar. Cuesta quizá la felicidad de la vida.

Don Marcos. Con un marido que se desviva por usté, y con un millon de dote, no debe usté ser infeliz.

Pilar. ¡Dote!... Si busca usted amor, no ponga por delante el dinero.

Don Marcos. No la ofendo á usté con esas palabras... pero... oiga yo una de... de... — cariño, seria pedir gollerías.. Amistad. Una promesa de amistad... con privilegio exclusivo.

Pilar. No puedo, no debo darla ahora.

Don Marcos. Pero, hija, ¿tiene usté otro novio mejor que yo?

Pilar, llorando. ¿Qué he de tener!

Don Marcos. Pues entónces... Vamos... Pero no se me alicaiga usté asin, criatura.

Pilar. Señor don Márcos...

Don Marcos. Si acierta Florencio á salir, y la ve á usté zollipando [1] tan fuerte...

Pilar. ¡Qué! ¿Ha vuelto? Creeria que lloraba por él... No, eso no... Se envaneceria... reiria... Ya se habrá reido. Es menester que me respete, que me tema, que delante de todo el mundo me bese esta mano, ésta donde ha escupido. Sí, soy su madrastra.

Don Marcos. Alabao sea Dios. ¡Me quita usté del garguero un ahoguío!... Me doy por el hombre más dichoso del mundo.

Pilar. ¡Sí! Gran dicha cabe donde yo esté. Hágame usted el favor de dejarme sola.

Don Marcos. Norabuena. — (Aparte, retirándose. Mio es el retrato de la Guindolera, y, de revertidura [2], el millon.)

ESCENA V.

DOÑA GREGORIA; DON MARCOS, PILAR.

Don Marcos. ¡Ah! Doña Gregoria, hágame usté el favor de oir dos palabras.

Doña Gregoria. Mande usted.

Don Marcos, á Pilar. Dinquiá luego. [3]

(Vanse doña Gregoria y don Márcos al cuarto de éste.)

[1] Sollozando.

[2] Añadidura.

[3] *Diquiá, disquia, dinquiá,* de aquí á...

ESCENA VI.

PILAR.

PILAR. Ya no me ve nadie, ya puedo llorar sin reparo. ¡Ay, Jesus! ¡Ay de mí! «Tienes un millon de dote, me decia tambien mi padre; debes prometerte un buen porvenir.» Si me profetizaba éste, más vale que no sea testigo de él. La primera vez que miré á un hombre con ideas de matrimonio, puse los ojos en uno que, para mí entónces, era ya viejo: no estaba de Dios que me casara con jóven. ¡Oh! y él no permita que al pobre don Márcos le suceda lo que al jinete aquel del caballo perla. Solia yo, huérfana ya, contemplar la cajita donde custodiaba esa fatal herencia, y decir: «Nunca se me ha ocurrido cambiar uno de esos billetes; Dios me premiará al cabo por ello.» Con dinero me premia... No apetecia yo billetes de banco. ¿Si será que no valgo ya nada, y por eso!... (Se mira al espejo de la sala.) No, lo que es gimoteando, no estoy bonita. Resignémonos; la resignacion debe ser el ejercicio cotidiano de la mujer. García se casa con otra... Madrastra, madrastra; madrastra de Florencio, para escarmentar al hijastro.

ESCENA VII.

GARCIA; PILAR.

GARCIA. Muy buenas tardes.

PILAR. Bien venido. — (Aparte. ¡A tiempo resucita el señor inspector de escuelas!)

GARCIA. Pilar, me parece usted... como triste. No quisiera incomodar á usted preguntándole...

PILAR. Pregunte usted cuanto se le antoje. Necesito algo que me distraiga.

GARCIA. Es tan poco amena mi conversacion...

PILAR. Sí, á veces...

GARCIA. Por eso huyo de molestar á usted. — Me retiro.

PILAR. Riñamos siquiera, para entretenernos.

GARCIA. ¡Reñir con usted! No sé que usted me haya dado motivo.

PILAR. Pues usted me ha dado muchos á mí. Por ejemplo, esta mañana, ¿con qué propósito abrió usted el cajon de ese armario? Yo lo pregunté, y usted hasta ahora no me ha respondido...

GARCIA. Pilar...

PILAR. Y es necesario que me responda.

GARCIA. Pilar, una vez que va usted á casarse con don Florencio...

PILAR. Tarde recibe usted el correo de vecindad. No, señor. No me voy á casar con él.

GARCIA. ¿Es posible! ¿Se han desavenido ustedes!

PILAR. Sí, señor.

GARCIA. Y ¿eso la tiene á usted agitada... inquieta!...

PILAR. Eso es lo de ménos. Contésteme usted.

GARCIA. Pilar, no se enoje usted conmigo más que lo está; prométalo usted.

PILAR. Prometo. Hable usted.

GARCIA. Yo abrí el cajon para poner dentro una carta.

PILAR. ¿Para quién?

GARCIA. ¿Para quién habia de ser? Para usted.

PILAR. ¿Dónde está esa carta?

GARCIA. La rasgué delante de usted.

PILAR. Es verdad. Mal hecho, porque ahora tendrá usted que decirme verbalmente su contenido.

GARCIA. Se reducia á esta breve frase: «Pilar, yo adoro en usted.»

PILAR. ¡Hola! ¿Desde cuándo!

GARCIA. Desde que la vi.

PILAR. Cinco años há que nos conocemos, cinco palabras tiene esa expresion, á palabra por año sale: tiempo ha tenido usted para ir combinándola.

GARCIA. Antes de hoy no he podido escribirla.

PILAR. ¿Por qué?

GARCIA. Porque ántes de contraer nuevas obligaciones, necesitaba pagar una deuda.

PILAR. ¡Deudas, hombre tan arreglado! Explíqueme usted ese enigma.

GARCIA. Es una historia larga.

PILAR. Mis labores de hoy están hechas.

GARCIA. Obedeceré. Mi padre fué un pobre maestro de equitacion, que se empeñó en que su hijo enseñara niños, en vez de potros; yo, no obstante, gustaba mucho de regir un caballo, y presumia de buen jinete, presuncion que por poco me cuesta cara. Tenia mi padre una jaca perla...

PILAR. ¿Perla!

GARCIA. Sí, muy linda. Salí en ella una vez al Prado, bajando la calle de Alcalá...

PILAR. ¿De Alcalá!

GARCIA. Y era dia señalado por cierto; el 15 de Agosto a Asuncion.

PILAR. ¡La Asuncion! ¿Qué año?

GARCIA. Mil ochocientos treinta y nueve.

PILAR. ¡Jesus! Pues entónces... (Reprimiéndose.) Pues entónces vivia yo en la calle de Alcalá. De una jaca perla *me acuerdo*... ¿Qué le sucedió á usted con la suya?

GARCIA. Que me arrojó cerca de la ermita del Angel, y quedé en el suelo como difunto. Al otro dia los periódicos anunciaron mi muerte.

PILAR. Parece imposible. (Aparte. ¡Oh! sí, él es... y ¡nunca advertí!... ¡Qué extraña es mi suerte!)

GARCIA. Disculpa tuvieron los periodistas, porque fuí llevado sin sentido á mi casa. Quien murió poco despues fué mi padre. Tal me habia parado la jaca perla, que tuve que tomar las aguas de Alhama. Dos hermanos, hijos de mi patrona, me salvaron allí la vida, robado ya por unos facinerosos. Por el un hermano, hijo excelente, serví en el ejército; el otro fué despues secretario de don Cárlos Figuérez y de don Luis.

PILAR. Ya que nombra usted á ese caballero, ¿qué relaciones median entre su sobrina y usted?

GARCIA. Las de pura amistad. La señorita Valdáriz, esta misma tarde en paseo, ha confesado á su tutor, en presencia mia, que la obsequia un ingeniero ausente, el cual estará muy pronto en Madrid. Este ingeniero, ingeniero civil, es el hijo bueno de mi patrona.

PILAR. Ya... siendo así... (Aparte. ¡Las noticias del tal don Márcos!...)

GARCIA. El otro hijo, sirviendo á don Luis, le distrajo veinte mil reales, pertenecientes á su pupila; yo me obligué á satisfacerlos, y por eso conozco á la familia Valdáriz. He necesitado seis años para extinguir la deuda; sin medios para establecerme durante este tiempo, he amado y he callado mi amor. Ayer entregué á don Luis lo último que debia el infiel dependiente, que paró por fin en presidio; me atreví hoy á escribir á usted, abrí ese cajon, vi un millon dentro... rasgué la carta.

PILAR. Pero esto que me dice usted hoy, ¿por qué no me lo ha dicho cinco años há?

GARCIA. El bien que uno hace, no debe contarlo.

PILAR. A una amiga fiel, ¿por qué no!

GARCIA. ¿A quién ha dicho usted que guardaba el millon?

PILAR. Yo á nadie perjudicaba callando; su silencio de usted... no merece perdon.

GARCIA. ¿No me ha dicho usted que ya no se casa con Florencio!

PILAR. Sí; pero tengo prometida mi mano á su padre.

GARCIA. ¡A su padre! ¿Cómo! ¿Por qué!

PILAR. ¿Por qué! Porque la ha pedido, porque ha sabido aprovecharse de mi exasperacion, de mi aburrimiento, de noticias erradas... porque no estaba usted aquí.

GARCIA. Luego para mí ¿no hay esperanza!

PILAR. Espere usted en su valor y cordura, espere usted

en el tiempo y en el olvido; en mí no. Siendo mujer de bien, he sido muy poco afortunada hasta ahora; si falto á mi promesa, careciendo de causa, ¿no debo temer la ira y el castigo de Dios!

GARCÍA. Es verdad, razon tiene usted. Mia ha sido la culpa, no debo quejarme de la pena.

PILAR. No es la pena para usted solo.

GARCIA. Pilar... mi querida Pilar... Si doy ocasion á que usted padezca... no me aborrezca usted.

PILAR. ¡Aborrecer! En veintiseis años no he aborrecido á nadie, ¿he de principiar por usted!

DOÑA GREGORIA, dentro. Bueno, bueno; lo haré.

PILAR. Vienen. Separémonos.

GARCIA. Pilar mia... Mia no. — Pilar... adios. (Vase.)

ESCENA VIII.

DOÑA GREGORIA; PILAR.

DOÑA GREGORIA, dentro aún. Será usted servido. — (Sale.) ¡Ah! Don Pablo se retira de aquí. ¿Sabe ya las novedades ocurridas en casa?

PILAR. Ya sabe cuanto hay que saber.

DOÑA GREGORIA. Habrá dicho... cuanto hay que decir.

PILAR. Sí; pero tarde.

DOÑA GREGORIA. Ya lo creo; al fin de cinco años... Oiga usted, ántes que me distraiga. Usted, al sacar el millon, dejó ahí puesta la llave.

PILAR. No habia ya que guardar.

DOÑA GREGORIA. Yo la he cogido... y, sin licencia de usted, por si no la da... voy á abrir y cerrar el cajon. (Abre.)

PILAR. ¿Para qué?

DOÑA GREGORIA. Para volver esta caja á su sitio. (Muestra la caja, que traia oculta, y la echa en el cajon.)

PILAR. No, doña Gregoria, deténgase usted. Eso no es mio.

DOÑA GREGORIA. Don Márcos me asegura que sí. Yo no lo entiendo... (Cierra, y quita la llave.) Pero el hombre se obstina en que le haga recibir á usted el millon, á lo ménos para guardárselo.

PILAR. ¿No le ha manifestado á usted el motivo de...?

DOÑA GREGORIA. Nada, no ha querido explicarse.

PILAR, llamando. ¡Señor don Márcos!

DOÑA GREGORIA. Aunque yo he cumplido su empeño, no le aconsejaré á usted que reciba ni un real sin oir á García, que cuenta ya con un sueldo regularcito.

ESCENA IX.

DON MARCOS; PILAR, DOÑA GREGORIA.

DON MARCOS. ¿Qué tiene usté que mandarme, Pilar?

PILAR. Mandar... Sí, señor, dos cosas mando; luégo, siempre obedeceré.

DON MARCOS. Veamos.

PILAR. Yo quisiera que recobrase usted esa caja... Quisiera tambien... salir de Madrid.

DON MARCOS. Lo segundo, corriente. En el pueblo se hará la boda.

DOÑA GREGORIA. ¿La boda! ¿Con que ya está arreglado todo!

DON MARCOS. Toíto. ¿Quiere usté ser madrina, doña Gregoria?

DOÑA GREGORIA. Pues ¿no he de querer? Supongo que es usted el padrino.

PILAR. Doña Gregoria...

DON MARCOS. ¿Quién se figura usté que es el novio!

DOÑA GREGORIA. ¡Buena pregunta! Bien que... (A Pilar.) ¿Ha hecho usted las paces con el señorito del *sí* y del *no*!

DON MARCOS. No se casa Pilar con Florencio.

DOÑA GREGORIA. Entónces, ¿con quién se ha de casar sino con García?

PILAR. ¡Por Dios!...

DON MARCOS, aparte. (¡Demóncano!) (Á doña Gregoria.) García... ¿no pretende á la señorita Valdáriz!

DOÑA GREGORIA. ¿Quién le ha engañado á usted con esa patraña!

DON MARCOS. Señora, mi Florencio está muy creído....

DOÑA GREGORIA. ¡Sabrá bien don Florencio lo que hay en casa de don Luis, cuando no ha sospechado lo que pasa en la mia! En negocios de interes material, verá como un lince; para lo demas, necesita lentes del número dos. Créame usted: García quiso á Pilar desde el punto y hora que la vió, y ella se le inclinaba muchísimo; él, por su pobreza, no le declaró sus intenciones; vino el otro, y... ¡Discurra usted! Entre un mudo y un hablador, ¿quién habia de ganar el pleito? Tras cinco años de un amor jamas desmentido, bien merecerá un sujeto como don Pablo que se le haga justicia.

DON MARCOS. ¿Cinco años de amor!

DOÑA GREGORIA. Bobos.

DON MARCOS. Pilar, oiga usté. (Se la lleva á un lado.)

DOÑA GREGORIA, aparte. ¡Qué misterio es este! ¿Si me habré distraido en algo?

DON MARCOS. Pilar... usté me dijo que no tenia otro pretendiente mejor que yo.

PILAR. Entónces... dije la verdad.

DON MARCOS. Con que el señor García ¿ha venido á explicarse...?

PILAR. Despues.

DON MARCOS. Y usté, ¿qué le ha contestao?

PILAR. Lo que debia. Ofrecí á mi padre entregar al heredero de don Cárlos la manda del Virey; lo cumplí. He prometido á usted mi mano, de usted será.

DON MARCOS. «Tal vez un sí cuesta la felicidá de la vida.» Su aquel tenia este dicho de usté. «Casarse por vengarse, tal vez es casarse pa arrepentirse.» Ya lo estoy viendo... y tengo de que arrepentirme tambien. ¡Ea, hija; voto á un chino de arroyo! ensanche usté ese corazoncejo; yo le restituigo á usté su palabra... como usté nos restituyó la de Florencio... con ménos razon. Yo ni áun sospechaba los amores de nuestro cardífago. Usté es capaz de alborotar el espritu á un anacoreta. Usté, á más, heredó esa cara á la pobre mestiza de Turrubuelo, que me trujo sin sombra. Luégo, páece que ese demontrijo de dinero lo mesmo encalabrina el meollo al mocete que al viejo, al de la corte que al de la aldea. Por fortuna, á este mal áun alcanza remedio. (Alto, de modo que doña Gregoria lo oye y se acerca.) Lea usté esa carta, que no debí yo tomar ni leer, y verá usté ¡cuán justo era que la tal caja de mis pecaos tornase allí-neso, á su propio nidal! (Da á Pilar la carta.)

PILAR. ¿Qué carta es esta! (La desdobla y lee.)

DOÑA GREGORIA. Me parece la que yo recibí.

DON MARCOS, á doña Gregoria. Sí, señora, la topé en mi cuarto, metida en un bote con tapiron.[1]

DOÑA GREGORIA. En una pieza del juego de café. Ahora me acuerdo...

PILAR. ¡Padre desventurado mio!

ESCENA X.

GARCIA, con un papel; PILAR, DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

GARCIA. Pilar, ¿ha recibido usted una carta de Torrelaguna?

PILAR. Mírela usted.

GARCIA. ¿Sabe usted ya que es heredera legítima del Virey de Méjico?

DOÑA GREGORIA. ¡Qué oigo! ¿Es de usted el millon?

PILAR. Doña Gregoria... parece que sí.

DON MARCOS. No hay cosa más parecía á la verdá que ella mesma.

[1] Tapon, tapa.

GARCIA. El hermano del que ha escrito esa carta, el ingeniero, el hijo bueno de mi patrona, acaba de salir de casa. Al morir el culpable escribiente, le encargó que sacara de una escribanía de Madrid, y le presentase á usted, este testimonio, que prueba el derecho de los Villaurrutias con ventaja evidentísima al de los Figuérez.

DON MARCOS. Señor candílgrafo, ese derecho... y otros... quedan ya reconocíos por mí. Nuestra Señora de Hontanares me lo ha ispirao para librarme del abuchorno que me esperaba.

PILAR. Ya no tiene usted de qué avergonzarse, don Márcos. Es usted un hombre de bien.

DON MARCOS. De los que hocican á lo mejor. Voy á dar la enhorabuena al bendito de mi Florencio; tambien se queda esta vez sin madrastra.

DOÑA GREGORIA. ¡Sin madrastra! (Aparte. ¡Lo que descubro!)

DON MARCOS. Con Dios, hija mia. Escríbame usté dos palabras de paz y consuelo á Riaza.

PILAR. De agradecimiento serán. Mi imprudencia pudo condenarme á una vida de lágrimas. De ella me libra usted.

DON MARCOS. ¡Lágrimas! Por excusarle á usté una, diera yo cuanta sangre hay aquí. — Diquiá nunca, señores. (Vase.)

ESCENA XI.

PILAR, GARCIA, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA. ¡Con que era don Márcos el novio! Y yo que, ignorante de lo que pasaba, le di cuenta de la inclinacion de don Pablo! ¡Buena manera de agradecerle sus guarnices y guarnigones!

GARCIA. Pilar, cuando creí á usted millonaria, rasgué mi declaracion por escrito; olvide usted ahora la que me oyó.

PILAR. Por olvidada; mi eleccion está fija.

DOÑA GREGORIA. ¿En quién!

PILAR. En persona de quien debe usted acordarse, doña Gregoria. En el hombre que me inspiró el primer pensamiento de amor.

DOÑA GREGORIA. Pues ¿no se estrelló en el paseo de Atocha! ¿Vive aún el jinete del caballo perla!

GARCIA. ¡Ah! ¡Soy yo! Me arrojo á esos piés.

DOÑA GREGORIA. ¿Era usted! ¡Ay! entónces, déjese usted de piés, y tome las manos.

GARCIA. ¡Pilar! ¡Pilar! ¡Suspirado bien de mi alma!

PILAR. ¡Oh! ¡si mi pobre padre viera este dia!...

DOÑA GREGORIA. Viéndolo está, gozando en nuestro júbilo.

PILAR. El nos envíe su santa bendicion desde el cielo.



VIDA POR HONRA.

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

OBRA ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE Á 9 DE OCTUBRE
DE 1858.



VIDA POR HONRA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

OBRA ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE Á 9 DE OCTUBRE DE 1858.

PERSONAS.

Don Juan de Tássis, Conde de Villamediana.
Gabriel Tovar.
Paula Reina.
Jusepa Reina, niña.
Don Diego Francos de Garnica, Alcalde de Casa y Corte.
Pedreguera, Escribano.
Alonso Mateo.
Santoyo.
La Marquesa de Toral, Doña Guiomar, Ines, Petronila, Caballeros, un Ciego, un Rosariero, un Alojero, una Frutera, un Santero, Mancebos de Tienda, un Escudero, una Dueña, Alguaciles, Pueblo.

La accion pasa en Madrid, año de 1622.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de una casita en la calle del Arenal. A la mano izquierda del espectador, puerta que da á la calle; á la derecha, otra puerta que comunica con las piezas interiores. En el fondo, un armario embebido en la pared. Una mesa con varios papeles y recado de escribir; sillas, y otra mesa de escaparate. Un par de cuadros en las paredes.

ESCENA I.

GABRIEL, descubierto y en cuerpo; el Alcalde de Corte Don DIEGO FRANCOS DE GARNICA, el Escribano PEDREGUERA y varios ALGUACILES, todos saliendo por la izquierda.

ESCRIBANO. ¡No habeis tardado poco en abrir la puerta!

GABRIEL. Lo que habeis tardado en decir quién sois.

ESCRIBANO. La Justicia, en el modo de llamar se conoce.

GABRIEL. La conocerá quien la hubiere oído. Como es la primera vez que tengo la honra de veros por mi casa...

ALCALDE. Dad al Escribano las llaves de ella, porque van á registrarla toda en nombre de S. M. Don Felipe IV.

GABRIEL. Las puertas ó trastos con llave la tienen consigo. No hay cosa de interes que guardar aquí.

ALCALDE, á los Alguaciles. Haced ese reconocimiento con escrupuloso cuidado. (Registran dos Alguaciles el escaparate, no hallan lo que buscaban, y cierran. Otros abren el armario del fondo, en el cual aparecen una capa y un sombrero, cada cosa en su percha, y una espada debajo, sostenida horizontalmente en dos ganchos. Cierran el armario, y se entran todos los Alguaciles por la puerta de la derecha.) Sentaos, Pedreguera. (A Gabriel.) Formad la señal de la Cruz, mancebo. ¿Jurais por Dios N. S. decir la verdad en cuanto se os pregunte?

GABRIEL. Sí juro. (Siéntase el Escribano y escribe.)

ALCALDE. ¿Cómo os llamais?

GABRIEL. Gabriel Jiménez.

ALCALDE. Vuestra patria.

GABRIEL. Valladolid.

ALCALDE. El estado.

GABRIEL. Soltero.

ALCALDE. Nombres de vuestros padres.

GABRIEL. Segun mi partida de bautismo, que podrá vueseñoría ver en ese legajo (el que está sobre la mesa), soy hijo de Gabriela Jiménez y de padre desconocido.

ALCALDE. ¿Con qué motivo os hallais en Madrid?

GABRIEL. Con el de buscar acomodo en alguna casa principal.

ALCALDE. Y ¿de qué deseariais acomodaros?

GABRIEL. De secretario, de mayordomo, de picador... cualquier empleo de pluma... ó de espuela.

ESCRIBANO. ¡Picais con pluma, eh?

ALCALDE. Veamos cómo la manejais. Levantaos, Pedreguera; dejad el puesto al señor Gabriel, para que escriba lo que yo le dictare.

GABRIEL. Con mucho gusto, señor Juez. (Se sienta.) ¿Qué papel tomo?

ALCALDE. Con una cuartilla teneis de sobra. (Saca el Alcalde un papel y recórrelo.) Solo vais á escribir diez renglones.

ESCRIBANO. Y cortos.

ALCALDE. Una décima.

GABRIEL. Dicte vueseñoría.

ALCALDE. Aguardad que elija. (Mira el papel.) Mmmm...
(Lee como para sí.)

«Noble y no, clero y seglares
Ven con amargos pesares
A España, de muerte enferma:
Herida del tonto Lerma,
Sabio la mata Olivares.»

ESCRIBANO. ¡Ahí va ese puñado de honra!

GABRIEL. ¿Es eso lo que debo escribir?

ALCALDE. No, esto otro. (Dictando.)
«Honestos, aunque gallardos...»

GABRIEL, escribe, y lee despues.
«Honestos, aunque gallardos...»

ALCALDE, dictando.
«Los Reyes de España, ya...»

GABRIEL, leyendo el escrito.
«Los Reyes de España, ya...»

ALCALDE, dictando.
«Desde Cárlos Quinto acá...»

GABRIEL, escribe, y luégo dice.
«Desde Cárlos Quinto acá
No sacan pollos bastardos.»

ALCALDE. ¡Hola! ¿Sabeis de memoria esa horrible sátira?

GABRIEL. Como la sabe todo Madrid.

ALCALDE. Pues escribid la décima entera.

GABRIEL, repite. «Honestos, aunque gallardos
Los Reyes de España, ya

Desde Cárlos Quinto acá
No sacan pollos bastardos.»
(Díctase y escribe.)
«Faldellin de picos pardos
Al nuevo Rey alboroza;
Tendrá de Leonor Mendoza
Un real bastardo flamante:
Dé Dios el cielo al infante,
Y á Leonor... tunda y coroza.»

ALCALDE. Mostrad acá lo que habeis escrito.
(Da Gabriel la décima al Alcalde.)

ESCRIBANO. Comparemos, señor don Diego.

ALCALDE. Estas ees son muy cerradas de ojo

ESCRIBANO. Las de aquí muy abiertas.

ALCALDE. Estas haches son de las lijeras, de figura de cinco.

ESCRIBANO. Las de aquí son de enlace, de ele con i.

ALCALDE. Las bees de mi papel...

ESCRIBANO. Tienen la barriga muy ancha.

ALCALDE. Lo contrario de estotras.

ESCRIBANO. Cierto. Vista la diferencia de letra de un papel y otro, no cabe dudar que son de la misma pluma y la propia mano.

GABRIEL. De la misma pluma pudieran ser, porque toda la vecindad se sirve de mi tintero; de la propia mano, ¡bah! eso no.

ALCALDE. La verdad es que estas formas de letra no se parecen cosa; pero tal cuestion corresponde á peritos. ¿Cómo habeis adquirido vos conocimiento de este papel?

GABRIEL. Vueseñoría no puede ignorar que, hace una porcion de noches, se encuentran copias de él á docenas encima de los guarda cantones de las esquinas.

ALCALDE. Y ¿quién es el autor de estas coplas?

GABRIEL. Señor Alcalde, el autor... no soy yo.

ALCALDE. Pero vos debeis conocerle.

GABRIEL. No creo haber dado lugar á esa suposicion.

ALCALDE. Cabalmente por haberle dado, vengo á vuestra casa, Gabriel. ¿Dónde os hallabais anoche, á las nueve y media?

GABRIEL. En la taberna de Melchor, cerca de Palacio, calle del Tesoro del Rey.

ALCALDE. Y ¿de qué se habló allí más principalmente?

GABRIEL. De la sátira contra los ministros.

ALCALDE. Parece que todos allí se la atribuyeron...

GABRIEL. A ese señor, cuya casa da espaldas á ésta, con la calle del Arenal en medio: al señor Conde de Villamediana, Don Juan de Tásis, Correo Mayor de S. M.

Alcalde. Vos solo sostuvisteis, y con mucho empeño, que el señor Conde de Villamediana no debia ser el autor de la sátira.

Gabriel. Han informado exactamente á vueseñoría.

Alcalde. Habiendo sostenido vos que estos versos no eran obra del señor Conde de Villamediana, debemos suponer que os consta son de otro.

Gabriel. Si vueseñoría quiere saber por qué hablé yo así, dígnese concederme unos breves instantes de audiencia privada.

Escribano. ¡Cómo! ¡Sin mí! ¿Sin que se pongan por escrito vuestras declaraciones!

Gabriel. Lo que voy á decir al señor Alcalde no debe escribirse.

Alcalde. Retiraos, Pedreguera. (Vase el Escribano.)

ESCENA II.

EL ALCALDE, GABRIEL.

Alcalde. Hablad.

Gabriel. Señor Alcalde, aunque viene vueseñoría con oficio de juez, yo le voy á hablar como á caballero. Yo soy hijo natural de Jorge Tovar.

Alcalde. ¿De Don Jorge, el Ministro!

Gabriel. Jorge Tovar, Secretario del Real Patronato, Ministro desde el tiempo del Duque de Lerma, es el desconocido á quien se refiere mi fe de bautismo. Jorge Tovar conoció á mi madre cuando era soltero; quiso casar con ella, á tiempo aún para reparar la falta cometida por ambos; y su familia se lo impedió: mi madre es hija de un tendero, y mi padre noble. Mi madre se entró monja en Valladolid; mi padre se casó, precisado por el suyo; me crió mi abuelo; privó mi padre con el Duque de Lerma, y llegó á ocupar ese puesto eminente. — Si conoce vueseñoría á la esposa de mi padre, sabrá que es una excelente mujer.

Alcalde. Una santa, es cierto. Proseguid.

Gabriel. Jorge, ántes de casarse, declaró á esa virtuosa dama que era padre de un hijo. «¡Cómo ha de ser! contestó ella: reconocedle. — Mi familia se opone. — Pues aguardemos á que se pueda, sin que nadie se oponga.» Aguardaron; fueron muriendo los enemigos de mi madre; llegó el dia en que mi padre envió á Valladolid por mí; pero ¿cuándo llegó! Cuando toda España habia levantado el grito contra el Duque de Lerma y contra sus hechuras; cuando corrian de mano en mano por ciudades y villas, entre toda clase de gentes, aquellas alevosas décimas, aquellos venenosos libelos, atribuidos

al Conde de Villamediana, en que al Duque de Lerma y á Don Rodrigo Calderon se los trataba de ladrones, al Duque de Osuna se le llamaba traidor y partidario del Turco, al Presidente de Castilla borracho, al Patriarca patricofre, y al Confesor del Rey fraile sin crianza ni entendimiento... Vueseñoría sabe mejor que yo...

ALCALDE. Adelante, Gabriel.

GABRIEL Tambien se mentaba á mi padre en aquellas décimas. El vil autor de la infame sátira no quiso confundirle con los demas á quienes heria; buscó el lado más sensible para lanzar á Jorge el mortífero dardo de la calumnia: le acusó de judío.

ALCALDE. ¡Así fué!

GABRIEL. Cuando mi abuelo me anunció que mi padre estaba resuelto á reconocerme, yo rehusé dejarme reconocer. Un judío en España es un reo con pena de muerte en fuego, y con oprobio para toda su descendencia: más vale carecer de padre que tenerle infamado.

ALCALDE. Pero vos habeis dicho ya que era una calumnia.

GABRIEL. Pero, en primer lugar, yo no lo sabia entónces, y en segundo, la calumnia tiene la dicha de que, más ó ménos, todos la creen; y en siendo gorda, por mucho que la opinion rebaje, siempre queda para perder á un hombre de bien. Con que yo le dije á mi abuelo: «Enviadme á vivir algun tiempo en Madrid, hasta que averigüe si es cierto ó no lo que se canta de mi padre: como él nunca me ha visto, podré poner el hecho en claro más fácilmente. Si resulta cierta la inculpacion, guarde su apellido el Sr. Tovar para su hija y sus hijos legítimos; el ilegítimo lo renuncia: si la acusacion es mentira, yo sabré quién es el calumniador, y le haré desdecirse.» — Con este objeto ando por Madrid, entremetiéndome en todas las casas de conversacion; y anoche, como otras, estuve en la taberna de Melchor, calle del Tesoro.

ALCALDE. Falta ahora que me expliqueis...

GABRIEL. Allí todos afirmaban unánimes que la sátira nueva contra el Conde de Olivares y su gobierno era del Conde de Villamediana. «Lo dudo (replicaba yo), porque años há, todo el mundo decia que las sátiras contra el Duque de Lerma eran tambien de Villamediana; y hasta hoy nadie sabe quién las compuso.» Yo esperaba que saliese alguno diciendo: «Sí; el Conde de Villamediana ha compuesto todos esos papeles, y yo lo sé por este ó por el otro conducto.» Pero nada: cada cual queria que se le creyera bajo su palabra, sin dar prueba admisible: y esta es la hora en que solo sé que mi padre es un ministro recto y desinteresado y un fiel católico; que le difamó pérfidamente un coplero impostor;

y que no puedo dar con él. Vea vueseñoría el motivo de lo que dije anoche en defensa, más aparente que real, del Sr. Conde de Villamediana.

ALCALDE. De modo que vos áun no os habeis presentado á Jorge Tovar.

GABRIEL. Ni me pondré delante de él, hasta que deshaga la calumnia que ha manchado su nombre.

ALCALDE. No alcanzo el por qué.

GABRIEL. Señor Alcalde, entre los medios que use yo para descubrir á ese hombre, ¿no los pudiera haber que no mereciesen la aprobacion de mi señor padre?

ALCALDE. Sí, y la mia ménos; con que ved lo que haceis.

GABRIEL. En todo caso, espero que vueseñoría no dirá á mi padre, ni á otra persona, palabra de cuanto le he confiado.

ALCALDE. Yo os lo prometo... con una condicion.

GABRIEL. ¿Cuál?

ALCALDE. Mirad, Gabriel. Ya inferiréis de mi porte con vos que yo, por mí, no vengo armado de excesivo rigor. La sátira contra el Conde de Olivares tiene muy ofendido á S. M. y muy deseoso de descubrir y castigar al autor maldiciente. El Conde de Olivares está persuadido de que el autor es el Conde de Villamediana; y aunque hoy son enemigos entrambos Condes, el de Olivares cuida de que el Rey no llegue á conocer al ingenio mordaz, porque ahora el castigo seria espantoso. Quiere dirigir un aviso oportuno al de Villamediana; y, por mi conducto, vais á dársele vos.

GABRIEL. ¿Yo, señor Alcalde!

ALCALDE. Hay quien dice que las copias de la sátira nueva... todas están escritas por vos.

GABRIEL. ¿No ha visto vueseñoría mi letra?

ALCALDE. La que haceis con la mano derecha, sí; la de la izquierda, todavía no la conozco: parece que sois pendolista ambidextro.

GABRIEL. Pero ¿cree verosímil vueseñoría que sirva al Conde quien, como yo, debe ser su enemigo!

ALCALDE. Servir á un enemigo para espiarle y sorprenderle no es cosa fuera de lo hacedero. Gabriel Tovar, decid al Conde de Villamediana que su vida corre peligro, si no se reconcilia con Olivares; que el Conde perdonaria esa sátira, si la hubiese escrito un hombre sin nota; pero á D. Juan de Tásis, Conde de Villamediana segundo, no es lícito vituperar la conducta de nadie.

ESCENA III.

JUSEPA; El ALCALDE, GABRIEL.

JUSEPA, dentro. Deje el paso libre, mostrenco.

UN ALGUACIL, dentro. Vaya á la calle la mocosa.

OTRO ID., íd. Déjala tú: entrar pueden todos, salir ninguno.

JUSEPA, dentro. ¿Lo ve usarcé, seor fantasmon? — (Sale.) Alabada sea la Vírgen del Cármen, señores. Beso las manos á usiría, señor don Diego. — (A Gabriel.) Me alegro mucho de veros vivo, señor Gabriel.

GABRIEL. Jusepita, muy bien venida seas.

JUSEPA. ¿Qué habeis hecho, que anda la Justicia á vueltas con vos!

ALCALDE. Por ahora, no le amenaza grave daño. Pero ¿á qué vienes tú aquí, niña?

JUSEPA. El señor Gabriel no ha pasado por nuestra calle ni ayer ni anteayer: con que vengo á saber de su persona, de parte de mi hermana.

ALCALDE. Y ¿quién es tu hermana?

JUSEPA. Pues ¿qué! ¿no se acuerda de mí usiría? Pues algunas veces he estado en su casa. A mi hermana y á mí nos conoce todito Madrid. Soy Jusepita Reina, hermana de Paulita Reina, la dibujante de bordados de la calle del Cármen, covachuela del centro.

GABRIEL. La que llaman la Francesilla.

JUSEPA. Sin ser gabacha.

ALCALDE. Por haber estado algun tiempo en Bayona: ya sé.

JUSEPA. El dibujo de esas vueltas es de mi hermana. (Las del Alcalde.)

ALCALDE. ¿Concurre con frecuencia á tu casa el señor?

JUSEPA. A casa de la Francesilla concurren solitos el aguador y el carbonero. Mi hermana no habla con hombre nacido, sino en la covachuela, á puerta de calle, donde todo el mundo vea y oiga lo que se hace y se dice. Más de cuatro ricotas quisieran la reputacion de la Francesilla.

ALCALDE. En efecto: Paula Reina es una doncella honradísima. ¿Qué habla con ella el señor Gabriel?

JUSEPA. Le dice que es guapa: eso se lo dicen muchos.

ALCALDE. Y ¿qué más añade?

JUSEPA. Que se quiere casar con ella: eso ya no se lo dicen tantos.

ALCALDE. Y ella ¿qué responde?

JUSEPA. Calla y dibuja, y suele echar el dibujo á perder.

ALCALDE, á Gabriel. Casi se os debia prohibir el pasar por la calle del Cármen. A la Francesilla le haceis perjuicio.

JUSEPA. Paula no se queja, señor.

GABRIEL, á Jusepa. Díle que en estos dos últimos días no he tenido un momento libre; que, si me lo permite el señor Alcalde, iré luego á verla.

ALCALDE, llamando. ¡Pedreguera!

ESCENA IV.

ESCRIBANO; ALGUACILES, Dichos.

ESCRIBANO. Señor...

ALCALDE. ¿Habeis hallado algun papel de los que buscábamos?

ESCRIBANO. Ni rastro, señor.

ALCALDE. Firmad lo que habeis declarado, y nos retiraremos, Gabriel. No me descuideis el encargo que os dejo.

GABRIEL. Espero que vueseñoría no echará en olvido mi súplica.

ALCALDE. Os complaceré por ahora. Dadme vuestra fe de bautismo, y cualquiera otro papel que compruebe vuestras declaraciones.

GABRIEL. Tome vueseñoría. (Le da el legajo que estaba sobre la mesa.)

ALCALDE. Podeis hablar desahogadamente con el señor Gabriel, Jusepita.

JUSEPA. ¡Yo con un hombre á solas! Y ¡que me azotara luego mi hermana! Si no hubiese visto gente á la puerta, por la reja de la calle le hubiera hablado. — Señor Alcalde, guarde Dios á usiría: beso las manos á mi señora la Alcaldesa y á la señora hija y á la señora cuñada y á Mari-Sarmiento, la cocinera. — ¡Perdido, á Dios! (Vase.)

ALCALDE. A Dios quedad, Gabriel.

GABRIEL. Rendido criado de vueseñoría.

(Vanse al Alcalde, el Escribano y los Alguaciles, y Gabriel despidiéndolos.)

ESCENA V.

(Suenan dentro del armario unos golpecitos; vuelve Gabriel, y abre las puertas del armario; ábrese hácia adentro el fondo del mismo; y sale por allí el Conde de Villamediana.)

EL CONDE; GABRIEL.

GABRIEL. Señor Conde, venís á tiempo.

CONDE. Desde las ventanas de mi casa que dan á la calle del Arenal, se ha visto rondar por aquí á ese Alcalde farandulero; y he venido á verte por el pasadizo subterráneo.

Gabriel. Señor Conde, mal va nuestro asunto.

Conde. ¿Qué te ha dicho el seor Diego Francos de Garnica?

Gabriel. Que correis peligro de muerte, si no haceis las paces con el Privado.

Conde. El Privado, aunque nació en Roma en la casa que fué de Neron, y hace honor al lugar de su nacimiento, no se atreve á matar á un Conde por unas coplas.

Gabriel. Parece que la tempestad viene más alta El Rey está furioso contra el autor de las décimas, incógnito para él todavía; pero cómo el Conde de Olivares lo sabe todo...

Conde. ¿Crees tú que lo sepa?

Gabriel. Lo creo firmemente, porque vos habeis dicho á D. Luis, de Haro, muy en secreto, que sois el autor de la sátira; D. Luis de Haro, más en secreto aún, se lo ha confiado al Marqués de Alenquer; este señor, con el mayor secreto posible, se lo ha contado á don Pedro Dávila, que está para casarse con la camarista, Doña María Tercero, de la cual, secretísimamente informada por su galan, lo ha sabido el Conde.

Conde. Gabriel, tú escribes con dos manos, y solo hablas con una lengua; pero tal vez se te habrá deslizado...

Gabriel. Mi lengua hasta ahora no ha cometido ningun desliz. Yo me presenté en vuestra casa, pidiéndoos ocupacion en ella, y me preguntasteis qué sabia hacer. Os dió golpe el oirme que tenia dos letras, diferentísimas entre sí, una que hacia con la mano derecha, y otra con la izquierda, que nadie conocia, porque la reservaba para lances extraordinarios. Me propusisteis de allí á unos dias copiar y esparcir un papel satírico insignificante; os serví á satisfaccion, y me concedisteis vuestra confianza. Me señalasteis para habitacion esta casita, que desde el tiempo de Felipe II. comunica con la vuestra, porque aquí era donde el Correo Mayor vuestro padre despachaba á los emisarios secretos; y aquí he recibido vuestras órdenes, sin que nadie nos viera. Ni una palabra ni un gesto mio os han hecho traicion: vos habeis sido quien, oyendo á vuestro amigo D. Luis de Haro alabar vuestras coplas, no pudisteis conteneros, y le dijisteis no solo que vos las habiais compuesto, sino que os las trasladaba yo con la mano zurda. Vos habeis andado mas zurdo que yo.

Conde. No te apures por eso; que hasta ahora yo solo peligro.

Gabriel. Pero vos haréis paces con ael Pivado, porque no podeis ménos; el Conde de Olivares plarcará al Rey, de modo que vos quedeis libre de su ira; y como en estos lances hay siempre una víctima, lo seré indudablemente yo, si es que me descuido.

CONDE. No te falta razon, y quizá te sobra, porque yo no pienso en una reconciliacion sincera ni firme. Amigo de Olivares en tiempo de Felipe III, trabajé con él para derribar al Duque de Lerma, y á su hijo, que le sucedió en el ministerio; pero fué con el presupuesto de que Olivares gobernaria mejor que Lerma y Uceda: veo que España no ha ganado nada en el trueque, y digo de Olivares lo que dije de su antecesor.

GABRIEL. De su antecesor y sus paniaguados contabais horrores; el nuevo Rey dió con ellos al traste: uno degollado, otros presos, perseguidos todos, no ha quedado títere con cabeza. Deciais que robaban; las arcas reales van hinchiéndose de confiscaciones hechas á esa gente. Se han llamado Cortes, se ha vencido en una batalla naval á los Holandeses, se ha refrenado el lujo; el Rey, en vez de vivir como su padre, encerrado en su alcázar sin saber lo que sucedia en la Corte, asiste á los Consejos en tribuna secreta, sale, ve y se deja ver, y se informa de todo. En Palacio no ha quedado una persona malquista del público; hasta los franceses y francesas que servian á la Reina regresaron á su país; y se ha nombrado Confesor de S. M., Madama Isabel, al ejemplarísimo religioso trinitario, Fr. Simon de Rojas. Todo esto en un año que va desde la muerte de Felipe III...

CONDE. Yo no censuro lo bueno que se hace, sino lo malo: entre tantos aduladores que tiene el poder, aguante un fiscal. ¡Buenos frutos va dando la reforma del lujo! Saquearon los alguaciles unas cuantas tiendas de la calle Mayor, donde se vendian galas prohibidas, y celebraron auto de fe de prendas bordadas: ¿qué hemos adelantado con eso! Que no pudiendo los mercaderes vender bueno y caro, han subido hasta la bayeta y la estopa. Y en cuanto á la ventaja de que el Rey salga por esas calles de dia y de noche, Leonor Mendoza puede informar.

GABRIEL. ¡Ay, señor Conde! ¡lo que he sabido!

CONDE. ¿Qué es ello?

GABRIEL. Que la tal Leonor áun no habia dejado verse del Rey cuando escribisteis contra ella.

CONDE. ¿Cómo!

GABRIEL. Entónces era una muchacha de bien: vuestra décima le quitó el crédito, y el diablo sin duda hubo de decirle al oído: «Ya perdiste la honra, no pierdas el provecho.»

CONDE. Pues ya ves: todo ha sido adelantar la noticia... un correo ganando horas. El Rey debe estarme agradecido en vez de quejoso.

GABRIEL. Pero ¡si deseabais una coroza á esa pobre mujer, cuando merecia la palma de Lucrecia!

CONDE. Hombre... ese es un dicho...

GABRIEL. Que ha producido un hecho.

(Llaman á la puerta del zaguan.)

CONDE. Han llamado: me entraré ahí.

(Vase el Conde por el armario.)

GABRIEL. ¿Quién?

ESCENA VI.

EL ESCRIBANO; GABRIEL, EL CONDE, detras del armario. Despues, ALONSO MATEO.

ESCRIBANO, dentro. Gente de Justicia.

GABRIEL. Ya van. (Va á abrir.)

CONDE, entreabriendo la puerta que forma el fondo del armario. Me quedaré aquí para oir lo que sea. (Vuelve Gabriel con el Escribano y Alonso Mateo.)

GABRIEL. ¿Qué novedad ocurre, señores?

ESCRIBANO. Novedad importante y urgente, señor Gabriel. Ahí en la calle de la Zarza, á dos pasos de aquí, ha recibido el señor Alcalde un pliego del señor Conde de Olivares, en que se dispone de vos.

GABRIEL. Y ¿de qué manera?

ESCRIBANO. Benignísimamente. Se os manda salir de Madrid en el término de dos horas, acompañado del señor Alonso Mateo.

MATEO. Servidor vuestro.

GABRIEL. ¿Servidor ó amo?

MATEO. Llevo el encargo de cuidaros más que á mi persona, y os tengo elegida una mula excelente. No penseis más que en vuestra maleta.

ESCRIBANO. Os presentaréis al Virey de Valencia de aquí á seis dias, y él os embarcará para Formentera...

MATEO. Una isla pequeña...

GABRIEL. Sí, de las Baleares.

ESCRIBANO. No, de las Pitiusas.

MATEO. Poca tierra entre mucho mar... una vista soberbia.

ESCRIBANO. Podréis haceros cuenta que estais en un barco que no naufraga.

MATEO. Ni produce mareo.

GABRIEL. Y ¿por cuánto tiempo se me confina?

ESCRIBANO. Dependerá eso de lo que dure en el favor del Rey Leonorcita Mendoza.

GABRIEL. Con que mi destierro ¿viene de ahí!

MATEO. Es el estreno de su influencia.

GABRIEL. ¡Soy el primero á quien coloca! Debo darle las gracias.

Mateo. Linda es como pocas, vengativa como ninguna: sírvale al señor Gabriel de gobierno.

Escribano. Dice el señor Alcalde que si necesitais dinero, me lo digais.

Gabriel. Decid de mi parte á su señoría que solo necesito de su silencio.

Escribano. ¿De su silencio!

Gabriel. Pues.

Escribano. Ya. Feliz viaje, señor Gabriel.

Gabriel. Señor Pedreguera, salud y pleitos.

Escribano. Un aviso para la travesía. Si quereis no marearos, oled azafran de la provincia de Cuenca.

Mateo. Sí, oliéndolo en Cuenca, no se marea nadie.

Escribano. Hasta que Dios quiera, señor Gabriel.

Mateo. Dentro de un rato me tendréis á la puerta con las caballerías. (Vanse el Escribano y Mateo.)

ESCENA VII.

EL CONDE; GABRIEL.

Conde. No sé si he oído bien. ¿Es Alonso Mateo el que ha de ir contigo!

Gabriel. Así le ha nombrado el Escribano.

Conde. Mira que no es un alguacil; es un ballestero del Rey, es un asesino.

Gabriel. ¡Hola!

Conde. Estuvo condenado á horca, y el Rey le indultó... yo sé por qué. Díme: ¿quieres que te oculte en mi casa? ¿que te envíe disfrazado á otra parte?

Gabriel. Quiero ir á la Formentera... y permitidme una observacion. Si no hubieseis calumniado á Leonor Mendoza, no seria dama del Rey, y no seria yo desterrado por ella: ya veis que el decir mal de una persona puede incitarle á que lo haga, y que el mal que hiciere, puede recaer en el que la calumnió.

Conde. En cambio de tu observacion permíteme otra más oportuna. Tu partida urge, y no hemos ajustado cuentas aún: ventilemos este negocio. Tú áun no has querido recibir ni una blanca de mí; pero me parece que ahora...

Gabriel. Sí; ahora tengo que pediros...

Conde. Mil ducados voy á traerte por lo pronto: desde Valencia me avisarás de lo que necesites.

Gabriel. No es dinero lo que necesito de vos, señor Conde, sino cosa que vale más.

Conde. ¿Qué hay que valga más que el dinero?

Gabriel. Entre caballeros la honra.

CONDE. En verso así se dice; en prosa, poco practicado se ve.

GABRIEL. A propósito de verso y de prosa: lo que yo tengo que pediros es, en prosa, una declaracion; y en verso, una sustitucion.

CONDE. ¿Sobre qué y de qué?

GABRIEL. Aquellas décimas tan famosas contra el Duque de Lerma, que tanto contribuyeron á su caída, ¿son vuestras?

CONDE. ¡Cuántas veces y de cuántas maneras me lo habrás preguntado! Sal por fin de penas, hombre. Sí: mias son.

GABRIEL. Ya tengo la declaracion deseada: vamos á lo otro.

CONDE. ¿Qué es?

GABRIEL. Que me habeis de hacer el inestimable favor de alterar en las décimas susodichas lo que se dice de una persona.

CONDE. ¿Qué persona?

GABRIEL. Jorge Tovar.

CONDE. Y ¿en qué sentido se ha de hacer la variante?

GABRIEL. En sentido favorable á Jorge.

CONDE. ¿Cómo! ¡una retractacion!

GABRIEL. Una correccion de estilo: cambiar lo injurioso en... en reverente.

CONDE. Y ¿por qué he de hacer yo ese cambio!

GABRIEL. En obsequio de la verdad.

CONDE. Verdad ó mentira, esas coplas no han traído perjuicio ninguno á Jorge. Apénas tuvo noticia de ellas, apénas comprendió que podia perder su secretaría del Patronato, acudió á las Descalzas Reales á informar á su hija, la monja; la monjita acudió á la Infanta, monja tambien, Doña Margarita; Su Alteza Descalza puso dos letras al Rey su sobrino, y Jorge permaneció inmoble en su puesto, cuando Uceda y los suyos rodaron.

GABRIEL. Permaneció en su puesto, porque le fué muy fácil justificarse de la primera acusacion que se le dirigia: presentó sus cuentas, y se vió que no era hombre que usurpaba lo ajeno.

CONDE. Llamar á uno ladron es un dicho...

GABRIEL. Que hace maniobrar al verdugo, que produce ahorcados.

CONDE. De la clase de ministros, no: á lo sumo se les degüella, como á Don Rodrigo Calderon. Y eso ¡ocurre tan de tarde en tarde!... ¿Cuándo volverá á ver Madrid otro degollado Marqués!...

GABRIEL. Pero vos acusasteis tambien á Tovar de judío.

CONDE. ¡Causa bien singular de desconsuelo!
Judío fué David, y está en el cielo.

GABRIEL. ¡Ah! vos no sabeis ¡qué de lágrimas de amargura han corrido en casa de Jorge! Si hubierais visto á aquel venerable viejo, ahogado de pena, abrazado con su virtuosa consorte, decirle sin poder casi articular las palabras: «Yo no he dudado jamas de mi fe; pero me parece imposible que me hayan dirigido tan horrorosa acusacion sin motivo alguno: ¿habrá habido entre mis ascendientes algun infeliz que haya dado lugar á tan fea nota!» ¡Si le hubierais visto pasar las noches en claro, revolviendo los papeles de su familia! ¡estremecerse al entrar en una iglesia donde habia listas de penitenciados por el Santo Oficio! ¡recurrir en fin á la Inquisicion misma, pidiendo que mirasen en sus negros registros si algun Tovar habia ocupado sus calabozos!...

CONDE. Pero si yo no entro en casa de Tovar, ¿cómo he de saber esas menudencias!

GABRIEL. Pero bien habréis podido advertir que en solos dos años ha envejecido Tovar por doce; que su esposa no se deja visitar de nadie, que sus dos hijos huyeron de la Corte, desesperados por no poder atajar la calumnia ni castigarla.

CONDE. Yo no he advertido nada de eso; lo que sí advierto es que tomas á tu cargo la defensa de un hombre, con el cual yo no sé qué relaciones te unen.

GABRIEL. Las de hijo con padre, señor Conde de Villamediana.

CONDE. ¡Hijo tú!... ¡Hijo vos de Tovar!

GABRIEL. Hijo natural, señor Conde.

CONDE. ¿Con que el bienaventurado Tovar tambien ha tenido sus... ¿Quién habia de figurárselo! Y ¡á su hijo de ganancia me le ingiere en casa para buscar mi pérdida!

GABRIEL. Mi padre no me conoce aún; me supone en Valladolid con la persona que me ha criado. Mio exclusivamente fué el pensamiento de relacionarme con vos...

CONDE. Para apoderaros de mis secretos, y logrado que hubieseis vuestro vil espionaje, ir con el soplo al dignísimo engendro del áureo alcázar de Neron.

GABRIEL. No, porque os he jurado no descubriros, y ahora os voy á prestar otro juramento áun más importante.

CONDE. Si es porque os crea, jurais en vano.

GABRIEL. Por mi madre, que es esposa de Dios, os prometo que, pues os veis en temible riesgo por vuestros últimos escritos, me los atribuiré yo y ofreceré por vos mi vida, si reparais la ofensa hecha á mi noble padre.

CONDE. Gabriel...

GABRIEL. Se supone, salvando siempre vuestro decoro: bastaria con una palabra benévola para aquel anciano afligido.

CONDE. Gabriel, advertid...

GABRIEL. Una palabra que no necesitariais pronunciar:

podria mediar un amigo vuestro, una persona de virtud y respeto, como el padre Simon de Rojas, ó la Infanta Descalza, segun vos decís.

CONDE. Gabriel, vos me pedís una retractacion, y podeis delatarme; pero si yo os envio á la gloria de una estocada, me excuso la retractacion y aseguro mejor mi secreto. Me habeis ofrecido vuestra vida: la acepto en esta forma. Tomad vuestra espada.

GABRIEL. Tomad vos la pluma, extended la declaracion, y en seguida combatiremos. (Coge la espada.) Si triunfais de mí, queda á vuestra disposicion el papel.

CONDE. Pero, hombre, si yo peleo por no escribirlo.

GABRIEL. Y yo no riño como no lo escribais. Y como urge mi partida, me permitiréis ir á despedirme de vuestro confidente y mi casero Santoyo, y de otra persona. (Se ciñe la espada.)

CONDE, aparte. Atajarle la salida no puedo; y si sale y quiere venderme, poco tiempo le basta.

GABRIEL. Señor Conde, fuera de aquí, tengo, de mi letra ordinaria, vuestras sátiras últimas y dos ó tres composiciones amorosas que me habiais dado á copiar: me quedo con todas, porque si llega el caso, me propongo sostener que son mias.

CONDE. Tovarito... sois un plagiario singular: ¡al autor mismo le anunciais en su cara el plagio! Es una especie de insolencia magnánima, que me seduce. Pues, porque todo nace de un afecto muy noble... el amor filial. — Id á ver si hallais á Santoyo, y decidle de mi parte que venga.

GABRIEL. ¿Aquí!

CONDE. ¿Por qué no? El, vos y yo somos los tres que sabemos el secreto del pasadizo. Quiero tratar con él la manera de complaceros.

GABRIEL. ¡Ah, señor!

CONDE. Cesará el duelo de casa de Jorge, Gabriel.

GABRIEL. Me habréis hecho un gran beneficio; pero os lo pagaré, señor Conde, os lo pagaré. (Gabriel saluda respetuosamente al Conde, toma del armario la capa y el sombrero, y se va.)

ESCENA VIII.

EL CONDE.

«Os lo pagaré.» ¡Vaya si me lo pagará! Si me hace de buena fe ese ofrecimiento, yo le aseguro, de buena fe tambien, que el dar la tal satisfaccion al padre rabino le ha de costar al judihuelo una pesadumbre. Soy Correo Mayor, y ¡un zagal me ha corrido! al fin de la jornada veremos quién se tiene á caballo. En fin, con Olivares tengo que negociar:

negociemos tambien con Jorge. ¿Con que está el Rey tan airado conmigo, porque le echo á la calle su primer galanteo! ¡Eh! si acaba de cumplir diez y siete años; si apénas tiene barba que rasurarse, y es esposo de una linda princesa, ¿qué más necesita! Y ella le ama. Yo traté de derribar á Olivares, interesándola en mi favor, y nada alcancé. Estoy divertido: mi Reyecito me amenaza, Gabriel me sorprende, y la covachuelista del Cármen se rie de mi. Pues de álguien he de reirme yo. Escribamos á Don Luis de Haro, para que se vea con Olivares y con Tovar. — Abren la puerta: será Santoyo. (Escribe.)

ESCENA IX.

SANTOYO; EL CONDE.

SANTOYO, dentro. No hay que tener cuidado: soy yo.
CONDE. Adelante.
SANTOYO. Estoy á vuestras órdenes, señor Conde.
CONDE. Vas á llevar una esquelita á casa del Marqués del Carpio.
SANTOYO. ¿Para el señor Marques, ó para su hijo?
CONDE. Para el hijo, para Don Luis.
SANTOYO. Gabriel, segun me ha dicho, se marcha.
CONDE. Le hacen marchar; pero no le da gran cuidado.
SANTOYO. No dejará de darle, no.
CONDE. ¿Por qué?
SANTOYO. Porque tiene amores.
CONDE. ¿Con quién?
SANTOYO. Con esa muchacha de las covachuelas del Cármen, la Francesilla.
CONDE. ¡Cómo! ¿La Paula Reina?
SANTOYO. La Reina de las Paulas y áun de las Antonias.
CONDE. La Reina de todas las hermosas de España. Pero... ayer me viste, y no me dijiste palabra ayer.
SANTOYO. Lo he sabido hoy.
CONDE. ¡Gabriel enamorado de Paula! ¿No vive esa Paula en una casa que tú me administras?
SANTOYO. La de la calle de Rompelanzas.
CONDE. Y ¿estás bien seguro de que esa chica...

ESCENA X.

JUSEPA; EL CONDE, SANTOYO.

JUSEPA, dentro. ¡Señor Santoyo! abrid.
SANTOYO. ¿Oís? La hermanilla de Paula. Vendrán á despedir á Gabriel.

CONDE. Muéstrale este billete, ciérrale luégo y llévale. Di ademas á Gabriel que en Vallecas me despediré de él: que me aguarde á la entrada.

JUSEPA, dentro. ¿Os habeis dormido, señor casero!

SANTOYO. Ya voy. (Va á abrir.)

CONDE. ¡Gabriel amante de Paula Reina! ¡Por eso se mostraba tan esquiva la niña! Le ha de pesar al mocito ése el haberme burlado. (Entrase por el armario y cierra.)

ESCENA XI.

GABRIEL, con unos papeles en la mano; PAULA, JUSEPA, SANTOYO.

GABRIEL, á Santoyo. En Vallecas esperaré. — Esos trastos los recogerá la prendera que los alquila.

SANTOYO. Yo le haré entrega de ellos.

JUSEPA. La maleta quiero arreglarla yo.

GABRIEL. No, deja...

JUSEPA. He de ser yo... con ayuda del señor Santoyo.

GABRIEL. Vaya, pues pon estos papeles en ella.

SANTOYO, á la niña. Yo te ayudaré, en viendo si me quedan sanos los vidrios. (Entranse por la derecha.)

ESCENA XII.

GABRIEL, PAULA.

PAULA. ¿Con que te me ausentas, Gabriel!

GABRIEL. Paula, me separan de tí.

PAULA. ¿Pasaré mucho tiempo sin verte?

GABRIEL. No... Me parece que no. Cuando el Gobierno busca dinero por todas partes, destierros como el mio fácilmente se rescatan con oro. Mi abuelo es rico, y por mí no le duele gastar.

PAULA. ¡Esta separacion, cuando hace tres dias que aquella carta de tu madre me dió el gozo mayor que he tenido en mi vida!

GABRIEL. En el cariño que á mi madre y á su padre les debo, su beneplácito para nuestra union era indefectible. Ya los verás á entrambos, y los amarás como yo.

PAULA. Pero con su cariño y el de tu Paula, ¿qué más querias! ¿Por qué te has hecho instrumento de ese hombre, que no quieres nombrarme! Para maldecirle, no necesito saber quién es. — No merecias que te mantuviese en mi memoria.

ESCENA XIII.

JUSEPA, desde la puerta de la derecha; Dichos.

JUSEPA. Si eso de la memoria lo dices por el relicario que le regalas, ya no le saco de la maleta, por no revolver. (A Gabriel.) Queria que no lo supieras: con que hazte cuenta que no he dicho palabra. (Éntrase.)

ESCENA XIV.

GABRIEL, PAULA.

GABRIEL. Paula mia, tú no me conoces aún. Yo te ví, yo te amé; con los ojos y con mis papeles te dije mi amor, hartas más veces que con mis labios; casi no me has consentido que te hable, sino en presencia de embarazosos testigos. Por eso no he podido aún darte á conocer cuál era mi amor; pero yo creia que si el tuyo era grande, leal, decidido, capaz de resistir á la ausencia y al tiempo; en el tuyo, como en un espejo, podias mirar el de tu Gabriel. La imprudencia, la temeridad tal vez, que momentáneamente me desvía de tu dulce lado, tiene un orígen muy respetable, Paula mia: mi padre no me ha visto nunca, y yo queria presentarme á mi padre, llevando en la mano una firma, difícil de arrancar á una diestra aleve, una prenda más preciosa si cabe que la que tu amor me regala. ¿Que no siento el partir! ¡Pues qué! ¿no sé yo lo que vales? ¿No sé que este tesoro me lo codician muchos? Paula, yo marcho á un destierro, á una torre solitaria quizá, entre las olas del Mediterráneo... tú quedas en la Corte de España, al pié de la Lonja del Cármen.

PAULA. Sí, donde me ven todos, donde todos tienen licencia de hablarme, donde algun poderoso me solicita.

GABRIEL. ¡Un poderoso! ¿Quién es, Paula? Dímelo: ¿quién?

PAULA. Aun no lo sé, me ha escrito sin nombrarse.

GABRIEL. Muéstrame sus cartas: ántes de partir he de verlas.

PAULA. De esos papeles no conservo sino una parte: quemo lo escrito, me quedo con lo blanco, y dibujo encima.

GABRIEL. ¡Paula! ¡Paula! el poderoso que te escriba, tiro hace á tu honor.

PAULA. ¡Oh! no debo temer: ¡bien á mano estarás para defenderme!

GABRIEL. ¡Paula! Hoy parto: yo te juro que pronto volveré.

PAULA. Vuelve, sí, Gabriel mio; vuelve muy pronto: tu

pobre Paula, tan alegre y tan animosa cuando no amaba, tiene miedo de quedarse sin ti.

ESCENA XV.

EL ESCRIBANO, SANTOYO y JUSEPA, que van saliendo sucesivamente; GABRIEL, PAULA, despues MATEO.

ESCRIBANO. Última vez que os molesto por hoy. Tengo que dar fe de que os he visto partir.

SANTOYO. Todo está sano y limpio, sobre todo el fogon: se conoce que comiais en la hostería.

JUSEPA, cruzando el teatro desde la puerta de la derecha á la de la izquierda. Señor Alonso, ya podeis coger la maleta. (Sale Mateo, pasa á lo interior y vuelve con una maleta.)

GABRIEL. Es llegado el momento. ¡Paula! ¡bien mio! ¡A Dios!

PAULA. Gabriel... ¡A Dios! Vuelve pronto, Gabriel.

JUSEPA. Gabriel, abrazadme á mí tambien. ¡Vaya!

GABRIEL. ¿Qué quieres que te traiga, Jusepa?

JUSEPA. Traedme al novio de mi hermana... y unos caracolillos del mar. (Vanse todos, ménos Santoyo.)

ESCENA XVI.

EL CONDE, que sale por el armario; SANTOYO.

CONDE. ¡Santoyo!

SANTOYO. ¡Señor!...

CONDE. Echa mañana á la Francesilla del cuarto que habita.

SANTOYO. Si lo tiene pagado hasta San Miguel.

CONDE. Échala con cualquier pretexto. Haz obra en la casa, derríbala, si es menester.

SANTOYO. Es que si no halla pronto donde mudarse...

CONDE. Has de hacer que se mude aquí.

SANTOYO. ¿A este cuarto!

CONDE. A este mismo, Santoyo. Ofrécesele de balde... No, que no aceptaria. Ofrécesele de manera que se mude al instante.

SANTOYO. Ya. — Supongo que la comunicacion por el armario no habrá de saberla.

CONDE. Ya la sabrá cuando llegue el caso.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero, con otros muebles. Un farol encendido, y dos candeleros con vela sobre una mesita con cajon.

ESCENA I.

PAULA, JUSEPA.

JUSEPA. Paula mia, por Dios...

PAULA. Jusepita, no puede ser. Coge el farol, y vámonos.

JUSEPA. ¿Tambien esta noche dormimos en la covachuela!

PAULA. Lo mismo que las dos pasadas. Anda, hermosa; que va haciéndose tarde.

JUSEPA. ¡Miren que es mucho! Porque no tiene cerrojo esa puerta ni las de adentro, se te ha figurado que no es muy segura esta casa. Cerrojo tiene la puerta de calle y la de entrada al cuarto: ¿qué falta hace más?

PAULA. Cuando tomé este cuarto, dije al casero que me habia de poner á esas puertas cerrojo: tres dias van desde que nos mudamos, y uno con una excusa y otro con otra, los cerrojos están sin poner. No me gusta una habitacion así. Mañana los mandaré yo poner á mi costa, y traeremos aquí las camas; esta noche dormimos allá.

JUSEPA. Dormirás tú; que yo, en claro me la llevaré, como la pasada y la antepasada. Yo ¡que tengo un miedo tan grande á los muertos!... y en la Lonja del Cármen, encimita de nuestra covachuela, ¡enterraron un jorobado anteayer!

PAULA. ¡Una chica de tanto juicio como tú!. .

JUSEPA. De dia me estaré sola en el sotanillo desde el alba á las oraciones: maldito el cuidado que me da, porque ya se sabe que los difuntos duermen con el sol; así que anochece, me atraganto de susto. En acostándome, se me figura que el techo se va escurriendo, se va poco á poco bajando, bajando; y luego se abre, y el ataud con el jorobado se me descuelga sobre la cama.

PAULA. Esta noche será la última que nos recojamos allí: tendremos luz, yo trabajaré á ratos, y lo demas lo pasaremos en conversacion ó rezando.

JUSEPA. Rezar, vaya: puede que rezando me duermo. Pero ¡si voy á soñar con el vecino del entresuelo! Tambien tú soñabas anoche con buena congoja... y decias, decias *tantas veces*...

PAULA. ¿Qué?

JUSEPA. Ese nombre nuevo con que te han confirmado.

PAULA. ¿Cómo!

JUSEPA. Hace unos dias que en lugar de Francesilla, te llaman Francelisa.

PAULA. ¡Jusepa!... ¡Calla!

JUSEPA. «¡Hola, Francelisa! ¡ya sabemos qtuién es el dichoso!» ¡Cuántos te decian esto ayer! ¡Qué haajo de brutos! Ninguno habia conocido ántes que querias á Gabriel.

PAULA. Basta, vámonos.

JUSEPA. Aguarda un poco: tú me has predicado contra el miedo, y yo te quiero predicar contra la tristeza. ¡Eh! no hay por qué afligirse. Gabriel te ha escrito desde el camino que esperaba volverse pronto: con que es menester que tengas buen ánimo... y que estés en lo que haces. Mira que ayer en la tienda no parecias la misma: tan aturdida... ¡tan sofocada!... ¿Qué te decian al oido!

PAULA. ¿Nada percibiste?

JUSEPA. Absolutamente nada: y eso que no dejé de atender. ¡Pero si tambien me atolondraban á mí! En fin, todos los dibujos que habia, recientes y añejos, todos se despacharon. Lo que me chocó fué que apénas entró una mujer á comprar ni encargar.

PAULA. ¡Jesus!...

JUSEPA. Y una porcion de parroquianas, señoronas y señoruelas, pasaron por la acera de enfrente sin saludarnos. La Marquesa de Toral, la letrada de la calle de Sal-si-puedes, la alquiladora de coches de la calle de Noramala-vayas...

PAULA. Coge, coge el farol.

JUSEPA. Voy á llevarme que leer. (Toma el farol y se entra por la derecha.)

PAULA. ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo para que todo el mundo así se me atreva! ¿Quién es el que me quita el crédito! ¡Si llegara á saberlo Gabriel!... (Vuelve Jusepa con un papel.)

JUSEPA. Este papel estaba entre las jácaras que me llevo.

PAULA. A ver.

JUSEPA. ¡Calla! Es una copla que te han sacado.

PAULA. Dame, dame: no leas.

JUSEPA. ¡Oh! ¡Si es muy linda! Óyela. (Lee.)

Francelisa la bella
¡Ya tiene dueño!
La noticia se sabe
Por el correo.
Guapo de rumbo,
Alcanzóla el que corre
Más que ninguno.

PAULA, aparte. ¡El Correo Mayor! ¡El Conde de Villamediana! ¡Oh!

JUSEPA. ¡Vítor el poeta! Me gusta. ¡Muy bien!

PAULA. Querida hermana, tú sabes que esa es una calumnia atroz.

JUSEPA. No es sino la pura verdad. Este guapo de rumbo es Gabriel.

PAULA. ¿Gabriel!

JUSEPA. Gabriel, soberbio jinete, que pretendia entrar de picador en Palacio. ¿No viste qué bien manejaba la mula que le trajo Mateo? Consolaos, Francelisa la bella... Ahora lo comprendo: te llaman así porque habrá corrido esta seguidilla toda la corte.

PAULA. ¡Si supieras lo que me afliges!...

JUSEPA. Alégrate, Paula: siendo corredor tan famoso el amigo ausente, volverá corriendito. Ea, vamos á velar al difunto del Cármen.

(Llaman á la puerta de calle.)

PAULA. ¿Quién es?

VOZ, dentro. Venid á verlo.

JUSEPA. ¿Abro?

PAULA. No, no: quiero yo conocerle. (Toma la luz y se va por la izquierda.)

ESCENA II.

JUSEPA.

Fama tenia Paulita; pero segun va, ni Lope de Vega. Le componen seguidillas, romances... Francelisa la llaman tambien en aquel romance del galan desdeñado. — Francelisa... No atino por qué le suena mal ese nombre... Francelisa la bella... Si es mote, es bonito... y á ninguna fea se le puede poner.

ESCENA III.

EL ALCALDE; PAULA, JUSEPA.

PAULA. Pasad, señor Alcalde, pasad.

JUSEPA. ¡El señor Francos de Garnica! Tenga usiría muy buenas noches, señor Alcalde.

PAULA. Enciende esas velas, Jusepa.

ALCALDE. Niña, déjanos á solas un rato.

JUSEPA. Obedezco á usiría con muchísimo gusto. (*Enciende las luces, toma el farol y se entra por la derecha.*)

ESCENA IV.

EL ALCALDE, PAULA.

ALCALDE. Paula, á estas horas, algo extrañaréis mi visita.

PAULA. Un poco me inquieta, señor Alcalde.

ALCALDE. Vengo por vuestro bien, y he procurado que no me vean. (Se sientan.) ¿Qué relaciones teneis con Gabriel Jiménez?

PAULA. Su madre y su abuelo aprueban que se case conmigo.

ALCALDE. ¿Cómo es que se os atribuyen públicamente muy otros amores!

PAULA. ¡Ah señor Juez! ¿qué os podré yo decir? Yo gozaba de una reputacion sin mancha; la paz y la alegría de una conciencia pura me acompañaban en mi reducido obrador, en la calle, en el lecho: estimada de los ancianos, obsequiada honestamente por los jóvenes, me respetaban todos; — y de pronto veo que huyen de mí las damas, los vecinos me escarnecen, los disolutos me solicitan con escándalo, me insultan con suposiciones las más injuriosas.. suposiciones que son una horrible mentira, señor Alcalde, que no tienen el más leve fundamento de verdad.

ALCALDE. Y sin embargo, la voz que os acusa es tan general y de tal enemiga, que esta noche las placeras del barrio trataban de daros una cencerrada afrentosa.

PAULA. Yo no soy culpada, os lo juro: defendedme, por la pasion de Nuestro Señor.

ALCALDE. A eso vengo: parte de mi ronda está esparcida por las inmediaciones, parte junto á la puerta. Mas ¡cómo se ha formado, qué orígen ha tenido esa mala voz? Supongo que sabréis la copla que...

PAULA. Ya me la han dicho al oído en la covachuela, señor; ya me la han dado escrita; creo que sin el respeto que inspiran los pocos años de mi hermana, me la hubieran cantado.

ALCALDE. Esa copla, divulgada precisamente cuando el Gobierno dispone rigorosas medidas para la reforma de las costumbres, ha producido malísimo efecto... y alguna causa debe tener. ¿Qué ha mediado entre vos y el Correo Mayor?

PAULA. Señor, yo apénas conocia de vista al Conde de Villamediana; de oídas sí, nada ventajosamente por cierto. Habia oído contar de él que de todo el mundo habla mal, y que por eso le habian ya desterrado; que, despues que enviudó, á la mujer más honrada se atreve; que una habia muerto, por causa del Conde, á manos de un marido celoso; en fin, que hasta habia sido capaz de....

ALCALDE. Acabad.

PAULA. Esta primavera se dijo que representándose en Aranjuez no sé qué comedia del Conde, en cuyo espectáculo figuraba la Reina, prendió el Conde fuego á unas colgaduras, para sacar á la Reina en brazos. Tal es la opinion que tenia yo del señor Conde de Villamediana.

ALCALDE. Y ¿cómo es que ahora...

PAULA. Hará un mes cumplido que al retirarme con mi hermana (siendo ya de noche) desde la covachuela del Cármen á mi habitacion en la calle de Rompelanzas, un hombre embozado me solia decir al paso alguna expresion galante y decente; yo continuaba mi camino, sin ladear la cabeza. En mi casa tropecé con papeles echados allí por debajo de la puerta: el que me los escribia afirmaba ser persona de alta posicion, y me hacia cuantiosas ofertas: rasgué los papeles. Por fin, la noche del dia en que Gabriel salió de Madrid, habiéndose quedado detras mi hermana, porque un paje la detuvo de intento, el embozado se llegó á mí á la puerta de mi casa, y me habló; por primera vez le miré, y conocí que era el Conde de Villamediana.

ALCALDE. Y vos entónces...

PAULA. Imaginad ¡cómo le responderia yo, que pocas horas ántes habia visto partir á Gabriel! Llegó Jusepa; se fué irritado el Conde, agriamente despedido por mí; al otro dia me envió con unos versos unas joyas de gran valor; devolví las joyas, me quedé con los versos; no le he vuelto á ver desde entónces, y todos me dicen que ese hombre ha triunfado de mi honra.

ALCALDE. ¿Teneis ahí á mano esos versos?

PAULA. No sé dónde los he confundido, porque he andado hoy como loca... loca, señor Alcalde. Tal vez mi hermana... Con vuestro permiso. (Levántase y llama.) ¡Jusepa! — Ella es tan curiosa y tan amiga de leer...

ESCENA V.

JUSEPA; EL ALCALDE, PAULA.

JUSEPA. ¿Qué quieres?

PAULA. ¿Has visto unos versos... un romance que...

JUSEPA. Mujer, tú tienes la cabeza perdida: ya me preguntaste por ellos, y te convenciste de que por fuerza se los habias dado á un comprador ú otro, envolviendo en ese papel un dibujo.

PAULA. ¡Ay! Tienes razon. — Distraida, le di; y no puedo recordar á quién. Ya no es posible que lo veais.

Jusepa. Verlo no; pero si el señor Alcalde se contenta con oirlo, yo sé de memoria el romance.

Alcalde. Pues ¿cómo!

Jusepa. Lo leí tres veces: no necesitaba yo más.

Alcalde. Vaya, pues recítanoslo.

Jusepa. Dice arriba, de letra gorda: «A Paula Reina, la Francesilla:» luégo entra así:

¿Para quién, Amor, tu diestra [1]
Tan solícita se armó
Con tanto encendido rayo,
Con tanto punzante arpon?
Para quien no se resiste,
Bastaba fuerza menor:
Ya conoce tu inclemencia
Mi rendido corazon.
Son mis amores reales:
Ciego niño, ciego dios,
Vuelve á tu aljaba las flechas:
En tierra postrado estoy.

Alcalde. ¿Qué quiere decir eso de *amores reales*, Paula?

Jusepa. Como se llama Paula Reina...

Alcalde. Es verdad: sois Reina de apellido.

Jusepa. Los amores con Paula Reina son reales amores paulares ó paulinos; pero sin disputa reales. Y sigue:

Francelisa, cuyos ojos
Mi culpa y disculpa son,
Dulcísimo laberinto,
De mil almas perdedor;
Si no olvida quien bien ama,
No esperes que olvide yo;
Que no escarmientan desdenes
Al que adora tu rigor.
Causa de mi mal hermosa,
Que con negros rayos sol,
Haces á las hebras de oro
Vencedora emulacion,
Permite que á las cadenas
Que amor tan puro forjó,
No se les atreva el tiempo
Ni la desesperacion.

Alcalde. Por ese romance no se puede hacer cargo á la persona que lo escribe: respira sumision y ternura sin asomo de resentimiento.

[1] En este romance de Villamediana, y en un soneto que se verá en el acto tercero, se ha variado algo el texto original.

JOSEFA. Sí: ¡mal [illegible] la [illegible] de ese Conde galopo! Con un papel requiebra y con otro araña.

ALCALDE. ¿Cómo sabéis que es de un Conde ese escrito?

PAULA. ¿Vos has escuchado?

JOSEFA. Como el señor Alcalde no me dijo que no escuchase...

PAULA. ¡Ese sobrino me irrita!

ALCALDE. Hacedme el favor: acompañad al Escribano.

JOSEFA. Paula, creedme: el Conde es el que se quita el [illegible], ese [illegible] de [illegible] es.

ALCALDE. ¿Tenéis algún motivo para...

JOSEFA. Pues ¿no está claro? El Conde ha querido á mi hermana; mi hermana no le ha querido á él; y él, de rabia, la acusa para que ninguno la quiera. Alcalde habia yo de ser hoy, que cuando no me le [illegible] [illegible] [illegible], como á la [illegible] de [illegible]. Perdone usía la [illegible], señor don Diego: me voy al [illegible]. (Vase.)

ESCENA V.

EL ALCALDE. PAULA.

ALCALDE, aparte. (Confiado en la niña... Quizá... quizá...)

PAULA. Señor Juez, proporcionadme una entrevista con el Conde.

ALCALDE. ¿Con Villameliana?

PAULA. Á mí me calumnia y á él también. Si á un caballero no le deshonra, no le hace favor que le atribuyan la perfidia de una humilde trabajadora. Á los dos nos conviene justificarnos. Que vea yo al Conde.

ALCALDE (llama). ¡Escribano!

ESCENA VI.

EL ESCRIBANO. DICHOS.

ESCRIBANO. Señor.

ALCALDE. Llegaos á casa del señor Conde de Villameliana y preguntadle si quiere honrar mi habitación esta noche unos breves momentos.

ESCRIBANO. Al instante voy. (Vase.)

ESCENA VII.

EL ALCALDE. PAULA.

ALCALDE. Paula, os convenceréis que no debéis dejaros ver de nadie por algún tiempo.

PAULA. En las entrañas de la tierra quisiera esconderme.

ALCALDE. Yo os propondria que os recogieseis voluntariamente por un corto plazo.

PAULA. Pues bien, señor Don Diego: en Madrid, la voz que me denigra ya se ha extendido por todas partes; fuera de aquí no habrá cundido todavía. En el convento de Santa Clara de Valladolid es religiosa la madre de Gabriel; la opinion de aquella santa esposa de Cristo me importa más que la de toda la Corte: yo quisiera prevenir en mi favor á la que miro ya cual si fuera mi madre; allí sabria tambien de su hijo. Yo quisiera retirarme á Valladolid.

ALCALDE. Muy discretamente pensado. Os trasladaréis esta noche á mi casa; hablaréis allí al Conde; y cuando mejor os parezca, partiréis á Valladolid.

PAULA. Estoy á vuestras órdenes, señor Don Diego.

ALCALDE. Si ahora os vieran salir conmigo, creerian que ibais presa: me retiraré con la ronda, quedando en la esquina Pedreguera con un criado, que os acompañen cuando salgais. Otro llevará ahora, cubierta con la capa, á la niña, para que no la vean.

PAULA. ¡Gracias, señor Alcalde! Infinitas gracias por tanta bondad: el cielo os la premie.

ALCALDE. Paula, hasta luégo. Quedaos, hija.

PAULA. Quiero cerrar. (Toma una luz y acompaña al Alcalde. — Un momento despues se va abriendo lentamente el armario.)

ESCENA IX.

El CONDE, que sale por el armario.

El Alcalde Garnica ha venido á esta casa, y ha puesto alguaciles por los contornos. Paula no tendrá miedo esta noche como las dos pasadas, y permanecerá aquí. Ya se van. ¡Ah! se llevan la niña. Paula va á quedar sola: puedo hablarla ya sin obstáculo.

ESCENA X.

PAULA; El CONDE.

PAULA, sin ver al Conde. Sí, mi calumniador es el Conde: yo se lo diré; se lo haré confesar, aunque no parezca el romance... que era de su letra sin duda.

CONDE. ¡Paula!

PAULA. ¡Jesus! ¡María!

CONDE. Tranquilízate y óyeme.

PAULA. ¿Cómo habeis entrado!. . ¡Ah! ¡por allí!

CONDE. Por allí se baja á una escalera que termina un pasadizo, el cual, atravesando la calle del Arenal, va parar á mi librería. Soy tu casero, Paula: Santoyo es dependiente mio.

PAULA. ¡Ah! Y ¡él me ha traido aquí por mandato vuestro!

CONDE. En otra parte no te me dejabas hablar.

PAULA. Ni áun aquí habeis de conseguir que os escuche. Tornad por donde habeis venido, ó principio á gritar...

CONDE. Grita, si quieres. Alguaciles andan por ahí; vendrán, los esperaré, me entraré á su vista por ese armario, y tú les dirás lo que se te ocurra para defender tu reputacion.

PAULA. ¡Mi reputacion! ¡Vos me la habeis quitado!

CONDE. Este miserable mundo es así: no hay en él un bien que no traiga su inconveniente. Eres hermosa, has de ser amada: desdeñas á un amante, hace lo que puede para rendirte.

PAULA. Habeis podido calumniarme, rendirme no.

CONDE. Debo decirte en primer lugar, que Gabriel se ha escapado del que le acompañaba, se ha venido á Madrid y está preso.

PAULA. ¡Preso!

CONDE. Por disposicion del Conde de Olivares, mi amigo.

PAULA. ¡Amigo vuestro!

CONDE. Eramos contrarios poco há; ya estamos unidos, y yo soy árbitro de la suerte de Gabriel.

PAULA. ¡Vos!

CONDE. Yo. El se ha declarado autor de una sátira, que tiene enfurecidísimo al Rey; se dará cuenta á S. M., que áun no tiene noticia de la declaracion de Gabriel; y Gabriel perderá la vida, si desdeñas más á Villamediana.

PAULA. ¡Oh! Todo eso es falso.

CONDE. Es tan cierto como que Paula Reina está públicamente preconizada por favorita del Correo Mayor. Que lo seas, que no, de esta nota no te libras ya.

PAULA. Es que mi Gabriel no puede creerlo.

CONDE. En cuanto le digan que vives aquí: sabe que esta casa y la mia se comunican, y no es él capaz de amar á una mujer sin buena opinion.

PAULA. Pero, señor Conde, esa opinion en que vos me habeis puesto, esa hedionda mentira con que me habeis salpicado la tez, ese inícuo enredo, obra de pocos dias, ¿ha de durar siempre! ¿ha de resistir á la fuerza de la verdad! No soy yo como Leonor de Mendoza, que atemorizada con la calumnia, ha justificado al calumniador; culpada yo en el concepto de todos, el testimonio de mi conciencia me sostiene: yo sé que soy mujer de bien, aunque todo el mundo afirme

lo contrario. Yo acudiré á los tribunales; acusaré de impostores á cuantos me traigan en lenguas: haré ver que lo que se dice de mí no ha podido ser. ¿Cuándo habeis podido vos acercaros á mí! ¿De dia? Los mercaderes y vecinos fronteros al Cármen jurarán que no habeis puesto los piés en mi tienda nunca. ¿De noche? No se aparta de mi lado mi hermana... — Vamos, yo estoy loca ó se me principia á trastornar la razon. Pues ¡no estoy vindicándome ante vos, que sabeis mi inocencia mejor que nadie! Con la mirada firme, con la cabeza erguida me presentaré á defender mi honra con tres testigos, la verdad, la inocencia y el crímen; Dios, mi hermana y vos mismo, Conde, vos que en frente de un Juez no os atreveréis á mentir contra el cielo, contra vos, y contra la que ni en vida ni en muerte será de vos.

CONDE. Paula, yo te amo, yo soy poderoso, y no estoy enseñado á rogar. El Conde Juan de Tássis Peralta no se ha echado el embozo por otra que tú; á ninguna más ha rondado, á ninguna le ha escrito más de un papel. Tú me has hecho olvidar mi ambicion; émulo de Olivares, por no desviarme de tus ojos he pactado treguas con ese fátuo, con ese raposuelo taimado y miedoso, que puesto al frente de un pueblo de leones, ha de acobardarlos, ha de perderlos. Constante escarnecedor del orgullo, de la ignorancia, la venalidad y la hipocresía; desde que puse mi amor en ti, de nada hago caso; dejo á los bellacos y á los necios en inesperado sosiego: el mordaz Conde de Villamediana no murmura ya. Paula, caminos tortuosos hay, que por último conducen al bien; soy libre, y te amo yo mucho, Paula: nada habrá difícil para mí, cuando tú me ames. Llámete yo mia, y dispon de mi existencia á tu gusto: enfrenaré mi lengua, romperé mi pluma satírica: me siento por ti capaz de ser virtuoso.

PAULA. Principiad ahora, y aquí; si esperais llegar á la virtud por el arrepentimiento, arrepentíos de haberme infamado; arrepentíos de esta venida: no os falta de qué.

CONDE. Dáme tú el ejemplo, arrepintiéndote de tu necio desvío.

PAULA. Señor Conde...

CONDE, poniéndose delante de la puerta de la izquierda. Por aquí no habeis de pasar: por allí (señalando á la derecha) no hay salida: convenceos de que estais en mi poder.

PAULA. ¡No, infame! ¡no! (Huye rápidamente, éntrase por el armario y cierra la puerta que le sirve de fondo.)

ESCENA XI.

El CONDE.

El Conde. ¡Paula! Paula! — Cerró de golpe, los pestillos cebaron, y quedó tan firme la puerta como si fuera muro: por aquí no hay manera de abrir. ¡Vive Dios! Paula va á llegar á mi cuarto sin dificultad: á mano tiene luz; la puerta de allá quedó con la llave puesta por este lado... Si la ven, me alborota la casa; si no la ven, se marcha á la calle. Ir á mi casa es lo más urgente. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII.

MATEO; El CONDE.

Mateo, dentro. ¿Quién va?

Conde, dentro. ¿Quién viene?

Mateo, dentro. Quien necesita conoceros. Volved piés atras.

Conde, volviendo con la espada en la mano. ¿Quién se atreve á estorbarme el paso!

Mateo, saliendo con espada en mano. ¡Calle! Esto sí que no lo esperaba yo.

Conde. ¡Aquí Mateo!

Mateo. ¡Vos aquí, señor Conde!

Conde. ¿A quién buscais en esta casa!

Mateo. Al que vivió en ella, y todavía no habrá olvidado el camino. A Gabriel.

Conde. Está preso.

Mateo. Está libre.

Conde. ¿Cómo ha sido el soltarle!

Mateo. Gabriel escribió en su encierro dos cartas, una al señor Conde de Olivares, y otra á Jorge Tovar; fueron ambos á verle, y salió entre los dos, asido á sus brazos.

Conde, aparte. Declararia que es Jorge su padre.

Mateo. Ignorando vos esto, no habréis visto á Gabriel: no está aquí.

Conde. Aquí no.

Mateo. ¿No? Pues está en vuestra casa.

Conde. ¡En mi casa!

Mateo. De fijo. Desde que supe que habia salido de su encierro en Palacio, he corrido tras él, y hace poco le vi rondando de la calle Mayor á la del Arenal. Me pareció que habia entrado en vuestra casa; creí luégo que le habia visto acercarse á ésta: no hallándose aquí, en vuestra casa le teneis.

Conde. Pues necesito... necesito ir á verle inmediatamente.

MATEO. Yo tambien: os iré sirviendo.
CONDE. En buen hora.

ESCENA XIII.

El ESCRIBANO, ALGUACILES; El CONDE, MATEO.

ESCRIBANO. ¡Alto!
CONDE. ¿Quién se entra aquí!
ESCRIBANO. Bésoos las manos, señor Conde. Es la ronda del señor Alcalde, Don Diego Francos de Garnica.
CONDE. Y ¿á qué viene la ronda á esta casa?
ESCRIBANO. A saber quién se introduce en ella. El señor Alcalde nos puso en acecho; hemos visto entrar á un galan, hemos querido conocerle, y nos hallamos dos en lugar de uno.
MATEO. Pedreguera, el que entró pocos instantes há, fuí yo.
CONDE. Yo estaba... yo no tengo que responderos.
ESCRIBANO. Si yo no os pregunto. Solamente os diré que el señor Alcalde tiene precision de veros esta noche en su casa; que ya di el aviso en la vuestra; y como no estabais en ella, no habeis podido recibirlo.
CONDE. Iré á ver al señor Alcalde. (Dirígese á la puerta.)
ESCRIBANO, llamando. ¡Paula!
CONDE, deteniéndose. Paula... no está.
ESCRIBANO. ¿No ha de estar! ¡Vaya! — ¡Señora Paula!
CONDE. Cuando os digo que no se halla aquí...
ESCRIBANO. ¡Si estaba y no ha salido, señor!
CONDE. Mirad si la encontrais.
ESCRIBANO. No he quitado ojo á la puerta, miéntras he permanecido en la calle; con que... (A dos Alguaciles.) Vos y vos hacedla salir. Si le da vergüenza, que se eche el manto; pero ha de venir con nosotros. (Éntranse por la derecha los dos Alguaciles.)
CONDE. ¿Os parece que si estuviera ella aquí, y uno de nosotros fuera galan suyo, se os habia de permitir llevarla!
MATEO. Yo no soy galan de mujer nacida; lo fuí de una, y gracias á un malvado que Dios extermine...
(Salen los Alguaciles.)
UN ALGUACIL. No hay nadie en la casa.
OTRO. Ni puerta por donde escaparse.
ALGUACIL 1.° Ni sitio donde haberse escondido.
ESCRIBANO. ¡No! Guardad aquella puerta.
(Éntrase por la derecha.)

ESCENA XIV.

El CONDE, MATEO, ALGUACILES.

CONDE, queriendo salir. Permitid...
ALGUACIL 1.° No hay paso.
ALGUACIL 2.° No hay salida.
MATEO. ¿Qué prisa teneis? Aguardemos á ver en qué para esto.

ESCENA XV.

El ESCRIBANO; El CONDE, MATEO, ALGUACILES.

ESCRIBANO. Pues, señor, ¡no está!
CONDE. ¿Veis cómo es cierto!
ESCRIBANO. Cierto es que no está: mas tambien es cierto que no ha salido.
CONDE. Si no hubiera salido, estaria.
MATEO. Eso lo comprende un negro bozal, Pedreguera; echo ménos vuestra perspicacia esta vez.
ESCRIBANO. Pues entónces, por donde ha salido ella, salgan vuesas mercedes: nosotros nos vamos, y los dos quedais bajo llave.
MATEO. Buenas noches: yo ya he cenado.
CONDE. Pedreguera, ¿olvidais quién soy yo!
ESCRIBANO. Señor Conde, esta no es vuestra casa ni de Mateo, y os hallo aquí á entrambos, y no hallo al ama de la casa, la cual, si no ha volado por el cañon de la chimenea ó por entre los hierros de las ventanas, no ha podido escapar: de tal prodigio debe darse cuenta á la Inquisicion para que lo califique. Vos, señor Conde, pasais por travieso; el señor Mateo, mi camarada, estuvo ya sentenciado á colgar...
MATEO. ¡Pedreguera! El Rey sabe por qué.
CONDE. ¡Pedreguera!
ESCRIBANO. El señor Alcalde tiene que verse con el señor Conde; vive cerca; pronto le avisamos, y le haréis la honra de hablarle aquí.
CONDE. Escribanillo, os acordaréis del 27 de Julio de 1622.
ESCRIBANO. ¡Qué! ¿Me pondrá en coplas el señor Conde! Escríbalas, y que se extiendan mucho: soberbias multas cogeré. ¿Os parece que habérselas con un escribano es lo mismo que satirizar á un ministro! Probad y veréis. A la calle, muchachos.

(Vase con los Alguaciles y cierran con llave.)

ESCENA XVI.

El CONDE, MATEO.

MATEO. De buena gana me reiria, si no me hubiesen renovado la memoria de mi delito... la memoria de aquella infeliz.

CONDE, aparte. ¿Qué habrá hecho Paula? Si ha tropezado con Santoyo, aquel apocado vejete la deja marchar.

MATEO. Señor Conde, ya que nos ponen presos, aunque por poco tiempo será, voy á tomarme la licencia de pediros una merced.

CONDE. ¿Qué merced? ¿Qué puedo hacerte yo?

MATEO. Vos, como poeta, conoceréis á todos los que hacen versos en Madrid: querria me dijeseis de quién son unos, de quién es la letra de unos, que traigo conmigo cuatro años há.

CONDE. A ver.

MATEO. Tengo los tales versos en dos papeles, que parecen original y copia, aunque tal vez la copia pertenecerá tambien al autor. (Saca una cartera, y de ella dos papeles.)

CONDE, aparte. Mi romance para todas, quizá.

MATEO. Este es el papel más antiguo... y este es el más moderno. (Da el más antiguo al Conde.)

CONDE, aparte. (El romance á Margarita es.) — Veamos.
(Lee.) ¿Para quién, Amor, tu diestra
Tan solícita se armó
De tanto encendido rayo,
De tanto punzante arpon?

MATEO. Lo mismo dice aquí; y despues:
(Lee.) Para quien no se resiste,
Bastaba fuerza menor;
Ya conoce tu inclemencia
Mi rendido corazon.

CONDE, lee. Alarde excusado hiciste,
Ciego niño, ciego dios:
Vuelve á tu aljaba las flechas;
En tierra postrado estoy.

MATEO, lee. Margarita, cuyos ojos
Mi culpa y disculpa son...

CONDE. Basta. ¿Para qué quieres saber tú quién compuso estos versos?

MATEO. Para matarle.

CONDE. ¿Y si te ahorcaban?

MATEO. Harian muy bien.

CONDE. Y yo muy mal, si diera lugar á dos muertes que se evitan así. (Rasga el papel.)

MATEO. ¡Señor Conde! ¿Qué habeis hecho!

Conde. Lo que haria en tal ocasion todo hombre de juicio. Yo no puedo decirte de quién sea esa letra; ya tampoco te lo podrá decir ninguno; te excuso un crímen, te salvo la vida.

Mateo. ¿Qué me importa la vida á mí, desde que maté á mi mujer!

Conde. Y ¿qué tiene que ver la muerte de tu esposa con este romance!

Mateo. Por el que lo escribió la maté.

Conde. ¿La galanteaba ese hombre!

Mateo. Galanteaba á la esposa de mi amo, la Duquesa de...

Conde. La Duquesa Margarita: lo indica el romance.

Mateo. Yo servia al Duque, y mi mujer era criada de la Duquesa. Yo queria á mi mujer con delirio, y tenia celos del sol que le daba en la frente. El autor de estos versos, que nunca pude saber quién era, trató de seducir á mi noble señora, ménos firme que noble; y una noche oscurísima sorprendí en el jardin de mis amos á un hombre embozado, que hablaba cariñosamente á mi Andrea, y le tenia cogidas las manos. Desenvainé la espada, ciego de ira, dirigiendo el golpe al traidor embozado: huyó el cuerpo, y mi espada se clavó en el pecho de mi inocente esposa.

Conde. Y el embozado... se retiró sin que le conocieras.

Mateo. Una palabra de mi Andrea me impidió el perseguirle. «¿Qué has hecho!» me dijo; pero ¡cómo exhaló su boca moribunda aquella expresion! «¿Qué has hecho!» fué decirme... ¡oh! lo comprendí perfectamente... fué decirme: «Tú me quitas la vida, y yo te amaba; te amo, te he sido fiel siempre; ese hombre no me hablaba por mí.» — Cayó en tierra, caí á sus piés, me tendió una mano... en ella estaba la prueba de su inocencia; ese papel que habeis leído, que me habeis roto... en él estaba el nombre de Margarita, el de Andrea no.

Conde. Cierto: fué un error lastimoso.

Mateo. «No pierdas á mi ama,» dijo al entregarme el papel; «no pierdas á mi ama, esposo mio.» — ¡Esposo mio! Y ¡estaba expirando á manos de su esposo! ¡Pobre Andrea mia! Cumplí su mandato, guardé el papel, dejé llevarme preso, me condenaron á muerte; el Rey, que era entónces Príncipe, obtuvo mi indulto á ruegos de mi ama, y quizá de alguien más... Por esto vivo, y por esto quiero matar á ese hombre, aunque muera por ello.

Conde. Y ¿no has enseñado ese papel á nadie?

Mateo. A nadie más que á vos.

Conde. ¿Por qué te he debido la preferencia?

Mateo. Porque han dado en decir en Palacio estos dias que tambien pedisteis vos al Príncipe que solicitara mi indulto.

CONDE. ¿Yo!...

MATEO. Y por si conociais á mi embozado... Si le conoceis, bien podeis avisarle que se guarde de mí.

CONDE. No olvides las palabras de Andrea: «No pierdas á mi ama.»

MATEO. Matarle no seria perderla.

CONDE. El no te ha ofendido: segun tu relacion, ese hombre pedia á tu mujer que llevara esos versos á Margarita, versos de los cuales se infiere que entre el autor de ellos y la Duquesa no habia culpable amistad.

MATEO. Señor Conde, mi mujer y yo éramos los guardianes de la honra de mi señor, achacoso y anciano: muerta mi Andrea, y yo en una cárcel....

CONDE. Déjate de suposiciones, que, para mí, son bien excusadas: media en esto una gran señora, y es obligacion mia, como caballero, defender su decoro. A otra cosa.

MATEO. Pues á otra cosa. Los alguaciles estarán ya léjos de aquí; y no nos verán, si salimos de encierro: ¿quereis que salgamos?

CONDE. ¿Por dónde hemos de salir?

MATEO. Por la puerta.

CONDE. ¿De qué modo?

MATEO. Abriéndola.

CONDE. Abriéndola... ¿con qué?

MATEO. Con su llave: con ésta. (Saca una con guardas en ambos extremos.)

CONDE. ¡Esa! Y esa llave, ¿abre las dos puertas?

MATEO. Con estas guardas de este extremo abre la puerta de la entrada á la habitacion; con estotra la puerta de calle.

CONDE. ¿Cómo has adquirito tú esa llave, Mateo!

MATEO. Sabeis que salí de Madrid con Gabriel; de aquí á Valencia no le perdí ni un instante de vista; pero en Valencia se me escapó, teniéndome que abandonar su maleta: en ella iban ropas y unos papeles, y en un jubon suyo encontré esta llave.

CONDE. Trae pues, trae: salgamos. (Vase con la llave.)

MATEO, siguiéndole. Con esa llave he venido yo aquí, figurándome que cuando Gabriel se habia quedado con ella, y su novia vivia tambien aquí, á este nido habia de venir á parar. (Vuelve al proscenio.)

ESCENA XVII.

MATEO.

MATEO. Se marchó, dejándome con la palabra en la boca. No, pues yo no me retiro, hasta que vea si doy con algo que fortifique ó destruya mis fundadas sospechas. Pero ¿cómo ha de haber cosa que las destruya! Este romance, copia fiel del rasgado, lo encontré con otros versos en la maleta de Gabriel: Gabriel debe de haberlo escrito; él debe ser el galan encubierto de mi ama. El romance que me entregó mi difunta, era de otra letra, es verdad; pero Gabriel sabe hacer dos formas de letra: con la una escribiria á mi ama, con la otra se habrá copiado. De las dos, todavía no conozco de cierto ninguna; pero Paula tendrá cartas de él aquí: registremos. (Abre el cajon de la mesa.) Dibujos... Más dibujos... Planas de Jusepa... Nada... Ahí dentro tal vez...

(Vase por la derecha.)

ESCENA XVIII.

GABRIEL, saliendo por el armario.

GABRIEL. ¡Aquí no está el Conde! ¿Qué habia de estar! En todo me engañaba la pérfida. Mejor hubiera sido esperarle en su misma casa, y matarle allí. Salgo de un encierro; me dice mi padre que Paula me vende; quiero hablar al Conde; Santoyo me deja en la librería de su amo; se abre la puerta del secreto; y ¡aparece allí Paula! ¡Traidora! Y ¡áun queria persuadirme de su inocencia! Santoyo la libró de mis iras; que si no se la lleva pronto á la calle...

ESCENA XIX.

MATEO, con un farol y una carta; GABRIEL.

GABRIEL. ¡Un hombre! ¡No es él!

MATEO. ¡El es!

GABRIEL. ¿A qué habeis venido á esta casa, Mateo?

MATEO. A buscar un papel y al que lo haya escrito. El papel es este: el que lo ha escrito, ¿quién es?

GABRIEL. Soy yo: es una carta mia, dirigida á Paula.

MATEO. Mirad bien si os equivocais.

GABRIEL. Es mi letra y mi firma.

MATEO. Y aquellos papeles que llevabais en la maleta, ¿son de vuestra mano tambien?

GABRIEL. Todos estan escritos por mí.

Mateo. Reparad que esa declaracion puede comprome-ros.

Gabriel. Esa declaracion la he dado al Conde de Olivares, y sin embargo he sido puesto en libertad.

Mateo. Ved que hay allí unos versos con el nombre de cierta dama...

Gabriel, aparte. Leonor Mendoza. Vergüenza da... Pero yo no falto á mi palabra, aunque la haya dado á un rival infame.

Mateo. ¡Callais! Aquello era mucho para un hombre de vuestra especie: no pueden ser vuestras aquellas coplas.

Gabriel. He dicho que es mio, canalla.

Mateo. ¡Hijo de mala madre! no lo repetirás. (Desenvaina.)

Gabriel. La vida te costará ese horrible insulto, vil asesino. (Desenvaina.)

Mateo. Asesino pudiera ser, y te permito sacar la espada: valgo más que tú. (Lidian, y es herido Gabriel.)

Gabriel. ¡Santo Dios! ¡Ah Conde! ¡Ah Paula! (Cae.)

ESCENA XX.

El ALCALDE, El ESCRIBANO, ALGUACILES; Dichos.

Alcalde. ¿Qué es esto!

Escribano. ¡Un herido!

Gabriel. Socorredme. Llevadme de aquí.

Alcalde. ¡Es Gabriel!

Mateo. Es Gabriel Jiménez, herido por Alonso Mateo, ballestero del Rey.

Gabriel. Ha sido un error... un error á que yo he dado lugar.

Mateo. Yo no necesito que se me disculpe. Se me mandó acompañar á ese hombre, y se me autorizó para matarle, si trataba de huir. Huyó en Valencia, le hallé en Madrid; y en Madrid... ya veis... le estorbo la fuga.

ACTO TERCERO.

Interior de una rica tienda de sedas y lienzos, en la Calle Mayor, esquina á la callejuela de San Gines, ahora calle de Coloreros. Gran puerta en el fondo, con dos grandes ventanas inmediatas á ella, por donde se ven los portales de enfrente y la calle de Boteros, hoy de Felipe III. Una puerta á la izquierda abre comunicacion con el resto del cuarto; otra á la derecha da á la callejuela. Mostrador, asientos: una imágen de Santa Ines, titular de la tienda, sobre la puerta del fondo.

ESCENA I.

Un CIEGO, un ROSARIERO, un ALOJERO, una FRUTERA, y gentes de todos clases van y vienen por la Calle Mayor; INES, DOÑA GUIOMAR y PETRONILA en la tienda; despues, la MARQUESA, dos DUEÑAS y un ESCUDERO.

CIEGO. ¡Papeles nuevos! ¡noticias y oraciones!
ROSARIERO. ¡El camandulero de Sevilla! ¡Camándulas!
ALOJERO. ¡Obleas y aloja! ¡Bizcochos de soplillo!
CIEGO. ¡Evangelios y coplas! ¡La premática nueva!
ALOJERO. ¡Soplillos y suplicaciones! ¡Barquillos y aloja!
FRUTERA. ¡Peras de Agosto! ¡Melocotones de Aragon!

(Sale la Marquesa con dos Dueñas y un Escudero.)

MARQUESA. Dios os guarde, Ines. Doña Guiomar, Petronila, muy buenas tardes.

INES. Señora Marquesa, venga vueseñoría en muy buena hora.

GUIOMAR. Beso las manos á vueseñoría.

PETRONILA. Beso á su señoría la mano, señora Marquesa.

MARQUESA. Perdonad, si os he hecho esperar mucho, mis buenas amigas.

GUIOMAR. Acabamos de llegar, señora Marquesa.

MARQUESA. No he querido traer el coche, y ¡en qué me he visto para cruzar las calles! — ¡Hay un gentío!...

INES. Como es hoy domingo, y la tarde algo fresca, todo Madrid sale á paseo á esta Calle Mayor.

CIEGO. Nuevo decreto de S. M. mandando que á los Ministros y demas personas que sirvieren oficios graves, se les haga inventario de sus haciendas, para que se sepa con qué caudal entraron en sus plazas.

PETRONILA. Con esa medida, no hubiera juntado tanto dinero don Rodrigo, el que degollaron.

MARQUESA. Pasma el ver que muchos principian á desempeñar ciertos cargos, hechos unos Adanes...

ALOJERO. ¡Obleas y barquillos! ¡soplillos y suplicaciones!

ROSARIERO. ¡El camandulero! ¡camándulas!

MARQUESA. Y esos perdidos, á los pocos años revientan de...

FRUTERA. ¡Gordos y ricos, melocotones de Aragon!

MARQUESA. Con que vamos á darnos cuenta recíproca de nuestras diligencias. (Las Dueñas y el Escudero se retiran.)

CIEGO. Soneto á una doncella que deja el siglo, soneto famoso del señor Conde de Villamediana.

MARQUESA. ¡Calla! ¿Si será...

INES. ¡Ciego! ¡Aquí! A la tienda de santa Ines.

ROSARIERO. Por ahí, buen hombre.

CIEGO, pasando de la calle á la tienda. Soneto del señor Conde de Villamediana. ¿Quién pide otro? Soneto grande; catorce versos de marca imperial.

INES. ¿A quién es el soneto, hermano?

CIEGO. Aunque no lo dice, se sabe que se ha escrito para la Francesilla. ¡Es gran cosa! Un maravedí vale: tasa del Consejo.

PETRONILA. Tomad un cuarto.

CIEGO. Viva muchos años, hermana. Con Dios. (Vase.)

PETRONILA. Háganos la merced de leerlo, señora Marquesa, porque yo... una triste alquiladora de coches...

INES. Yo soy mercadera, y tampoco sé leer más que las marcas de los paquetes; en sabiendo cobrar...

GUIOMAR. A mí me está enseñando ahora mi hijo, y cada dia me da palmetas. Pero yo no he de quedarme sin aprender, porque no le está bien á la mujer de un letrado no conocer las letras.

MARQUESA. Dice pues el soneto: «A una niña hermosa que deja el siglo.»...

ESCENA II.

El CONDE; la MARQUESA, INES, GUIOMAR, PETRONILA, Gente en la calle.

CONDE. Bésoos los piés, señoras.

MARQUESA. ¡Oh señor Conde!

CONDE. ¡Señora Marquesa de Toral! ¡Señoras mias!

INES. El señor Conde adelanta hoy un poco su visita á mi tienda.

CONDE. Por anticiparme la satisfaccion que aquí me aguardaba.

MARQUESA. Leednos vuestro soneto á Paula: acabamos de comprársele á un ciego.

CONDE. Es un pensamiento comun: como la persona á quien se dirige.

INES. No, la hermosura de vuestra Francelisa no es nada comun.

MARQUESA. La tijera del Conde es la de las Parcas: á nadie perdona.

GUIOMAR. Con que... dice el soneto...

CONDE. Dice así: (Lee.)

Tú, que el dulce vivir de alegres años
Vas á trocar en reclusion penosa,
Y el blando peto y falda vagarosa
En cilicio cruel y rudos paños;
Tú, que, viendo del mundo los engaños,
Te recoges al puerto presurosa,
Cual nave que entre noche tenebrosa
Teme del mar los encubiertos daños;
Canta la dicha que en su seno encierra
La que amante de Dios, de Dios amada,
Su fe le rinde con ferviente anhelo;
Que si el piloto, divisando tierra,
Mueve la voz, de júbilo embargada,
¿Qué hará viajera que descubre el cielo!

MARQUESA. Bonito soneto, ¡señor Conde!

PETRONILA. ¡Precioso!

MARQUESA. Si compusierais siempre cosas así!...

GUIOMAR. Pero un soneto del señor Conde á la Francesilla debia ser más tierno.

PETRONILA. Más amoroso.

CONDE. ¿Por qué?

INES. ¡Válgame Dios! ¿Por qué será?

PETRONILA. ¿Por qué estamos reunidas aquí nosotras?

GUIOMAR. ¿No es para proporcionar á esa chica un dote, con que se éntre en los Angeles?

MARQUESA. Y hace un mes no tenia vocacion de monja.

INES. Ni ahora se le nota mucha; pero tiene pundonor y delicadeza...

MARQUESA. A la covachuela no podia volver.

PETRONILA. Sus humos no son para sujetarse á servir.

MARQUESA. Gabriel (gracias que vive) no trata de casarse con ella: no le quedaba más arbitrio decente que meterse monja. Nosotras éramos parroquianas suyas, la estimábamos, le teníamos lástima; fuimos á verla á casa del Alcalde Garnica... allí nos juró por Dios y santa María que era inocente...

CONDE. Y juró la verdad.

MARQUESA. ¡Desgraciada verdad! Nadie le ha dado crédito, ni áun el mismo Gabriel.

INES. Ella y el señor Conde ¿qué han de decir! Otra cosa no les estaria bien.

MARQUESA. Ello es que al cabo de llorar muchísimo y de una infinidad de protestas, hubo de rendirse á nuestras exhortaciones, consintió en recogerse, y nosotras nos obligamos á facilitarle los medios.

CONDE. Así una opinion general errónea obliga á esa jóven, estimulada por su pundonor, á tomar un estado que le repugna. Yo repito aquí lo que declaré con juramento en la informacion sobre la herida causada á Gabriel. Nada he tenido que ver con la Francesilla.

GUIOMAR. Si os encontraron una noche en su casa.

INES. Y á ella en la vuestra.

PETRONILA. Y se ha descubierto que entre las dos casas hay un pasadizo por debajo de tierra.

MARQUESA. Decid cuanto querais en favor de Paulita; con ese pasadizo, no pasa.

INES. Van acercándose los caballeros, que á estas horas concurren diariamente aquí para conversar: vámonos adentro nosotras.

MARQUESA. Yo he reunido más de cuatrocientos ducados entre mis conocidos; ¿cuánto ha recaudado mi amiga Ines?

INES. Trescientos cincuenta.

PETRONILA. Yo más de trescientos.

GUIOMAR. No he juntado yo tanto; pero pasa de cien ducados lo que traigo conmigo.

INES. Ha de haber más que se necesitaba. Sírvase vueseñoría pasar.

MARQUESA. A más ver, señor Conde. (Vanse las cuatro.)

ESCENA III.

SANTOYO; El CONDE.

SANTOYO. Señor amo...

CONDE. ¿Qué ocurre, Santoyo?

SANTOYO. Que ha ido á visitaros Gabriel.

CONDE. ¿Qué tal se halla ya?

SANTOYO. Bastante endeble; hoy es el primer dia que sale Fué la herida terrible.

CONDE. Y ha librado bien el maldito del ballestero. ¿Qué queria Gabriel?

SANTOYO. No me lo declaró; mas yo conocí que no os busca de paz. Le dije que vendriais, como soleis, á esta tienda...

CONDE. Bien. Si me quiere algo, que me busque. Yo no estoy ya mal con él. Si Paula no es mia, no es suya tampoco: hay para consolarse. Me despreció esa simple, le compuse una seguidilla: se enclaustra, le dedico un soneto: la indemnizacion pasa de equitativa, raya en generosa.

Santoyo. Quisiera advertiros, cuando me dejeis habla— como en efecto no soleis...

Conde. Me han dicho que el soneto á Paula deberia ser más enamorado: yo no quiero ya á tal mujer. Encaprichada por su Gabriel, ó por su convento, no merece que Villamediana piense más en ella: húndase para mí en el olvido: revuelva contra todos mi furia satírica, principiando por ese Rey, que no sabe más que hacer coplas y malas; pasando á la Reina, francesilla pusilánime, que ni áun tiene el espíritu de la Francesilla vulgar... — Gasto un mes en escribirle á S. M. femenil una comedia de tramoyon, hirviendo en lisonjas, que el discurrirlas me dió calentura... (¡yo lisonjero!); le hago ver que prestándome su favor, podríamos echar á puntapiés á ese Conde, que áun á ella la humilla; la cojo en brazos en un incendio, y me dice con su lengüecilla gabacha; «Solo el Rey toca á mí: decatmi; no custo de isto.» — Tampoco gusta el Conde de quien desconoce su puesto.

Santoyo. Parece que en las Gradas de San Felipe han leído un papel...

Conde. Paula Reina... Mejor llevaria la corona esa testaruda... esa villana indómita.. — Hombre, no me mientes á Paula nunca.

Santoyo. Si sois vos quien me la nombrais.

Conde. No quiero acordarme de ella, no quiero nada que me la recuerde.

Santoyo. El año de 1618 os desterró el difunto Rey por...

Conde. ¿Oyes, estantigua?

Santoyo. Os oigo, á ver si me escuchais luégo á mí.

Conde. Ofrece á las religiosas de los Angeles una lámpara de plata de tres arrobas, por la trenza de Paula.

Santoyo. Ya veo que no quereis nada que os la recuerde.

Conde. Tú te figuras que, por la Francesilla, seré yo capaz de cualquier disparate.

Santoyo. No, señor; de casaros con ella, no os creo capaz.

Conde. Tendria que pedir vénia al Rey; se mofaria de mí la Reina; Quevedo, el patojo, me traeria entre consonantes, y Lopillo, y el frailuco de la Merced... Y Rojas se haria rajas de gusto, y á Juanete Alarcon no le cabria en la corcova la risa, y eso que cabe allí el arca de Noé.

Santoyo. Señor Conde, cuando os desterraron cuatro años há...

Conde. Cuando me desterraron la segunda vez, bramaba de ira, y no tenia tan mal humor como tengo ahora. No digas á nadie el por qué.

Santoyo. ¿Digo yo de vos nada? Miéntras yo viva, seguros están los secretos que me habeis confiado.

CONDE. Miéntras tú vivas... ¿Quién morirá primero!

SANTOYO. Señor Conde, paso de los sesenta.

CONDE. Una estocada se administra en Madrid con tan poco reparo... dígalo Gabriel. Si muero ántes que tú, quedas facultado para declarar de mí cuanto sepas. Aborrezco la hipocresía: la seguidilla contra Paula se me pone en los labios á cada momento.

SANTOYO. Por murmurar, hasta de vos murmurariais.

CONDE. Cuando te hallas muy triste, ¿qué sueles hacer?

SANTOYO. Hago bien al prójimo: suelo dar una limosna crecida.

CONDE. ¿Te entristeces muy á menudo?

SANTOYO. Una vez al año... cuando es bisiesto.

CONDE. No te empobrecerá la melancolía. Me conviene hacer hoy una buena obra: Paula no me ha consentido que la dote...

SANTOYO. Dadme vuestras órdenes, y correré yo con el donativo: si lo haceis vos, lo echaréis á perder con alguna aprension.

ESCENA IV.

Un SANTERO, con un cuadro de demanda; Dichos.

SANTERO. Caballeros, esta bendita imágen tiene concedida indulgencia plenaria: sacad una alma del purgatorio.

CONDE. Cien ducados hay en ese bolsillo.

SANTERO. Cien almas habeis enviado al cielo.

CONDE. ¿Teneis certeza de que ya están allá?

SANTERO. Tengo fe segurísima.

CONDE. Al que entra en la gloria, no le despiden: recojo el dinero para otra obra de caridad. (Coge la bolsa y vase.)

SANTERO. Mal hace en burlarse de los difuntos ese caballero: á todos nos ha de llegar nuestra hora.

ESCENA V.

JUSEPA; SANTOYO, El SANTERO.

JUSEPA. Buenas tardes, señor Santoyo.

SANTOYO, aparte. (Por no encontrarse con la chiquilla, se va mi amo.) — Buenas tardes, mudita. (Al Santero.) Yo os entregaré los cien ducados: venid conmigo. (Aparte.) Al fin se me escapó, sin que le instruyera de lo que se susurra: volveré luégo aquí. (Vanse Santoyo y el Santero.)

JUSEPA. ¿Dónde se han detenido? ¡Ah! ya llegan.

ESCENA VI.

El ALCALDE, PAULA, JUSEPA. Despues, LA MARQUESA, INES, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA.

PAULA. No me abandoneis, Sr. D. Diego: ya que me habeis dispensado la honra de traerme aquí, ayudadme á persuadir á mis protectoras. (Salen la Marquesa, Ines, Doña Guiomar y Petronila.)

MARQUESA. Bueno, bueno: estamos conformes. — ¡Ay! ¡que tenemos aquí á Paulita!

INES. ¡Nuestra santa!

GUIOMAR. ¡Nuestra penitente!

PETRONILA. ¡Nuestra convertida!

JUSEPA, aparte. ¡Convertida la llaman, y el señor Alcalde no vuelve por ella! No lo puedo sufrir. (Vase á la puerta del fondo.)

MARQUESA. Hija mia, ya no teneis que desvelaros por vuestra suerte: mil y doscientos ducados de dote os hemos reunido.

JUSEPA, aparte. Me escapo á las Gradas de San Felipe. (Vase.)

INES. Mañana principiaremos las diligencias para que os den el hábito.

PAULA. Vivais largos y felices años, señoras. Hay que devolver ese dinero á mis bienhechores: no lo necesito ya.

PETRONILA. ¿Cómo es eso, niña!

GUIOMAR. ¿Renunciais á vuestro buen propósito!

MARQUESA. Eso seria...

PAULA. No, señoras, no: demasiado sé que mi reputacion exige ese sacrificio de mí.

ALCALDE. Paula está ya admitida en el monasterio de Santa Clara de Valladolid.

PAULA. Allí es religiosa una madre, que en recompensa de los beneficios que ha prestado al convento, tiene derecho á un hábito para huérfana pobre. Con tal proporcion, debe esa cantidad reservarse para otra, más necesitada que yo.

MARQUESA. El desembolso ya está hecho, y el uso no podia ser mejor: ese dinero no debe tornar á los que le han dado.

ALCALDE. Pudiera servir para dote de Jusepita.

PETRONILA. ¡Mucho!

MARQUESA. ¡Sí por cierto!

GUIOMAR. ¡Muy buena idea!

INES. Para dote de la niña será, en cualquier estado que elija.

PAULA. ¡Oh, señoras mias! Eso sí que os lo agradezco con el alma y el corazon. Gracias por ella, gracias por mí, que ya quedo sin cuidado en el mundo. Pero por aquello

que mas ameis; por Dios, á quien debemos amar sobre todo; por Dios, Nuestro Señor, que si en el dia de mañana consultais la voluntad de esa niña, no se la contrarieis como la suerte se complace en contrariársela á su infeliz hermana.

MARQUESA. Vamos, Paula, es menester olvidar esos devaneos, afirmar los piés en el buen camino, y no volver los ojos atras.

ESCENA VII.

GABRIEL; PAULA, LA MARQUESA, INES, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA, El ALCALDE.

GABRIEL. Señoras... el señor Conde de Villamediana ¿ha venido?...

PAULA. ¡Gabriel!

GABRIEL. ¡Paula!

INES. El señor Conde se ha retirado de aquí; pero entiendo que volverá.

GABRIEL. Señor Don Diego, sabeis que durante mi curacion yo no he visto á Paula: hallándola aquí, ¿me permitiréis vos y estas damas una corta entrevista?

ALCALDE. ¿Por qué no?

MARQUESA. Si Paula quiere...

PAULA. Yo... necesito querer.

MARQUESA. Nos retiramos á la puerta, para concederos más libertad. (Apártanse las cuatro señoras y el Alcalde.)

PAULA. Gabriel, desde casa del señor Alcalde Garnica te dirigí tres cartas: no sé si te las habrán entregado.

GABRIEL. Sí; me las dieron juntas, cuando el estado de mi herida lo permitió. No podia escribirte, dije que te veria... y al fin nos vemos. Quise ver ántes á tu galan; pero te hubiera visto despues.

PAULA. ¡Tú tambien! ¿tú piensas de mí como todos! Las declaraciones del Conde, ¿no me justifican completamente, siquiera contigo!

GABRIEL. Para el vulgo, te justifican poco; para mí, se te ha querido justificar demasiado: uno y otro te pierde.

PAULA. Tú deliras, Gabriel.

GABRIEL. Paula, ¿no jura el Conde que ni te hablaba ni te escribia? Pues sí que te ha escrito: me lo declaraste al partir desterrado. Y no me negarás que te habló: cuando te encontré en su aposento, me lo dijiste. El Conde ha mentido, el Conde se ha hecho reo de perjurio, por salvar tu fama: ¡perjurio inútil! Madrid no le cree por lo que sospecha, y yo por lo que sé.

PAULA. En casa del Conde me hallaste fugitiva de él, y

habiéndole encerrado en la habitacion que fué tuya. Despavorida, tropezando á cada momento en mi precipitacion honrada, oscilando la luz en mi mano trémula, crucé el angosto subterráneo de una casa á otra, pidiendo al cielo un defensor de mi inocencia bajo el techo del Conde. Abro con angustia una puerta; veo al hombre que amaba, me arrojo á sus brazos... ¡Cómo me recibiste! ¡Me rechazaste con oprobio, Gabriel!

GABRIEL. El desventurado Gabriel Tovar es hijo de madre que no fué esposa; la primera vez que me dijeron el nombre de mi padre, le oí denostado y escarnecido. Yo nací con amor á la honra; y no podia quitarme los padres, que me habia dado quien todo lo ordena; pero podia y queria emplear mi amor en una mujer que trajese á mi casa cariño para mi cariño, buen nombre para mi buen comportamiento con ella. Cariño me tenias, de buen nombre gozabas: ¿dónde se fueron!

PAULA. De mi nombre, pídele cuenta al que me le roba; yo no mando á la suerte: mando en mi pecho, y mi amor es el mismo que siempre fué. Haber ocupado la morada en que tú viviste, ocuparla por eso, ¿ha de contárseme por agravio á tu amor!

GABRIEL. Cierto. Nada más inocente que pasarte á mi cuarto; yo no te habia dicho que tenia comunicacion con la casa del Conde. — Te solicitaba un poderoso, le tenias miedo, me necesitabas para tu defensa, no estaba yo aquí... yo he tenido la culpa, no me debo quejar.

PAULA. Basta, Gabriel. Víctima de un descrédito inmerecido, me daba horror pensar que me echaban á empellones del mundo, quedando en él álguien que llorase acaso perderme. Te unes á mis detractores, nadie piensa bien de mí, nadie me cree, sino tu madre: ¿qué he de hacer sino reunirme con ella! Sola, abandonada, sin defensor entre los hombres, ¡ampáreme la providencia de Dios! (Vase por la derecha.)

MARQUESA. Sigámosla. (Entranse tras Paula las cuatro.)

ESCENA VIII.

MATEO; GABRIEL, El ALCALDE.

MATEO. Señor Alcalde, el señor Conde de Olivares necesita veros al punto.

ALCALDE. ¿Dónde?

MATEO. En Palacio.

ALCALDE. Voy á servir al señor Ministro. (Vase.)

ESCENA IX.

GABRIEL, MATEO.

MATEO. Señor Don Gabriel, yo os herí malamente, y la Justicia me dió por libre.

GABRIEL. Combatimos de igual á igual, y tú con excusa bastante: por eso ni mi padre ni yo hemos pedido nada contra ti.

MATEO. La culpa fué vuestra: os hice una pregunta, y no me respondisteis verdad.

GABRIEL. Mateo, nada tenemos que hablar los dos.

MATEO. Dijisteis que era vuestro el romance á la Duquesa Margarita, encontrado por mí en vuestra maleta; y eso no me lo debisteis decir.

GABRIEL. Te dije, ó te quise dar á entender por lo ménos, que eran mios los versos contra doña Leonor Mendoza.

MATEO. Ya: ved ahí el error.

GABRIEL. Ademas, de todo papel escrito de mi mano, respondo yo.

MATEO. No debeis responder de lo que no habeis podido hacer. Habrá un año que estais aquí, y el romance á la Duquesa Margarita se hallaba en mi poder hace cuatro años cumplidos: cuando el autor de ese romance lo ponia en Madrid en manos de mi difunta Andrea, estabais vos en Valladolid. Al autor de esos versos buscaba yo, y sigo buscándole.

GABRIEL. ¿Por qué?

MATEO. Porque, por él, tuvo el Rey que perdonarme... lo que no puedo perdonarme yo. En vuestra maleta encontré, ademas de ese papel aciago, una llave de vuestra casa.

GABRIEL. En algun bolsillo de mi ropa.

MATEO. Cabal. Llegué á Madrid, supe que Paula habia tomado la habitacion que vos tuvisteis, y se me figuró que, de noche por lo ménos, habriais de verla.

GABRIEL. Fuí preso al llegar, y conducido á un calabozo de Palacio con gran sigilo...

MATEO. Como que ignorante yo de ello, entré á buscaros en vuestra habitacion, ya de Paula, tres noches seguidas.

GABRIEL. ¡Tú! ¿Cómo entraste allí!

MATEO. Con vuestra llave: con ella y con una linterna, el dia de mi llegada á Madrid, siendo ya media noche, me fuí á la calle del Arenal, decidido á penetrar, si podia, en el cuarto de Paula, para ver si os refugiabais allí. Metí la llave en la cerradura del portal, y la puerta se abrió. Como no estaba echado el cerrojo por dentro, y allí no habia más vecino que Paula, comprendí que la inquilina debia estar fuera. En efecto, con la misma facilidad abrí la puerta del cuarto; encendí luz, y me hallé solo en él.

Gabriel. ¡Gran Dios! Y ¿qué noche fué esa?

Mateo. La del 25 de Julio, el dia que se mudó Paula, porque hasta ése no la precisaron á dejar su cuarto de la calle de Rompelanzas.

Gabriel. Con que la noche del 25 ¿no la pasó Paula en la casita de la calle del Arenal!

Mateo. A las seis de aquella mañana la vi abrir desde adentro la covachuela de la calle del Cármen. Y á la noche siguiente sucedió lo mismo; la tercera, que fuí temprano, tropecé primero con el Conde, y con vos despues.

Gabriel. Y ¡me lo decia Paula en casa del Conde con el más puro acento de la verdad, y no quise, no pude, no acerté á creerla!

Mateo. Y parece que miéntras tanto, ya cantaban las fregonas al ir por agua:

Francelisa, la bella
Ya tiene dueño:
La noticia se sabe
Por el correo.

Gabriel. ¡Por él se ha sabido, sí! Esa infame voz es obra del Conde; es sistema suyo difamar á una mujer, para que se pierda, ó cobarde ó desesperada. ¡Conde! el último dia de tu vida es hoy.

ESCENA X.

JUSEPA; GABRIEL, MATEO.

Jusepa. Bien puede ser, porque anda ya un tole tole contra el tal Condecito, que tiene que oir. Y soy yo quien ha levantado la polvareda.

Gabriel. ¿Tú!

Mateo. ¿Cómo!

Jusepa. No mereciais que lo dijese; pero cuando no habeis muerto de la estocada que os pegó este salvaje, Dios quiere sin duda que volvais á ser muchacho de juicio.

Gabriel. Al caso.

Jusepa. Pues, señor, ese Conde malo escribió á mi hermana un romance, que principia con estos versos:

¿Para quién, Amor, tu diestra
Tan solícita se armó
De tanto encendido rayo,
De tanto punzante arpon?

Mateo. Ese romance ya habia servido para otra.

Jusepa. Ese romance se le habia dado Paula con unos dibujos á una mujer, y no sabia quién. Cuando vi yo que el señor Conde sostuvo que ni habia escrito ni hablado á mi

hermana, me puse rabiosa. ¡Habrá embustero! Pues ¡si habia yo tenido su papel en mis manos, si lo sabia de memoria!... ¿Lo he sacado yo de mi cabeza! ¿galanteo á mi hermana yo!

MATEO. ¿Estaba ese papel escrito de mano del Conde!

JUSEPA. Pues ¿no habia de estar?

GABRIEL. ¿Por dónde te consta?

JUSEPA. Porque me lo ha dicho una dama que, á la cuenta, lo debe saber.

GABRIEL. ¿Qué dama es esa?

JUSEPA. Doña Leonor Mendoza.

GABRIEL. ¿Cómo has hablado tú con ella?

JUSEPA. Porque una criada suya solia comprar dibujos en nuestra covachuela. Yo me desvivia con el ansia de encontrar el dichoso romance para mostrárselo al Conde y decirle: «¿Veis cómo habeis escrito á mi hermana! Pues como habeis mentido en esto, habréis mentido en otra cosa más principal.»

GABRIEL. Y ¿esa criada... ó esa Leonor...

JUSEPA. Miéntras vos penabais con vuestra herida, y mi hermana con sus pesadumbres, yo, cada dia con un pretexto, salia de casa del señor Alcalde á preguntar á las parroquianas por nuestro curioso romance. Ayer tropecé con la Serapiona, la criada de Doña Leonor. Le digo: «¿Te ha dado mi hermana unos versos con algun dibujo?» Me dice: «Allí tengo un papel escrito: no sé leer. — Vamos á verlo.» Y me encajo en casa de Doña Leonor.

MATEO. Esta chica es el diantre.

JUSEPA. ¡Ay, amigos! ¡qué bonita es la Doña Leonor! Y ¡qué amable! Apénas le dije que el Conde de Villamediana era un pícaro, me plantó un par de besos, que me dejó señal.

MATEO, *á Gabriel.* Leonor sabe ya por Doña María Tercero, que la décima contra ella es obra del Conde.

GABRIEL. Y en efecto, ¿el romance...

JUSEPA. Estaba envolviendo unos festones de guardapiés. Ya he dicho que Doña Leonor es muy guapa; pues cuando acabó de leer el romance, se puso divina: le relucian los ojos de una manera...

MATEO. Ya.

JUSEPA. Me hizo mil cariños, y me regaló una porcion de cosas, porque le dejara el romance hasta hoy. Yo le hice presente que trataba de pedir al Rey que mandase averiguar quién era el que habia calumniado á mi hermana, y que para ello se necesitaba presentar á S. M. el romance. «El Rey lo verá, me dijo Leonor, y es inútil que veas al Rey.» Yo callé; pero desde allí me fuí á vuestra casa, caballero Gabriel Tovar; se lo conté á vuestra señora madrastra, que vale mucho más que su hijastro; me ha sacado la audiencia, y ahora vamos á Palacio las dos.

MATEO. ¿Y el romance? ¿os lo han vuelto?

JUSEPA. Me ha dicho la Serapiona que lo tiene el Rey. Pero aquí entra lo mejor.

GABRIEL. ¿Qué es?

JUSEPA. Que en ese romance hay un verso que dice: *Son mis amores reales...*

MATEO. ¿Cómo es eso!

GABRIEL. ¿Cómo dice así!

JUSEPA. Como que fué escrito para una Reina... la Reina Paula, primera de este nombre.

MATEO. ¡Ah!

GABRIEL. ¿Y qué?

JUSEPA. Que doña Leonor, no sé con qué motivo, ha mandado extender copias á docenas del bendito romance, diciendo por supuesto que es obra del Conde; y para no perjudicar á mi hermana, se ha suprimido en las copias el primer renglon del original.

GABRIEL. ¿Qué decia el primer renglon?

JUSEPA. «A Paula Reina, la Francesilla.» Como ya no va en el romance el nombre y apellido de Paula, parece que se ha escrito, no para la Reina Francesilla, sino para la Reina Francesa, la Reina real y efectiva, nuestra señora: lo han leído miles de personas, y está medio alborotada la poblacion.

ESCENA XI.

El ESCRIBANO; Dichos.

ESCRIBANO. Niña, la señora Secretaria del Patronato llega ya aquí.

JUSEPA. Adios, Gabriel. Voy á ver á S. M.

MATEO. ¡Jusepa, Jusepa! recobrad el romance; necesito yo verle. (Vanse Jusepa, el Escribano y Mateo.)

ESCENA XII.

El CONDE, Varios CABALLEROS; GABRIEL.

GABRIEL. ¡El Conde!

CONDE. No deis en esa necedad, señor don Gonzalo: él romance fué escrito para la Francesilla. *Francelisa* es un anagrama libre de *Francesilla*.

CABALLERO 1°. Y de *lis francesa* ó *francesa lis*, distintivo de la casa Real de Francia.

CABALLERO 2°. *Son mis amores reales*, dice á la letra uno de los versos: me parece que esto no necesita explicacion.

CONDE. Paula se llama Reina, de apellido. — ¡Ah! ¡Señor don Gabriel!

CABALLERO 1°, á los otros. ¿Y la comedia de Aranjuez?
CABALLERO 2°. ¿Y el abrazo entre el fuego?
CABALLERO 1°. ¡Fuego en el abrazo!
CONDE. Habeis ido á mi casa: ¿qué teneis que mandarme?
GABRIEL, aparte, al Conde. Señor Conde, vos habeis declarado que no habeis pretendido á Paula.
CONDE. Cierto: por defender su honra.
GABRIEL. Y acabais de decir que le habeis escrito un romance de amores.
CONDE. Cierto: por defender la honra de S. M.
GABRIEL. Pues, á pesar de lo noble de ambas defensas, la una ó la otra declaracion es men...
CONDE. ¡Chit! no acabeis. Convaleced, curaos del todo; y si quereis, reñiremos entónces.
GABRIEL. Ha de ser ahora.
CONDE. Yo os propuse un duelo cuando me dijisteis quién erais, y lo rehusasteis por que no os convenia; soy ménos egoista que vos: por conveniencia vuestra, me niego á éste.
CABALLERO 1°. Señor Conde, nos olvidais.
CONDE. Queria obtener del señor D. Gabriel Tovar que nos favoreciese con su compañía.
CABALLERO 1°. Nos honrará mucho el señor D. Gabriel.
CONDE. Venid, agregaos al corro, sentaos. Hoy dejais el lecho, despues de tres semanas: tratad de esparciros; no lo querais todo en un dia.
GABRIEL, aparte. Yo veré de irritarle.
CONDE. Estas son mis Gradas de San Felipe; en las otras, de la acera de enfrente, se reunen mis enemigos.
GABRIEL. Mucha gente se junta allí.
CONDE. Vivimos entre hombres tan raros, que el obrar mal no se tiene por culpa, y es culpa el decirlo. Y ¡son tantos, amigo y señor D. Gabriel, son tantos aquellos de quienes se puede decir!...
CABALLERO 1°. Hoy, como es domingo, nos colocamos aquí, á la parte de adentro, para que el soportal quede libre á los paseantes.
CABALLERO 2°. Es extraño, en verdad, que se pasee tanta gente por la Calle Mayor, y tan poca en el Prado.
CONDE. Se abstienen de pisar la yerba, por si la necesitan pacer.
CABALLERO 1°. A propósito de pacientes: allí va el Alguacil Mayor.
CONDE. ¿Periquito Verjel?
CABALLERO 2°. El señor D. Gabriel no le conocerá.

CONDE. ¡Qué galan pasa Verjel
Con cintillo de diamantes,
Diamantes que fueron ántes
De amantes de su mujer!

CABALLERO 1°. ¿Qué os parece el epigramita?

GABRIEL. El señor Conde rima la palabra *verjel* con la de *mujer*, y no son consonantes.

CONDE. Licencia poética, maese Gabriel.

GABRIEL. Es muy aficionado á licencias el señor Conde.

CABALLERO 1°. Su musa ostenta siempre cierto espíritu juvenil...

GABRIEL. Quizá tenga ménos de juvenil que de Juvenal.

CONDE. Al señor Tovar le ha servido servirme.

CABALLERO 2°. ¡Señores, novedad! ¡Doña Aldonza á pié!

CABALLERO 1°. Es verdad, que siempre va en coche.

CABALLERO 2°. O por lo ménos, á caballo.

CONDE. En jumento la he visto yo una porcion de veces.

CABALLERO 1°. ¿Cuándo!

CONDE. Cuando se apea en brazos de su caballerizo.

CABALLERO 1°. Aquella tapada debe ser Leonorcita Mendoza.

CABALLERO 2°. Bella dama es.

CONDE. Dama, sí; ¡bella... cá!

TODOS LOS CABALLEROS. ¡Bellaca! ¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

CABALLERO 2°. ¿Qué niños son aquellos, vestidos de blanco?

CABALLERO 1°. Unos moritos marroquíes, bautizados esta mañana: parece que su padre es un sujeto ilustre.

CONDE. ¿Niños moros, hijos de padre ilustre! Serán hijos del Virey de Nápoles, moro oculto de las Vistillas.

CABALLERO 2°. ¿Hablais del Virey que fué, ó del que lo es?

CONDE. Del que era Virey, y por concision, queria un título con dos letras ménos.

CABALLERO 1°. *Virey*, sin la primera sílaba, *Rey*.

GABRIEL. Señor Conde, eso es llamar traidor al Duque de Osuna, y parece poco puesto en razon hablar así de un hombre que, hallándose preso, no puede defenderse de vos.

CONDE. ¿Creeis que esté preso por nada!

GABRIEL. ¿Os desterraron á vos por algo!

CONDE. ¿Sois vos juez de mis escritos ni de mi lengua?

GABRIEL. ¿Podeis moverla vos contra nadie?

CONDE. Mirad que todavía no he dicho nada que os toque á vos.

GABRIEL. Esto es advertiros con tiempo que tengo espada.

CONDE. ¿Espada! Una caña con una esponja os estaria mejor.

GABRIEL. Maldiciente sin vergüenza, defiéndete. (Desenvaina.)

TODOS LOS CABALLEROS. ¡Señores!

ESCENA XIII.

INES, LA MARQUESA, PAULA, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA; Dichos. Despues, dos Mancebos de tienda.

MARQUESA, INES, PETRONILA. ¡Señores! señores!
(Tocan á la oracion; descúbrense todos los Caballeros.)

CONDE. Señores... ¡tocan á oracion! Ave María, como dice Fr. Simon de Rojas.

PAULA, á Gabriel. Señor Don Gabriel, los soldados rezan con la espada en la mano; vos no perteneceis al ejército. (Le hace envainar, tomándole ella misma la mano derecha y la vaina de la espada.)

GABRIEL, aparte á Paula. ¡Paula! ¡era para vengar tu inocencia!

PAULA, aparte. ¡Ah! ¡Todavía me ama! (Salen dos mancebos de la tienda, encienden luces y se retiran.)

MARQUESA. ¡El Rosario de las mujeres! (Pasa un Rosario de mujeres por la Calle Mayor con direccion á la calle de los Boteros.)

GABRIEL, aparte á Paula. ¡Perdon, Paula mia! ¡No vayas á Valladolid!

LAS MUJERES DEL ROSARIO, cantan:

Madre nuestra del Rosario,
Dadnos fe, salud y paz,
Y en la muerte no nos falte
Vuestro amparo celestial. (Vanse.)

ESCENA XIV.

El ALCALDE, ALGUACILES; EL CONDE, GABRIEL, LAS SEÑORAS, LOS CABALLEROS. Despues MATEO.

ALCALDE. Buenas noches, señores. (Sale Mateo y se coloca detras de los Alguaciles.

INES. Buenas, y muy buena venida, señor Alcalde.

ALCALDE. Señor Conde de Villamediana, comisionado por el señor Conde de Olivares para lo que os diré, tengo que preguntaros si reconoceis como vuestros el concepto y letra de este romance.

CONDE. A ver. (Mateo procura ver el papel, sin ser visto del Conde.) Sí, señor: esta letra es mia, estos versos son mios.

ALCALDE. ¿Para quién habeis escrito esto?

CONDE. Cuando el papel estaba entero, y no recortado al rededor como ahora, decia para quién. Para Paula Reina.

ALCALDE. Señora Paula Reina, ¿habeis recibido vos este papel de manos ó de parte del Conde?

PAULA. De parte del Conde. (Teniendo Paula el papel, Mateo lo ve.)

MATEO, aparte. ¡La misma letra! ¡Es mi embozado!

ALCALDE. Paula, el señor Conde de Olivares, atento á vuestra honra y á las pretensiones del señor Conde de Villamediana, ha impetrado de S. M. la vénia y del Vicario la licencia precisas, y desea que esta misma noche case el Conde con vos.

PAULA. ¡Conmigo!

CONDE. ¡Con Paula!

GABRIEL. ¡El Conde con Paula!

UN ALGUACIL, aparte á Mateo. Orden secreta: si rehusa el Conde casarse, cumplidla. (Le da un papel.)

ALCALDE, aparte al Conde. Prestaos á la boda; es negocio de estado: hay que probar que el romance no era para la Reina.

CONDE, aparte. ¡Lindo rato voy á dar á Gabriel!

MATEO, aparte, mirando la órden. Esto es avivar el apetito al hambriento.

CONDE. Como el señor Conde de Olivares es tan mi amigo, fuerza es complacerle, y no desairar el permiso de S. M. Estoy pronto á casarme con Paula, si ella consiente.

PAULA. Ruego al señor Alcalde que me oiga.

GABRIEL. Respetando los deseos del señor Ministro, pido que se me escuche.

CONDE. Señor Don Gabriel, deseos de un Privado, suelen ser órdenes del Rey disfrazadas. Yo he pretendido el amor de Paula, y no lo he podido obtener, quizá por no haber tomado desde luégo el recto camino á que me conduce una mano... benévola. Irritado al ver que de nada me aprovechaban con mi desdeñosa ni obsequios ni dádivas, esparcí yo mismo voces contra su honor.

PAULA. ¿Oís, señores!

CONDE. Yo soy el autor de esa seguidilla tan creída como engañosa; manché la copa que deseaba llegar á mis labios; pero con el firme propósito de purificarla. El amor aspira siempre á destruir las desigualdades; el Rey trata de premiar la virtud; la manera no me disgusta... Espero que mi Francelisa me tenderá la mano en señal de perdon; y estoy seguro de que la nueva Condesa llevará dignamente su título. — ¿Dónde es la boda, señor Alcalde?

ALCALDE. En casa de la novia, en mi oratorio. Podeis iros allá. (Sale Santoyo.)

CONDE. Llegais muy á tiempo, Santoyo: necesitamos reunir

la familia. Gabriel, vos convaleciente y yo de boda, dilataremos el ajuste de nuestra cuenta para fines de año. — Paula, bajaos ese manto á los hombros: en Castilla, las doncellas nobles y honradas, las Reinas, van á desposarse en cabello. (Bájale á Paula el manto, besa una punta de él, saluda y se va retirando. — Aparte á Santoyo); ¡Santoyo, adelántate! ¡Postas para Zaragoza! ¡postas para el Correo Mayor!

ALGUACIL, aparte á Mateo. Ya veis que obedece.

MATEO, aparte al Alguacil. Me convido á la boda. — (Aparte.) La infeliz Andrea me empuja tras él. (Vase.)

ESCENA XV.

PAULA, GABRIEL, El ALCALDE, La MARQUESA, INES, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA, ALGUACILES, CABALLEROS.

PAULA. Señor Alcalde, hoy la opinion pública me obligaba á sepultarme en un claustro: hoy, con la mediacion de S. M., se me quiere obligar á contraer un matrimonio, ajeno de mi clase y de mi eleccion. ¿Por qué culpa merezco yo que el pueblo y el Rey, todos, me tiranicen el albedrío!

ALCALDE. Paula, ved que ser esposa de un Conde vale cuanto os pueda costar.

PAULA. Me costará la vida.

INES. Cobraréis vuestra honra.

MARQUESA. Vida por honra, Paula: esta es la divisa de la mujer de bien.

GABRIEL. Esa es la divisa del caballero. Si amasteis á un hombre, si ese hombre os amó, ese hombre debia conoceros mejor: cuando os vió calumniada, no debió dar crédito á las inculpaciones y á la calumnia, debió creeros á vos sola y ni os creyó, ni os defendió, ni os vengó. Ha dejado á su rival que viva; sufra el triunfo de su rival. Paula, sed Condesa, olvidad á Gabriel.

ALCALDE. Vuestro casamiento es un castigo para el Conde y para Gabriel: para el Conde por haber escrito contra S. M., para Gabriel por haber sido cómplice.

PAULA. Y ¿por qué se me castiga á mí! Justificada ya tan completamente por el Conde, ¿quién tiene derecho para casarme contra mi gusto!

ALCALDE. La declaracion del señor Conde, para la Justicia es prueba inconcusa; para la malicia no.

MARQUESA. Pues, porque ya el Conde tenia interes personal en justificaros.

INES. Si no os casais con él, no quedais bien.

PAULA. ¿Con que la verdad no se cree, y la calumnia sí

ALCALDE. Casaos con el Conde: si no, el velo de reclusa caerá sobre vos.

PAULA. Mil veces le prefiero. Conducidme á Valladolid, encerradme en el convento de Santa Clara.

ESCENA XVI.

JUSEPA, El ESCRIBANO; Dichos.

JUSEPA. ¡Ay, Paula mia! nada hemos obtenido. El Rey estaba muy enojado con el Conde; le nombré á Doña Leonor, y se irritó más.

ESCRIBANO. Como que se hallaba la Reina allí.

JUSEPA. A Gabriel se le indulta: como hijo de Ministro, sale mejor librado. A tí te sentencian á ser Condesa, y tendrás que irte á un destierro con tu marido. (Ruido y voces en la calle.)

PAULA, viendo al Conde. ¡Santo Dios!

JUSEPA. ¡A mi hermana destierro! — ¡Ah!

ESCENA XVII.

El CONDE, herido, apoyado en SANTOYO; Dichos.

CONDE. Destierro... destierro... Entierro es lo que ya necesito.

ALCALDE. Llegad... asistidle... un médico... (Vase un Alguacil.) Señor Conde, ¿quién os ha herido?

CONDE. Un acreedor... impelido por otro.

SANTOYO. Mateo, señor Alcalde; Mateo, que debió seguirnos, sin que le viéramos. Al salir de aquí, se llegó á nosotros Don Luis de Haro, que aguardaba á mi señor con su coche: la gente, que se detenia para ver pasar el Rosario, nos detuvo tambien. Dijo mi señor á Don Luis...

CONDE. Sí... que me iba de Madrid... que á mí no me casaba por su gusto la amiguita del Rey...

SANTOYO. Lo oyó Mateo...

CONDE. Hirió... y huyó.

ALCALDE. Salid en su busca. (Vanse algunos Alguaciles.)

CONDE. No le persigais: debe ser mandado. — Paula, cerca está mi casa... y he querido venir á despedirme de ti. Este (señalando á Santoyo), éste dirá cuanto se necesite para... para que te cases con Gabriel.

PAULA. ¡Ah, señor!

CONDE. Tú rogarás por mí... Tú y la Reina... virtuosas, inocentes las dos. Yo te queria... yo me hubiera casado contigo... pero hoy no... ántes habia de burlar al Privado... *y á Leonor* y al que... Me oyeron el dicho... ¡Esto ya es

hecho! ¡Justicia de Dios! ¡Calumnia por calumnia! ¡Vida por honra! (Muere. Se oye la música del Rosario, que vuelve. Entran dos Alguaciles trayendo á Mateo; va el Alcalde hácia él; Mateo le entrega la órden secreta, y el Alcalde al verla se descubre con respeto y dolor; hace una seña á los Alguaciles, y dejan retirarse á Mateo. Miéntras tanto el Rosario, bajando por la calle de los Boterós, pasa por la Calle Mayor, dirigiéndose hácia Santa María, es decir, á la derecha del espectador, por donde vino.)

CANTAN. Por nosotros pecadores,
Abogada celestial,
Pide ahora y en la honra
Que tremenda sonará.



LA ARCHIDUQUESITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE,
Á 8 DE NOVIEMBRE DE 1854.

PERSONAS.

FERNANDO III, Emperador de Alemania.
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO GUILLERMO.
LA ARCHIDUQUESITA MARIANA.
MATILDE.
EL DOCTOR PER-AFAN.
CLAUS.
CUNEGUNDA, dueña.
OTILIA, menina.
Damas, Caballeros, Meninas, Dueñas.

La accion pasa en Viena, en Diciembre de 1646.

ACTO PRIMERO.

Sala correspondiente á la habitacion de la Archiduquesita en el palacio imperial. En el fondo hay dos retratos del Príncipe de España, D. Baltasar Cárlos. Chimenea grande, mesa, sitiales, taburetes, etc.

ESCENA I.

El EMPERADOR FERNANDO III, en traje de casa. El ARCHIDUQUE LEOPOLDO, de obispo.

LEOPOLDO. No, no; eso te corresponde exclusivamente, Fernando. Eres el Emperador y eres su padre.

FERNANDO. Y tú su tio, y ademas, Príncipe de la Iglesia.

LEOPOLDO. Prelado y Archiduque, Maestre de la Orden Teutónica y Generalísimo de tus ejércitos, me doy por inhábil para negociar el matrimonio de mi sobrina.

FERNANDO. Leopoldo Guillermo, habla con tu hermano sin disimulo. ¿Desapruebas que procure casar á mi hija con un Rey de España?

LEOPOLDO. ¿Cómo podria desaprobar una medida tan conveniente! ¿Qué seria de nosotros en esta guerra, privándonos de la cooperacion de los españoles!

FERNANDO. ¡Veintiocho años, que van ya de lucha incesante!

LEOPOLDO. Y llegará á los treinta, segun se ve. La Archiduquesa Mariana, tu hija, debe ser esposa de su tïo Felipe IV; pero él cuenta ya cuarenta y un años, y ella todavía no ha cumplido los doce: natural es que la pobre niña no tenga mucha prisa para tal matrimonio.

FERNANDO. Sin embargo, bien le suena el título de Reina de las Españas y de las Indias.

LEOPOLDO. La soberanía de una potencia en cuyos dominios nunca se pone el sol, á cualquiera seduce. Pero vuelve la vista allí. (Señalando los cuadros.) Muerto el Príncipe don Baltasar Cárlos, hijo de don Felipe, mandaste quitar de esta sala

esos retratos suyos; por bien de paz hubo que devolvérselos á Mariana. ¡Con ese novio sí que estaba contenta!

FERNANDO. Ya. Un jóven de poca más edad que ella, con bellísima traza...

LEOPOLDO. Murió en Octubre, y estamos en Diciembre: ¿es fácil que en tan breve intervalo se olvide Mariana del hijo, y acepte al padre!

FERNANDO. Yo, por mi voluntad, no apresuraria la boda; circunstancias independientes de mi querer me obligan á ello. Precisa es nuestra union con España, y parece que la fortuna se complace en romperla. Yo estaba casado con la hermana de Felipe IV; la perdí. Desposo á mi hija con el Príncipe de Asturias; unas viruelas acaban con el Príncipe en cuatro dias. Viudo, como yo, mi cuñado, se le ofrecen cuatro proporciones de casamiento, sin contar la de aquí: la Duquesa de Montpensier, la Princesa de Mantua, Leonor Gonzaga, y las dos hijas de nuestra prima Claudia, Archiduquesa de Inspruck. Si nos descuidamos un poco...

LEOPOLDO. La de Montpensier y la de Mantua no son partidos para Felipe, hallándose en guerra con los franceses, como nosotros. En cuanto á nuestras primitas, las tirolesas de Inspruck, sabes lo que he dicho centenares de veces. Cásate con la una, y Claudia casará la otra como tú dispusieres.

FERNANDO. No pienso pasar á segundas nupcias tan pronto.

LEOPOLDO. ¿Me dices la verdad, Fernando!

FERNANDO. ¡Archiduque Leopoldo!...

LEOPOLDO. El Archiduque Leopoldo, hermano menor del Emperador Fernando III, le debe el homenaje de súbdito; pero como obispo de cinco ciudades, Leopoldo puede amonestar á Fernando. Tú rehusas casarte con nuestra prima Leopoldina, jóven y hermosa, no por amor á la Emperatriz difunta, sino por amor á su sucesora.

FERNANDO. ¡Sucesora! ¿Quién le sucede? ¿A quién amo yo! ¿Quién te ha contado eso?

LEOPOLDO. Ciertas inadvertencias tuyas me han dicho bastante.

FERNANDO. Te juro que, desde el fallecimiento de la Emperatriz, no he dirigido palabra de amor á mujer nacida.

LEOPOLDO. Si no la has dicho, ya la dirás. La señora de tus pensamientos ha de residir aquí, en Viena, quizá en este mismo palacio imperial. Ignoro aún quién es; pero yo llegaré á descubrirlo.

FERNANDO. ¿Con qué objeto?

LEOPOLDO. Con el de oponerme á tu inclinacion, si no fuere digna de tí.

FERNANDO. ¡Cómo abusas de mi carácter benigno, Leopoldo! Deja de ocuparte con los amores que me atribuyes, y piensa en la boda de tu sobrina, que importa más al bien del Imperio. Yo se la he propuesto á Mariana, pero sin fruto; yo la quiero infinito; veo que se aflige en hablándosele de tal materia, y no me atrevo á darle pesar. Por eso deseaba que probases á reducirla.

LEOPOLDO. Si le hago reflexiones, me escuchará sin réplica, pero con disgusto; si le dictamos órdenes, obedecerá, pero de malísima gana: y es cargo de conciencia enviar á Felipe IV una esposa, que le tenga aversion.

FERNANDO. Viviera la Emperatriz, y ¡vieras entónces!...

LEOPOLDO. Aunque no educó muy bien á su hija, nos sacaria con facilidad del apuro: una mujer siempre sabe cómo se convence ó persuade á otra. Sola una mujer casaria sin violencia á Mariana.

FERNANDO. ¿Una mujer! Sí, Leopoldo, sé cuál.

LEOPOLDO. No obstante, repito que es muy pronto aún para importunar á la Archiduquesa con proposiciones de casamiento. De aquí á dos meses...

FERNANDO. De aquí á dos dias habrá declarado solemnemente mi hija que será con gusto Reina de España. Puedes entrar á verla. Ceso de rogarte que medies en este negocio.

LEOPOLDO. Me dedicaré al de tu boda. César amante, adios.

FERNANDO. El te guie, Leopoldo. (Vase el Archiduque.)

ESCENA II.

FERNANDO.

FERNANDO. (Repitiendo. ¡Sola una mujer casará sin violencia á Mariana!) Tiene razon el Archiduque. Matilde, la Tenienta de Aya, que fué ántes menina, casi niñera de mi Archiduquesita, ejerce en su ánimo el imperio, la seduccion, la fascinacion irresistible á que cedo yo propio: la mujer á quien ama el padre, colocará á la hija en el solio de Isabel la Católica. Todavía ignora Matilde que ha fijado en ella los ojos el Emperador de Alemania; pero mi observador hermano saldrá pronto de Viena, y podré declararme del todo; la declaracion ya está principiada. Suecos, franceses, alemanes luteranos, el Turco, la mitad de Europa está haciéndome guerra: necesito entre tantos afanes un corazon que dé algunos momentos de paz al mio; necesito amar para combatir con más fuerza: me hará el amor la victoria más dulce ó el vencimiento ménos amargo.

ESCENA III.

CLAUS; FERNANDO.

CLAUS. Sacra Majestad...

FERNANDO. ¡Hola, Claus! Inquieto me has tenido toda la mañana. ¿Qué has hecho por fin?

CLAUS. Vuestra Majestad Imperial queda servido.

FERNANDO. ¿Pusiste el regalo donde te dije?

CLAUS. Donde mandó Vuestra Majestad Cesárea lo he colocado. Con el dinero que me entregó, fuí al platero, le pagué, y recogí la joya en su estuche. Volví á palacio. Ni mi amo el Doctor Per-Afan de Ribera, ni mi ama la señora Matilde, su sobrina, ni la misma Cunegunda, su dueña, me habian echado ménos aún: con que no tuve que dar excusa de la escapatoria. Llamó en esto desde su cuarto el señor Doctor, y acudimos los tres: era que entre la señora Matilde y la señora Cunegunda le habian cogido veinte pliegos que tenia escritos de notas á Séneca, y habian encendido con ellos la chimenea de nuestra sala. Miéntras el Doctor, lleno de bondad y sabiduría, les echaba una arenga para probarles que, si habian de quitarle papel, agarrasen el blanco y respetaran el manuscrito, me escurrí bonitamente hácia el aposento de la señora Matilde, abrí una arquilla de su tocador donde guarda pomitos de olores, planté en medio el estuche, y me salí del cuarto como un bendito.

FERNANDO. ¿Ha visto ya Matilde la joya?

CLAUS. Creo que no, porque nada nos ha preguntado todavía, ni á mí ni á la dueña. Como viste hábito desde aquella enfermedad que padeció Su Alteza la Archiduquesita, no trastea mucho en el tocador.

FERNANDO. Sírveme fiel, avísame de lo que averigües... y... toma. (Le da dinero.)

CLAUS. Obedeceré á Vuestra Majestad Cesárea, que viva mil años.» (Vase el Emperador.)

ESCENA IV.

CLAUS.

CLAUS. (Repitiendo. ¡Sírveme fiel!) Yo hago todo lo que Su Majestad Imperial ordena: me parece que es bastante fidelidad, sin dejar por eso de servir á todos los que me necesiten. Ahí han andado en esas provincias matándose por la libertad de conciencia; yo me contento con la libertad de servicio, y su consecuencia inmediata, libertad de propinas. (Se embolsa la suya.)

ESCENA V.

LEOPOLDO; CLAUS.

LEOPOLDO. Me alegro de hallarte, amigo Claus. ¿Qué tenemos de aquèl encargo?

CLAUS. Creo que Vuestra Alteza Serenísima se dará por servido. Acabo de poner con el mayor sigilo en el tocador de la señora Matilde una joya, de órden de Su Majestad Imperial.

LEOPOLDO. ¡Una joya!

CLAUS. De mil escudos.

LEOPOLDO. Luego ¿es Matilde á quien ama el Emperador!

CLAUS. Tal parece, á lo ménos.

LEOPOLDO. ¡Parece! Pues ¿qué!... ¿no lo sabes de cierto!

CLAUS. Sé que Su Majestad Imperial ha destinado esa joya para mi ama; sé que mañana me entregará otra para ella, y pasado mañana otra más, de doble y de triple valor; sé que tras la tercera irá una carta que explique de quién, por qué y para qué son las tres joyas; fuera de esto, no sé palabra.

LEOPOLDO. ¿Con que todavía la declaracion está por hacer! No mentia Fernando, sosteniéndome que desde que enviudó, no habia enamorado á mujer alguna. Llega la noticia á buen tiempo. Yo cortaré los vuelos á ese peligroso capricho. Matilde ha nacido vasalla mia: dispondré que la lleven á Inspruck; y allí mi prima Claudia la pondrá en un convento, ó la casará segun le parezca.

CLAUS. A Vuestra Alteza Serenísima, como Prelado, lo primero que se le ocurre, tratándose de establecer á una jóven, es el convento.

LEOPOLDO. Se han deshecho tantos en la guerra presente... Matilde, para monja, tiene andada la mitad del camino; ya lleva el hábito.

CLAUS. Ciertamente; pero...

LEOPOLDO. Este es el bolsillo que te ofrecí. Ten. (Le da una bolsa.)

CLAUS. Beso á Vuestra Alteza los piés.

LEOPOLDO. Todavía tendrás que servirme.

CLAUS. Lo haré como suelo. Yo no deseo más que proporcion de servir.

ESCENA VI.

DON PER-AFAN; LEOPOLDO, CLAUS.

PER-AFAN. Alteza Ilustrísima...
LEOPOLDO. Doctor Per-Afan, seais bien venido. Teng[illegible] que hablar ahora con un sacerdote sobre ese invento de l[illegible] piedra filosofal, que tanto alborota. Esperad, y veámonos.
PER-AFAN. Mande á su servidor Vuestra Alteza. (Vase [illegible] Archiduque.)

ESCENA VII.

PER-AFAN, CLAUS.

PER-AFAN. Claus...
CLAUS. Señor...
PER-AFAN. ¿Sabes que Matilde todavía no se ha da[illegible] por entendida?
CLAUS. Con vos tal vez no, conmigo sí.
PER-AFAN. Y ¿á qué aguardabas para decírmelo!
CLAUS. A que vos me lo preguntaseis. Miéntras no se me sonsaca, no chisto.
PER-AFAN. ¿Qué te ha dicho pues! Habla, explícate.
CLAUS. Esta mañana, que andaba mi señora muy cavilosa, muy distraida... — Por distraccion fué el echar á la lumbre vuestros comentarios á Séneca. — Esta mañanita me dijo...
PER-AFAN. ¿Qué? Acaba.
CLAUS. Me dijo: «Mira, Claus, hace meses que me hallo en mi aposento unas cartas anónimas de no sé qué galan español: estas cartas no han de venirse por sí solas á casa. — Eso no tiene vuelta de hoja, le respondí: las cartas necesitan correo. — Solo podeis traérmelas, prosiguió, Cunegunda ó tú; y Cunegunda es una mentecata, de quien nadie se fiaria. — Razon teneis, repuse; no sirve para ello. — Con que tú has der ser el correveilleva, continuó, porque eres un solemne bellaco. — Favor, que no merezco, señora. — No te hagas el simple, dijo marchándose; que no quiero comprometerte. Díle á ese hombre que, á fuerza de ser terco, me ha vuelto curiosa. Díle que deseo ya conocerle.»
PER-AFAN. ¿Eso dijo!
CLAUS. Y se marchó corriendo, para que no viese que se le ponia el rostro como un pimiento colorado, de vuestra tierra.
PER-AFAN. Toma, Claus, toma por esa feliz noticia. (Dale dinero.)
CLAUS, aparte. Y van hoy tres tomas por noticias de mi ama.
PER-AFAN. Por fin, ya quiere saber quién le escribe.

CLAUS. Y ¿qué sucederá cuando sepa que su tio es su amante anónimo?

PER-AFAN. Eso es lo que temo; pero ¿de qué otro arbitrio me habia de valer en mi situacion? Yo, que amo ahora con delirio á Matilde, no podia sufrirla cinco años há, y ella me correspondia con su cordial aborrecimiento.

CLAUS. ¿Es posible!

PER-AFAN. Mi hermana, madrileña como yo, servia á la Infanta doña María, ántes que Su Alteza casase con Fernando III. Al venir á Alemania doña María, se trajo á mi hermana, y la casó con un buen caballero, cuya casa solariega radica en los dominios del Archiduque.

CLAUS. Allí nació la señora Matilde.

PER-AFAN. A los seis años quedó huérfana.

CLAUS. Os la enviaron á Madrid.

PER-AFAN. Me encargué de educarla. Ya ves que ahora mi sobrina es el ornamento de este palacio por sus gracias y elegante despejo... Entónces era casi fea... ¡y tan ruda! Cinco años tardó en aprender el castellano medianamente: cinco años fueron de desesperacion para mí. Los españoles no tenemos sobrada paciencia para enseñar.

CLAUS. Ni para aprender.

PER-AFAN. Para nada. Dice un refran de allí, que la letra con sangre entra: la instruccion que recibió de mí la pobre Matilde, fué acompañada de tantas angustias... ¡Así me odiaba ella!

CLAUS. Con escuela tan dulce...

PER-AFAN. Doña María, Emperatriz ya, se acordó de Matilde, y me escribió á Madrid que se la trajese para menina de la Archiduquesita Mariana: vinimos á Viena. Ella en palacio, yo en mi casa, estábamos como apetecíamos: Matilde, libre de un maestro verdugo, y yo sin una discípula impertinente. Pero al rayar Matilde en la juventud, y al salir de una enfermedad, su comprension, ántes limitadísima, se trocó de pronto en vivo y penetrante ingenio; la niña de poco agradable aspecto, fué paso á paso transformándose en una dama de brillante hermosura; y al propio tenor, el dómine adusto en galan rendido. Yo, que habia ansiado separarme de mi sobrina, ya no podia vivir sino donde me alumbrara la luz de sus ojos; pretendí, conseguí que se me nombrase preceptor de castellano y latin de la Archiduquesa; volvimos á habitar bajo un mismo techo Matilde y yo; traté de reparar mis antiguos rigores, y cesó ella de aborrecerme; pero noté que en su corazon se albergaba una antipatía contra mí, que sin ser muy fuerte, era de temer que fuese invencible. Quise renunciar á toda esperanza; admití una comision para la corte de Felipe IV; mi amor se tornó mas violento en la ausencia; y desde Madrid, desde

aquella casa donde tanto habia hecho gemir á la infeliz criatura, le escribí papeles, que recibieron sobre sí muchas veces mis lágrimas. Decíale en ellos que me era forzoso encubrirle por algun tiempo mi nombre y mi rostro; que podria contestar á mis cartas por medio de...

CLAUS. El señor Archiduque vuelve.

PER-AFAN. Déjame solo. (Vase Claus.)

ESCENA VIII.

LEOPOLDO; PFR-AFAN.

LEOPOLDO. Perdonad si he tardado.

PER-AFAN. ¡Señor!...

LEOPOLDO. Maese Per-Afan, vos sois un español honradísimo, y teneis una sobrina alemana, tan buena como vos: yo, que os conozco, me intereso por ambos.

PER-AFAN. Beso vuestros piés augustísimos.

LEOPOLDO. Don Per-Afan, vuestra sobrina se halla ya en edad de tomar estado.

PER-AFAN. Cierto que sí, Príncipe Serenísimo.

LEOPOLDO. Doctor Per-Afan, vuestra sobrina pudiera estar mejor que en este palacio.

PER-AFAN. ¿Quién lo duda? ¡Hay tanto pisaverde en la Corte!...

LEOPOLDO. Pisaverdes y pisamaduros hay, que son de temer. Vos habeis hecho un viaje á Madrid en este año sin vuestra sobrina; ¿quisierais hacer otro con ella, no más que al Tirol?

PER-AFAN. Con grandísimo gusto. Si partí sin Matilde á España, fué porque el Emperador no permitió que la Archiduquesita se quedara sin su predilecta menina.

LEOPOLDO. Penetro la razon. Pues, Doctor, yo quisiera que tio y sobrina partieseis á Inspruck inmediatamente, con un mensaje para la Archiduquesa Claudia.

PER-AFAN. Se dice si su Majestad Imperial se casa ó no se casa con la hija mayor de la Archiduquesa: ¿tendria relacion con eso nuestro mensaje?

LEOPOLDO. Relacion estrechísima, Doctor Per-Afan.

PER-AFAN. En arreglándolo con su Majestad Vuestra Alteza, disponga de Matilde y de mí.

LEOPOLDO. Yo salgo á todo. ¿Qué estado convendria más á vuestra sobrina?

PER-AFAN. Si mi voto valiera... Pero Vuestra Alteza puede informarse mejor de la interesada.

LEOPOLDO. Con aquel hábito de la Anunciacion, está hecha una imágen.

PER-AFAN. Por eso dice que no piensa quitárselo nunca.

LEOPOLDO. ¿Eso dice! ¡Perfectamente! ¡Bien haya su boca! Y vos ¿qué decís?

PER-AFAN. Yo... (Aparte. Esta es la ocasion de agenciarme un padrino.) Señor, un palaciego me pidió hace poco la mano de Matilde; yo le declaré que estaba en ánimo de negársela á todos.

LEOPOLDO. No pudierais haber contestado más á mi gusto.

PER-AFAN. Vuestra Alteza comprenderá lo que tal contestacion significa.

LEOPOLDO. No es muy difícil. Hoy haré una plática á Matilde sobre ese punto, y espero demostrarle cuál es para ella el mejor esposo.

PER-AFAN. ¡Cuánta bondad!

LEOPOLDO. Maese Per-Afan, yo quiero concluir este asunto con gran celeridad y secreto.

PER-AFAN. ¿Qué más pudiera desear yo?

LEOPOLDO. Esta noche, á las diez, sin decir nada á nadie, partiréis con Matilde.

PER-AFAN. ¿A Inspruck?

LEOPOLDO. Á Inspruck. Os acompañará uno de mis capellanes, que os presentará á la Archiduquesa Claudia, y ella propia será la madrina. El dote corre por mi cuenta.

PER-AFAN. No sé cómo expresar á Vuestra Alteza mi agradecimiento. Capellan, madrina, dote... en todo ha pensado Vuestra Alteza.

LEOPOLDO. Hasta en el convento.

PER-AFAN. ¿Convento!

LEOPOLDO. Si os es igual, yo preferiria el de la Anunciacion.

PER-AFAN. ¡Ah! Como lleva Matilde ese hábito, quereis que sea allí donde cambie de estado. Bien, lo mismo nos da.

LEOPOLDO. Ahí teneis á vuestra sobrina. Decidle algo, y yo luégo le diré lo demas.

ESCENA IX.

MATILDE, con hábito de la Anunciacion[1]; PER-AFAN.

MATILDE. ¡Ay, señor tio! ¡qué mal rato os habré hecho pasar con la pérdida de vuestro manuscrito! Lo he sentido más, por lo mismo que no os habeis enojado.

PER-AFAN. No se enoja ya con Matilde su tio. Demasiado áspero fuí contigo cuando eras niña.

MATILDE. Díganlo mis orejas. Esta me la despegasteis una vez de un tiron.

[1] Hábito pardo, escapulario encarnado, manto y toca blancos, y velo negro.

Per-Afan. ¿Me lo has perdonado, Matilde?

Matilde. ¡Perdonar! ¡Vos me pedís perdon!

Per-Afan. No viviria si me aborrecieses, Matilde.

Matilde. ¡Sabeis, tio, que de poco tiempo á esta parte os habeis hecho bondadosísimo?

Per-Afan. ¿Te pesa de ello?

Matilde. Todo al contrario: ¡necesitaré tantas veces de vuestra indulgencia!

Per-Afan. Acaso necesite yo más de la tuya.

Matilde. ¡De la mia! ¿Por qué?

Per-Afan. Por ocasiones que se ofrecen. Ahora acaba de proponerme el Archiduque Leopoldo que me vaya contigo al Tirol.

Matilde. ¿A qué!

Per-Afan. A un negocio de estado. Y yo, sin aguardar tu consentimiento, he dicho que iríamos.

Matilde. Pues, tio, perdonad. Yo no querria salir de Viena.

Per-Afan. ¿Por?...

Matilde. Por no disgustar á la Archiduquesa. Me quiere en extremo; la quiero igualmente; por ella uso este hábito; anda triste desde la muerte de don Baltasar, y se opondria á que el Emperador me diese licencia para acompañaros.

Per-Afan. Si tuviera yo que ausentarme de Viena sin tí, mucho lo sentiria un paisano mio.

Matilde. ¿Quién!

Per-Afan. Un caballero de Madrid, que debes conocer, por escrito á lo ménos.

Matilde. ¿Por escrito!

Per-Afan. Durante mi ausencia, y áun despues que volví, ¿no has recibido algunas cartas, que no han venido por el correo?

Matilde, *con gran viveza é interes*. ¿Quién me las ha escrito? ¿Le conoceis! Decidme todo lo que sepais.

Per-Afan. Diré cuanto pueda.

Matilde. Su nombre, tio, su nombre lo primero.

Per-Afan. El te lo dirá ántes que lleguemos á Inspruck.

Matilde. ¡El! ¿Va tambien á Inspruck ese caballero?

Per-Afan. Sí, conmigo.

Matilde. ¿Con vos! Vaya, pues entónces me dará licencia Su Majestad.

Per-Afan. ¿Con que tú deseas conocer á tu amante incógnito?

Matilde. Si hace ya cinco meses que me está escribiendo ternezas... Aunque no sea más que por curiosidad... ¿Qué especie de persona es?

Per-Afan. Persona... de claro linaje... buen sujeto... — *Conveniencias*, nada más que medianas.

Matilde. Y... ¿qué edad?... ¿qué aspecto?...

Per-Afan. Mediano todo. Si hoy no se ven más que medianías.

Matilde. Mediana edad... Es decir que la suya...

Per-Afan. Se halla entre la del Archiduque y la de Su Majestad.

Matilde. El Emperador tiene treinta y ocho años, el Archiduque treinta y dos: con que nuestro incógnito contará...

Per-Afan. Treinta y cinco.

Matilde. Treinta y cinco años... ¡Sí! él ya me previno en su declaracion que no era un muchacho... Treinta y cinco años... De manera que tiene... ¡los mismos que vos!

Per-Afan. Yo todavía no los he cumplido.

Matilde. Y ¿él sí?

Per-Afan. El... tampoco. Lo que tú has dicho, mi propia edad.

Matilde. Pero decidme, señor tio: siendo ese don... El incógnito tendrá don.

Per-Afan. Por supuesto.

Matilde. Siendo ese don Fulano persona aceptable, ¡por qué no se me ha presentado á cara descubierta, en vez de escribirme!

Per-Afan. Eso lo sabrás en Inspruck. Lo que puedo decirte ahora, es, que ese hombre, como te ve más jóven que él, hermosa, favorita de la Archiduquesa, y en disposicion de aspirar á un destino brillante; como él es extranjero, y no descuella ni por ilustre, ni por buen mozo, ni por opulento, ha dicho para sí: «Matilde merece un esposo mejor que yo; pero yo la quiero como nadie podrá quererla; pongamos por delante mi amor, que es en mí lo que vale mucho, y luégo se presentará la persona, que vale ménos.»

Matilde. Siempre vale algo el que no es presumido. Vos, tio, me pintais al incógnito de manera... En resúmen, ¿qué me aconsejais?

Per-Afan. Matilde... yo... — De tu corazon es de quien debes tomar consejo.

Matilde. ¿Doy calabazas al don Fulano?

Per-Afan. ¡Oh! No lo merece.

Matilde. Un susto pequeño sí le estaria bien empleado.

Per-Afan. ¿Por qué!

Matilde. Por la zozobra en que me trae tanto tiempo há. Aturdida, azorada, pensando en él, condené al fuego vuestros comentarios á Séneca. Y luégo, cierta dósis de honesta esquivez no es mal estímulo para un amante, así, cachazudo. Decidle que... — Que prefiero á otro seria demasiado mentir. — Decidle que tengo mucho cariño á este hábito, que quiero ser monja.

Per-Afan. Fuerte pesadumbre le voy á dar.

Matilde. Componedlo de suerte que no se aflija tanto... y conserve alguna esperanza. Tal vez con el miedo se declare ántes.

Per-Afan. ¡Ah! ¿Por eso lo haces!

Matilde. Me parece un medio bastante eficaz.

Per-Afan. Te saldrás al fin con la tuya. El don Fulano tomará la vénia del Archiduque...

Matilde. ¿Entiende el Archiduque en este negocio?

Per-Afan. Y te ofrece un buen dote, y ya tiene buscada madrina, y hasta el capellan que ha de casarte en la iglesia de la Anunciacion de Inspruck.

Matilde. Es bien raro eso en el Archiduque: más suele proteger los monjíos que los matrimonios.

ESCENA X.

FERNANDO; PER-AFAN, MATILDE.

Fernando. Dios os guarde, amigos.

Per-Afan. Besamos los piés á Vuestra Cesárea Majestad.

Fernando. Vos, Matilde, y vos tambien, Maese Per-Afan, podeis prestar á mi corona un singular servicio.

Matilde. Dicte órdenes Vuestra Majestad Imperial á su humilde súbdita.

Per-Afan. Disponga Vuestra Majestad Imperial de un español agradecido.

Fernando. Vos, por Tenienta de Aya, vos por maestro de mi hija, teneis ascendiente con ella.

Per-Afan. Yo, poco; Matilde es quien...

Fernando. A Matilde me dirijo principalmente. Se trata de casar á la Archiduquesa con su tio... vuestro Rey, Doctor Per-Afan.

Per-Afan. En efecto, cuando yo salí de Madrid, ya se susurraba la boda.

Fernando. ¿Cómo se recibia en España la idea?

Per-Afan. Muy bien, señor, sumamente bien. La Archiduquesa es hija de nuestra Infanta doña María, que fué queridísima de los españoles.

Fernando. Pues, amigos, la Archiduquesa repugna esta boda.

Matilde. ¡Oh! la Archiduquesita es dócil y obediente.

Fernando. Hará lo que su padre le mande, sí; pero querria yo persuadirla de modo, que obedeciera sin asomo de repugnancia, que se casara de buen grado, con gusto. Querida Matilde, el Emperador os confiere este encargo.

Matilde. Honrosísimo es; impropio, por lo mismo, de mi persona.

FERNANDO. Vos sois muy capaz de llevarlo á su término. — Creo que mi hermano me busca por esas antecámaras: entretenedle un momento, don Per-Afan.

PER-AFAN. Cabalmente yo tenia que hablar á Su Alteza. (Vase.)

ESCENA XI.

FERNANDO, MATILDE.

FERNANDO. Matilde, la recompensa de este servicio no desdecirá de su magnitud.

MATILDE. No dudará Vuestra Majestad que profeso el más reverente amor á la Archiduquesa. Contribuya yo en algo á su bien, y no aspiro á más paga.

FERNANDO. El amor á la hija debe agradecéroslo el padre. Bella Matilde, hay en mi Corte quien suspira en silencio por vos.

MATILDE. ¿Por mí!

FERNANDO. Alguna muestra de su cariño habréis recibido.

MATILDE. Yo...

FERNANDO. ¿No habeis hoy hallado en vuestro tocador...

MATILDE. ¡Ah! sí, señor: una joya riquísima.

FERNANDO. ¡Riquísima! Es de muy escaso valor para lo que vuestras prendas merecen.

MATILDE. ¿No podrá Vuestra Majestad revelarme el nombre de ese oculto galan?

FERNANDO. El desea con ansia decíroslo, y no tardará. Guardad por ahora un impenetrable secreto, y veréis pronto ¡cuán digno es de una agradecida correspondencia el vivo y tierno amor que habeis inspirado!

MATILDE. No creo que éntre la ingratitud en el número de mis defectos; la curiosidad, sí.

FERNANDO. Reprimidla unos pocos dias, unas horas al ménos. Entended que hay en Viena quien amenaza perseguir ese amor naciente.

MATILDE. Aun no sé si amo, y ¡ya tengo enemigos! Defiéndame Vuestra Majestad.

FERNANDO. Fiad en vuestro amante, fiad en mí. — ¡El Archiduque! Despues hablaremos. (Vase.)

MATILDE. ¡Un amante anónimo! ¡Un enemigo oculto! ¿Quién es el uno? ¿Quién será el otro?

ESCENA XII.

LEOPOLDO; MATILDE.

LEOPOLDO. Matilde, estaréis ya enterada por vuestro tio, de que he tomado á mi cuenta el estableceros.

MATILDE. Soy vasalla vuestra de orígen, soy vuestra sierva por gratitud.

LEOPOLDO. Peligrais en este palacio, Matilde, peligrais en Austria.

MATILDE. Lo acabo de saber con asombro. Yo no merezco la persecucion que se me prepara; yo estoy inocente, yo estoy ignorante de todo.

LEOPOLDO. Me consta, y quiero conservar á todo trance vuestra inocencia. Partiréis esta noche á Inspruck.

MATILDE. Es que se me ha conferido el encargo...

LEOPOLDO. Ya tengo entregada á mi capellan vuestra dote.

MATILDE. ¡Oh, señor!...

LEOPOLDO. Mi prima Claudia os servirá de madrina.

MATILDE. ¡Tantas honras á mí!...

LEOPOLDO. De aquí á ocho dias seréis monja en el convento de la Anunciacion.

MATILDE. ¿Monja! ¡Yo monja! ¿No le ha dicho á Vuestra Alteza mi tio...

LEOPOLDO. Que amais ese hábito: ¡feliz noticia para mí, que necesito colocaros en un monasterio!

MATILDE. Señor Archiduque, mi tio y Su Majestad saben que yo he principiado á prestar oídos....

LEOPOLDO. A la voz del Señor, sí: perseverad en vuestro santo propósito, y absteneos de decir palabra al Emperador: vuestro señor natural os lo veda. Hoy la partida; dentro de una semana renunciais al mundo, y evitais el peligro que os amenaza. (Vase.)

MATILDE. ¡Dios mio! ¿Qué va ser de mí!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

La ARCHIDUQUESITA MARIANA y DON PER-AFAN, sentados á una mesa de estudio, CUNEGUNDA y otras DUEÑAS, OTILIA y otras MENINAS, haciendo labor junto á la chimenea.

PER-AFAN. Principiemos la traduccion de Virgilio.

MARIANA. Pero, ¿y Matilde? No acierto á dar leccion sin ella.

CUNEGUNDA. Ha dicho que necesitaba presentarse á Su Majestad: estará esperando ocasion.

MARIANA. Aquí podia esperar tan bien como en la antecámara de mi padre. Se acaban de recibir noticias del ejército, y se han encerrado mi padre y mi tio á tratar de la guerra: me figuro que no despacharán tan pronto, porque eso de matarse los hombres, bien merece pensarse despacio.

PER-AFAN. ¿Y nosotros? ¿Cuándo pensamos en nuestro latin?

MARIANA. Pensemos; pero no traduzcamos.

PER-AFAN. Cuatro versos no más.

MARIANA. No me gustan los versos latinos.

PER-AFAN. Tres líneas en prosa.

MARIANA. La prosa me fastidia. A mi hermano, que se cria para obispo, le aburre el latin: ¿qué me pasará á mí con él!

PER-AFAN. Ea, si es un instante.

MARIANA. Don Per-Afan, si quereis que traduzca ese punto, me habeis de enseñar ántes una traduccion de burlitas.

PER-AFAN. ¿Cómo, de burlas!

MARIANA. Sí, de esas de *conservare digneris*, conservar el dinero; *Deum de Deo,* dé donde diere.

PER-AFAN. ¡Vaya por Dios! ¿Cómo entendeis en su recto sentido la cláusala *qui temperas rerum vices*?

MARIANA. El *qui*, segun el verbo que le sigue, debe corresponder á segunda persona de singular: con que deberá traducirse *tú que*. *Temperas*, templas.

PER-AFAN. Moderas, riges.

MARIANA. *Vices,* las veces.

PER-AFAN. Las vicisitudes, el órden alternado.

MARIANA. *Rerum,* de las cosas. Tú que riges las vicisitudes...

PER-AFAN. Del mundo. Pues oid otro género de version.

En un pueblo de España tenia cátedra de latinidad un dómine, muy bondadoso y muy sufrido, contra la costumbre de los gramáticos. Poseia el buen dómine un huertecillo, en medio del cual descollaba un peral corpulento, cuya fruta vendimiaban de tal manera los alumnos ciceronianos, que el pobre maestro no la cataba. Fuése un dia al huerto, y sorprendió á todos sus discípulos despojando el peral. Sin irritarse, los llamó uno por uno; y reunidos en su presencia, preguntó al mayor ¿por qué le robaban de aquella suerte? «Dómine, respondió sin cortedad el muchacho, es que hemos leído en vuestro breviario, *qui temperas rerum vices. Qui temperas* quiere decir *quiten peras.* — *Rerum vices,* replicó el dómine; *raras veces*, no siempre, no todos los dias, reniego de vosotros; que no cojo ninguna.»

MARIANA. No gastaba mal genio el tal preceptor.

PER-AFAN. Aplicando yo sus palabras al caso presente, rogaré á Su Alteza, la Archiduquesita Mariana, que pida cuentecillos á su maestro de latin *raras veccs*, no á cada paso, porque se irá en cuentos la hora de estudio.

MARIANA. Dispensadme por hoy; estudiaré mañana doble.

PER-AFAN. Cesa aquí por hoy la leccion de latin; pasemos á la de castellano.

MARIANA. ¿Para qué quiero aprender ya ese idioma?

PER-AFAN. Para entender á vuestros vasallos.

MARIANA. Mis vasallos hablan aleman como yo.

PER-AFAN. Los actuales, que os llaman *Alteza;* ¿no querréis cambiarlos por otros que os den *Majestad*!

MARIANA. Si me vais á hablar de eso, prefiero la leccion de latin.

PER-AFAN. Leamos unos versos en español.

MARIANA. ¿Quereis que os diga de memoria unos que sé?

PER-AFAN. ¿Cuándo los habeis aprendido?

MARIANA. Anoche: son de una comedia.

PER-AFAN. ¿Quién os la ha dado, contra las órdenes de Matilde!

MARIANA. Se la dejó ella en mi dormitorio.

PER-AFAN. Y ¿qué comedia es?

MARIANA. *Los Amantes de Teruel*, compuesta por el Maestro Tirso de Molina. Es muy divertida: ¡hace llorar tanto!...

PER-AFAN. ¡Buena diversion!

MARIANA. Hay allí un jóven, que se marcha á la Morería, y cuando vuelve, se muere de pena, porque su dama se ha casado con otro. El entierro de él pasa por delante de la casa en que vive ella, y es á tiempo que la estaban peinando. Como se oye la bulla, se asoma la criada, y vuelve á su ama y le dice... — Veréis ¡qué versos tan sentidos!

PER-AFAN. Recitadlos ántes que aparezca Matilde. Empezad.

MARIANA, declamando.

Ponte á la ventana,
Y asida á la reja,
Verás con asombro
La villa revuelta.
Campanas que doblan,
A todos inquietan
De muros adentro,
De fosos afuera.
Cuadrillas, formadas
En calles diversas,
Corriendo por otras,
Ocupan la nuestra.
Piadosos vecinos
Que arrastran bayetas,
Bañados los ojos,
Caminan por ella.
En muchos balcones
Arrancan de pena
Sus rubios cabellos
Hidalgas doncellas.
Matronas y ancianos
Con lágrimas tiernas
La ropa de luto
Salpican de perlas.
Óyense suspiros
Que el aire penetran:
El eco doliente
Suspira en respuesta.
En son destemplado
Tambores resuenan,
Pausado quejido,
Clamor de la guerra.
Detras de ellos viene
La gente de Iglesia
Con capas de coro
Y fúnebre cera:
Los golpes de caja
Y el canto de exequias
Mezclados infunden
Extraña tristeza.
Despues, más abajo,
Se ven por la tierra
De moros vencidos
Rasgadas banderas;

Y en hombros de nobles
Un féretro asienta,
Y en él va un guerrero
Con palma en la diestra.
Lanzando alaridos
El pueblo le cerca:
Su gloria le llaman,
Sin gloria se quedan.
Ya dicen las voces
Que el féretro llega,
Y el alma te dice
Quién es el que entierran.

ESCENA II.

MATILDE; MARIANA, PER-AFAN, CUNEGUNDA, OTILIA, MENINAS, DUEÑAS.

MATILDE. ¡Muy bien, señora Archiduquesa! ¡muy bien! ¡Lindo modo de aprovechar el tiempo!

MARIANA. ¡Ay, Matilde! Perdóname.

MATILDE. ¡Leer un libro, que yo no os he dado! ¡una farsa! Ni puedo perdonároslo á vos, ni á este señor maestro que no os lo reprenda.

PER-AFAN. Yo te ruego por mi discípula.

MATILDE. Rogais en vano: y os advierto que no debeis tutearme como á sobrina cuando hablo como Tenienta de Aya de Su Alteza Imperial.

PER-AFAN. Se os complacerá, señora Tenienta.

MATILDE, *á Mariana.* Iréis á vuestro cuarto y estudiaréis una hora más de latin.

MARIANA. ¡No! ¡tanto no!

MATILDE. Estudiaréis hincada de rodillas.

MARIANA. ¡Por Dios!

MATILDE. Y sin almohadon.

MARIANA. ¡Con qué humor vienes!

MATILDE, *á las meninas y dueñas.* Acompañad á la Archiduquesa por espacio de una... por espacio de media hora.

MARIANA, *aparte á Otilia.* Ya ha habido rebaja.

OTILIA, *aparte á la Archiduquesa.* Serán quince minutos. (*Vanse la Archiduquesa, Cunegunda, Otilia, las meninas y las dueñas.*)

ESCENA III.

MATILDE, PER-AFAN.

PER-AFAN. ¿Sabes que dice bien tu discípula! ¿que traes un humor insufrible!

MATILDE. ¿Sabeis lo que el Archiduque me ha dicho?
PER-AFAN. Que te casa y te dota, supongo yo.
MATILDE. ¡Si está empeñado en que he de ser monja!
PER-AFAN. ¿Monja!
MATILDE. De este hábito: para eso quiere sacarme esta noche de Viena. Porque no estoy bien aquí, porque me persiguen. Y el Emperador me habia dicho ántes lo mismo.
PER-AFAN. ¿Tambien quiere ahuyentarnos de Viena el Emperador!
MATILDE. El, creo que no, porque me encargó delante de vos que procurase reducir á la Archiduquesa á casar con su tio. Confusa con tales contradicciones, he querido verme con Su Majestad Imperial, y no ha sido posible: de modo que estoy fuera de mí. Yo quise dar un susto á ese don Fulano con lo de mi supuesto monjío; pero el chasco se vuelve contra mí propia, se convierte en verdad.
PER-AFAN. No será tal, si Dios me da vida. ¡Tú monja! ¡Bien quedaba entónces tu oculto amante!
MATILDE. ¿Cuánto va á que todo este embrollo nace de algun desatino, hecho á medias entre vos y él? Porque vos, tio, ¡me habeis dado tantas pesadumbres desde la hora fatal en que os conocí!
PER-AFAN. ¿Fatal consideras aquella hora! ¿Estás cierta de que has llegado á conocer bien á tu pobre tio?
MATILDE. A otro me importa conocer más que á vos: y en verdad que no se comprende qué motivo justo hay para tanto misterio. El hombre de bien, el que lícitamente puede pretender á una dama, no niega su nombre. Ahora mismo vais á decirme el de mi galan incógnito, que, á pesar de su elocuencia epistolar, ya me tiene harta, sin haberle visto ni oído.
PER-AFAN. Matilde...
MATILDE. Nada, nada, en este instante me lo vais á decir.

ESCENA IV.

LEOPOLDO; MATILDE, PER-AFAN.

LEOPOLDO. Matilde, he sabido que habeis solicitado con gran empeño hablar á Su Majestad Imperial. No seria para contarle lo que hemos tratado.
PER-AFAN. Señor Archiduque, nosotros quisiéramos...
MATILDE. Señor Archiduque, no debo mentir. Vuestra Alteza me honra con favores que yo no merezco: la perfeccion del estado religioso no es para mí.
LEOPOLDO. ¿No! Pues yo os lo propuse, porque me dió su aprobacion vuestro tio.

MATILDE. ¡Mi tio? Para mí siempre vienen los azares por su conducto.

PER-AFAN. Señor, Vuestra Alteza me dijo, que seria conveniente dar estado á Matilde: me habló de dote, de esposo... Yo me figuré que Vuestra Alteza pensaba casarla.

LEOPOLDO. Si me asegurasteis que Matilde no querria despojarse nunca de ese hábito.

PER-AFAN. Yo lo dije, sin intencion, porque se lo habia oído á ella.

MATILDE. Yo lo he dicho, porque mi anónimo me escribió en una de sus cartas, que era el traje que me estaba mejor.

LEOPOLDO. ¿Cartas os ha escrito ya vuestro amante!

MATILDE. Muchas. ¿Vuestra Alteza lo ignora!

PER-AFAN. Y ¿por qué lo habia de saber el señor Archiduque?

LEOPOLDO. No estoy yo tan á oscuras del tal galanteo, Doctor Per-Afan. (A Matilde.) Pero yo entendia que solo os habia enviado una joya.

PER-AFAN. ¡Una joya! ¿Qué joya has recibido, Matilde!

MATILDE. Esta que veis. (Mostrándola.)

PER-AFAN. ¡Esta! Yo no la conozco. Y es de gran coste. ¿Quién la puso en tus manos?

MATILDE. Hoy me la he encontrado en un cofrecillo que hay encima de mi tocador.

PER-AFAN. Matilde, el que te ha dirigido las cartas, no te ha regalado esta joya.

LEOPOLDO. Pues el que le regala esa joya, todavía no le ha escrito una línea.

PER-AFAN. Yo no conozco á ese hombre.

LEOPOLDO. Ni yo á ese otro.

MATILDE. De manera que segun averiguo...

LEOPOLDO. Teneis dos amantes.

MATILDE. De los cuales al uno conoce mi tio, al otro Vuestra Alteza, y yo á ninguno.

PER-AFAN. No debe quedarse Matilde para monja con dos pretendientes.

LEOPOLDO. Pues el que yo conozco no ha de ser su marido.

MATILDE, aparte. ¿Si será el mejor!

LEOPOLDO. Por eso queria yo trasladaros á Inspruck. (A don Per-Afan.) ¿Quién es el que vos conoceis?

MATILDE. Decidlo por fin.

PER-AFAN. A Matilde, no puedo.

LEOPOLDO. Y á mí, ¿podeis confiármelo?

PER-AFAN. Sin la menor dificultad. (Aparte á Leopoldo.) Señor Archiduque, el de las cartas soy yo.

LEOPOLDO, aparte á don Per-Afan. ¡Vos! Me alegro mucho. Contad conmigo.

PER-AFAN, aparte al Archiduque. ¿Quién es el de la joya?

MATILDE, anunciando. Señores, el emperador.

LEOPOLDO, aparte á don Per-Afan. Matilde os lo ha dicho.

PER-AFAN. ¡Ah!

LEOPOLDO. No iréis al convento, Matilde.

MATILDE. (Aparte. Respiremos.) Voy á indultar á la pobre Archiduquesita. (Vase.)

ESCENA V.

FERNANDO; LEOPOLDO, PER-AFAN.

FERNANDO. Doctor Per-Afan, mi Director de minas, el Conde de Russ, me escribe desde Praga una nueva importante. Parece que un desconocido, vascongado, segun las señas, ha descubierto la verdadera piedra filosofal.

LEOPOLDO. ¿Da el Conde crédito á esas patrañas!

FERNANDO. Me dice que el desconocido le ha proporcionado unos polvos de color de púrpura, con los cuales el azogue se convierte en oro purísimo.

LEOPOLDO. Haz venir á Viena á ese español.

FERNANDO. Se marchó ya de Praga, y no se sabe su paradero. Pero ha dejado al Conde una especie de instruccion ó receta para obtener esos polvos purpúreos, receta de que no puede el Conde servirse, por estar escrita en vascuence. Como vos, Doctor Per-Afan, sabeis ese idioma...

PER-AFAN. Yo traduciré la instruccion, al momento que Vuestra Majestad Imperial se sirva entregármela.

FERNANDO. No quisiera enviarla el Conde, sino que se la tradujeran allí. Me haréis, pues, el favor de pasar á Praga...

PER-AFAN. ¡A Praga?

FERNANDO. Poniéndoos esta tarde en camino, ó mañana temprano.

PER-AFAN. Señor...

LEOPOLDO, aparte. Quiere separar al tio de la sobrina.

FERNANDO. No doy entera fe al aviso del Conde; pero, en conciencia, tampoco debo desatenderle. La guerra tiene mi tesoro agotado; si por ese medio pudiera librar á mis vasallos de algunos gravámenes, favor les haria. Conviene, amigo Doctor, salir sin tardanza.

PER-AFAN, aparte. ¡Abandonar á Matilde ahora!

LEOPOLDO. Yo daré leccion á mi sobrina, don Per-Afan. (Con intencion.) Yo supliré por vos en cuanto fuere necesario.

PER-AFAN. Deberé á Vuestra Alteza una inestimable merced.

FERNANDO. Preparad vuestro viaje.
PER-AFAN. Obedezco á Vuestra Majestad Imperial. (Vase.)

ESCENA VI.

FERNANDO; LEOPOLDO.

FERNANDO. Leopoldo, tu partida tampoco podrá diferirse: los franceses y los suecos toman otra vez la ofensiva. (Da un pliego al Archiduque.) Lee ese nuevo parte, recien llegado.

LEOPOLDO, Leyendo. «Turena avanza contra Munich... Vrangel saquea la Bohemia...» — Tienes razon, Fernando: no espero más. Con las fuerzas y provisiones que hay reunidas, marcho mañana; tú enviarás el resto.

FERNANDO. Iré yo con él.

LEOPOLDO, aparte. La defensa de Munich importa más que la de Matilde. (Vase.)

ESCENA VII.

MATILDE; FERNANDO.

FERNANDO. Matilde, la guerra separará de vos dentro de poco al amante por quien me intereso.

MATILDE, en tono supositivo. Vuestra Majestad se interesa por el de la joya.

FERNANDO. Pues ¿qué! ¿teneis otro!

MATILDE. Ahora acabo de averiguarlo.

FERNANDO. Y ¿quién es el audaz que compite?...

MATILDE. Parece que es un paisano de mi tio. El le conoce; pero yo solamente conozco su letra.

FERNANDO. ¿Os ha escrito?

MATILDE. Una porcion de cartas en español.

FERNANDO. Y el buen don Per-Afan ¿protege á ese amante?

MATILDE. Con mucho empeño.

FERNANDO. ¿Sin deciros su nombre!

MATILDE. Sin declarármelo, por más que le ruego, cosa que me desagrada bastante.

FERNANDO. Para no disgustaros, no imitaré yo su reserva. ¿Quereis ver esta noche á mi protegido?

MATILDE. Verle... ¿Dónde?

FERNANDO. Donde no sea visto sino de vos. En vuestra habitacion.

MATILDE. Mi habitacion se cierra, y mi tio recoge las llaves.

FERNANDO. No duerme el Doctor esta noche en Viena: saldrá luégo á Praga.

MATILDE. Yo no puedo recibir á solas á un hombre.
FERNANDO. Le recibiréis en presencia mia.
MATILDE. ¿A qué hora?
FERNANDO. A las doce.
MATILDE. ¿Me responde Vuestra Majestad Imperial de que no arriesgo nada en esa entrevista?
FERNANDO. ¿Qué peligro podeis correr, que yo no repare!
MATILDE. No acierto á librarme de una dolorosa inquietud. Si mi tio se ausenta, quedo yo sin custodia: sírvame de escudo, sírvame de padre Vuestra Majestad Imperial.
FERNANDO. ¿Nace ese temor de que os inclinais con preferencia al galan extranjero!
MATILDE. No, señor; el ser amigo de mi tio no es una recomendacion para mí: puede parecérsele, y tengo muy presente cómo me trataba de niña. Ademas, por lo mismo que el señor Archiduque se opone á que el galan de la joya sea mi marido...
FERNANDO. ¿Conoce mi hermano al galan de la joya!
MATILDE. Tanto, que para impedir nuestra union, queria sacarme de Viena esta noche.
FERNANDO. ¡Esa estratagema disponia mi Generalísimo!
MATILDE. Y enviarme á Inspruck, y colocarme de religiosa en el convento de la Anunciacion.
FERNANDO. ¡Vos religiosa, sin mi permiso!
MATILDE. Pero Su Alteza abandonó ya su proyecto: por eso no reparo en dar cuenta á Vuestra Cesárea Majestad.
FERNANDO. Ved si os anuncié yo con razon que amenazaban persecuciones á vuestro amante.
MATILDE. Es lo que me inclina á decidirme por él.

ESCENA VIII.

MARIANA; FERNANDO, MATILDE.

MARIANA. Señor padre... — ¿Llego á mal tiempo?
FERNANDO. No, hija mia, de ningun modo.
MARIANA. No quisiera que Matilde me penitenciara hoy otra vez.
FERNANDO. ¿Te ha castigado?
MATILDE. Muy levemente: un rato más de estudio.
MARIANA. Arrodilladita en el suelo.
FERNANDO. Trata de tener contenta á Matilde; hoy te lo encargo muy especialmente.
MARIANA. ¿Por qué?
FERNANDO. Porque si tú la enojas, puede ella luégo enojarse con otro. Adios. (Vase.)

ESCENA IX.

MARIANA, MATILDE.

MARIANA. ¡Enojarse con otro! Y ¿qué otro es ése? ¿Tu criado Claus, por ventura? ¡Gran sujeto para que se desvele por él un Emperador!

MATILDE. ¿Burloncilla va haciéndoseme Vuestra Alteza!

MARIANA. Un poquito no es grave pecado: así me ha dicho mi confesor, el padre Everardo Nithard.

MATILDE. Servíos de sentaros aquí.

MARIANA. ¿Para qué?

MATILDE. Para arreglaros un poco el tocado: le teneis descompuesto.

MARIANA. ¡Ah! sí; que lo haces á las mil maravillas. No hay dama en palacio que se peine tan bien como tú. (Se sienta en un sitial, y Matilde, arrodillándose sobre un almohadon, arregla á Mariana el prendido y la ropa.)

MATILDE. Ya habré perdido la habilidad: mi tocado, ahora, poco tiene que hacer.

MARIANA. Para dos años va que vistes el hábito, y eso que solamente le ofreciste por uno.

MATILDE. ¿Os acordais aún de vuestra dolencia?

MARIANA. ¡Ay! ¡qué dias! ¡qué dolor de cabeza! ¡qué desvarío! ¡qué angustia, y qué sed! ¡Abrí una vez los ojos con tanto trabajo! miré á un lado y otro; ¡me vi tan sola!

MATILDE. ¡Sola, decís?

MARIANA. Sola contigo. Tú estabas de rodillas á los piés de la cama, con las manos juntas, ocultando la cara contra la colcha, para que no te viese llorar. Te pregunté qué hacias, y me respondiste que un voto para que me restituyera Dios la salud.

MATILDE. Bien empleado fué: ¡sea bendita la divina misericordia!

MARIANA. ¡A las veinticuatro horas, que ya estaba yo buena! ¡Con un brio, con un apetito!... Me tenian á dieta, y tú me traias de tapadillo conservas de España.

MATILDE. (Aparte. Esta es la coyuntura.) Vienen de allá cosas que os gustan mucho.

MARIANA. Como no las tenemos aquí... Melones, tomates, pimientos, granadas, limones, naranjas... — naranjas, sobre todo. Las naranjas deben ser las manzanas de oro de las Hespérides.

MATILDE. Si vais por Valencia, veréis campos dilatadísimos cubiertos de azahar.

MARIANA. Valencia... De Valencia se va á Madrid. ¿Me preparas el sermon que oigo á todos!

MATILDE. No, señora, no. Su Majestad Cesárea queria que me valiese de todos los recursos posibles para decidiros á ser esposa de vuestro tio; yo hubiera podido rogároslo, echada á vuestros piés; hubiera podido recordaros que me prometisteis, cuando tomé este hábito, concederme una gracia; pudiera pediros que la gracia fuese admitir la corona de España y sus Indias; pero yo, fuera de lo concerniente al cargo de Aya, no pienso molestaros con súplicas ni dirigiros amonestaciones.

MARIANA. No querrás dirigírmelas; pero, por sí ó por no, me echas en cara lo que hiciste por mí, reclamas lo que te he prometido, y te me pones ahí de rodillas á más.

MATILDE. Para serviros de camarera.

MARIANA. Sí, para engatusarme. Pues aunque beses la tierra que piso, nada conseguirás. (Se levanta.)

MATILDE. Lo que yo quisiera conseguir es que me escuchaseis tranquila; y si para ello es preciso que ponga los labios en el suelo...

MARIANA. Con esas marrullerías, haces de mí lo que se te antoja. Vamos, levántate. Hazme el favor de levantarte, mujer.

MATILDE. Dadme primero á besar vuestra mano.

MARIANA. Si tienes licencia de mi padre para besarme aquí. (Le presenta la mejilla. Siéntate. Siéntate. (Siéntase la Archiduquesa en el sitial y Matilde en un almohadon largo, donde apoya los piés Mariana.) Vamos, ¿qué tienes que decirme?

MATILDE. Ya sabeis que yo todavía no os he hablado palabra acerca del matrimonio que se os ofrece.

MARIANA. Es verdad.

MATILDE. Yo os quiero entrañablemente... y desearia que (fuera con quien fuese) os casarais á gusto.

MARIANA. Con mi tio no puede ser.

MATILDE. En buen hora. Manifestadme las razones en que os fundais para desdeñar ese enlace, y yo se las haré presentes al Emperador, á ver si logro que no os importunen.

MARIANA. ¿Te encargas tú de eso!

MATILDE. Si os he dicho que huyo de contrariar vuestro libre albedrío.

MARIANA. Ahora veo que me quieres de veras. Necesito regalarte mi joya mejor.

MATILDE. ¡Teneis tan poquitas!

MARIANA. Sí: con estos veintiocho años de guerra, el Sacro Romano Imperio está pobre.

MATILDE. Como no poseemos Indias, que envíen galeones cargados de oro...

MARIANA. ¡Ah! — Mucho puede gastar, mucho bien puede hacer una Reina de España.

MATILDE. Con lo que ha invertido Felipe IV en fiestas de cañas, comedias y toros, para distraer á su esposa, tal vez se sostendria uno de nuestros ejércitos.

MARIANA. Cañas, comedias, toros... — La funcion de toros debe ser brillantísima.

MATILDE. Admirable, señora.

MARIANA. ¿Y la comedia? ¿Ven las Reinas de España comedias?

MATILDE. Tiene el Rey teatro en palacio.

MARIANA. ¡Cómo me divertirian á mí las comedias de España! Pocas he leído; pero...

MATILDE. Una vez que habeis empezado, gracias á mi descuido, yo os proporcionaré las mejores. Pero hay otro espectáculo más magnífico aún que la comedia en España: ya os he hablado de él.

MARIANA. Sí, los autos sacramentales que representan en el dia del Córpus.

MATILDE. Como aquello no hay nada en el mundo.

MARIANA. Si pudiera verlos yo, sin ir por allá...

MATILDE. ¡Qué lujo se ostenta en Madrid aquel dia!

MARIANA. ¡Lástima es que hayan prohibido á las damas usar guardainfante! ¡Me gustaria á mí tanto ir hecha una campana, con un guardainfante de seis varas de ruedo, y unos chapines de un palmo de altura!

MATILDE. Bien agradecerian las madrileñas que se restableciese esa moda.

MARIANA. ¡Sí?

MATILDE. Las españolas generalmente no son muy altas: por eso les gustan los chapines de gran ponleví.

MARIANA. Aquí me haceis llevar unos zapatillos tan bajos... Tentaciones me dan... No, no: tente, lengua.

MATILDE. Pero, señora, vamos á cuentas. Si os gustan los dulces de España, las naranjas, las comedias, los toros, los guardainfantes, los tacones y los patacones de España, ¿por qué no sois Reina de allí!

MARIANA. ¡Toma! Porque no es Rey aquel. (Señalando el retrato de don Baltasar.) Dí tú que mi primo viviera...

MATILDE. Dios no lo ha querido... probablemente por vuestro bien.

MARIANA. ¡Por mi bien, quitarme un esposo tan guapo y tan bueno!

MATILDE. Un ángel era en cuerpo y en alma; pero ¿y si no os hubiera querido gran cosa?

MARIANA. ¿Por qué no habia de quererme!

MATILDE. ¿Os teneis vos por tan buena como él?

MARIANA. ¿Tan mala soy!

MATILDE. Os lo voy á decir muy bajito. Pecais algo de ambiciosilla, de atolondrada y caprichosa, de vana y terca.

MARIANA. ¡Echa más!

MATILDE. Los maridos perfectos no suelen ser los más cariñosos.

MARIANA. Pues con todas mis imperfecciones, tú bien me quieres.

MATILDE. Primeramente, yo no soy marido, ni soy una santa; en segundo lugar, yo os regaño, os amenazo, os castigo, os hago llorar con frecuencia: ¿gustariais mucho de un esposo por el estilo!

MARIANA. ¡Huy! Ni por pienso.

MATILDE. Don Felipe adoraria en vos, porque (perdóneme su ausencia) valeis más que él.

MARIANA. ¡Cuarenta y un años, y dos hijos, Matilde!

MATILDE. El hijo no vive con el padre; la Infanta es una niña de ocho años.

MARIANA. ¡Pero el Rey es un niño de cuarenta y uno! ¡tres más que mi padre! ¡Cuarenta y uno don Felipe, y yo doce!

MATILDE. ¡Eh! ¡Se hacen tantos matrimonios así!...

MARIANA. Yo no he visto ninguno.

MATILDE. Yo sí, varios.

MARIANA. ¿Dónde!

MATILDE. En España y en Alemania.

MARIANA. Y ¿qué tal se llevan?

MATILDE. Tan lindamente. Como él sea hombre de bien, y ella mujer honrada, poco importa la diferencia de edad.

MARIANA. Pero esas mujeres quizá se habrán casado por su gusto con hombres mayores, y yo no acabo de resolverme á...

MATILDE. Tambien una princesa tiene ciertas obligaciones, de que está libre cualquiera dama particular. Como una corona vale mucho, natural es que, á proporcion, cueste algo.

MARIANA. Si yo viese un ejemplo feliz de lo que me dices...

MATILDE. ¿Qué ejemplo quisierais?

MARIANA. Si yo viese que á una jóven le proponian que se casara con un viejo, y ella obedecia sin gran repugnancia, y no vivia triste con tal marido, puede que entónces...

MATILDE. En dos años ó más, hasta que tengais de catorce á quince, no ha de efectuarse vuestro matrimonio: tiempo os queda para observar alguno de tio formal y sobrina muchacha.

MARIANA. Los quisiera yo tener á mi lado, para ver lo que les pasaba.

MATILDE. No habria dificultad en traeros á palacio una pareja así.

MARIANA. ¿Y si me engañaban? Era menester que pre-

senciase yo la proposicion de boda, para que advirtiera si la novia torcia el gesto; era menester cogerla descuidada; que le hiciese la propuesta yo misma.

MATILDE. Vos daréis estado á vuestras damas, andando el tiempo: se os pudiera ya permitir que establecieseis una.

MARIANA. No quisiera yo casar dama, sino menina.

MATILDE. ¿Menina!

MARIANA. Tú eres mi predilecta, Matilde. Cásate con tu tio, y me caso yo con el Rey de España. (Se levanta.)

MATILDE. ¡Señora!...

MARIANA. Nada, está dicho. Compláceme tú, y obedeceré yo dócilmente á mi padre. Tú me has enseñado á soltera, enséñame tambien á casada.

MATILDE. Archiduquesa, reflexionad...

MARIANA. Y mira que sales mucho mejor librada que yo. Quince años te lleva el Doctor Per-Afan: don Felipe me lleva á mi, treinta y cuatro.

MATILDE. Bien, pero...

MARIANA. Y no has tenido un novio como ése. (Señalando el retrato.)

MATILDE. No obstante...

MARIANA. Y como, á pesar de tu hábito, no manifiestas vocacion de convento .. — Bien que si tratas de meterte monja, no insisto en la idea. O monja, ó doña con don Per-Afan.

MATILDE. Esa idea es un capricho extravagante, como los que os tengo reprendidos mil veces.

MARIANA. Yo soy terca si doy en uno, tú misma lo has dicho, y en éste no cedo. Yo se lo diré á mi padre y á mi tio y á mi confesor y al Arzobispo de Praga y al ministro, Conde de Kevenhüller, y al Embajador mismo de España, Duque de Terranova. Veremos si les parece bien que una maestra se niegue á dar á su discípula leccion de obediencia.

MATILDE. Sosegaos, ilustre discípula: servíos de atender á una observacion. El proyecto de casaros y el de casarme no corren iguales. Vuestro tio, el Monarca español, pretende vuestra mano; mi tio, el Doctor, no apetece la mia.

MARIANA. ¡Ay! es verdad. Mujer, no se me habia ocurrido tal cosa. Tienes mil razones.

MATILDE. Si mi tio tratara de casarse conmigo...

MARIANA. Vuelvo á decir que tienes razon, y que soy una loca. Pero aguarda; que ahora me acuerdo... Mi tio don Felipe nos ha escrito que sus ministros y su Consejo y sus Cortes y el bien de su Reino le han aconsejado que se case con su sobrina; yo, por bien tuyo y mio, por el interes comun de Alemania y España, voy á aconsejar á don Per-Afan *que te ofrezca* su docta mano.

MATILDE. Si no querrá.
MARIANA. Lo veremos. (Llamando.) ¡Otilia!
MATILDE, aparte. No deja de inquietarme... Pero mi tio, que favorece al incógnito de las cartas, no ha de prestarse...

ESCENA X.

OTILIA; MARIANA, MATILDE.

OTILIA. ¿Qué manda Vuestra Alteza?
MARIANA, á Otilia. A don Per-Afan, que venga corriendo. (Vase Otilia.) Si él se niega, no insistiré; ya sé yo que á los hombres no se les casa tan fácilmente contra su gusto: esa y otras distinciones por el estilo quedan reservadas para nosotras.

ESCENA XI.

PER-AFAN, OTILIA; MARIANA, MATILDE.

PER-AFAN. Señora Archiduquesa, cabalmente venia yo en busca de Matilde, cuando salia de aquí la señora Otilia.
MARIANA. ¡La buscabais, eh? Me parece de buen agüero que la buscaseis. (Vase Otilia.) Don Per-Afan, á ver: contestadme con sinceridad á una pregunta.
PER-AFAN. Señora, decid.
MARIANA. (A Matilde. No vale hacer señas: ¡cuidado!) La pregunta es muy breve. (A Matilde.) Baje la desvergonzada esos ojos. Las doncellas no han de mirar al novio, sino al santo suelo.
PER-AFAN. ¿Quién es el novio de mi sobrina?
MARIANA. Su tio, si él quiere. Yo os propongo que os caseis con Matilde, y os aviso que por ella no habrá inconveniente.
MATILDE, á su tio. Vos ya sabeis...
MARIANA. ¡Silencio, niña! — Declarad si os acomoda el partido.
PER-AFAN. Señora, yo, verdaderamente, no soy digno de tanta dicha...
MATILDE. Ya veis que mi tio rehusa, me da calabazas.
PER-AFAN. Todo al contrario. Conozco mi falta de méritos; pero cuando la fortuna me hace hallar un tesoro, ¿debo rehusarlo!
MARIANA. Estás de enhorabuena, Matilde. Quedaos con vuestro hallazgo, Doctor: voy á dar cuenta á mi padre y á mi tio, para que os lo adjudiquen definitivamente. Adios, tesoro, adios. (Vase.)

ESCENA XII

PER-AFAN, MATILDE.

MATILDE. Pero, tio, el Señor os ha dejado á vos de su mano.

PER-AFAN. ¿Por qué! ¿Porque no rechazo la tuya!

MATILDE. ¿No la destinabais al anónimo de las cartas!

PER-AFAN. No me quejaré yo si se la concedes: entónces yo lo arreglaré con su Alteza.

MATILDE. No, señor; no, señor: vuestro paisano vendrá á ser un español como vos...

PER-AFAN. Nos parecemos alguna cosa.

MATILDE. Pues no quiero esposo que se os parezca.

PER-AFAN. Como tienes un galan que te regala joyas riquísimas...

MATILDE. A ése prefiero: segura estoy de que si le conocierais, me confesariais que aventaja en todo á vuestro paisano.

PER-AFAN. Sé que le excede en mucho; pero en todo, no es fácil.

MATILDE. ¿No digo? Será más ilustre.

PER-AFAN. Sí, algo más.

MATILDE. Y más rico.

PER-AFAN. Tambien.

MATILDE. Bastante más jóven.

PER-AFAN. No, algo ménos.

MATILDE. Más afectuoso, más amante.

PER-AFAN. Eso queda por ver.

MATILDE. En fin, mucho mejor para mí.

PER-AFAN. Infinitamente mejor... si se casa contigo.

MATILDE. El se vale del Emperador, y Su Majestad Imperial quiere esta boda.

PER-AFAN. Y el Archiduque la contraría. Deja que se anuncie la nuestra, y verás cómo se apresura á declararte sus intenciones. Juzga entónces y elige.

ESCENA XIII.

FERNANDO, LEOPOLDO; MATILDE, PER-AFAN.

FERNANDO. ¿Cómo he de acceder yo á un capricho de niña!

LEOPOLDO. Para mí es un caso providencial. — Matilde, la boda que os propone la Archiduquesa, merece mi aprobacion completísima: corre á mi cargo solicitar la dispensa de Roma.

MATILDE. Si piensa Su Majestad Imperial como Vuestra Alteza...

FERNANDO. Sin ofensa de vuestro tio, mi pensamiento se diferencia del de mi hermano.

LEOPOLDO. Reflexiona que será para tu hija un espectáculo muy ejemplar y delicioso el de un matrimonio feliz, arreglado por ella. — Teneis que casaros, para que ella case con nuestro pariente y natural aliado, el Rey don Felipe; teneis que amaros, para que Matilde cobre amor á su novio.

PER-AFAN. Vuestra Majestad y Vuestra Alteza ¿me permiten manifestar mi humilde opinion?

LEOPOLDO y FERNANDO. Hablad.

MATILDE. Tio...

PER-AFAN. Ese capricho de la Archiduquesita pudiera pasársele en muy pocos dias. Entre tanto que dura ¿no podríamos contentar á mi señora la Archiduquesa con una farsa?

LOS TRES. ¿Cómo!

PER-AFAN. Declarando Matilde y yo que estábamos dispuestos á complacerla.

LEOPOLDO. No me parece mal.

MATILDE. Pero...

PER-AFAN. Pero sin obligarnos formalmente á nada. Yo haria el papel de galan respetuoso; Matilde el de vasalla dócil, ó si no, el de víctima resignada; satisfecha la Archiduquesita, prestaria el consentimiento que se desea; y Matilde casaria por último con quien, atendidas las circunstancias, obtuviese el permiso de Su Majestad Imperial.

LEOPOLDO. ¡Excelente proyecto, Doctor!

FERNANDO. Si no lo desaprueba Matilde...

MATILDE. Con mi tio, no corro peligro de enamorarme. Por ver cómo se ingenia para el galanteo, porque me pague las rabietas que me hizo pasar cuando niña, consiento en la farsa.

FERNANDO, aparte. Mujer al fin.

LEOPOLDO. No hay más arbitrio que dar tu beneplácito.

FERNANDO. Bien, estoy conforme.

PER-AFAN. Vuestra Majestad, en este supuesto, me relevará del encargo que me fué conferido. No me parece ahora oportuno alejarme hasta Praga.

LEOPOLDO. ¡Oh! no. Si habeis de obsequiar á Matilde, y Mariana ha de verlo, necesitais permanecer en Palacio. Nosotros partimos, y vos os quedais.

FERNANDO. Pero el bien parecer exige que, declarados novios Matilde y su tio, cesen de habitar en un mismo cuarto.

MATILDE. Seguramente: es uso comun, que no podemos quebrantar sin escándalo.

LEOPOLDO. Pasaos á mi habitacion, Doctor Per-Afan.

PER-AFAN. Miles de gracias.

LEOPOLDO. Y dejad vos el hábito desde luégo, Matilde.

ESCENA XIV.

MARIANA, DAMAS, CABALLEROS; FERNANDO, LEOPOLDO, MATILDE, PER-AFAN.

MARIANA. (A la comitiva que trae. ¿Oís lo del hábito? Eso es que mi tio aprueba desde luégo la boda.) Traigo á estos poquitos señores, para que delante de ellos otorguen mis novios la promesa recíproca de esponsales.

LEOPOLDO. En efecto, hemos consentido en lo que deseas, Mariana.

MARIANA. Yo soy tu madrina, Matilde: pediré en tu nombre la licencia, segun costumbre. (La coge de la mano.)

PER-AFAN. Primero á su señor natural, el señor Archiduque.

MARIANA. Ven. (Matilde se arrodilla ante el Archiduque.) Tio y señor, Leopoldo Guillermo, Archiduque de Austria, Obispo de Passaw, de Estrasburgo, de Halberstadt, de Olmutz y Breslaw, Maestre de la Orden Teutónica, Abad de Murbach, Gobernador y Generalísimo, etc., etc., ¿concedeis vuestra vénia á Matilde Ochsenaugen, para dar la mano á su tio, el Doctor don Pedro Afan de Ribera?

LEOPOLDO. Alzad, Matilde. El Señor os haga dichosa con el esposo que os conviene. (Besa Matilde la mano al Archiduque, y se levanta.)

MARIANA. Ahora, al amo. (Se arrodilla Matilde ante el Emperador.) Padre, y Emperador, siempre Augusto, ¿permitís á mi Tenienta de Aya que se case... como yo quiero?

FERNANDO. Matilde, haced la dicha de quien os ama. (Matilde besa la mano al Emperador, el cual la levanta y le dice aparte:) Esperadme á las doce.

MARIANA. Pregunto: ¿debe tambien pedir licencia á su tio para casarse con él?

PER-AFAN. No; á su tio toca arrojarse á vuestros piés y á los de Matilde.

MARIANA. Más arriba, á sus brazos.

PER-AFAN, aparte. No la arrancará de ellos el poder del mundo.

MARIANA, á Matilde. Como tú he de ser yo: vamos á ver qué ejemplo me das.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Matilde. En el fondo, un balcon interior con celosías y cortinajes, correspondiente á otro cuerpo de la misma habitacion, más alto de piso. Dos puertas á la derecha del espectador: una da paso al cuarto de la Archiduquesita, otra al de Per-Afan. En el costado izquierdo, otras dos puertas: la más inmediata al proscenio conduce á una galería de palacio; la de más arriba comunica con el piso alto del fondo. Una mesa, y en ella un espejo y un cofrecillo; al lado opuesto, un retrato de la Emperatriz doña María, colgado en la pared. Sillas, luces.

ESCENA I.

CLAUS, abatido y preocupado. CUNEGUNDA, observándole.

CUNEGUNDA. Claus...

CLAUS. Esto va mal.

CUNEGUNDA. Claus...

CLAUS. No veo remedio.

CUNEGUNDA. ¡Claus!...

CLAUS. De ésta no me libro.

CUNEGUNDA. ¿Qué te pasa, que andas tan mustio desde que nos dejó solos el amo!

CLAUS. No me le nombres.

CUNEGUNDA. ¿Por qué! ¿Te trae perjuicio que habite el Doctor en el cuarto del Archiduque?

CLAUS. ¡Archiduque! No me le mientes.

CUNEGUNDA. No estamos por eso más distantes del Emperador.

CLAUS. Por la Emperatriz de los cielos, no me recuerdes que hay Emperador en el mundo.

CUNEGUNDA. ¿Qué majaderías estás diciendo! Si nos ocurre pedir una gracia, ¿no es bueno tener á uno y otro señor ahí tan á mano!

CLAUS. ¡Ay, Cunegunda! ¡Qué gracias suelen ocurrírseles á los tales señores!

CUNEGUNDA. Sirviéndolos bien, haciendo uno cuanto le manden...

CLAUS. Eso hacia yo, y por ello precisamente me veo expuesto... á una exposicion pública. .

CUNEGUNDA. ¿Exposicion! Explícate más claro; que me traes aturdida y suspensa.

CLAUS. ¡Suspensa! El suspenso voy á ser yo.

CUNEGUNDA. ¿Cómo!

CLAUS. Del cuello.

CUNEGUNDA. ¿Por qué!

CLAUS. Porque me lo ha ofrecido Su Majestad. Pues. Y la palabra de un César Augusto...

CUNEGUNDA. ¿Qué has hecho tú para atraerte una suspension de ese género!

CLAUS. Nada que desdiga de mi calidad de sirviente. Servir al Emperador, servir al Archiduque, servir á mi amo. Han venido los tres á saberlo; y enojados con mi servicialidad, que les ha debido parecer excesiva, me ha hecho cada uno por sí una oferta. El Doctor me promete cien palos; el Archiduque un novenario de disciplina en los Capuchinos, y Su Majestad Imperial cinco minutos de horca.

CUNEGUNDA. ¡Solos cinco minutos! Cualquier ladronzuelo se lleva siete horas: no sé por qué te asusta cantidad de tiempo tan mínima.

CLAUS. Tú no tienes corazon, Cunegunda. Miento, sí le tienes; de dueña.

CUNEGUNDA. Pero ¿qué! ¿no admite apelacion la triple sentencia!

CLAUS. Pudiera admitirla, pues cada uno de los tres me ha hecho con posterioridad un encargo, asegurándome el perdon si lo cumplo. Pero bien: sirvo á uno; dejo mal contentos á dos.

CUNEGUNDA. Claus amigo, el adagio dice: «Del mal, el ménos.» Obedece á su Majestad Cesárea, líbrate de la ene de palo, y aguanta los de mi señor y los nueve ejercicios.

CLAUS. Mujer, si yo nací para complacer á todos, y no puedo resistir á mi vocacion. Estoy viendo que serviré por fin á los tres quejosos; que van á enfurecerse más, porque no les he mantenido la exclusiva; y voy á disfrutar por su órden las tres mercedes: paliza, vapuleo y cuelga.

CUNEGUNDA. Principia tú por los cinco minutos, y ríete luégo de lo demas.

ESCENA II.

OTILIA; CUNEGUNDA, CLAUS.

OTILIA. Señora Cunegunda...

CUNEGUNDA. Señora Otilia...

OTILIA. Pasad al salon de su Alteza. Vuestra ama necesita de vos.

CUNEGUNDA. Voy allá corriendo. (Vanse las dos.)

ESCENA III.

CLAUS.

CLAUS. Real y verdaderamente abusan de mi carácter oficioso estos buenos señores: no hay recurso de que no se valgan para conquistarme, ¡siendo yo tan fácil conquista! Me dice el Doctor: «Cien palos mereces, por haber traído á Matilde la joya; cien escudos te pongo en mano, si esta noche dejas descorrido el cerrojo de la puerta divisoria entre el cuarto de Matilde y el que era mio.» ¿Cómo se responde á tan eficaz argumento! Así. (Llégase á la primera puerta del costado izquierdo, y descorre el cerrojo.) Paliza, una; cerrojo, uno: de uno á uno, pago. Un acreedor ménos.

ESCENA IV.

MARIANA, con un capotillo y una cofia de noche; CLAUS.

MARIANA. ¡Chit! Claus...

CLAUS. ¿Quién?... ¿Vos por aquí!

MARIANA. Me acostaron; pero en cuanto me quedé sola, me levanté. Matilde tuvo que llamar por un momento á la camarera de guardia; vi la puerta libre, y ¡pif! *volaverunt.* Nadie ha reparado. Como todo anda revuelto con la marcha de mi padre y mi tio...

CLAUS. ¿Tambien sale Su Majestad!

MARIANA. Tambien. Tales noticias ha recibido, que no puede excusarlo. Yo, en el ínterin, quiero observar aquí en su cuarto á Matilde.

CLAUS. ¿Con qué motivo?

MARIANA. Desde la ventana de mi alcoba he divisado un hombre que se escondia en el jardin, atisbando hácia este ángulo del palacio; por mí no ha de ser: he de averiguar si es por Matilde. Yo, que la caso, tengo derecho y obligacion de vigilar su conducta.

CLAUS. Ciertamente, señora.

MARIANA. Tú has de ayudarme.

CLAUS. Dejad primero que medite sobre cinco minutos.

MARIANA. Medita con esta sortija en el dedo. (Le da una.)

CLAUS. Mandad, señora: soy el sirviente universal, por inclinacion y por estrella.

MARIANA Ocúltame donde pueda acechar.

CLAUS, señalando el balcon interior. Allí estaréis bien.

MARIANA. No me engaña Matilde á mí: la veo muy desapacible desde esta mañana, y adivino el por qué. Su tio la quiere; á ella no le gusta su tio.

CLAUS. (Aparte. Aquí entra el encargo del Archiduque, para el indulto del novenario.) Tiene ella otro amante.

MARIANA. ¿Otro! ¿Quién es!

CLAUS. Un incógnito conocidísimo, un viudo.

MARIANA. ¡Miren la del hábito! ¡La que me vedaba que leyese comedias! Yo no las leo, y ella las hace.

CLAUS. La familia del viudo pretende que dicho incógnito señor se case con una prima suya, muy guapa, y de catorce años; pero él no hace de ella maldito el aprecio, por causa de Matilde.

MARIANA. ¡Ay, qué pícaro! ¡Despreciar á una prima, cuando me casaba yo tan á gusto con mi primo don Baltasar! ¿Qué edad viene á tener el viudo? ¿La del Rey de España siquiera!

CLAUS. Por ahí, por ahí.

MARIANA. De manera que ese moscardon levanta de cascos á mi Aya (que se ha de casar con su tio, quiera ó no quiera), y ¡se burla de una muchacha como un pimpollo! Pues no seré yo Archiduquesa de Austria, ó el tal primo ha de dar la mano á su prima. No le valdrá el ser hombre, para salirse con la suya.

CLAUS. Y lo que es la prima le tiene aficion.

MARIANA. ¿Sí, eh! ¿A pesar de que es viudo, ya casi viejo, y anda tras otra!

CLAUS. Eso avive quizas el amor de la niña. Cuando median los celos...

MARIANA. ¿Qué son celos?

CLAUS. Envidias de amantes.

MARIANA. ¿Si no acertaré yo por eso á querer á mi tio! Como no me da envidia, como no me pone celosa... ¿Has oído tú si don Felipe tiene algun capricho en Madrid?

CLAUS. Corrió voz, tiempo há, de que cierta cómica...

MARIANA. ¿Cómica dijiste! ¡Ay! ¡qué celda tan hermosa le voy á alquilar!

CLAUS. Llegais ya tarde: creo que es Abadesa de unas monjas Benitas, allá en un desierto.

MARIANA. ¿Abadesa! Bien ha librado; lega fregona la hubiera hecho yo. Por mi cuenta corre satisfacer sus celos á la prima del viudo.

CLAUS. Entraos, que vienen. Soy luégo con vos.

MARIANA. Ven pronto.

(Vase por la puerta de la izquierda, más inmediata al fondo.)

ESCENA V.

MATILDE, de dama; CUNEGUNDA; CLAUS.

MATILDE. (Aparte. Dos galanes... tres con mi tio. El de la joya es el que me desasosiega.) Claus, ¿tienes ya cerrada la puerta de la galería?

CLAUS. La de la galería y la del jardin. Todo está cerrado, ménos la reja de ese tránsito á la habitacion de Su Alteza, por donde venís. Las llaves, como previnisteis, quedan en su sitio.

MATILDE. Recogeos al instante los dos.

CUNEGUNDA. Perdonad: yo me acostaré cuando os deje acostada.

MATILDE. No te necesito.

CUNEGUNDA. Podeis necesitarme: vos no estais buena. Tarde y noche me habeis dicho que os hallabais desazonada; y, en efecto, allá en el salon de Su Alteza, andabais como tristona, como distraida... La mudanza de traje no os sienta bien.

MATILDE. ¡Qué!... ¿me caia mejor el hábito!

CUNEGUNDA. Queria decir que siendo aquella ropa de más abrigo, y habiéndoos quedado en cuerpo y en cabello, habréis cogido un pasmo sin duda. Os traeré un capote y un serenero.

MATILDE. Deja esos disfraces en su lugar.

CUNEGUNDA. Como ya no han de visitaros...

MATILDE. Retírate, y recógete al punto.

CUNEGUNDA. Señora... buenas noches. (Vase.)

ESCENA VI.

MATILDE, CLAUS.

CLAUS. Señora, descansad. (Vase retirando muy poco á poco.)

MATILDE. (Aparte. ¿Quién será ese hombre! Conforme se va acercando la hora de verle, mi curiosidad se hace insufrible.) Claus...

CLAUS. Mi buena señora...

MATILDE, abriendo el cofrecillo. A tu parecer, ¿qué vale esta joya? (La saca y se la entrega á Claus.)

CLAUS. ¿Esta! ¡Ah! ésta... de fijo ha costado sus mil escudos.

MATILDE. Es tuya, si me dices quién me la regala.

CLAUS. ¡Mia! Señora... yo... ¿Cómo!... (Aparte.) Joyería voy á poner en dejando el servicio.

MATILDE. Tú lo sabes; yo he de averiguarlo muy pronto: con que nada arriesgas en decírmelo.

CLAUS. Siendo así, ¿no podeis aguardar?...

MATILDE. No quiero aguardar. Me mata la impaciencia. Responde.

CLAUS. Solo puedo responder que esta joya...

MATILDE. Sí.

CLAUS. La ha mandado hacer y la ha costeado... Su Majestad Cesárea.

MATILDE. ¡Su Majestad!... Vete. Vete con ella...

CLAUS, aparte, retirándose. Con esto, y abrir la puerta de la galería, me libro de los cinco minutos de colgadura. Me quedan cien escudos de beneficio. (Vase.)

ESCENA VII.

MATILDE.

MATILDE. ¡Su Majestad! ¡El Emperador! Sí, no cabe ya duda. Mi corazon estaba deseando amar; amaba ya, sin saber á quién: ya lo sabe. Le estremecieron, le arrebataron aquellas cartas del español incógnito; creí que el de las cartas era tambien el de la joya; es otro; es forzoso elegir; al español, no le conozco ni siquiera de nombre; Claus acaba de pronunciar el más ilustre que se conoce. Pero yo, ¿merezco esta dicha! ¿Es cierto que el Emperador me ama! El me ha dicho: «Veréis á vuestro amante en presencia mia.» El dijo tambien: «Casad á mi hija con el Rey don Felipe; haréis á mi corona el más alto servicio; recompensa no inferior os aguarda.» ¡Recompensa! ¡Corona! Palabras que el acaso juntó, ¿fuisteis el anuncio de mi destino! Fernando III es un monarca virtuoso; él me asegura que su amor es digno de agradecimiento... Amor que no es puro, no merece que se agradezca. Y á mí, ¿qué otra clase de amor se me puede ofrecer! Mi opinion, la severa enseñanza que me dió mi tio... — No puedo ahora ménos de sonreirme... «¡Para nada eres!» me gritó una vez tan furioso... y echó aquí la mano... (Tócase una oreja y juguetea con el pendiente.) ¡Pobre Doctor! Y ¡maltrataba una oreja imperial! ¡Yo Emperatriz! (Vuelve la vista hácia el retrato de Doña María.) Aquella lo ha sido. (Mírase al espejo.) Esta soy yo. ¿Tanto desmereceria ésta delante de aquélla! Hermana fué de Felipe IV... Yo soy una sirviente de su hija .. — Sí; pero en esta guerra de casi treinta años, que ha trastornado el antiguo imperio, ¿cuántos casamientos desiguales no ha visto Alemania! — ¡Ay! ¡cuántas ambiciones de mujer vemos tambien castigadas con la ignominia! El Archiduque me declaró enérgicamente que el incógnito de la joya ¡no seria mi esposo! Vendrá á las doce el Emperador por aquella puerta, que da paso á la habitacion de su hija; ¿qué vendrá

con él para mí? ¿Será la dicha! ¿Será la mayor de las desventuras! Una reja atraviesa el tránsito: paso tiene por entre sus hierros la dicha; la deshonra no pasa. Voy á cerrar. — ¡El Archiduque!

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, en traje militar; MATILDE.

LEOPOLDO. Matilde...

MATILDE. ¡Alteza ilustrísima!...

LEOPOLDO. Habiéndome ya despedido, como visteis, de vuestra alumna, quiero despedirme de vos en particular, y comunicaros una noticia.

MATILDE. Vuestra Alteza me está siempre favoreciendo.

LEOPOLDO. La noticia es ésta. El matrimonio del Emperador con mi prima, la Archiduquesa Leopoldina, de Inspruck, es un asunto casi ya terminado.

MATILDE. ¡Su Majestad se casa! ¿Es posible!

LEOPOLDO. Es seguro. El Consejo y la Corte lo solicitan con vehemencia, el interes del Estado lo exige, yo lo tengo á mi cargo, y en fin Su Majestad mismo no ha podido negarse.

MATILDE. ¡Su Majestad consiente!

LEOPOLDO. El procura que se difiera; pero ha consentido. Como será poco agradable para mi sobrina tener madrastra, podeis utilizar esta circunstancia tan poderosa, á fin de decidirla á casarse.

MATILDE. Cierto. — Bien... bien está.

LEOPOLDO. La futura Emperatriz cuenta catorce años y es amabilísima: creo que mi hermano acabará por quererla mucho, aunque ahora, con sus devaneos...

MATILDE. ¡Devaneos el Emperador!

LEOPOLDO. Se ha aficionado á una pobre muchacha, que no sabe el riesgo en que vive.

MATILDE. ¡Riesgo! Vuestra Alteza deberia avisarla, protegerla, salvarla.

LEOPOLDO. Matilde, yo salgo de Viena esta madrugada; y aunque mi hermano parte conmigo, él puede volver ántes que yo.

MATILDE. Vuestra Alteza, ¿no podria manifestar al Emperador?...

LEOPOLDO. Le prediqué ya, y no he visto fruto. Quisiera, sí, decir algo á la niña; pero no hay tiempo. Si no os repugnara dirigirle en mi nombre una súplica...

MATILDE. ¿A quién?

LEOPOLDO. A ella. Claus, vuestro sirviente, sabe su nombre

MATILDE. Vuestra Alteza diga, Vuestra Alteza me mande.

LEOPOLDO. Rogadla que, siendo como es, virtuosa y discreta, proceda con mi hermano de modo, que Su Majestad case pronto cual debe.

MATILDE. Satisfaré el deseo de Vuestra Alteza.

LEOPOLDO. Ofrecer premios á esa jóven seria ofenderla; pero ya os podeis figurar si yo le quedaré agradecido, y si vale algo la gratitud y amistad sincera de Leopoldo Guillermo. Ni ¿qué más premio de una accion buena, que la satisfaccion dulcísima que produce en nosotros, y la certidumbre de que los ángeles la escriben en el libro eterno de los acreedoros á la bienaventuranza sin límite!

MATILDE. ¡Ah, señor! Conmovida al oíros...

LEOPOLDO. ¿Os enterneceis, mi buena Matilde! Yo tambien. Una despedida siempre cuesta lágrimas... Y cuando es para ir á buscar los combates... Por si no volvemos á vernos, recibid mi bendicion apostólica.

MATILDE. Cuando Vuestra Alteza regrese: tengo esperanzas de merecerla.

LEOPOLDO. Contad entónces con la del cielo. (Vase.)

ESCENA IX.

MATILDE.

MATILDE. ¡Sueños momentáneos! ¡Delirios del orgullo y de la ambicion! huid, alejaos para siempre. Me felicito de haber dado la joya á Claus: equivale á tirarla. No tardará en venir el Emperador: puedo recibirle sin sobresalto. Luégo se ausenta... Sí; pero volverá... y volverá sin el Archiduque... Defensor necesito, defensor constante y seguro.

ESCENA X.

PER-AFAN; MATILDE.

PER-AFAN, saliendo por la primera puerta de la derecha. ¡Matilde!

MATILDE. ¡Mi tio! (Aparte. Es el confidente del español, del autor de esas cartas que brotan fuego.)

PER-AFAN. No te enojes por esta visita. (Permanece en la puerta.)

MATILDE. Pasad, pasad. No venís á mal tiempo.

ESCENA XI.

CLAUS, asomándose con recato por el balcon del fondo; **MATILDE**, **PER-AFAN**.

CLAUS, muy bajo. ¡Chit! señores...

MATILDE. ¿Qué hay?

CLAUS. La Archiduquesa está aquí. (Señalando lo interior de la pieza del fondo.)

MATILDE. ¿Cómo!

CLAUS. Ha venido furtivamente á ver lo que haceis.

PER-AFAN, aparte. ¡Qué ocasion!

CLAUS. No os deis por entendidos. (Bajo, dirigiéndose á Mariana, que áun está dentro.) Venid: aquí estaréis bien. (Apártase para dejarle puesto.)

PER-AFAN. Nos oirá tu discípula. Tenemos que hablarnos como personas destinadas á casarse.

MATILDE. Habladme del incógnito de las cartas.

ESCENA XII.

MARIANA, en el balcon, oculta entre las cortinas; **MATILDE** y **PER-AFAN**, en la sala; **CLAUS**, tambien en el balcon, detras de Mariana.

MARIANA, aparte á Claus. ¡Los dos aquí! Esto es más de lo que esperaba.

PER-AFAN. Siéntate por un momento, Matilde.

MATILDE. ¿Cómo habeis podido penetrar hasta mi habitacion?

PER-AFAN. Me quedé con la llave doble de la puerta al jardin. He aguardado en él hasta ver cerrar todas las ventanas de palacio, y he abierto en seguida.

MARIANA, aparte á Claus. ¡Era él quién rondaba!

CLAUS, aparte á Mariana. Como es su novio...

MARIANA, aparte á Claus. ¿Me rondará don Felipe á mí?

CLAUS, aparte á Mariana. ¡Poquito aficionado es él á rondas galanas!

MARIANA, aparte á Claus. Eso me gusta mucho. Tapa, que miran.

PER-AFAN. Antes de las doce te dejaré: como cuando vivíamos juntos. Me tenias tan hecho á este rato de conversacion, que ni por un dia he querido privarme de él.

MATILDE. ¿Qué dirá si os ha visto alguno!

PER-AFAN. Que somos amantes: noticia oficial de hoy en la Corte. Que necesitamos casarnos pronto: eso es lo que yo deseo.

MATILDE, oponiéndose. Pues yo...

PER-AFAN, bajo. Que te oye: disimula.

MATILDE. Pero, tio, vos ántes no me teniais demasiado cariño; hoy, gracias á un antojo de mi discípula, que merecia una mano de azotes...

MARIANA, aparte. ¡Ca!

MATILDE. Os habeis declarado mi pretendiente. ¿Quién hace caso de unos amores tan repentinos!

PER-AFAN. ¡Repentinos, Matilde? ¿Cuánto há que recibes unas cartas de amor anónimas?

MATILDE. Una porcion de meses.

PER-AFAN. Pues bien... (Baja la voz.)

MARIANA, aparte á Claus. ¿Por qué no me escribe mi tio anónimos?

CLAUS, aparte á Mariana. Porque áun está de luto, y no dicen bien cartas de amor con oblea negra.

MATILDE. ¡Vos el amante incógnito? (Aparte á don Per-Afan. ¿Es broma, tio?)

PER-AFAN, aparte á Matilde. No preguntes: no caiga en sospecha.

MATILDE. Notas á Séneca, ya sé que sabeis escribir; pero cartas de amor tan apasionadas, versos tan lindos, lo ignoraba completamante.

PER-AFAN. Quien sabe sentir, sabe decirlo.

MARIANA, aparte á Claus. ¿No hace versos tambien mi tio?

CLAUS, aparte á Mariana. ¡Si le llaman el Rey poeta!

MATILDE. Algo tarde habeis aguardado á sentir.

PER-AFAN. Nadie como tú puede apreciar la causa. Destinado á las letras por mi familia, que observaba mi ardorosa inclinacion al estudio, ellas ocuparon exclusivamente mi juventud, ellas devoraron los más verdes años de mi existencia. Compitiendo con unos, aprendiendo de otros, adelantándome á bastantes, reconociendo la superioridad en el que la tenia; entre gozos y contrariedades, entre los murmullos de la envidia y el lisonjero estímulo de la opinion benévola, llegué sin sentir á la edad en que el hombre cuyo corazon vivió dormido miéntras el entendimiento velaba, se le encuentra de improviso impaciente, anhelante, sediento de emociones dulces y tiernas, robusto como de varon, tímido como al salir de la infancia. Ya es tarde entónces para amoríos de paseo y de iglesia, de calle y ventana; se avergüenza uno de ir contra la gravedad que debe distinguir al hombre científico, porque el uso de libros buenos conserva su pudor al espíritu, como la compañía de una casta madre, la modestia en sus hijas. Entónces mira el hombre al rededor de sí; mira cerca, porque el nebuloso horizonte del mundo, que no conoce, le cansa la vista; y si halla á su lado, bajo su techo mismo, un semblante hermoso y un corazon angélico, ni puede ni quiere ni debe ir *más léjos* á buscar la felicidad: sabe que el cielo nos la co-

loca siempre inmediata. Si él la ha desconocido por mucho tiempo; si deslumbrado con el brillo de la humana gloria, no reparó en el tesoro de gracias y virtudes con que estaban casi tocando sus manos, ¿qué ha de hacer al advertir su error, sino confiarlo al papel primero, y arrojarse despues á las plantas de la que adora!

MATILDE. Tio, por piedad... Si vinieran...

PER-AFAN. Dí que me perdonas, Matilde; que perdones mi antiguo desamor y mi amor presente, es lo que pretendo. Con el disimulo del inferior entre superiores, del que ha ofendido y no sabe cómo reparar sus ofensas, hay aquí para ti más y más puro amor que ha de consagrarte ninguno. Yo no pido tu afecto, si hay quien lo merezca mejor. Yo quiero tu bien áun á costa del mio: si te ofrece la mano de esposo quien valga más, yo tendré valor para enlazársela con la tuya.

MARIANA, descorriendo la cortina y gritando. No digais eso; que os dará calabazas.

MATILDE. ¡Archiduquesa! ¿Vos acechando ahí!

MARIANA, saltando del balcon á una silla y de ésta al suelo. Sí, señora, y me alegro mucho de haber acechado. ¿Cómo se entiende! ¡Consentir que un tio, que dice cosas tan bonitas, estuviese con la rodilla en tierra, sin tenderle la mano! ¿Es éste el respeto á los mayores, que me enseñabas!

MATILDE. Venid á vuestro cuarto, donde os enseñaré cómo debeis respetarme á mí.

MARIANA. ¿A tí! Ya no: tienes por qué callar.

MATILDE. ¡Archiduquesa!

PER-AFAN. ¡Señora!

MARIANA. Digo bien. Vos ignorais las picardigüelas de vuestra novia. Tiene otro galan.

MATILDE. ¡Señora Archiduquesa!

MARIANA. Madrina, se me dice. — Sí, señor: tiene mi ahijadita otro amante más principal que vos: pero no os dé cuidado: es un maula que no trata de casarse con ella.

ESCENA XIII.

FERNANDO; MARIANA, MATILDE, PER-AFAN.

FERNANDO. ¿Qué es esto!

PER-AFAN, aparte. ¡El Emperador!

FERNANDO. ¡Aquí la Archiduquesa á estas horas, Matilde

MATILDE. Aun no son las doce.

FERNANDO. Sin embargo, extraño un poco veros tan acompañada.

MATILDE. Yo extraño tambien que Vuestra Imperial Majestad venga por esa puerta, y venga tan solo.

FERNANDO. Por no alborotar la habitacion de esta niña, á quien supuse ya reposando, llamé á la puerta de la galería.

MARIANA. Señor padre, como estais de marcha, no ha querido acostarse mi hermano hasta veros partir: no he de ser ménos.

FERNANDO. Aunque lo estimo, dame ahora el gusto de pasar á tu gabinete. Llevadla, Matilde.

MATILDE, aparte á don Per-Afan. De veras, tio: ¿son vuestras las cartas!

PER-AFAN, aparte á Matilde. Ahí van de mi letra. (Le da unos papeles.)

MATILDE. Madrina, venid. (Llégase cariñosamente á Mariana y le besa una mano.)

FERNANDO. Doctor, esperad. (Vanse Mariana y Matilde.)

ESCENA XIV.

FERNANDO, PER-AFAN.

FERNANDO. Habiéndose dispuesto que os trasladeis á otra habitacion miéntras pasais por capitulado con vuestra sobrina, pudierais haber comprendido que no era decente visitarla á estas horas.

PER-AFAN. Como novio de burlas, no me consideré tan escrupulosamente obligado.

FERNANDO. Para mi Corte es negocio de veras, y yo debo impedir que se esparzan hablillas en daño de la reputacion de Matilde. Doctor Per-Afan, me acompañaréis en mi viaje.

PER-AFAN. Doy á Vuestra Imperial Majestad rendidas gracias por esa honra; se las doy más rendidas por el interes que le merece la opinion de Matilde. Ruego por lo mismo á Vuestra Majestad que la proteja contra las tentativas de un amante, oculto y poderoso, que tiene.

FERNANDO. ¿Un amante! En efecto, se me ha dicho que la galantea por escrito no sé qué personaje español. Pero me han asegurado que á ése le favoreceis vos.

PER-AFAN. No es español el sujeto á quien me refiero; el español debiera tener perdidas las esperanzas, porque no puede competir con el aleman.

FERNANDO. ¿Quién es ese último!

PER-AFAN. El primero entre sus iguales, que son muy pocos. Prometido consorte de una princesa del Tirol, deuda suya, mal podrá casarse con mi sobrina.

FERNANDO. ¡Maese Per-Afan!...

PER-AFAN. Pedro Afan de Ribera quizás aconsejaria á Matilde que ni áun la mano de ese amante admitiese! Matri-

monios tan desiguales pocas veces acaban en bien. Para ménos que esposa, no ha nacido Matilde.

FERNANDO. ¿Quién os ha dicho que ese amante, irritado ga de que por todos lados haya quien ose contrarestar su yusto, no piensa igualar con su altura la mujer en quien deposita su amor!

PER-AFAN. Lícito le seria como cristiano; pero atendidas ciertas graves razones...

FERNANDO. Ni os ha elegido por consejero el galan de Matilde, ni en este asunto ha de guiarse por voto ajeno. Retiraos de aquí.

PER-AFAN, aparte. ¡Emperatriz Matilde!... Séalo, y ¡mas que me cueste la vida! (Vase.)

ESCENA XV.

FERNANDO.

FERNANDO. Mi hermano, Kevenhüller, el Arzobispo de Praga, todos, hasta ese miserable extranjero, se conjuran contra una aficion, todavía inocente, ¡una aficion que todavía no he declarado! ¿Ilegítima la suponen! ¡Por ellos voy á legitimarla!... (Llamando.) ¡Claus! — Rompo todo empeño anterior. — ¡Claus!

ESCENA XVI.

CLAUS; FERNANDO.

CLAUS. Majestad Cesárea...

FERNANDO. Que aguarde el correo del Tirol. A mi hermano, que vuelva á reunir el Consejo al instante. Ha de ser obra de cinco minutos.

CLAUS, aparte. ¡Cinco minutos de obra! ¡Dios mio! ¿Si será obra de tira y aprieta? (Vase.)

ESCENA XVII.

MARIANA; FERNANDO.

MARIANA. ¡Señor padre!...
FERNANDO. ¿Aun vuelves aquí!
MARIANA. Me envía Matilde.
FERNANDO. ¿A qué!
MARIANA. A entreteneros, miéntras ella acaba de llorar.
FERNANDO. ¡Matilde llora!
MARIANA. Como una Magdalena.
FERNANDO. ¿Por qué?

MARIANA. Porque tiene dos novios, y se queda sin el mejor.

FERNANDO. ¡Sin el mejor! ¿Sabes tú quién es?

MARIANA. Dice Matilde que es persona distinguidísima, que yo no conozco. Un viudo con hijos, y con una primita de catorce años, preciosa muchacha.

FERNANDO. ¿Y el otro?

MARIANA. El otro es el que yo le he propuesto, don Per-Afan. ¡Buena mano he tenido! ¿Creeréis que el Doctor estaba enamorado de Matilde en secreto?

FERNANDO. ¿El de Matilde!

MARIANA. Años hace. Y le ha escrito unas cartas anónimas, que segun Matilde, levantan en vilo.

FERNANDO. ¿Cómo sabes tú eso!

MARIANA. Porque él se lo ha confesado á ella esta noche, y yo lo estaba oyendo... por casualidad.

FERNANDO. Y entónces, ¿qué le dijo Matilde?

MARIANA. Nada, porque les corté la conversacion. Pero á mí luégo, ¡qué cosas me ha dicho!

FERNANDO. A ver, á ver cuáles.

MARIANA. En primer lugar, ella se iba inclinando al viudo.

FERNANDO. ¿Se le inclinaba!

MARIANA. Pero ya no hay inclinacion que triunfe: don Per-Afan es el preferido.

FERNANDO. ¿Por qué razon!

MARIANA. Por dos. Por no hacer mala obra á la prima del viudo, y porque el viudo tiene obligacion de casarse con su primita.

FERNANDO. No, hija, no: á ese viudo, á quien yo conozco, no hay obligacion que le apremie. Pudiera muy bien casar con Matilde.

MARIANA. Ya se lo impediremos nosotros.

FERNANDO. ¿Por qué?

MARIANA. Porque si casara él con Matilde, parece que se enfadaria muchísimo Don Felipe IV con vuestro gobierno: lo cual, ya veis, no nos tendria cuenta ninguna.

FERNANDO. Yo apaciguaré á Don Felipe. No temas.

MARIANA. No creais que yo temo; quien debe temer es el viudo. Alguna desgracia va á sucederle.

FERNANDO. ¿Desgracia!

MARIANA, *señalando el retrato de doña María.* Asegura Matilde que aquella de allí, mi madre que está en gloria, miraria esa boda con muy malos ojos.

FERNANDO, *aparte.* ¡Oh! ¡no me atrevo á dirigirle los mios!

MARIANA. Peligroso es tener descontentos en el otro mundo.

Por eso Matilde, puesta de rodillas, con las manos en cruz, ha ofrecido echarse el hábito para toda la vida, porque Dios envíe á ese hombre luz y conocimiento.

FERNANDO. Basta, hija, basta.

MARIANA. Oídme una especie. El viudito que nos enreda, tiene que ser aleman ó español. Si es del Imperio, decidle de mi parte que se arregle con su prima, y nos deje en paz. Si es vasallo del Rey de España, yo le pondré una bonita carta anónima á Su Majestad, para que retire de nuestra Corte á ese prójimo, y le encierre por medio año en la Inquisicion.

FERNANDO. ¿Tú escribirias al Rey de España!

MARIANA. Sí, señor, ya sí. Como he visto á Matilde resuelta á casarse con el Doctor, y segura de que ha de ser con él felicísima, he dicho: «Bueno: yo me casaré tambien con mi tio.»

FERNANDO. ¡Hija de mi alma!

MARIANA. Que aprenda de nosotras el viudo. Cuando sobrinas tan en flor se casan á pares con tios granados, bien puede un primo cuarenton contentarse con una primita de catorce cosechas. — Que estudie la fábula de la guindilla y el dulce.

FERNANDO. ¿Qué fábula es esa!

MARIANA. Una en castellano, que dice así.

(Recita.)

Se juntaron á comer
Una vez en un meson
Un viajero solteron
Y un casado mercader.
Tras mil discursos prolijos,
Vino el soltero á decir
Que era imposible regir
La voluntad de los hijos.
— «Pues, señor, conmigo viaja,»
Repuso atento el casado,
«El niño que tengo al lado,
Y este chico es una alhaja.
Vos pudierais ser testigo
De que, sin esfuerzo grande,
Cuanto yo quiera y le mande,
Me lo hace segun le digo.
— ¡Vaya! esos serán extremos
Del amor que le teneis.
— Hombre, no. — ¡Bah! ¡bah! — ¿Quereis
Que apostemos? — Apostemos.»
Apuestan, y en la porfía
Gran cantidad se atraviesa.

En esto puso en la mesa
Dos platos el que servia.
Como hay entre los viajantes
Gustos del todo contrarios,
Un plato eran dulces varios,
Otro, pimientos picantes. —
«Basta una prueba sencilla,»
Dijo el solteron sin duelo:
«Mandad á ese ángel del cielo
Que se coma una guindilla.
— Hijo, complace al señor,»
Contesta el padre; «anda, ¡listo!»
La guindilla... ¡Jesucristo!...
Volcaba con el olor.
El pobre niño, aterrado
Con el atroz mandamiento,
Cogió llorando el pimiento
Para tirarle un bocado.
El padre en tanto, con poca
Prudencia ó fuerte apetito,
Pilló un dulce callandito,
Y acercóselo á la boca.
Fuera el muchacho de sí,
Gritó al mercader: «¡Por Dios!
¿Confitura para vos,
Y picante para mí!
Yo de obedeceros trato,
La apuesta quiero ganar;
Pero comed á la par
Otra guindilla del plato;
Que no será proceder
Como padre, hombre de juicio,
Exigirme un sacrificio,
Y vos no quererle hacer.»

FERNANDO. ¡Mariana!
MARIANA. Aquí está Matilde.

ESCENA XVIII.

MATILDE; FERNANDO, MARIANA.

FERNANDO. Llegad, Matilde. Aunque mi hija me acaba de dar perfectamente la leccion que le habeis enseñado, necesito aún oir á la maestra. (Mariana se llega á la mesa y se entretiene registrando cuanto hay allí.)

MATILDE. Vuestra Majestad Imperial me fió el honroso cargo de reducir á mi señora la Archiduquesa á casar con el

Rey Católico: vuestra cesárea voluntad queda cumplida. ¿No mereceré en pago que se me oiga con benignidad un recuerdo!

FERNANDO. Recordad ántes vos...

MATILDE. Vuestra Majestad es mi natural protector: mire por mi honra. Vuestra Majestad es el padre de su pueblo: mire por él.

FERNANDO, bajo á Matilde. ¿No querréis admitir mi corona imperial!

MATILDE, bajo al Emperador. Quiero más, quiero darla. Despues de haber hecho una Reina por vuestro gusto, debo hacer una Emperatriz por el mio.

MARIANA. Con que, señor padre, ¿me encargo yo de que desaparezca ese viudo incómodo?

FERNANDO. Ha desaparecido, hija mia. El galan incógnito de Matilde no existe ya.

MARIANA. ¿Se ha muerto! Y nosotras ¡que no sabíamos nada! Porque tú no lo sabias, ¿no es verdad?

MATILDE. Esperaba la noticia, señora.

MARIANA. ¡Ya! por eso llorabas tanto hace poco. ¡Pobre Matilde! ¡Pobre ayita mia! Pero ¿ves qué igual es nuestra suerte, mujer! Tu viudo se te muere, y ¡á mí se me murió mi soltero! Bien que el viudo te hace un favor dejándonos; pero yo sin mi primo... (Al Emperador.) No os ofendais; iba á escapárseme un despropósito; le he recogido al vuelo. Ya que se fué el incógnito, ¿no podréis decirme quién era?

FERNANDO. Un padre de una gran familia, no indigno del amor de sus hijos; un curioso que, buscando la dicha, habia encontrado la piedra filosofal. Vió que hacer el oro con materias humildes era peligrosísimo para el mundo, y ha conseguido de Dios que le deje desaparecer de la tierra con su secreto.

MATILDE. Así se ha hecho acreedor á una gloria inmortal.

MARIANA. A mí me ha chasqueado, porque ¡habia consentido yo tan de veras en casarle contra su gusto!...

FERNANDO. Gusto igual te dará tu padre.

MARIANA. ¿Sí! ¿Cómo!

FERNANDO. Tu tio, mi Consejo, y otras personas más, creen que es absolutamente preciso que vuelva á contraer matrimonio.

MARIANA. ¡Vos!

FERNANDO. Y tendré que avenirme, á pesar de mi repugnancia.

MARIANA. Yo lo creo que os repugnará. ¡Digo! ¡Habiendo tenido una esposa como ésa! (Señalando el retrato.)

MATILDE. Por vos necesita contraer ese enlace Su Majestad.

MARIANA. ¿Por mí! ¿Qué necesidad tengo yo de madrastra!

MATILDE. Como vais á serlo, conviene que aprendais á

desempeñar bien ese difícil cargo. En vuestra prima Leopoldina, de poca más edad que vos, tendréis un dechado perfectísimo de madre política.

MARIANA. Leopoldina ha de tener unos catorce años... ¡Qué semejanza entre el incógnito de Matilde y mi padre! Los dos viudos, los dos con hijos, los dos con primas, los dos sin gana de casarse con ellas... En fin, si mi señora Leopoldina es tan buena para segunda madre, yo tambien me siento con famosas disposiciones. Padre y señor mio, don Felipe cada dia pierde, y yo gano: que dure poco la enseñanza de madrastría.

ESCENA XIX.

LEOPOLDO; FERNANDO, MARIANA, MATILDE.

LEOPOLDO, al Emperador. ¿Para qué mandas reunir el Consejo?

FERNANDO. Para noticiarle un suceso próspero. La Archiduquesa acaba de manifestar que está ya deseando salir de Viena para Madrid.

LEOPOLDO. ¿Es cierto, Mariana?

MARIANA. Sí, tio; certísimo. Rehusé ántes, porque no sabia lo que he visto despues entre mi Aya y don Per-Afan; ya estoy convencida de que, dando con un tio que escriba amores anónimos á su sobrina, le componga versos, y le hable de noche á solas, como don Per-Afan á Matilde, la sobrina quiere al tio sin remision. Don Felipe, que ha sido casado, áun sabrá de amores mucho más que don Per-Afan de Ribera, que principia á ejercer.

ESCENA XX.

PER-AFAN; FERNANDO, LEOPOLDO, MARIANA, MATILDE.

PER-AFAN. Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad Imperial. Tengo ya hechos mis preparativos de viaje.

FERNANDO. Doctor Per-Afan, os quedais en Viena.

MARIANA. Para casaros con Matilde cuanto ántes.

FERNANDO. En recibiendo la dispensa de Roma.

LEOPOLDO. (Aparte al Emperador. Bien, Fernando!) Vendrá con la de mi sobrina en muy poco tiempo.

PER-AFAN. ¡Señores!... ¡Matilde!... ¿A quién dirigiré primero la efusion de mi gratitud!

MARIANA. A mí, don Per-Afan. Mi padre y Matilde me casan con Su Majestad Católica; yo caso á mi padre con mi prima Leopoldina de Inspruck, y á Matilde con vos.

FERNANDO, al Archiduque. ¿Estás contento! (Leopoldo le abraza, y hablan aparte.)

MATILDE, aparte á su tio. Y vos ¿lo estáis?

PER-AFAN, aparte á Matilde. Una palabra que me dé confianza, Matilde.

MATILDE, aparte á don Per-Afan. He preferido vuestra mano á la de Fernando III.

MARIANA, á Matilde. Háblale alto: si ya me figuro qué le dirás: que le vas á querer ¡tantísimo!...

MATILDE. He de serviros de modelo...

MARIANA. No te deslucirá la copia. Tan segura estoy de que pueden probar bien los casamientos de tio con sobrina, que á la primera hija que tenga, la he de casar con mi hermano, si no es obispo. Señor padre, ¿qué regalo de boda haré á la futura doña Matilde?

FERNANDO. El título de Condesa de Blumenfeld.

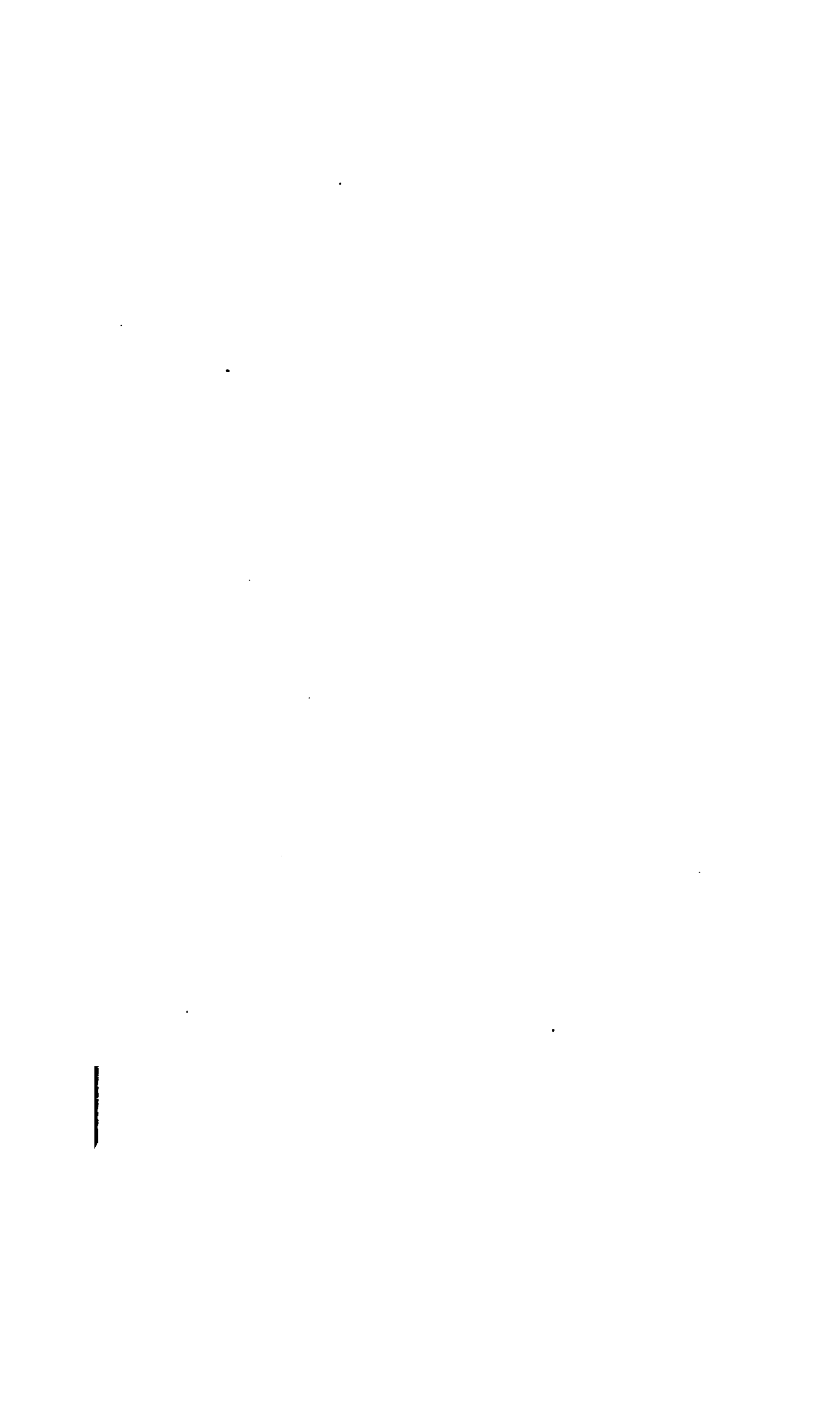
LEOPOLDO. Uno de mis estados.

MATILDE. ¡Señores!...

MARIANA. Condesa de Blumenfeld, seréis la favorita de la Reina Mariana.

MATILDE, presentando á Mariana por la mano al público.

A España nos llevarán
A mi señora y á mí:
¿Saben ustedes, allí,
Cómo nos recibirán?
Venga á sacarnos de afan
Alguna demostracion:
Es de niña la funcion;
Que pase por niñería;
Niñada grande sería
Negarle un cortés perdon.



EL MAL APÓSTOL Y EL BUEN LADRON,

DRAMA EN CINCO ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN MADRID, EN EL TEATRO DEL CIRCO,
Á 25 DE FEBRERO DE 1860.

PERSONAS.

JÚDAS ISCARIOTE.
DÍMAS, EL BUEN LADRON.
BETSABÉ (ó MARIA), pastora.
ANAS.
PONCIO PILÁTOS.
PROCLA, mujer de Poncio.
NACOR, fariseo anciano.
SARA, esclava anciana.
LONGÍNOS.
BARRABAS.
GÉSTAS.

Sacerdotes, Escribas, Fariseos, Soldados romanos, Acompañamiento de Pilátos, Pobres, Esclavos, Esclavas, Sayones, Ladrones, Judíos y Pueblo judío, Padres del Limbo, Angeles, Demonios.

La escena es en las cercanías de la ciudad llamada Efren, en la de Jerusalen y extramuros.

ADVERTENCIAS.

1ª. En este drama se emplean los siguientes nombres hebreos para expresar el de Dios.

Adonái, que significa . . Señor mio.
Ehyéh. . . . . Yo seré.
Elí. . . . . Dios mio.
Eloha. . . . . . . Adorable.
Elohím. . . . . . . Adorabilísimo.
Jehováh. . . . . . . El que es, con poder desde el principio.
Jelión ó Helión. . . . Excelso.
Sadái ó Schaddái. . . Omnipotente.
Yah ó Jah. . . . . . Clemente

2ª. En el argumento de este drama hallará el lector imitaciones de *El condenado por desconfiado*, y otras ménos importantes de *El dichoso desdichado*, *Poncio Pilátos*, de *Morir en la cruz con Cristo*, y de *Júdas Iscariote*. La primera de estas obras dramáticas generalmente se atribuye al Maestro Tirso de Molina; la segunda lleva el nombre de un D. Juan de Espinosa Malagon y Valenzuela; parece que la tercera, la cual solo se suele hallar refundida, fué original de D. Juan de la Hoz; la última es de D. Antonio de Zamora.

ACTO PRIMERO.

Valle inmediato á Efren.

ESCENA I.

JÚDAS, GÉSTAS, BARRABAS.

(Géstas y Barrabas, armados, salen al encuentro á Júdas que va de camino.)

GÉSTAS. ¡Alto ahí!
JÚDAS. ¡Paso!
BARRABAS. Detente,
O mueres.
JÚDAS. Gente soez,
Dejad el camino libre,
Y las espaldas volved:
Nadie debe... nadie acaso
Me puede á mí detener.
BARRABAS. ¿Quién eres tú, que nos hablas
Con esa loca altivez!
JÚDAS. Un discípulo de Cristo,
Que va, mandado por él,
A llevar á una familia
Pan y salud, paz y fe.
GÉSTAS, llamando. ¡Capitan!...
JÚDAS. Ni el Capitan,
Ni vosotros dos, ni diez
Más impediréis que vaya
Donde prescrito me fué.

ESCENA II.

DÍMAS; JÚDAS, GÉSTAS, BARRABAS.

DÍMAS. ¿Qué hay?
GÉSTAS. Este hombre es compañero
De Jesus de Nazaret.

DÍMAS. Llega muy á tiempo.
JÚDAS. ¡Dímas!
DÍMAS. ¡Júdas!
BARRABAS, aparte á Géstas.
A lo que se ve,
Se conocen.
JÚDAS. ¿Eres tú
Ese bandido cruel,
Ese Dímas, que aterraba
Las cercanías de Efren!
DÍMAS. Yo soy.
JÚDAS. Vengativo, sí,
Fuiste desde la niñez;
Inclinado al hurto, no.
DÍMAS. Tú sí.
JÚDAS. Con la edad cambié.
DÍMAS. Soberbio y desconfiado,
No pensabas nunca bien
De nadie, nunca al ajeno
Cedia tu parecer.
JÚDAS. Yo discurria...
DÍMAS. Envidioso
Y avaro al par, una sed
Insaciable de riquezas
Te devoraba.
JÚDAS. Y ¿á qué
Sales al camino tú!
¿Es á dar?
DÍMAS. Es á verter
Sangre. — Géstas, haznos guardia
Tras la peña del cipres.
GÉSTAS. Voy.
DÍMAS. Tú, Barrabas, avisa
Cuando asome Betsabé.
(Vanse Géstas y Barrabas.)

ESCENA III.

JÚDAS, DÍMAS.

JÚDAS. Quedamos solos: me alegro.
DÍMAS. No ignorarás el reves
Que ha padecido mi tropa.
JÚDAS. Sí, toda cayó en poder
De Poncio Pilátos.
DÍMAS. ¡Oh!
¡Destrúyale Dios, amén!

JÚDAS. No le maldigas.

DÍMAS. ¡Reniego
De ti! ¡le bendeciré!
Me ha crucificado á toda
Mi gente; busca á los tres
Que pudimos escapar...
¿Es esto de agradecer!

JÚDAS. Si alguna vez te llegaras
A mi Maestro...

DÍMAS. Eso es
Lo que á mis dos compañeros
Únicos propuse ayer.
«Se nos persigue; coraje
Y audacia tenemos: pues
Que rija nuestro valor
Hombre que le haga valer.
En todas las doce tribus,
Lo mismo en la de Ruben
Que en la de Leví, lo mismo
Por Judá que por Aser,
Corre voz de que Jesus
Es el Mesías, aquel
A quien las naciones todas
Del orbe han de obedecer.
Guerreros de fuerte brazo,
Caudillos de pecho fiel,
Para emprender esa gran
Conquista, habrá menester.»
— Aquí estoy yo, deseando
Entrar en Jerusalen,
Y no dejar vivo en ella
Ni un contrario de Israel.

JÚDAS. Dímas, Jesus, á quien llaman
Los descendientes de Heber
El Ungido del Señor
Que habló en la zarza de Horeb,
Su Profeta, su Mesías,
No es conquistador ni rey
De los que triunfan llevando
Hierro y llamas por do quier.
En vez de lidiar, predica;
Y, sin cetro ni dosel,
Mejorar al hombre intenta,
No hincar en su cuello el pié.
No mata Jesus, no hiere;
Quita al mudo la mudez,
Agiles á los tullidos

Sus remos hace mover,
Da al ciego luz, y al cadáver
Le infunde vida otra vez.
«Respeta (dice al esclavo)
El dueño que Dios te dé.»
Le dice al señor: «Tu siervo
Es tu hermano; es tu deber
Tratarle como igual. Ricos,
Al pobre favoreced;
Pobres, bendecid la mano
Que os parte el pan que comeis.
Resista el justo á los males
Que le embistan en tropel;
Pida el pecador al cielo
Perdon, amparo y merced:
El reino de Dios se acerca;
Yo á gozarle os llevaré.»

DÍMAS. Yo buscaba un rey David,
Y no un profeta Ezequiel. —
Hermanos dice que somos
Jesus: no lo negaré;
Pero al hermano Cain,
¿Por qué ha de quererle Abel!
Querrá á quien le mate. — Un deudo
Mio, ladron, quitó un buey
Al fariseo Nacor,
Viejo ruin, alma de hiel,
Que me achacó el hurto á mí,
Siendo yo ¡sí, por Ehyéh!
Mozo entónces inocente
Como un levita novel.
Testigos falsos adujo
Nacor; engañó á mi juez;
Y, azotado y en cadenas,
Vivo porque las quebré.
¿Será extraño que á Nacor,
Para vengarme despues,
Le matara yo ganados,
Hijos, hijas y mujer!

JÚDAS. «Haz bien al que te hace mal»,
Nos dice Jesus.

DÍMAS. ¡Pardiez!
No han debido hacerle mucho,
Cuando habla así; pero quien
Difuntos vuelve á la vida,
Poco tendrá que temer.

JÚDAS. Ya escribas y fariseos

Con rabiosa avilantez
Le han delatado á Pilátos,
Y le han querido prender.

DÍMAS. Pues cuando amarrado á un poste
Sienta en la espalda el cordel,
Y pueda con una voz
Polvo á su verdugo hacer,
Y no se vengue, predique
Paciencia, y le atenderé:
Milagro mayor seria
Este para mí, que haber
Parado el sol, como cuentan
Que allá lo paró Josué.
Miéntras tanto, si ladron
Me hizo una calumnia ser,
Hasta que á Nacor no mate,
Ladron permaneceré.

JÚDAS. ¿No sientes remordimientos
Jamas?

DÍMAS. Hay que suponer
Que no ha de estar siempre el ánimo
De un temple: quizá tambien
Tú de Cristo dudarás
Hartas veces.

JÚDAS. ¡Lucifer!
¡Calla!

DÍMAS. Lo dudabas todo
Cuando contigo traté;
No sé si luégo...

JÚDAS. ¡No, Dímas!
¿Ves una fuente correr?
Tapa con la diestra el caño:
No sale el agua. — Sosten;
Que te vencerá. — Sostienes;
Mas no es posible que estés
Empujando siempre. ¿Aflojas!
Cuanto caudal contener
Pudiste, otro tanto fluye
Con más fuerza y rapidez.
Tal es la duda: resistes;
Finge dejarse vencer,
Y vuelve luégo; y al cabo
De una semana y un mes,
Tú cansado y ella no,
La lid á empezar volveis. —
Yo los milagros he visto
De Jesus; quiero creer,

Y no acabo: mi razon
Se rebela contra él.

DÍMAS. ¿Cómo es eso!

JÚDAS. Hijo se nombra
De Dios; hijo de José,
De un carpintero, le llaman
Los que le vieron nacer.
Ser hijo de Dios, y Dios
Como el Padre, nuestra ley
Lo contradice, y él da
Por cierta la de Moises.
Afirma que ha de morir,
Y en cruz. ¿Podrá padecer
Un Dios, ni morir! ¡Absurdo!
Luégo ignorancia ó doblez
Descubre, y Dios es la suma
Verdad y el sumo saber:
El que miente, ni es Dios, ni
Profeta, ni hombre de bien.

DÍMAS. Júdas, por las obras, todos
Nos damos á conocer.
Tu Cristo ¿qué vida trae?

JÚDAS. La de Elías y Samuel
En lo santa, con mayor
Caridad y más poder.

DÍMAS. Pues yo, á un santo, le creyera
Y no le juzgara: ¡buen
Apreciador es un Júdas,
Tratando de comprender
A un Dios!

ESCENA IV.

BARRABAS; JUDAS, DÍMAS.

BARRABAS. Betsabé se acerca.

DÍMAS, *á Júdas.* Amigo, te estimaré
Que, un rato, solo me dejes.
Criada en la sencillez
Del campo, cándida flor
De solitario verjel,
Vive aquí una hermana mia,
De otra madre, sin tener
Idea de quién soy yo.
Voy á abrazarla, no sé
Si por vez postrera.

JÚDAS. Iba
Yo tambien á socorrer
A unos pobres.
DÍMAS. Nos veremos.
JÚDAS. ¿Dónde?
DÍMAS. Yo te buscaré.
JÚDAS. Dios te saque de tal vida.
DÍMAS. Y á ti de dudas tambien.
(Vase Júdas.)

ESCENA V.

DÍMAS, BARRABAS.

BARRABAS. ¿Se va como vino!
DÍMAS. Sí:
Tuvo aficion á coger
Sin sembrar; caudal maneja
De otros...
BARRABAS. Hurtará...
DÍMAS. Ya ves...
BARRABAS. ¡Pché! Lobos de una camada...
DÍMAS. No nos hemos de morder. (Vase Barrabas.)

ESCENA VI.

BETSABÉ; DÍMAS.

BETSABÉ. ¡Jesaí!
DÍMAS. ¡Betsabé!
BETSABÉ. ¡Hermano!
DÍMAS. ¿Cómo es que sola te deja
Sara!
BETSABÉ. ¡Pobrecita vieja!
Marchó á ese pueblo cercano.
DÍMAS. ¿A qué fué?
BETSABÉ. Hay gran novedad.
DÍMAS. Y ¿es?...
BETSABÉ. Con ella me confundo.
Parece que anda en el mundo
Gente de mucha maldad.
DÍMAS. Viejo es eso ya.
BETSABÉ. ¿Qué dices!
Triste verdad averiguo.
Quiere decir que es antiguo
Que haya en la tierra infelices.

DÍMAS. Hay gente malvada y rica
Muy contenta... — bien que á ratos
Pasan mucho.

BETSABÉ. Y si un Pilátos
Los prende y los crucifica,
¡Digo!

DÍMAS. ¿Esa es la nueva rara!

BETSABÉ. Sí: con la mísera muerte
De unos bandidos, mi suerte
Será, segun dice Sara,
Mucho mejor.

DÍMAS. ¿Mejor!

BETSABÉ. Sí:
No ve la anciana en su engaño
Que mi bien es mi rebaño
Y ella y tú, ¡mi Jesaí!
Sola traspuso las cimas
Del valle, para indagar
En el próximo lugar
Si ha muerto Dímas.

DÍMAS. ¿Quién!

BETSABÉ. Dímas:
Un hombre de Belcebú,
Que á todo crímen se atreve:
Un hombre, que no se debe
Mentar donde te halles tú.

DÍMAS. Con tu lenguaje, á la par
Tierno para mí y adusto,
Siento, hermana, gozo y susto,
Y amor envuelto en pesar.
¡Bien hice yo cuando, muertos
Mis padres, te recibí
De Sara, dándote aquí
Guarida en riscos desiertos!
Del amor de un solo dia
Naciste en ciudad lejana:
Huérfana quedó mi hermana,
Y yo no la conocia.

BETSABÉ. ¡Cuán alegre aquí he vivido,
Mi grey mansa apacentando!

DÍMAS. ¡Ay! Solo de cuando en cuando
Verte me fué permitido.

BETSABÉ. Y nadie aquí parecia
Sino tú.

DÍMAS. ¡Gracias á Dios!

BETSABÉ. Pero ayer me hablaron dos.

DÍMAS. ¿Quiénes!

BETSABÉ. Jesus y María.
DÍMAS. ¡Jesus! ¿Qué solicitud
Le condujo á tu vivienda!
BETSABÉ. Dice que ama toda senda
Por donde va la virtud.
Cosas trataron del cielo,
Con habla de halagos llena:
Ménos regalada suena
La voz del blando arroyuelo,
Y no da tanto placer
Inocente pajarillo,
Durmiéndose en un tomillo,
Cantando al anochecer.
DÍMAS. De ese Dímas, bandolero,
¿Te habló Jesus?
BETSABÉ. ¡Oh! sí tal.
DÍMAS. ¿Qué te dijo!
BETSABÉ. «Aunque anda mal,
No tendrá mal paradero.»
DÍMAS. Loco los brazos te ciño.
(La abraza.)
BETSABÉ. «Cambiará Dímas de nombre,
Oyendo de boca de hombre
Palabras dichas por niño.»
DÍMAS. ¡Por niño!
BETSABÉ. Así se expresó.
DÍMAS. ¿Qué niño entendió el Profeta!
BETSABÉ. Mucho al parecer, te inquieta
La suerte de Dímas.
DÍMAS. ¡Oh!
No tal. (Aparte. ¡Que esto no me cuadre!
Pero sí!) Dame otro abrazo.
(Aparte. ¡Aquel niño en el regazo
De su hermosísima madre!
Huian, y los libré.)
¿Qué más el Profeta dice?
BETSABÉ. Que vaya á que me bautice.
DÍMAS. ¿Dónde?
BETSABÉ. En nuestro lago.
DÍMAS inclina la cabeza pensativo; despues dice:
Ve,
Si quieres.
BETSABÉ. Tú la cerviz
Doblas, como lirio ajado.
DÍMAS. De tí ¿no ha profetizado
Jesus?
BETSABÉ. ¡Oh! seré feliz.

DÍMAS. ¡Tú!... ¿y yo!
BETSABÉ. Porvenir dichoso
Ambos á dos gozaremos,
Y pronto en vida entraremos
De inalterable reposo.
DÍMAS. ¡Ay! ¡Cuánto le necesito!
BETSABÉ. ¡Si tú conmigo vivieras!...
La sombra de mis palmeras
¡Da una paz!...
DÍMAS. (Aparte. Rencor maldito,
¿Por qué de aquí me arrebatas!)
Pero ¿no te cansarás
De este valle?
BETSABÉ. ¿Yo! Jamas.
DÍMAS. ¿Nunca de casarte tratas?
BETSABÉ. No.
DÍMAS. ¡Santo Dios! ¡Tú, lumbrera
De amor de mis turbios dias!...
BETSABÉ. Como ha nacido el Mesías,
No es tacha morir soltera.
DÍMAS. Dale á ese designio arraigo;
Ya es noble la vida casta.
Quiérele á tu hermano, y basta...
— Y hablemos del fin que traigo.
BETSABÉ. Hablemos.
DÍMAS. Por los rigores
De mi suerte, determino...
BETSABÉ. Calla. — ¿Oyes cantar, con trino
Más dulce, los ruiseñores?
Así la dichosa entrada
Le anuncian al valle nuestro
Del Salvador y Maestro
De la tierra esclavizada.
DÍMAS. Oye; que dudando estoy...
BETSABÉ. A Sara, que viene, di
Tu voluntad, Jesaí.
Me llama Jesus, y voy.
(Vase.)

ESCENA VII.

SARA; DÍMAS.

DÍMAS. Sara...
SARA. Mi señor... (Aparte. ¡Oh Yah!
Defiende á tu pobre sierva.)

DÍMAS. Tú habrás dicho: «Mala yerba,
Trabajo arrancarla da.»
SARA. Yo soy fiel...
DÍMAS. Bien se te alcanza
Que Dímas es vengativo.
Murió mi gente; yo vivo,
Y aquí no ha de haber mudanza.
Sin compasion te retuerzo
El cuello inmediatamente,
Si adivina esa inocente
Cuál oficio es el que ejerzo.
SARA. Es un ángel en candor,
Sin sospecha y sin mancilla.
DÍMAS. ¿Por qué, muerta mi cuadrilla,
Mi hermana estaba mejor!
¿Cuál era tu mal deseo,
Viniéndole yo á faltar!
SARA. Señor, quise consultar
Al profeta galileo.
DÍMAS. ¿Qué te dijo?
SARA. No le hallé:
Nada tu paz alborote.
De un Júdas Iscariote
De tu suerte me informé,
Y supe...
DÍMAS. Bien está. ¡Sus!
Obedecer y callar
SARA. Yo lo haré.
DÍMAS, aparte. Quiero acechar
Desde léjos á Jesus. (Vase.)
SARA. ¡Ay! ¡qué peligro he corrido,
Santo y poderoso Elí!

ESCENA VIII.

JUDAS; SARA.

JÚDAS, para sí. La pobreza socorrí. —
La hermana de este bandido...
SARA. Buen apóstol, sucedió
Lo que tú me predecias:
Aunque entre mil agonías,
Me excusé, y él me creyó.
JÚDAS. Por Jelion, Padre Eternal,
Que me hables, de engaño ajena.
¿Cómo es tan pura y tan buena
La hermana de un criminal!

SARA. Si me juras por el Templo
Reservar lo que te diga...
JÚDAS. Por Dios te lo juro, amiga.
SARA. Oye, señor, un ejemplo
De lealtad, que deja ufano
Para siempre el corazon.
JÚDAS. Di.
SARA. Yo fuí de Gesaron,
Padre de Dímas: ya anciano,
Desgracias al buen hebreo
Le hicieron vender su hacienda;
Y yo, doméstica prenda,
Fuí compra de un fariseo.
Dímas, por un fiero ultraje,
Frenético de furor
Contra mi amo Nacor,
Juró extirpar su linaje.
JÚDAS. ¿Nacor!...
SARA. Una noche oscura
Dímas asaltó á mis amos:
Nacor y yo nos salvamos
Y una infeliz criatura.
JÚDAS. ¿Tuya?
SARA. ¿Qué? ¡No! Si querella
Le guardo á Nacor prolija,
Porque él huyó sin su hija,
Salvándome yo con ella.
Escondido él de medroso,
Yo sin hogar ni sustento,
Supe el atroz juramento
De Dímas el rencoroso;
Y espíritu del Señor
Me hizo partir atrevida,
Y hacer que á la perseguida
Guardara el perseguidor.
JÚDAS. Pues ¿cómo!...
SARA. Por necesaria
Intimidad, yo sabia
De Gesaron que tenia
Prole ilegal en Samaria.
JÚDAS. Y ¿qué?
SARA. A hija y madre les cupo
Rápido fin y funesto:
Sabiendo lo demas, esto
Dímas de nadie lo supo.
Busquéle y dije: «Aquí está
La niña samaritana,

Betsabé, tu única hermana,
Sin padre ni madre ya.»
— Él es tigre que devora
Su víctima, aullando fiero;
Pero el tigre carnicero
Se amansa á veces y llora.
Besó aquel rostro infantil
Dímas, llorando hilo á hilo,
Nos trajo á seguro asilo,
Nos dió cabaña y redil,
Nombre tomó que encubriera
De Dímas el nombre horrendo,
Y tiene, demonio siendo,
Un serafin que le quiera.

JÚDAS. Y allá contigo encontré
Por...

SARA. A Dímas por difunto
Dieron, y nuevas al punto
De Nacor solicité.

JÚDAS. ¿Vive?

SARA. En edad achacosa
Vive opulento en Sion.

JÚDAS. Y ¡está en manos de un ladron
Su hija aquí, rica y hermosa!

SARA. Haz tú que Jesus le llegue
Al corazon al malvado;
Que Dímas, reconciliado
Con Nacor, dócil entregue
A Betsabé; y huya y viva
Desconocido en extraño
Suelo, donde no haga daño,
Ni él tampoco le reciba.

JÚDAS. Dímas llega: vete.

(Vase Sara.)

ESCENA IX.

DIMAS; JÚDAS.

DÍMAS, hablando consigo. Sí,
Portentoso personaje
Sin duda es este Jesus.

JÚDAS. Dímas, tengo que avisarte
Que peligras aquí.

DÍMAS. ¡Yo!

JÚDAS. Te buscan por todas partes.

Un centurion con su tropa
Va á penetrar en el valle.

DÍMAS. Sé yo guaridas en él,
Que no las conoce nadie.

JÚDAS. Huye, Dímas. ¿Quieres oro?

DÍMAS. Aun me queda á mí bastante.

JÚDAS. Créeme: si has de vivir,
Te es forzoso expatriarte.
Vete.

DÍMAS. ¿Y mi hermana!

JÚDAS. Tu hermana
Puede quedar con la madre
De Jesus.

DÍMAS. De verla vengo.

JÚDAS. ¿Dónde?

DÍMAS. Ahí abajo, á la márgen
De la plácida laguna,
Pila de los manantiales
Que brotan estrepitosos
De esas montañas gigantes.
Mas allá sentado estaba
Jesus, y, puesta delante,
De rodillas Betsabé.
Curioso quise acercarme;
Mas alzándose del césped
Cristo, prorumpió: «Muy tarde
Me buscas; pero esta pascua
Me encontrarás.» La tal frase,
No sé por qué, me infundió
Un terror insuperable.
Me aparté... Me habló María...
— ¡Que no pueda yo acordarme
Dónde ó cuándo he visto yo
Aquellas facciones ántes!
Mas yo las he visto. — En fin,
Búsquenme ó no, ya lo sabes:
Que me encontraré con él,
Dice Cristo: si he de hallarle,
Si he de hablar con él (y quiero
Hablar), no he de estar distante.
No me voy.

JÚDAS. Para Jesus
No es difícil ningun viaje,
Por largo que sea... — y él
Debe querer apartarte
De Betsabé.

DÍMAS. ¿De mi hermana!
¿Por qué!
JÚDAS. Tus iniquidades
Y su inocencia... se avienen
Muy mal.
DÍMAS. ¡Por Dios, que le calles
Que soy Dímas! Jesaí
Me llamo, y han de llamarme
Todos así para ella.
¡Triste del que me arrebate
Su estimacion! Es la dicha
Que tengo: no la hay más grande
Para mí. No soy su hermano
Solamente; soy su amante:
Necesito conservar
Su amor, y si no matarme,
Y á ella, y á quien revele
Mi secreto formidable.
Yo adoro en ella, ella es
En cuerpo y virtudes ángel. —
¡Mírala en el cielo!... ¡Mira
En esa nube su imágen!

(Dentro de un cerco de nubes aparece, por un milagroso espejeo, la imágen, reflejo ó figura del Salvador bautizando á Betsabé, asistida por la Vírgen, la cual tiene en el brazo izquierdo unos vestidos blancos para la neófita, y en la mano derecha una corona de rosas blancas. Betsabé despues de bautizada, besa los piés á la imágen del Salvador; va á besar los de la Vírgen, y la figura de Nuestra Señora le ciñe la corona y le abre los brazos. Confúndense en seguida las tres imágenes.)

JÚDAS. Jesus bautiza á tu hermana...
De espejo las nubes hacen...
¡Angel es tu Betsabé
En este feliz instante!
DÍMAS. Los rudos ecos resuenan
Con sonidos celestiales...
Fragancia divina da,
Las alas batiendo, el aire...
— ¿Cómo he de partir de aquí,
Donde rinden homenaje
Los cielos al amor mio!
JÚDAS. Sacrílego, no profanes
Los misterios de Adonái
Con bárbaras liviandades.
Esa apariencia hace ver
A los ojos de la carne
Que el bautismo de Jesus
Alza y lleva á los mortales

Del triste encierro de Adan
A la mansion del arcángel.

DÍMAS. ¡Ay! todo se desvanece.

JÚDAS. La noche su sombra esparce.

DÍMAS, arrebatado. Si el bautismo santifica,
Si eso ha venido á mostrarme
La hermosa vision; ¡Señor,
Señor, que oyes al culpable
Y al justo! permite ahora
Que la doncella que sale
De las aguas de ese lago,
Más pura que sus cristales,
Me anuncie mi suerte, y sepa
Qué senda seguir me cabe.

JÚDAS, participando de la impresion de Dímas.
¡Señor, que las dudas ves,
Con que mi pecho combate!
Díme qué ha de ser de mí,
Porque mi fe se afïance.

ESCENA X.

Présentase BETSABÉ en medio de las rocas del fondo, vestida de un blanco ropaje y coronada de rosas, blancas tambien. — JÚDAS, DÍMAS

DÍMAS. Allí viene Betsabé.

JÚDAS. Aquella corona... el traje...

DÍMAS. Ornato celeste son.

JÚDAS. Cerrados los ojos trae.

DÍMAS. Las peñas le abren camino.

JÚDAS. Las matas le forman calle.

DÍMAS. ¡Betsabé!

JÚDAS. ¡Betsabé!

DÍMAS. No
Nos oye.

JÚDAS. Los labios abre.

DÍMAS. ¿Qué va á decir!

JÚDAS. La zozobra
Convierte en hielo mi sangre.

BETSABÉ, con voz profética. Por tu ciego rencor precipitado,
Tú, ladron, morirás crucificado:
Tú, apóstol, que al infierno te aproximas,
¡Pídele á Dios que mueras como Dímas!

(Júdas y Dímas, aterrados y suplicantes, se dirigen á Betsabé; salen de entre las peñas varios ángeles con varas de oro en las manos, que los detienen Betsabé en tanto va retirándose lentamente; y segun pasa, van cerrándose las peñas y los matorrales como ántes estaban.)

ACTO SEGUNDO.

Patio de la casa de Pilátos en Jerusalen. A la derecha del espectador, galería perteneciente á un cuerpo de edificio de arquitectura judáica; á la izquierda, un palacio romano; en el fondo, un hermoso jardin. Un toldo de púrpura cubre parte del patio.

ESCENA I.

ANAS y JUDÍOS; despues, LONGÍNOS y soldados romanos.

JUDÍOS. ¡Pilátos! (Salen gritando.)
ANAS. Basta.
JUDÍOS. ¡Pilátos!
ANAS. Yo hablaré.
JUDÍOS. ¡No, no!
LONGÍNOS, saliendo con sus soldados. ¡Silencio!
¡Judíos escrupulosos
Huellan, sin reparo, suelo
De casa donde hay altares
De Júpiter, Juno y Febo!
ANAS. Buen Longínos, hasta aquí
Se pisa neutral terreno.
Yo fuí pontífice, sé
Dar á mi ley cumplimiento;
Y si nos contaminamos,
Ya nos purificaremos. —
Quieren estos vendedores
Pedir justicia.
JUDÍO 1.º Queremos
Que se castigue á Jesus.
JUDÍO 2.º Que pague el daño que ha hecho.
LONGÍNOS. Pedid sin alborotar,
O ¡por el sol, que os degüello!

ESCENA II.

PILÁTOS, Acompañamiento; Dichos.

PILÁTOS. ¿Qué solicitais?
JUDÍOS. ¡Justicia!
¡Justicia!

PILÁTOS. Yo os la prometo
Cabal, en el nombre augusto
De nuestro César Tiberio.
Anas, habla.

ANAS. Insigne Poncio
Pilátos, Vicerey nuestro,
Que honre Dios: Jesus, llamado
El Cristo y el Nazareno,
Que ayer en Jerusalen
Entró, la ciudad poniendo
En conmocion con su triunfo...

PILÁTOS. Al caso. — ¡Triunfo soberbio,
Y montaba el triunfador
Un asno sin aparejo!
¿Qué es lo de hoy?

ANAS. Hoy, á pesar
Del aparato modesto
De ayer, llegando Jesus
Al templo de Dios...

PILÁTOS. Del vuestro.

ANAS. Del único.

PILÁTOS. ¡Bah!

ANAS. Estos hombres
Estaban allí vendiendo
Sus palomas, y otras aves
Que en sacrificio ofrecemos.

PILÁTOS. Y ¿qué?

ANAS. Jesus les mandó
Que abandonaran el puesto.

PILÁTOS. Y ¿qué hubo?

ANAS. Lo que habia
De haber: se le resistieron.
Asió Jesus unas cuerdas
Entónces, y dió tras ellos.
Trastornó mesas, volaron
Las aves... en fin, tuvieron
Estos hombres que ceder
Y huir.

PILÁTOS. ¡Cuánto lo celebro!

ANAS, JUDÍOS. { ¡Cómo! / ¡Señor! } (A un tiempo.)

PILÁTOS. Sin cesar me están
Rogando los fariseos
Que eche de allí á los tratantes;
Y, porque sacan provecho
Los levitas, me porfían

Que es lícito allí el comercio.
Resuelta Cristo me da
La cuestion: vended más léjos.

JUDÍO 1.° Nos ha llamado ladrones.

PILÁTOS. ¿Así os llamó!

JUDÍOS. Así.

PILÁTOS. Lo siento
Por vosotros, porque dicen
Que Jesus, ni es embustero,
Ni se equivoca. — Longínos,
Hazte con la vida y hechos
De estos quejosos, á ver
Si... — ¡Madre del coro bello
De las Musas, que nos das
Memoria! ¿qué es lo que advierto!
Yo te azoté por estafas (al Judío 1.°)
Al principiar mi gobierno.

LONGÍNOS. Yo á estos dos.

PILÁTOS, al Judío 2.° Ponte de lado,
Tú, á ver... ¡Una oreja ménos!
Esa advertencia al oído
Se les hace á los rateros.
Pontífice Anas, ¿qué gente
Vienes aquí defendiendo!

ANAS. Defiendo tu dignidad.
Siempre ha sido un atropello...

PILÁTOS. Que no ha de quedar impune,
Te lo aseguro; mas tengo
Cosas que tratar ahora
De gusto mayor.

ANAS, aparte á los Judíos. Es pleito
Perdido.

PILÁTOS, aparte á Longínos.
¿No habeis hallado
Aun á Sara?

LONGÍNOS. No por cierto.
Hallamos, en vez de Dímas,
En aquellos vericuetos,
A Betsabé; la trajimos.
Te la entregamos, y he vuelto:
Sara no parece.

PILÁTOS. ¡Tiene
Betsabé desasosiego
Tal, sin esa esclava!...

ANAS. Poncio,
Nos retiramos: yo espero

Que á los males que Jesus
Nos causa, pondrás remedio.

PILÁTOS. Tres años há que predica,
Y tres años há que observo
Que, sin echar más tributos,
Casi es doble el rendimiento.
Habrá ocho dias, volvió
La vida á no sé qué muerto;
Curó ayer, segun me han dicho,
Porcion de cojos y ciegos:
Haced mucho mal así
Vosotros, y no hayais miedo
Que se os castigue.

ANAS. Es que afirman
Que sostiene ese blasfemo
Ser hijo... ¡del mismo Dios!

PILÁTOS. Es que... bien pudiera serlo.
¡Hay tantos dioses con hijos!...
Hércules, Mínos, Perseo,
Faeton, Aquíles, Enéas
Y otros infinitos fueron
Hijos de Dios.

ANAS. La doctrina
De Jesus deja sin freno
La conciencia de Israel.
(Tocan dentro una trompeta.)

PILÁTOS. ¿Qué trompeta se oye?

ANAS. Creo
Que es llamada para dar
Limosna.

PILÁTOS. ¡Sí! ya me acuerdo.
Cuando hacen bien los judíos,
Lo trompetean primero.

ESCENA III.

NACOR, traído por Esclavos, en una litera; otros dos Esclavos, tocando trompetas; Pobres, que los siguen; Dichos.

NACOR. No toqueis, obedecedme.
No es de vanidades tiempo
Ya para mí.

PILÁTOS. ¡Nacor!

NACOR. ¡Poncio!

PILÁTOS. ¿A qué, si estabas enfermo,
Sales de tu casa!

NACOR. Allí
Me estaban dando tormento
La vecindad, los amigos,
Los que se dicen mis deudos...
— Yo no tengo deudos ya.
¡Infelices! ¡perecieron
Á manos de Dímas todos!
PILÁTOS. Tranquilízate, buen viejo.
NACOR. Ayer á Jesus oí:
Sus palabras me infundieron
Otro ser. — Me robó Dímas,
Y sin embargo poseo
Grandes riquezas...
PILÁTOS. Ya sé...
NACOR. Yo he sido siempre avariento;
Ya solo codicio paz,
La paz del reposo eterno.
Partir quisiera mis bienes
Con los pobres, por consejo
De Cristo Jesus.
PILÁTOS. Anas,
El resultado estás viendo
Que da la predicacion
De Jesus: no es muy funesto,
A fe.
ANAS. Nacor, piensa bien...
NACOR. Eso me dicen... y pienso
Que á veces el corazon
Ve más que el entendimiento.
PILÁTOS. Sí, Nacor, sí.
NACOR, á Pilátos. Tu mujer,
Procla, singular modelo
De virtud, conoce á muchas
Doncellas de porte honesto,
Que suma estrechez padecen:
Que una me busque pretendo,
Para adoptarla.
PILÁTOS. ¡Bien!
(Habla Pilátos con su Acompañamiento.)
ANAS, aparte á Nacor. ¡Fias
De una idólatra, teniendo
Amigos!...
NACOR. ¡Que todos quieren
Ser únicos herederos!
PILÁTOS, á Nacor. Pasa, y ve á Procla.
NACOR, al Judío 1.º, al 2.º y otros. Joran,
Sofer, Eliacin, Faselo,

Todos vosotros, id hoy
A mi casa por el precio
De las palomas que habeis
Perdido: todo lo adeudo
Y lo abono yo.

JUDÍO 1.º ¿Lo dices
De veras!

NACOR. ¿Prestarme crédito
Dificultais? ¡Ya! ¡Tenia
Yo tanto amor al dinero! —
Perdí esposa, hijos perdí;
Pero salvé un cofre, lleno
De oro. Lloraba á mis hijos;
Pero encontraba consuelo,
Abriendo el cofre. Pasaban
Los años, iba en aumento,
Mi caudal, otro era el cofre,
No pudiera ya moverlo
Ni Sanson: el arca grande
Volvió mi dolor pequeño.
Miraba yo el oro, y él
Mirábame sonriendo;
Tocábale, y él hablaba;
Quedito, eso sí, muy quedo.
«No hay mal que no cure yo,»
Decia, sonando á cielo:
Ya suena á cántaro frágil,
Que tiran roto al estiércol. —
¡Esposa mia! ¡Hijos mios!
¡Pronto necesito veros!
Avaro fuí, ya soy hombre.
¡Fruto de mi amor postrero!
¡Hija de mi ancianidad!
¡María! ¡María! — ¡Presto,
Poncio! que Procla me dé
Otra María.

PILÁTOS. Ve luégo,
Ve.

NACOR, á los Judíos.
Marchad á resarciros.
Yo voy á comprar aliento
De amor, que me haga vivir.
Si no me quieren, me muero.
(Vase, sostenido por dos esclavos.)

PILÁTOS, á los Judíos. Ya se os indemniza: andad.
(Vanse los Judíos, los Pobres y los que tocaban las trompetas.)

ESCENA IV.

PILÁTOS, ANAS, Acompañamiento.

ANAS. Salud, Poncio. Trataremos
De Cristo en otra ocasion
Los dos y Caifas, mi yerno.
PILÁTOS. Más justicia le haréis.
ANAS. Hazla
Tú pronta en el desafuero
De hoy, y sabe que en Sion
Fué siempre comun proverbio,
Que no viene cosa buena
De tierra de galileos.
(Vanse todos, ménos Pilátos.)

ESCENA V.

BETSABÉ, rodeada de Esclavas, que pretenden detenerla; PILÁTOS.

BETSABÉ. Soltadme, dejadme paso.
PILÁTOS. ¿Dónde vas! ¿A quién buscabas?
BETSABÉ. A ti, ya que tus esclavas
No quieren hacerme caso.
PILÁTOS. Tú con imperio absoluto
Las riges á tu albedrío.
BETSABÉ. Pues este vano atavío
Truequen en ropas de luto.
PILÁTOS. ¿Contra mí quejas exhalas,
Que verte brillar deseo!
(Vanse las esclavas.)
BETSABÉ. Yo soy hermana de un reo:
Me afrentan joyas y galas.
Cuando con fiero pregon
A perseguirle estimulas,
El favor con que me adulas,
Ya es otra persecucion.
PILÁTOS. Si tras él mando correr,
Fingidamente quizas,
De tu hermano dispondrás,
Como él se deje prender;
Y de buen gobernador
Ganar el título pienso,
Pues la virtud recompenso,
Y amenazo al malhechor.
— Luz jerosolimitana,

Sol claro de Palestina,
Rival de Vénus Ciprina,
Pura ninfa de Diana,
Del hombre que es tu baldon,
Huye la memoria acerba:
Tú eres en juicio Minerva,
Y Témis en corazon.

BETSABÉ. Siempre justo á ése le vi,
A quien recelo que oprimas:
Nunca sospeché que á Dímas
Encubriera Jesaí.
Por divina inspiracion
Sus crímenes he sabido;
Si no, lo hubiera creído
Calumnia y difamacion.
Debo á la justicia eterna
La frente humilde abatir:
Déjame, señor, huir
A una escondida caverna,
Donde en perpetua oracion
Y aspereza penitente
Por mi caro delincuente
Le pida al cielo perdon.

PILÁTOS. Lanza tan lúgubre idea:
Mansion aquí te darán
Grutas de verde arrayan,
Que entretejió Citerea.
Conmigo en Sion habita
Roma la imperial, y abarca
La ciudad triste del Arca
Mi palacio sibarita.
Del sangriento robador
Leve será la condena:
Sufre tú por él en pena
Los dulces hurtos de amor.
(Va á abrazarla.)

BETSABÉ. ¡Tente, señor!

PILÁTOS. Sé mi amada
Con gozo y con ufanía:
Soy romano.

BETSABÉ. Yo judía,
Yo por Jesus bautizada.

PILÁTOS. Si benévolo te agracio,
No me hagas usar de imperio.
Para ti, yo soy Tiberio,
Y otra Cáprea mi palacio;
Y del César al querer

Alzado en Cáprea un altar,
La vida suele costar
El retardarle un placer.

BETSABÉ. ¡Dios, cuya ley recibí!

PILÁTOS. A otra es fuerza que te inclines.
Pasa luégo á esos jardines.

ESCENA VI.

PROCLA; PILATOS, BETSABÉ.

PROCLA. Pasa; que yo quedo aquí.

BETSABÉ. ¡Ah!

PILÁTOS. ¡Procla!

(Vase precipitada Betsabé.)

ESCENA VII.

PILATOS, PROCLA.

PROCLA. Imágen de Augusto
En la mísera Judea,
Tu esposa imperial desea
Que oigas y apruebes lo justo.

PILÁTOS. Procla, tú con sumision
Siempre mi gusto has mirado.

PROCLA. Hasta que le has colocado
En la hermana de un ladron.
Dudo que haya fundamento
Para una ley que estatuya
Que, siendo yo solo tuya,
Des libre tu amor á ciento;
Mas ya que el uso establece
Tan cruel desigualdad,
Mi altiva fidelidad
A la costumbre obedece:
De mi espíritu guiada,
Grande como el pueblo rey,
No me hace falta la ley
Para ser noble y honrada.
Forme tirano derecho
La práctica torpe y vil;
Yo, por honor femenil,
Otra invoco en mi provecho.

PILÁTOS. Procla, basta de preludio.

PROCLA. Quédate con Betsabé.

Yo te retiro mi fe,
Pilátos: ¡yo te repudio!

PILÁTOS. ¡Procla! por tu juicio temo,
Cuando has quién soy olvidado.
¡Tal dices al magistrado
Y al pontífice supremo
De Roma en Jerusalen!

PROCLA. Tropa romana, judíos
Y extraños, aquí son mios
Todos: el hacerles bien
Me vale. Si tú imaginas
Detenerme, vano afan
Te tomas; conmigo irán
Hasta las siete colinas
De Roma cien defensores
De mi decoro ultrajado.

PILÁTOS. En tu enojo he vislumbrado
Cambiantes de dos colores.
Dale á Betsabé lugar,
Pues alto queda tu asiento:
De lo que yo no me afrento,
No te debes afrentar.
¡Filósofa, y al reves
Hacer esta vez la cuenta
De Séneca la parienta,
Del gran sabio cordobes!
Imposible: de celosa
No pecas, lo tengo visto;
Pero es alumna de Cristo
Esa infeliz: y mi esposa,
Romana digna y prudente,
De ingenio y linaje claro,
Que jamas hizo reparo
En eso, quejas me miente,
Porque dijo al parecer
Jesus, en no sé qué arenga,
Que es fuerza que solo tenga
El marido una mujer.

PROCLA. Por esa y por mil razones
Me abrazo con su doctrina:
Sabiduría divina
Vi de Cristo en los sermones.
Máximas vierte asombrosas
Ese Maestro; no alcanza
De Séneca la enseñanza
Verdades tan luminosas.
Mi deudo es antorcha, sol,

Sol Cristo; bien que declaro
Que ántes me sirvió de faro
La antorcha del español.
Tú, juez y gran sacerdote,
Di si á tus dioses canallas
Dignos de cruz no los hallas,
O de cadena y azote.
Este disoluto, aquel
Traidor, otro parricida;
La diosa más entendida
Vana, soberbia y cruel.
¿Qué mujer de honra imitó
Á Vénus libidinosa!
Valiendo más que una diosa,
¿Cómo he de adorarla yo!
Quieres mancharte y manchar
De Betsabé el porvenir;
Si no lo puedo impedir,
No lo quiero autorizar.

ESCENA VIII.

JUDAS; PILATOS, PROCLA.

JÚDAS. Presidente...
PILÁTOS. ¿Con qué objeto
Vienes á mi casa?
PROCLA. ¿Es Júdas?
PILÁTOS. Júdas es, el hombre á dudas
Perpetuamente sujeto.
Dudando esposa elegir,
Con su madre se casó,
Porque á su padre mató,
Dudando una vez reñir. —
¿Qué encargo Jesus te ha dado?
JÚDAS. No es suyo el que traigo.
PILÁTOS. ¿Cómo!
JÚDAS. Es de Dímas el que tomo,
Por tu pregon excitado.
Prometes un rico premio
Al que á tus plantas le rinda.
PILÁTOS. Es cierto.
JÚDAS. Pues él te brinda
Con su entrega, sin apremio.
PROCLA. ¡El!
JÚDAS. El: viene de Emaús
Aquí, si se le concede...

PILÁTOS. ¿Qué?
JÚDAS. Que ántes Betsabé quede
Con la madre de Jesus.
PROCLA. Dásela, te lo suplico.
JÚDAS. A esto vengo.
PILÁTOS. Barbirojo,
Sábete que, si hoy le cojo,
Mañana le crucifico.
JÚDAS. El cuenta ya con que vibre
Su rayo tu diestra fuerte;
Mas no le importa la muerte,
Quedando su hermana libre.
PROCLA. Poncio, ¡es valor!
PILÁTOS. O bambolla.
JÚDAS. Valor es, con móvil santo.
PILÁTOS, aparte. No tendrá su hermana tanto,
Viéndole puesta la argolla.
PROCLA. Cede; que Procla te ruega.
PILÁTOS. (Aparte. Dentro y fuera soy el dueño.)
¿Quién no cede á tanto empeño?
— Júdas, admito. — Haz la entrega.
(A Procla.)
PROCLA. Poncio, yo te aplaudo.
PILÁTOS. Aplaude,
Miéntras con próvido aviso
Cuidamos, como es preciso,
Que no haya en el cambio fraude.
(Vase.)

ESCENA IX.

JÚDAS, PROCLA.

PROCLA. Yo misma quiero llevar
A los brazos de María
La huéspeda que temia
Con peligro aposentar.
JÚDAS. Tampoco el nuevo hospedaje
Serle podrá duradero:
Voy á decir por entero
La doble intencion que traje.
Betsabé, por quien amor
Muestra Dímas tan ardiente,
No es su hermana.
PROCLA. ¡Omnipotente
Dios!
JÚDAS. Es hija de Nacor.

PROCLA. ¡De Nacor! Te oigo pasmada.
¿Me engañas con tales nuevas!
JÚDAS. Va á darte Sara las pruebas;
En tu piedad confiada,
Te busca: suceso es largo
De contar, y no comun.
Ignora Dímas aún
El secreto; sin embargo,
Por fraternal propension
Ninguno se sacrifica,
No; celos y amor indica
Tan audaz resolucion.
PROCLA. Merece Dímas por ella
Vivir.
JÚDAS. Traigo ese interes;
Pero ha de ignorar quién es
El padre de la doncella.
Crió tan honda raíz
En él á Nacor el odio,
Que solo un ángel custodio
Salva al anciano infeliz
De Dímas en libertad.
PROCLA. Pues ¡qué! su amor encendido
¿No ha de engendrar el olvido
De la rancia enemistad!
¡Oh! sí; y ademas, prision
En distante fortaleza
Domeñará la fiereza
Del selvático leon.
JÚDAS. De Nacor ves que agoniza
La lámpara ya vital:
Muerto él, el fuego fatal
Del odio será ceniza.
Deja que Nacor concluya
Su triste carrera tarda.
PROCLA. Hija de adopcion aguarda,
Le voy á entregar la suya. (Vase.)

ESCENA X.

JÚDAS.

Diríjate Sadai, y él no consienta
Que, por el daño que recelo, gimas. —
¡Terrible prediccion! ¡Cuál me atormenta!
«¡Pídele á Dios que mueras como Dímas!»

El una vida acabará malvada
Con fin que atemorice criminales,
Y ¡áun su muerte ha de ser de mí envidiada!
¡Me esperan, sí, las llamas infernales! —
¿Podrá ser ilusion? Más no; que vieron,
Vieron á Betsabé mis tristes ojos,
Y estos oídos con terror oyeron
La voz salir entre sus labios rojos. —
Y profética voz.'.. y mentirosa...
¿No la finge tal vez diestro enemigo?
— Mí enemigo es mi duda ponzoñosa:
Por ella Satanas vive conmigo.
¿Cómo sé la verdad, si la evidencia
Ni ojos ni oídos me la dan segura!
Busco la persuasion en la conciencia,
Y á tientas vago por caverna oscura.
Yo al malhechor me dirigí con celo,
Y confuso le vi, le oí contrito:
Si con el palo vil escala el cielo,
Venga pena mayor, la solicito.
¿Crian, del Íris á la par llovidas,
Una gota un reptil, otra la perla!
Eco yo de verdades combatidas,
¿Puedo fe predicar, y no tenerla!
Borra, ladron, á quien me miro atado,
Tu mal vivir con penitencia justa.
Por esa prediccion amenazado,
Tu muerte no, tu iniquidad me asusta.

ESCENA XI.

DÍMAS, JÚDAS.

DÍMAS. ¡Júdas!
JÚDAS. ¡Tan pronto aquí!
DÍMAS. ¿Por qué lo extrañas!
El Presidente aceptará el partido.
Tú aprenderás de mi saber las mañas.
Nadie por la ciudad me ha conocido.
En ella buscan Barrabas y Géstas
Favor...
JÚDAS. ¡Favor!
DÍMAS. Y amparo conveniente.
La pascua viene señalando fiestas,
Y hay en Jerusalen bizarra gente. —
¿Dónde está Betsabé? Verla me importa;
Que por hablar con ella, me adelante.

Una entrevista aquí le pido corta:
La casa de Jesus me diera espanto.

JÚDAS. De salvarte la vida aquí se trata.

DÍMAS. Quede mi salvacion á cuenta mia.
¿Dónde está Betsabé?

JÚDAS. ¿Te fuera grata
De esa tu Betsabé la compañía?

DÍMAS. ¡Vivir con Betsabé! De culpa exento,
Fué la mansion de Adan el Paraíso;
Delinquió, y el albergue del contento
Ya le negó su floreciente piso.
Yo, más feliz que Adan, veces distintas,
Del crímen al Eden iba y pasaba:
Con las manos aún de sangre tintas,
Viendo á mi Betsabé, mi Eden hallaba.

JÚDAS. Ignoraba tus crímenes; ahora,
Tropezando tu vista en su sonrojo,
La sonrisa de paz encantadora
Vuelta verás indignacion y enojo.

DÍMAS. ¿Qué debo hacer?

JÚDAS. Tus culpas considera.
Juntaste á la maldad la hipocresía.

DÍMAS. Yo quiero aún que Betsabé me quiera:
Tributo á su virtud, virtud fingia.

JÚDAS. Ya es en vano mentirle.

DÍMAS. Venga á verme,
Diga qué debo hacer, y yo lo hago.

JÚDAS. A Nacor luégo...

DÍMAS, exaltado ya. Si en la tumba duerme,
Con saber que murió me satisfago;
¡Si no!...

JÚDAS. Conviene que á Nacor...

DÍMAS. Repito
Que venga Betsabé, no me desmande.
Llámala.

JÚDAS. Voy.

DÍMAS. La mano del delito
Chico me quiere hacer, y yo ser grande.

(Vase Júdas.)

ESCENA XII.

DÍMAS.

DÍMAS. Sí, renunciemos al trazado intento:
Cúmplase la tremenda profecía.
Muera mi enamorado pensamiento;

Perezca en flor, si el fruto amargaria.
Ser no es posible de mi hermana esposo,
Y con trabajo ya mi amor constriño;
La cruz me librará de incestuoso:
Guarde su candidez el puro armiño.
Dése á Dios Betsabé con voto casto,
Y á Géstas y á sus bárbaros contengo:
Puedo ofrecer á su codicia pasto
Con el caudal que en el Calvario tengo.
¡Yo adoro en Betsabé! Si me dijera:
«Tu aversion á Nacor al punto cese,»
Quizá de mi venganza desistiera...
— Pero ¡era menester que no le viese!

ESCENA XIII.

NACOR; y despues, PROCLA y otros; DÍMAS.

PROCLA, dentro. Tente.
NACOR, dentro. Mis pasos el placer aguija.
DÍMAS. ¡Qué voz!
(Sale Nacor: apártase Dímas á un lado.)
NACOR. ¡Oh providencia soberana!...
PROCLA, saliendo. ¡Nacor!...
DÍMAS, aparte. ¡Nacor!...
NACOR. ¡Me vuelves una hija,
Y despojas á Dímas de una hermana!
DÍMAS. No lo verás, ó de quien soy reniego!
(Saca el puñal, y se dirige á Nacor. — Salen por otro lado Betsabé y Júdas.)
JÚDAS, á Betsabé. ¡Mírale! (Señalando á Nacor.)
DÍMAS. ¡Yo soy Dímas! (Hiere al anciano.)
NACOR. ¡Asesino!
BETSABÉ. ¡Padre!
NACOR. ¡Hija! (Cae en sus brazos.)
PROCLA. ¡Soldados!
DÍMAS. ¡Su hija!
GENTE, dentro. ¡Fuego!
(Precipítanse en la escena Géstas y Barrabas con una cuadrilla de ladrones, armados y con teas encendidas. Longínos y soldados romanos salen tras los malhechores.)
DÍMAS, á su cuadrilla. ¡Aquí!
PROCLA. ¡Prendedle!
JÚDAS. (Quitando á un romano la espada, y poniéndose al lado de Dímas.)
Te abriré camino.

LONGÍNOS. ¡Júdas! ¿qué haces?
JÚDAS. Me importa demasiado
Que no perezca Dímas en pecado.

(Combate entre los soldados y los ladrones, los cuales incendian el palacio. Júdas defiende á Dímas, que pelea desesperadamente para llevarse á Betsabé. Esta y Procla, protegidas por un grupo de romanos, sostienen á Nacor, el cual expira asido al cuello de su hija. El toldo de púrpura principia á caer ardiendo sobre los combatientes.)

ACTO TERCERO.

Cárcel en Jerusalen.

ESCENA I.

LONGÍNOS, con Soldados romanos, que traen preso á JÚDAS.

SOLDADO 1.º Ande.
JÚDAS. Escuchad.
SOLDADO 2.º Ande.
JÚDAS. Oid.
LONGÍNOS. Déjate de desatinos;
Que no se rinde Longínos
Por fuerza ni por ardid.
JÚDAS. Solo pido por favor...
SOLDADO 1.º Adentro, sin tus ni mus.
LONGÍNOS. ¡Discípulo de Jesus,
Y aprendiz de salteador!
SOLDADO 1.º Y ¡cómo los defendia!
LONGÍNOS. ¡Por Dímas coger espada!
SOLDADO 1.º ¡No es cosa mayor!
SOLDADO 2.º ¡No es nada!
JÚDAS. Yo sé bien por qué lo hacia.
LONGÍNOS. ¡En vez de favorecernos,
Viendo el pretorio invadido!...
JÚDAS. Pero de Dímas ¿qué ha sido?
¿Qué? ¿Dónde está?
LONGÍNOS. En los infiernos.
JÚDAS. ¡En los infiernos! ¿Le habeis
Muerto?

LONGÍNOS. Haz cuenta que le lloras
Difunto: es negocio de horas
Prenderle.
JÚDAS. Sí, si podeis.
Huyó libre, vamos.
LONGÍNOS. Creo
Que iba herido: en conclusion,
Le tiene ó tendrá Pluton
Con Ticio y con Prometeo.
SOLDADO 1.º La bolsa.
JÚDAS. Eso no: reclamo...
SOLDADO 1.º Suelta esas garras agudas.
(Quitan á Júdas la bolsa.)
SOLDADO 2.º ¡Aire á la bolsa de Júdas!
¡Aire y luz!
LONGÍNOS. Y sombra al amo.
(Encierran á Júdas, y dan á Longínos la bolsa.)

ESCENA II.

LONGÍNOS, soldados.

LONGÍNOS. A ver. (Cuenta el dinero de la bolsa.)
SOLDADO 1.º Quédese *inter nos.*
SOLDADO 2.º Son despojos verdaderos
De guerra.
LONGÍNOS. Veinte dineros
Hay aquí: sois diez, á dos.
SOLDADO 1.º ¿Y tú!
LONGÍNOS. Disfrutad mi parte.
TODOS LOS SOLDADOS. ¡No!
LONGÍNOS. Lo mando.
SOLDADO 1.º No disputo.
SOLDADO 2.º Goces las arcas de Pluto.
LONGÍNOS. Más quiero el laurel de Marte.
(Reparten el dinero y se van.)

ESCENA III.

Oyese música extraña y lúgubre; se abre el fondo de la cárcel, y se descubre una alta escalera fantástica, con Demonios de trecho en trecho, á un lado y á otro. En lo alto aparece ANAS, que baja lentamente hasta el piso de la cárcel.

VOCES DIABÓLICAS, arriba. ¡Anas! ¡Anas!
OTRAS. Desciende ahí.
UNA. Hábla por mí.

TODAS. Su ingenio y voz te presta Satanas.
ANAS, para sí. Júdas contra sí conspira
Soberbio y falto de fe:
Pues duda lo que oye y ve,
Dé crédito á la mentira.
(Dirígese al calabozo donde está Júdas.)
¡Júdas! ya no soy el mismo:
Por tu impiedad avarienta,
Oculto en Anas, te tienta
El Príncipe del abismo.
(Llama á la puerta del calabozo.)

ESCENA IV.

ANAS, y luégo, JÚDAS.

ANAS. Hombre, de tu daño artífice,
Sal; que viene adonde estás...
JÚDAS, dentro. ¿Quién?
ANAS. El suegro de Caifas,
Anas, el que fué pontífice.
(Abre Anas la puerta, y sale Júdas.)
JÚDAS. ¿Qué me quiere Anas el diestro?
ANAS. Y Júdas, el bien casado,
¿Qué quisiera?
JÚDAS. Ir de contado
En busca de su Maestro.
ANAS. No pongo dificultad
En ser tu libertador;
Mas con ese innovador
Peligra tu libertad.
JÚDAS. ¿Por qué?
ANAS. Te hablo sin rebozo,
Júdas: hay causas, no leves,
Para que mañana juéves
El ocupe un calabozo.
JÚDAS. ¡El!
ANAS. Jesus: y hay que temer
Especie tal de procesos.
JÚDAS. ¿Y los discípulos!
ANAS. Esos...
Echen con tiempo á correr.
Dímas ha corrido: aprendan.
JÚDAS. ¿Y su herida?
ANAS. Es un embuste.
JÚDAS. ¿Sabes tú?...

ANAS. Cuando yo guste,
Puedo hacer que me le prendan.

JÚDAS. ¿A Dímas!

ANAS. ¡Voto á Esaú,
Que de pena me lastimas,
Buen Júdas! En cuanto á Dímas,
Haré lo que digas tú.

JÚDAS. ¿Sí?

ANAS. Sí tal.

JÚDAS, con un rapto de desconfianza.
¿Por qué?

ANAS. Trasluzco
Entre ese Dímas vitando
Y tú, neófito blando,
Cierto vínculo negruzco...

JÚDAS. ¿Qué has de traslucir!

ANAS. Tu vicio
De no creer es marcado.
Pues en mi pontificado,
¿No fuí profeta de oficio?
Si en mí se perpetuó
Aquella gracia sin mengua...

JÚDAS. No hay oráculo con lengua
Desde que Jesus habló.

ANAS. Esas palabras altivas
No están en tu boca bien;
La gracia del de Belen
Sí que sufre alternativas.
Tú por él has predicado
Y has hecho curas famosas...

JÚDAS. ¡De milagro!

ANAS. Milagrosas,
Cierto... y estás encerrado,
Ansiando con frenesí
Nuevas de un pícaro. ¿Miento?

JÚDAS. No.

ANAS. ¿Fuera grave portento
Ver á Dímas desde aquí?

JÚDAS. Más he visto yo.

ANAS. Pues haz
Tú eso, y es tu doctrina
Para mí santa y divina.

JÚDAS. ¡Mísera argucia falaz!
Si á Júdas no le obedece
Ya dócil naturaleza,
Será que, por su dureza
Y culpas, no lo merece.

Tu reto provocador
No les diera mucho afan
A Pedro, Yago ni Juan,
Predilectos del Señor.

ANAS. No soy yo su predilecto,
Y acaso pueda ofrecer
A Júdas ese placer.

JÚDAS. ¿Tú!

ANAS. Yo.

JÚDAS. ¿En efecto!

ANAS. En efecto.

JÚDAS. ¡Ca!

ANAS. Lo intentaré siquiera,
Sin miedo y sin entusiasmo.

JÚDAS. Inténtalo.

ANAS. ¡Mira!

(Transfórmase la cárcel en un bosque espesísimo.)

JÚDAS. ¡Oh pasmo!

ESCENA V.

DÍMAS, GÉSTAS, BARRABAS, ladrones; ANAS, JÚDAS.

DÍMAS. Seguidme.

JÚDAS. ¡No lo creyera!

DÍMAS. A los infiernos más hondos
Ir y asaltarlos me manda
Ya mi valor, con mi banda
Provista de hombres y fondos.

JÚDAS. ¿Tal dices! (A Dímas.)

DÍMAS. No te oye: estamos
Distantes, aunque le vemos
Y oímos.

GÉSTAS. Y bien, ¿qué hacemos
Con Betsabé? ¿La robamos?

DÍMAS. Ella es hija de Nacor,
Y yo la quiero. ¿Me ama?
Que venga, consorte ó dama,
Conmigo, sierva de amor.
Porque opulenta se ve,
¿Rechaza mi mano fiera?
Rama de Nacor postrera,
Con el tronco la echaré.

JÚDAS. ¡Monstruo!

BARRABAS. Capitan, me aparto
De ti.

DÍMAS. ¿Por qué, Barrabas!

BARRABAS. Porque has dado mucho más
A Géstas en el reparto.
GÉSTAS. ¿Qué has hecho tú!
DÍMAS. Del botin
Se te di más que ganaste:
Bien al principio lidiaste;
Muy mal combatiste al fin.
BARRABAS. No hay nadie entre gente brava,
Ni tú, con mi corazon.
DÍMAS. Recoge ese bofeton: (se le da.)
Eso es lo que te faltaba.
BARRABAS. ¡Voto á!...
DÍMAS. No te desazones.
¿Te quieres ir? ¡Bueno! toma.
(Va á darle otra vez.)
Al siervo le dan en Roma
Libertad á pescozones.
BARRABAS. ¡Por mi padre Manases!...
(Desenvaina.)
DÍMAS. ¡Huye! Vete! Como tardes...
BARRABAS. ¡Riñe! (A Dímas.)
GÉSTAS. ¿Al Jefe!
DÍMAS. A los cobardes
Los echo yo á puntapiés.

(Vanse los ladrones, atropellando á Barrabas; el bosque desaparece, y queda la cárcel.)

ESCENA VI.

JÚDAS, ANAS.

JÚDAS. ¡Qué hombre! ¡Oh Dios!
ANAS. ¡Qué alma tan tierna!
JÚDAS. ¡Está condenado!
ANAS. ¿Adviertes
Eso ahora! Y á dos muertes,
La temporal y la eterna.
JÚDAS. ¡Me infunde la vida tedio!
¡Yo, que áun libraré peor!
ANAS. Amigo, mucho dolor
Es ese: busca remedio.
JÚDAS. ¿Qué remedio he de buscar
Ya! Colgarme de una higuera.
ANAS. Pero si Dímas te oyera,
¿No se pudiera enmendar?
JÚDAS. ¿Quién sigue con un sermon
Los pasos de un foragido!

ANAS. Yo te le daré cogido:
Tú muévele á compuncion.
JÚDAS. Cogido segun indiques,
Muerte luégo le darán.
ANAS. No te le ajusticiarán
Hasta que tú le prediques.
¡Allí del fervor cristiano!
JÚDAS. ¡Si estoy preso!
ANAS. Vas á verte
Libre: yo voy á ponerte
La salvacion en la mano.
JÚDAS. ¿Cierto!
ANAS. Cierto.
JÚDAS. Pues de balde
No has de hacer tal beneficio.
ANAS. Quisiera en cambio un servicio,
Con que la cuenta se salde.
JÚDAS. Di la cosa por su nombre.
ANAS. Poncio prender ha mandado
A ese Cristo, apellidado
Hijo de Dios y del Hombre.
Debe hacerse la prision,
En lo posible, secreta,
Cuidando no se cometa
Fraude ni equivocacion;
Pues como, segun oímos,
Yago, hijo de Zebedeo,
Se parece á Cristo, y creo
Que mucho, porque son primos,
Importa que haya quien preste
Al ministro judicial
Declaracion ó señal
Que le diga: «Cristo es éste.»
Al cabo y al fin, á hombrones
Que un mundo pueden mover,
Se les debe recoger
Con sesudas prevenciones.
Tú libre de aquí saldrás,
A Dímas cediendo el paso:
Y allá, cuando llegue el caso,
Un beso á Jesus darás.
JÚDAS. ¡Qué traicion! ¡Qué alevosía!
ANAS. ¡Júdas!
JÚDAS. ¡Qué pérfido exceso!
ANAS. ¡Traicion aplicar el beso,
Que es general cortesía!

JÚDAS. Es ayudar á quien tiene
A Jesus odio enconado.

ANAS. Lo dispone un magistrado,
Que manda lo que conviene.

JÚDAS. ¿Por qué á Jesus me pedís?
¿Es á fin de que os bautice!

ANAS. ¿Por qué predica y predice!
¿Por qué tantos le seguís!
Apúrese de una vez
Si hace á nuestra ley agravio,
Y óigale un concilio sabio,
Justo, recto, único juez.
Si falsos ó inoportunos
Consejos al pueblo dais,
¡Alto ahí! Si demostrais
Que son verdad, ¡todos unos!
Rey á Cristo ha proclamado
Vil chusma, que da vergüenza;
Que al gran Sanhedrin convenza,
Y admítase su reinado. —
Es con esto por demas
Que yo contigo batalle:
Sube conmigo á la calle,
Y libre resolverás.
Por causa buena se aboga
Poco: es clara la sentencia.
Junta se halla en conferencia
Solemne la Sinagoga.
Allí, cuando á verme acudas,
Podrás tu intento mostrarme:
Libre estoy de condenarme
Yo por Dímas ni por Júdas.

JÚDAS. Si á Dímas no prenden...

ANAS. ¡Ah!
Entónces, no hay de lo dicho
Nada; pero á tu capricho
Pilátos le entregará.

JÚDAS. La bolsa que me han quitado,
Quiero.

ANAS. Justísimo: vente,
Y pide el equivalente...
O más...

JÚDAS. ¿Habrán saqueado
La casa de Betsabé?
Quiero decir, de María.

ANAS. ¡Qué tesoros escondia
Nacor allí! Ya se ve,

Prestaba... y al fin del plazo
Todo es de los usureros.
Vasos, joyas, candeleros
De oro...

JÚDAS. Anas, deten el brazo
De la maldad: que ni un hilo
De tanta riqueza roben.

ANAS. ¡Rica la huérfana, jóven,
Y sola en campestre asilo!...
— ¡Qué linda es!

JÚDAS. ¡Qué bella! ¡Ay Dios!
Urna es de oro con incienso.

ANAS. Hermosa.. caudal inmenso...
De una fe vosotros dos...

JÚDAS. ¡Anas!...

ANAS. De mi objeto salgo,
Si á codicia te provoco.
No hablemos. .

JÚDAS. Hablemos poco,
Anas; pero hablemos algo.

ANAS. Ven.

JÚDAS, aparte. Cuanto más considero...

ANAS. Ven ya, ven.

JÚDAS, aparte. El Salvador
Podrá salvarse mejor
Que su pobre despensero. (Vanse.)

ESCENA VII.

Sala de una granja de Nacor, cerca de Jerusalen. Preciosos utensilios, ricas ropas, arcas de joyas y de dinero, todo amontonado en las mesas.

BETSABÉ ó MARÍA, SARA.

SARA. No me hables de despedida,
Por David, el de Jesé:
Yo en el valle me oculté
Para buscarte en seguida.

MARÍA. Recibe con que pasar
Bien, para que te recobres:
Viejos, dolientes y pobres
A Nacor van á heredar.
Si esta ocasion desperdicias,
Vas contra la providencia
De Dios: toma de mi herencia
Y de mi amor las primicias.

SARA. Tu amor es mi único anhelo,
Dar el calzado á tu planta,
Collares á tu garganta,
Lazos y lustre á tu pelo.
No quiero cosa ninguna
De cuanto aquí se atesora;
Quiero á mi jóven señora,
Porque he mecido su cuna.

MARÍA. De entre la pompa terrestre
Que en esta granja se alberga,
Con ropa saldré de jerga
Para un retiro silvestre.
Pidiendo el favor divino
Viviré llorando allí,
Por el padre que perdí,
¡Por su infeliz asesino!

ESCENA VIII.

DÍMAS, GÉSTAS; MARÍA, SARA.

DÍMAS. No es infeliz el que gana
Tesoros de precio tanto
Como ése* y tú.

* (Señalando las preciosidades que hay en la sala.)

SARA. ¡Cielo santo!

MARÍA. Dímas...

DÍMAS, á Géstas. Llévate á esa anciana.

GÉSTAS. Miéntras llega la cuadrilla,
¿Qué hago de esta vieja? ¿Muere?

DÍMAS. Que declare lo que hubiere
Oculto allá...

GÉSTAS. ¡Bien! Si chilla...

(Llévase Géstas á Sara.)

ESCENA IX.

DÍMAS, MARÍA.

DÍMAS. Betsabé...

MARÍA. María.

DÍMAS. Igual
Viene á ser. Tú, por supuesto,
Me aguardas con un repuesto
De quejas de amor filial.

MARÍA. No, Dímas. No me conoces.

DÍMAS. ¿No? Pues á fe que me asombro.

MARÍA. Yo aplico la cruz al hombro
Con humildad y sin voces.
DÍMAS. ¡La cruz! ¡Recuerdo enemigo!
Mas ántes que el hierro clave,
No lo sintamos. Tú, sabe
Que vas á venir conmigo.
MARÍA. Cuando quieras.
DÍMAS. Quiero ahora.
MARÍA. Pues bien, guía.
DÍMAS. ¡Tal presteza!
— Ponte algo en esa cabeza,
Que sin aliño enamora.
Ofende en el campo el sol
Ya en este mes: velo oscuro
Proteja y conserve puro
De tu rostro el arrebol.
MARÍA. Este manto... (Coge uno de luto.)
DÍMAS, quitándosele. No consiento
Ese: tu cuerpo despoja
De luto; me da congoja
Ese color... y el sangriento.
(Señalando una pieza de púrpura.)
Viste para mí de olvido,
No mire en ti prenda triste.
MARÍA. Traje de gozo me viste;
De pena se me ha vestido.
DÍMAS. ¡Mira!... Vamos.
MARÍA. Vamos.
DÍMAS. Y...
No temas acompañarme.
MARÍA. No.
DÍMAS. ¡Yo te amo!
MARÍA. ¿No has de amarme,
Si áun yo misma te amo á ti!
DÍMAS. ¿Tú, María? ¿No es engaño?
MARÍA. Dios ve mi sinceridad.
DÍMAS. Pero ¡si es una verdad
Tan dulce, que me hace daño!
MARÍA. ¡Hermano!
DÍMAS. ¡Hermano me llamas!
MARÍA. Nuestro amor conserva el sello
Fraternal.
DÍMAS. Mirando en ello,
Yo te amo cual tú me amas.
Aunque piense lo peor,
A tus afectos me adhieres:

El amor que tú sintieres,
De seguro es el mejor.

MARÍA. ¿Partímos?

DÍMAS. Y ¿qué has de hacer
Tú luégo entre malhechores!

MARÍA. Rogar por los pecadores...
Convertirlos... perecer...
¿Qué sé yo! Cualquier sendero
Llano me parece y ancho,
Si le piso y no me mancho,
Y hago bien al pasajero.

DÍMAS. Zagala medrosa un dia,
¿Quién te inspira ese valor!

MARÍA. Me bendijo el Redentor,
Y aquí me tocó María.
(Señalando el corazon.)

DÍMAS. A tu lado, en realidad,
¡Fuera yo tan diferente!...

MARÍA. Agua traigo de la fuente
Que fecunda la piedad.
Alguna accion meritoria
Dios cerca de mí te paga.

DÍMAS. La historia de niño halaga:
Oye una infantil historia.
Diez años contaba yo,
Y mi padre, mercader,
Un viaje tuvo que hacer,
Saliendo de Jericó.
Marchar á Egipto debió;
Y yo, que en pueril estilo
Manifestaba intranquilo
De errante vida el antojo,
Ver quise el piélago rojo,
Las pirámides y el Nilo.
Caminamos por jarales
Y hondonadas y laderas;
Bramidos oí de fieras,
Bramidos de vendavales.
Movedizos arenales
Embazaron al camello;
Ya de vuelta, su resuello
Noche barruntó lluviosa:
Negra vino y espantosa,
Que en pié nos puso el cabello.
De una peña cobijados,
En mantas nos envolvimos,
Cuando pisadas oímos

Y voces de hombres armados.
«Cruzarán los tres cuitados
(Habló una voz) por acá;
El Rey niño es el que va
En brazos de la viajera:
Tomemos la delantera,
Y el niño Rey morirá.
— Matar al Niño es tu encargo
(Dijo otro): no descuidarse;
Que pudieran escaparse
Por el torrente á lo largo.»
— Yo temblaba; sin embargo,
Ya ideaba algo atrevido.
Cesó de pasos el ruido...
«Padre (dije), ya no llueve:
Cenemos. ¡Al vino! ¡Bebe!»
Bebió; se quedó dormido.
Mi padre, al amanecer,
Aun reposaba; ¡yo en vela!
Corro como una gacela,
Y en alto me pongo á ver.
«¡Tres! ¡Ellos! ¡El! Ha de ser
Disfraz su modesto aliño.»
Canto, me miran, les guiño,
Y grito en llegando enfrente:
«¡Señora! por el torrente;
¡Que si no, matan al Niño!»

MARÍA. ¡Ay, hermano!

DÍMAS. En fin, los tres
A parte segura fueron,
Pues los armados volvieron
Furiosos, poco despues.
El Niño, como de un mes
Cumplido me pareció;
Que fueran dos: oye, y no
Se te figure que sueño.
El niño Rey, tan pequeño,
¡Me habló, Betsabé, me habló!

MARÍA. ¿Qué te dijo!

DÍMAS. Es misterioso
Lo del Niño singular:
Hablar él y yo olvidar
Fué todo uno.

MARÍA. ¡Es prodigioso!

DÍMAS. Palabras fueron reales:
Las unas de bendicion,

Otras como de perdon;
Mas nunca recuerdo cuáles.

MARÍA. Pues Jesucristo podria
Traértelas á la mente:
El me anunció expresamente
Que un hombre te las diria.
Ve á verle.

DÍMAS. Por otra cosa
Tengo de verle ansiedad:
Me anunció felicidad
El, y tú muerte afrentosa.
Dicha y cruz... riñen á gritos.

MARÍA. Culpa y dicha ¿riñen ménos!

DÍMAS. ¿Cómo han de volverse buenos
Los que viven de delitos!
Lanza ardiendo me taladre
La sien, si no deseara
Que Dios poder me otorgara
De dar la vida á tu padre;
Pero hecho ya...

MARÍA. Notarás
Que á mi padre no he mentado.
Ya confiesas el pecado;
Ya pronto le llorarás.

DÍMAS. ¡Ah! no es de juez tu dulzura;
Nace de afecto amoroso.

MARÍA. ¿No será tan bondadoso
Dios, como una criatura?

DÍMAS. Dios castiga

MARÍA. Corregir
Desea, no condenar:
Pasó el tiempo de aterrar,
Y vino el de redimir.
¿Temes la muerte!

DÍMAS. ¡Temer!
Yo ignoro lo que es temor...
Como no pierda tu amor.

MARÍA. Aun tienes más que perder,
Y es el momento llegado
De entrar en derecha vía.
Conmigo á tu compañía
Preséntate denodado,
Y díles: «Nacor dejó
Esto á los pobres: marchad.
Sosten de la caridad
Vuestro Jefe se volvió.»
Si nos acometen, ambos

En nombre de Dios lidiemos.
Que nos matan: moriremos
Por Dios, y juntos entrambos.
Y este modo de morir
Eterno bien asegura.

DÍMAS. ¡Sí! Dímas por ti lo jura.

ESCENA X.

PILÁTOS, BARRABAS y soldados romanos, que sorprenden y sujetan á Dímas; DÍMAS, MARÍA.

PILÁTOS. No se lo podrás cumplir.
DÍMAS, á Barrabas. ¡Traidor!
MARÍA. ¡Mírale propicio,
Mi Dios!
DÍMAS. ¡María adorada!
BARRABAS, á Dímas. Esto es por la bofetada.
PILÁTOS. Llevadle á rastra al suplicio.
DÍMAS. ¡María! (Llévansele.)
PILÁTOS. Ven, desdeñosa.
MARÍA. ¡Señor! ¡mi desdoro evita!
PILÁTOS. ¡Quién de mis brazos te quita!

(Sobre la mesa aparece un ángel niño, que con una varita negra toca en un brazo á María, y desaparece inmediatamente.)

MARÍA. Dios. — ¡Mira! ¡Lepra!
(Descúbrese un brazo.)
PILÁTOS, apartándose con repugnancia y horror.
¡Leprosa!
¿De cuándo!
MARÍA. De ahora.
PILÁTOS. ¡Horror!
¡Hechizo!
MARÍA. Dios de Israel,
¡Gracias! ¡Herida la piel,
Inmaculado el pudor!

ACTO CUARTO.

Atrio ó patio interior de la casa de Pilátos, distinto del que se vió en el acto segundo.

ESCENA I.

PILÁTOS, LONGÍNOS.

PILÁTOS. ¡Libre y sana tambien! ¡Libre María!
LONGÍNOS. Sumisos á tus órdenes, cercámos
La granja de Nacor; médico docto,
Y en la magia tambien aleccionado,
Llegó Tímero allí, y en la leprosa
Muestra dar quiso de su ciencia en vano.
«De Sara cuida, la doncella dijo;
Por la daga de Géstas expirando,
Al prenderle, quedó.» Soberbio entónces,
«No soy médico yo que asiste á esclavos,»
Tímero replicó; y asir nos manda,
Y á María quitar del lecho infausto
De la sierva leal, que el alma rinde,
Ojos de horror en Tímero clavando.
Yo impedir la violencia pretendia;
Consejos desoyeron y mandatos
Médico y guardias; y de pronto veo
Que el cuerpo de la jóven deja intacto,
Y á la frente del médico la lepra
Salta, y me desfigura los soldados,
Objetos ya de repugnancia: solo,
Premio de la piedad, quedé yo salvo.
PILÁTOS. Y ¿permitiste que de allí saliera
La que mandé que aseguraras?
LONGÍNOS. Valgo
Yo, para carcelero de inocentes,
Poco: de tus placeres encargados
Hay más dignos que yo, guerrero adusto
De las legiones que mandaba Octavio.
La inocente ó la mágica judía
Dijo que la verás en el Calvario.
PILÁTOS. ¡Cuando á su Dímas crucifique! Luégo
Será; sí, ¡por Alecto y Radamanto!
Nadie sepa la fuga de María,
Ni el prodigio fatal: desbaratarlo,

Castigar al autor conviene; miéntras,
Cauto silencio.

LONGÍNOS. Bien: silencio cauto.

PILÁTOS. Que salgan á morir Géstas y Dímas...
— Y atiende al infeliz que está en el atrio.
(Vase Longínos.)

ESCENA II.

PROCLA; PILÁTOS.

PROCLA. ¡Ah Poncio!

PILÁTOS. Mucho prolongó Morfeo
Las horas hoy de tu feliz descanso.

PROCLA. No de reposo, de tormento han sido
Las tristes horas de mi sueño largo.
Maravillas en él me confundieron,
Maravillas por ti me atribularon.

PILÁTOS. Tu sueño los augures interpreten.

PROCLA. Solo tú deberás interpretarlo.

PILÁTOS. ¿Yo!

PROCLA. Escucha. Tarde me dormí, con pena
La prision del Ungido recordando.
Por él temia, y á la par temblaba
Por ti, sin acertar á separaros.
Audaz mi pensamiento, el velo rompe
De los siglos futuros y lejanos,
Y miro alzar y derruir ciudades,
Y vírgen tierra de la mar brotando.
Sobre varas de cónsules partidas
Y púrpura imperial rota en harapos,
Hundiendo en lodo sanguinosas aras
Y efigies de metales y de mármol,
Despedazadas Juno y Citerea,
Sin bidente Pluton, Júpiter manco;
Rico de oro y marfil, con lenta marcha,
Entre pompa triunfal rodaba un carro.
De pié matrona de sin par belleza
Descollaba en el plinto levantado,
Y en vez de águila de oro vencedora
(¿Quién pudiera jamas imaginarlo!),
¡Tremolaba una cruz!

PILÁTOS. ¡Una cruz! ¿Ese
Instrumento cruel, patibulario,
Lecho de muerte para el crímen, solo
De verdugos y víctimas tocado!

PROCLA. Ese adoraban, la rodilla en tierra,

Generaciones por venir, de rasgos
Que Roma nunca vió: cruz en su traje,
La cruz de sus pendones era ornato:
Puesta la vi sobre real corona,
Y henchir las plazas y poblar los campos,
Y en altísimas torres empinada,
La region de los vientos dominando.
Y en recia voz unísono decia
De tantas gentes el concurso vario:
«Creo en un solo Ser Omnipotente,
Dios Padre, que crió cuanto hay criado;
Y en Jesus, Unigénito del Padre,
Dios, que hombre fué para su gloria darnos;
Que padeció bajo el poder de Poncio.»...
— ¿Qué Poncio es ése! pregunté. — «Pilátos,»
Pontífices y reyes me dijeron,
Mercader y pastor, niño y anciano.

PILÁTOS. ¡Poncio Pilátos! ¡Yo!

PROCLA. Tú, esposo mio.
Válete del anuncio; yo he soñado
Para que tú no yerres: mira, Poncio,
Que añadieron despues los que me hablaron:
«Borrará el tiempo la memoria y nombre
De Codro y Belo, César y Alejandro;
La del cobarde juez del Nazareno
Durará lo que el sol en el espacio.»

PILÁTOS. Cobarde no, sagaz.

PROCLA. Ve, saca pronto
De prision á Jesus: á tiempo estamos,
Es justo, es poderoso, es el Mesías;
Yo padezco por él...

ESCENA III.

LONGÍNOS; PILÁTOS, PROCLA.

LONGÍNOS. Ya le azotaron.

PILÁTOS. ¡Calla!

PROCLA. ¿A quién!

PILÁTOS. A Jesus; mas no...

PROCLA. ¿Qué hiciste!
¡Le sentenciaste ya!

PILÁTOS. Su vida trato
De redimir con inferior castigo:
Tambien él castigó sin yo mandarlo.

PROCLA. ¿De qué le acusan?

PILÁTOS. De impiedad rebelde.
PROCLA. Somos, conforme al código mosaico,
Mas impíos tú y yo.
PILÁTOS. No es culpa grave
La de Jesus; pero levanta escándalo:
Toda Jerusalen su muerte pide.
PROCLA. Muera Jerusalen, ó tú, lidiando
Por defender al justo.
PILÁTOS. Un galileo
No merece que el ínfimo romano
Dé la vida por él, cuanto más Poncio,
Representante del poder cesáreo.
PROCLA. Recuerda mi vision: es inocente
Jesus, hijo de Dios, Dios humanado.
PILÁTOS. Psíquis es diosa ya; y, ántes, de Vénus
Atormentada fué con dura mano;
Y ambas en paz en el Olimpo habitan.
PROCLA. ¡Esas fábulas tú!...
PILÁTOS. Como las hallo
Las repito: consejas ó verdades,
Las miro sin desprecio ni cuidado...
— Y me le da Jerusalen. Tumulto
Amenaza surgir: si yo le calmo,
Y, á costa de Jesus, libro su vida,
Cumplo con él y con la ley del mando.
Cortar ve Roma sin mayor motivo
Cabezas al antojo de Seyano;
Y aplaude Roma, si Tiberio dice:
«Siempre la paz y el órden cuestan algo.»
Vean á su Profeta los judíos
Al Gábbata salir ensangrentado,
Y el furor cesará: si es Dios, ayude
La intencion de su juez: bastante hago.
PROCLA. ¿De los judíos compasion esperas!
Preciso es que á Jesus... A verle marcho.
LONGÍNOS. ¡No vayas!
PILÁTOS. Procla, no.
PROCLA. ¡Sí voy!
PILÁTOS. En Roma
La mujer obedece. Ve á tu cuarto.
(Procla inclina la cabeza noble y dolorosamente.)
PROCLA. ¡Ya padeció bajo el poder de Poncio!
Que no padezca más.
PILÁTOS. No: ya el presagio
Cumplido está. Si en injusticia pude
Incurrir, cuanto quepa en desagravio,
Tanto se hará. Ve, pues. (Vase Procla.)

LONGÍNOS. Júdas me ruega...
PILÁTOS. Déjale á Dímas ver, y vigiladlos. (Vase.)
LONGÍNOS, llamando. ¡Júdas!
(Sale Júdas, y vase Longinos.)

ESCENA IV.

JÚDAS.

JÚDAS. ¡Qué horror! ¡qué asombro! ¡Dudo haberle
Visto, dudo si es él! Llagas, escarnios...
Bofetadas, espinas... ¡Y lo sufre!
¡No le defienden ángeles ni rayos!
Hombre no más, y débil. Hombre sea:
¿No soy pérfido yo! ¿no soy ingrato!
Mas yo, para creer, saber deseo. —
¿No es tu padre Jehovah? Pues bien, mostradlo
Tu padre ó tú: para probar quién eres,
Convine con Anas en ese pacto.
Yo busco la verdad... — y ¡apelo al crímen!
¿Qué verdad hallaré! ¿Si un desengaño
Será de perdicion!

ESCENA V.

DÍMAS, conducido por LONGÍNOS entre soldados; JÚDAS.

LONGÍNOS. Aquí está.
JÚDAS. Vete.
(Retiranse Longinos y los soldados al fondo del teatro.)
DÍMAS. ¡Júdas, amigo!
JÚDAS. Compañero aciago,
Ya tu suerte sabrás.
DÍMAS. Yo la merezco.
La esperaba tambien; me lo anunciaron:
La sentencia cumplió la profecía;
Pronto se cumplirá lo sentenciado.
JÚDAS. Te veo con valor.
DÍMAS, con desden. ¡Valor!...
JÚDAS. ¿Conoces
Que obraste mal?
DÍMAS. No es tiempo de negarlo.
JÚDAS. Te aguarda el tribunal de la otra vida.
DÍMAS. Tribunal sin pasion, libre de amaños.
JÚDAS. Justicia suma.
DÍMAS. Eterna.
JÚDAS. Amigo mio,

Dios mira con piedad al que humillado,
Contrito, implora su perdon.

DÍMAS. Lo espero...
Voy á pedirle, y al momento cambio.

JÚDAS. ¡Cambiar! (Aparte. Su salvacion va con la mia.)

DÍMAS. ¡Ay!

JÚDAS, aparte. En arrepintiéndose, le mato.
Yo me arrepentiré tambien.

DÍMAS. Anoche
Dispuse una maldad: estoy pecando
Ahora, aquí.

JÚDAS. Pues ¿cómo!

DÍMAS. La venganza
Siempre me dominó: si he salteado,
Si he dado muerte, por vengarme ha sido;
Y áun me quiero vengar.

JÚDAS. Pero, insensato,
Pocos instantes que vivir te quedan:
¿Cómo vengarte así!

DÍMAS. Ya está pensado.
Barrabas me vendió; Pilátos ama
La beldad que frenético idolatro:
De Poncio y Barrabas venganza espero...
La que puedo tener... — y no reparo
En lo que ha costar.

JÚDAS. ¡Gran Dios!

DÍMAS. Heródes,
El Rey cuyo poder hoy parten cuatro,
Vengativo cual yo, cual yo celoso,
De Mariamne adoraba los encantos,
Y ántes muerta que de otro la queria...

JÚDAS. ¡Jesaí!

DÍMAS. ¡Jesaí! ¡Nombre de halago
Para mí sin igual! ¡Betsabé! — ¿Cómo
No está aquí Betsabé!

JÚDAS. Le está vedado
Su granja abandonar: ni verla dejan
De Poncio los adustos legionarios.

DÍMAS. ¡Por el Arca de Yah! Bien hice anoche.
Rogué, juré, mentí; me presentaron
A Barrabas; declaracion urdida
En su favor, alucinó al menguado,
Y me creyó: le indultarán de cierto,
Mi encargo cumplirá... ¡Bien!

JÚDAS. ¿Cuál encargo!

DÍMAS. Quiero... que venga Betsabé conmigo.

JÚDAS. Sí, Dímas; piensa que podeis juntaros
Para siempre jamas, allá en el seno
De Abrahan y Jacob.

DÍMAS. Otro conato
Era el mio, en verdad.

JÚDAS. María goza
La gracia de Elohim: aparejado
Ya Débora y Judit lugar le tienen;
Impenitente tú, mansion de llanto,
No la de Betsabé, será la tuya.

DÍMAS. Yo me arrepiento, si de ti me aparto,
María... — Betsabé... mi amor... Acude.
Si te tuviera aquí, muriera santo.

JÚDAS. Tienes á Dios, implórale.

DÍMAS, arrodillándose. ¡Dios mio!
¡Perdon! ¡perdon! ¡Piedad!

JÚDAS, aparte. Muere.

(Saca un puñal; pero suspende el golpe al oir la voz de Anas, que ha salido por un escotillon.)

ESCENA VI.

ANAS; JÚDAS, DÍMAS, LONGÍNOS, soldados.

ANAS. Triunfamos.

DÍMAS. ¡Anas!

ANAS. Jerusalen justicia alcanza:
Queda Jesus á muerte condenado.

DÍMAS. ¡Jesus!

ANAS. Hijo de Dios, Rey de Judea
Osábase llamar; y siendo falso,
Por blasfemo á la par y sedicioso,
La cruz le aguarda.

JÚDAS. ¡Qué! Poncio ¿no...

ANAS. Humano
Y pío por demas, le defendia;
El pueblo, con razon alborotado,
Venció la compasion del Presidente,
Que en público lavándose las manos,
Cumplir consiente nuestra ley judía.
Barrabas, libre.

DÍMAS. ¡Libre!

ANAS, á Dimas. Perdonaros
A ti y á Géstas no se puede. — Júdas,
(Saca una bolsa.)
Toma lo que pediste: precio escaso
Treinta dineros son del bien que ofreces

Al pueblo fidelísimo judaico.
Ya la superstición del Galileo
Rueda y se abisma con mortal estrago.
Ten.

JÚDAS. ¡Quita!

ANAS, señalando á Júdas. Este varon, de ánimo noble,
Superior á respetos infundados,
¡A Jesus entregó!

DÍMAS. ¿Tú le vendiste!
¡Barrabas de Jesus! Último rasgo
De mi furor el arrancarte sea
Esa lengua soez de renegado.

(Arremete á Júdas: Anas y Longínos le contienen.)

ANAS. ¡Tente, bandido!

LONGÍNOS, á los soldados. Sujetadle.

JÚDAS. ¡Dímas!...

DÍMAS. ¡Vil impostor, apóstata villano!
¿Tú hablabas de virtud, y premio y pena,
De pedir de mis crímenes pasados
Perdon á Yah Sadai! ¡Mentira todo!
Traidor á tu Maestro soberano,
Tú nada crees. Yo tampoco.

JÚDAS. ¡Cielos!
¡Por la boca de este hombre estoy juzgado!

ANAS. A la cruz ese monstruo.

DÍMAS. Sí, traedla.

ANAS. Al Gólgota con él.

JÚDAS. Parad. Un rato...
Que oiga...

ANAS. Ya sacan á Jesus.

DÍMAS. ¿Con Cristo
Me llevan á morir! ¡Nos encontramos!
Nos hablaremos una vez: si ese hombre
Poder conserva para obrar milagros,
Fieras mande venir que á nuestros ojos
El cuerpo del traidor hagan pedazos;
Demonios con su espíritu revuelen
Del fuego eterno á los voraces antros.
¡Peor que Barrabas! ¡que yo! ¡maldito
Seas!

ANAS, LONGÍNOS, y soldados.
¡La cruz ¡la cruz!

DÍMAS. Dádmela, y vamos.

(Al son de trompetas principia á salir la cohorte romana, que ha de escoltar á los sentenciados; Géstas viene entre los verdugos, y el pueblo penetra por todas partes. Uno de los sayones ata á Géstas al cuello un largo dogal, cuya

punta se rodea al brazo otro verdugo: al lado opuesto se hace otro tanto con Dímas. En seguida sacan dos cruces: carga un verdugo á Géstas la una; Dímas se dirige á otra, y se la echa al hombro sin ayuda de nadie. Entónces un pregonero lee el pregon siguiente, con las pausas que se indican. **En nombre del César, — Pilátos, Presidente, — condena á Géstas, — condena á Dímas, — por homicidas y ladrones, — á muerte de cruz.** Toque de trompetas. La escolta y los verdugos de Géstas parten con él, yendo á su lado uno que lleva fija en una vara, ó pendiente de ella, una tabla cubierta con un pergamino, y en él este letrero: **Géstas, ladron.** De la propia manera, y con el letrero correspondiente, se llevan á Dímas. Salen dos esclavos con escaleras y otro con una espuerta á las espaldas, dentro de la cual suenan los martillos, tenazas y clavos. En esto Anas, que ha estado deteniendo á Júdas, le insta para que reciba la bolsa; él la rehusa, hasta que, viendo venir á Jesus, la coge y huye precipitado. El movimiento y rumor del pueblo anuncia la salida del Redentor, al tiempo que se principia otro pregon, del cual se dice: **En nombre del César, — Pilátos, Presidente, — condena tambien...** Ruido y voces de los Judíos agitados impiden que se oiga más, y cae el telon ántes que aparezca la Santa Víctima.

ACTO QUINTO.

Caverna en el Monte Calvario.

ESCENA I.

MARÍA, saliendo con un cordel atado á una muñeca; BARRABAS, con una linterna.

MARÍA. ¿Nos habrán visto!
BARRABAS. Señora,
Con tan ciega oscuridad,
No es posible: esas tinieblas,
Fuera de lo natural,
A cuatro pasos impiden
Seguir al que huyendo va.
MARÍA. En una eminencia estaba,
Mirando con ansiedad:
Las cruces en alto vi;
Quise á las cruces llegar;

Satélites de Pilátos
Me apartan con impiedad,
Me prenden...

BARRABAS. Yo te buscaba,
Yo vi tus manos atar.
El sol se oscurece en esto
Cual no se eclipsó jamas.
Dos romanos echo á tierra
De la guardia pretorial,
Y entre la sombra, y la turba
Que puebla el triste lugar
De la Calavera, pongo
Tu inocencia en libertad.

MARÍA. Prémiete el cielo.

(Forceja para desatarse el cordel.)

BARRABAS. No puedes;
Yo desataré el dogal.

(Suéltaselo y tíralo.)

MARÍA. Y ¿es la caverna que dices,
Esta?

BARRABAS. Lo es, á no dudar.
Anoche me dijo Dímas:
«En la cueva del brezal,
En un hondo, que con reja
De hierro atajado está,
Guardo un tesoro, que fué
De tu padre propiedad
En parte, y al de María
Perteneció lo demas.
Entrega, de lo que hubiere,
A María la mitad,
Y coge el resto; la llave
En tal parte la hallarás
(Y allí estaba): por Eloha,
Que á la caverna vayais
Tú y María solos.» — Yo
No me queria fiar
De Dímas al pronto; luégo,
Me entró la credulidad
Casi de un niño. Mi vida
(Ya ves) le viene á costar
La suya á Jesus, que en vez
De dar muerte ni robar,
El hambre de miles de hombres
Hartó con pescado y pan,
Y á Lázaro sacó vivo
Del cóncavo sepulcral.

En un lance así, no vale
Ser duro ni suspicaz;
El ánimo cede, y todo
Se hace sin dificultad.
A fin de restituir,
Quiero á mi padre heredar.
Mi herencia pondré en tus manos.

MARÍA. No, tú la repartirás. —
¡Dios mio! Dímas expira,
Y ¡oro vengo yo á buscar!
¡Dios mio! no es de oro vil
Mi ansiosa necesidad:
Oye la oracion, con que
Me enseñó Jesus á orar. (Arrodíllase.)
Padre nuestro, tú que habitas
La morada celestial,
Santificado tu nombre
Sea por la eternidad;
Tu reino de gloria venga
Nuestros males á curar;
Y haga, como el cielo empíreo,
La tierra tu voluntad. —
A esta caverna me traes,
No sin misterio quizá:
Yo su lobreguez admito
Y su fria soledad.
Yo nunca de aquí saldré;
Mas dígnate confirmar
Las palabras que Jesus,
Fuente de eterna verdad,
En aquel valle me dijo,
Donde abandonadas ya,
Balidos por mí dolientes
Mis pobres ovejas dan.
No dudo de tu promesa,
Bien sé que no faltará;
Pero mi hermano padece...
— ¡Ay! Jesus padece más.
Hágase lo que dispone
Tu divina Majestad.

BARRABAS. María, siento pisadas.

MARÍA. Sí... ¡sí! ¿Qué hacemos?

BARRABAS. Bajar,
Ocultarnos. Ven.

ESCENA II.

JÚDAS; MARÍA, BARRABAS.

JÚDAS, dentro. Tinieblas,
A un infeliz sepultad.
MARÍA. Es un infeliz. Aguarda. (Sale Júdas.)
BARRABAS. ¿Quién eres?
JÚDAS. ¡Oh! — ¡Barrabas!
¡El espejo que me muestra
Mayor mi deformidad!
MARÍA. ¿No eres tú Júdas?
JÚDAS. ¡María!
¡La profetisa fatal,
Primera causa del crímen
Que el sol rehusa mirar!
¿Quién os pone ante mis ojos
En esta gruta infernal,
Que ni hebreo ni romano
Se han atrevido á pisar!
Morada de horror es mia:
Mi albergue desocupad.
MARÍA, á Barrabas. Retírate.
(Éntrase Barrabas en un seno de la gruta.)

ESCENA III.

JÚDAS, MARÍA.

MARÍA. Júdas, ¿piensas
Aquí en efecto esconder
Tu vida?
JÚDAS. Quiero poner
Fin á mis cuitas inmensas.
No es bien que más agonice,
Cuando al abismo derecho
Va Dímas, y en su despecho
Áun me insulta y me maldice.
MARÍA. Dímas con lágrimas lava
Sus culpas, arrepentido.
JÚDAS. Blasfemo á la cruz ha ido,
Y hasta en la cruz blasfemaba.
MARÍA. ¿Le has visto!
JÚDAS. Verle queria
El espíritu rendir,
Y de su muerte inferir

Su final postrimería.
La niebla oportunamente
Me sirvió: mirando estuve;
Pero al oirle, no tuve
Animo ya suficiente,
Y huí.

MARÍA. Pues ¿qué!...

JÚDAS. Sacerdotes,
Herodianos, fariseos,
Y escribas y saduceos
Y plebe, con risa y motes
Acompañan la fatiga
Del Rey desobedecido.
«Tú, Mesías prometido,
Arráncate de esa viga,»
Dicen.

MARÍA. ¡Señor, que lo ves!...

JÚDAS. Géstas clama: «Si eres Dios,
Conviértenos á los dos,
Libértanos á los tres.»

MARÍA. ¿Y Dímas! Júdas, no oses
Mentir.

JÚDAS. Su grito horroriza.

MARÍA. ¿Cuál?

JÚDAS. «Haz tu pueblo ceniza:
Vengarse es placer de Dioses.
Imita lo que hago yo,
Que ménos arbitrios tengo:
Crucificado me vengo
Aun del que no me ofendió.»

MARÍA. ¡Cielo santo!

JÚDAS. Di si alcanza
Perdon el que en sí concentra
Odio tan feroz. ¿Quién entra
En el cielo con venganza!
Nadie. Las palabras tomo
Que allá te oí proferir:
«Tú, pídele á Dios morir
Cual Dímas.» Ya muere: ¿cómo!
Como vivió.

MARÍA. ¿Qué argumentas
Con una infeliz pastora,
Que fia en el Dios que adora,
Y no le reclama cuentas!
El Señor del Universo
¿No es bueno infinitamente?
Sé justo ó sé penitente,

Y no temas fin adverso.
¿Quién tasa cuánto dolor
Cabe en un suspiro solo?
¿Por qué ha de haber yerro y dolo
En avisos del Señor!
Poco mi rostro han ajado
Las penas en que me encuentro;
Mas, ¡ay! ¡si vieras por dentro
Mi corazon lastimado!...
Y si este secreto encierra
Mi rostro, no engañador,
¿No tendrá alguno mayor
El que nos hizo de tierra!
Gusano revuelto en lodo,
Reptil que te ensoberbeces,
¿Por qué virtudes mereces
Que Dios te lo explique todo!
Por tu impotencia te mide
Y por tu ignorancia unidas.
¿Dice Adonai que le pidas
La muerte de un reo? Pide,
Pide eso con humildad,
Y al juez no pongas en juicio.

JÚDAS. ¡Pedir el premio del vicio,
Del crímen, de la maldad!

MARÍA. Nunca por viso exterior
Juzgues de malos ni buenos:
La culpa es á veces ménos,
Aunque parece mayor.
De cariño fraternal
Fué Dímas noble dechado;
Ya mi orígen declarado,
Amor de pureza igual
Su cariño se volvió,
De casto espíritu signo:
De gran indulgencia es digno
Quien tanto y tan bien amó.
A un Rey niño, á quien matar
Feroz turba pretendia,
Niño tambien todavía
Dímas, le supo salvar.
Del cuerpo de sus maldades
Aquello y esto desmiembra:
Se coge segun se siembra.

JÚDAS. ¡Sueños, delirios!

MARÍA. Verdades,

Que al Infalible invocando,
Te anuncia su defensora.

JÚDAS. ¡Eh! Dímas ahora...

MARÍA. Ahora
Se está ya justificando.
¡Mira, para que redimas
Esa alma, consigo en lucha!

(Ábrese un hueco en el fondo de la caverna, por el cual se ve á Dímas en la cruz; la del Salvador queda oculta. Se traslucen entre una densa niebla la figura de Longínos y las de los soldados romanos, la de Anas y otros judíos.)

ESCENA IV.

DÍMAS; JÚDAS, MARÍA.

JÚDAS. ¡Es Dímas! ¡El es!

MARÍA. Escucha
Al pueblo, á Jesus y á Dímas.

JÚDAS, escuchando y repitiendo. «Escarmienten los que tracen
Cambiar la ley del judío.»

MARÍA, escuchando y repitiendo. «¡Perdónalos, Padre mio!
No saben ellos lo que hacen.»

DÍMAS. ¡Oh clara, divina luz,
Que alumbra mi ceguedad!
¡Pedir con esa bondad
Por quien te puso en la cruz!
Ya Dímas el vengativo
Comprende á quien hace tanto.
Más es que el hombre y el santo:
¡Es Dios! ¡Hijo es de Dios vivo!
Extiende tu proteccion
A Dímas en otra vida;
Ruega por el homicida,
Salva el alma del ladron.
Pecador fuí detestable;
Mas voy al juicio tremendo,
Sangre como tú vertiendo,
Tú inocente, yo culpable.
Castigado con razon,
Elevo con fe mis votos,
Mano y pié de clavo rotos,
Y el pecho de contricion.
Rey, en la infancia proscripto,
Yo niño te defendí:
Tú has dicho lo que te oí,
Cuando fuiste huyendo á Egipto.

Tú nuestro Mesías eres,
Tú Rey de la eterna gloria:
Ten de mi dolor memoria,
Cuando en tu reino estuvieres.

MARÍA. ¡Loor á mi Dios, que quiso
Mi ruego atender!

JÚDAS. Quizas
Aún...

MARÍA. Escucha. (Oye y repite.) «Hoy serás
Conmigo en el Paraíso.»
(Ocúltase la aparicion.)

ESCENA V.

JÚDAS; MARÍA.

JÚDAS. Ven, esperanza, y anida
En mi corazon, si puedes.

MARÍA. Ven, Señor de las mercedes,
Por tu sierva agradecida.
No osaba yo sin rebozo
Por ese infeliz llorar;
Ya puedo, no de pesar
Ni vergüenza, ¡de alborozo!
A su impulso no resisto;
Pura y santa es mi alegría.
¿Cómo sin premio se iria
Quien fué bienhechor de Cristo!
— Partícipe mio, ven
Por el tesoro encerrado:
Nueva feliz me ha llegado,
Que albricias merece bien.
(Sale Barrabas, coge la luz, y María y él bajan á una cueva inferior.)

ESCENA VI.

JÚDAS.

JÚDAS. Ya no dudo más. Elah [1]
Piadoso conmigo cuenta,
Pues aquí me representa
Lo que pasa más allá.
El ladron se salvará:
Su vida muriendo expía,

[1] Nombre de Dios en idioma caldeo.

Se arrepiente. — ¡Alma, confía!
— ¡Oh Dímas!... ¡oh confusion!
Yo anhelé tu conversion,
Y ¡no he pensado en la mia!
María me dijo al pié
De aquel tallar de setin:
«Pídele al Señor tu fin
Como el que á Dímas le dé.»
¿Por qué no pedí! ¿por qué!
Salvarme cual Dímas quiero.
¿Cómo haré, Dios verdadero,
La justa reparacion!
¿Cómo pedirá perdon
Quien pidió siempre dinero!
¡Dinero! Mi afan agravo
Con esta voz que me mata.
— «Ven, toma treinta de plata,
Que es el precio de un esclavo.»
— «Mi bolsa no más.» Y al cabo,
Todo lo admito á la par...
El beso me obligo á dar...
— Conciencia consentidora,
El grito que alzas ahora,
Debístele ayer alzar.
¿Con que es Dios quien pende ahí!
Discurrir es menester. —
No; lo que importa es creer.
Pero si creo... ¡Ay de mí!
Atentado cometí,
Que de indulto es incapaz.
Mi soberbia pertinaz,
Confundida y no domada,
Solo quiere que la nada
Me dé su funesta paz.
Con las tinieblas pudiera
Ir y decir: «¡Yo pequé!» —
¿Y si su Madre me ve?
Rayo será, que me hiera,
Su mirada lastimera;
Juan me llamará traidor...
— No: salvo ese malhechor,
Bien que se corrige tarde,
Consiéntame Dios que aguarde
A pensar bien lo mejor.

(Ábrese un hueco en la pared de la gruta, y sale Anas por él; un demonio sigue, que le da una tea encendida y desaparece.)

ESCENA VII.

ANAS, JÚDAS.

ANAS. ¿Qué haces aquí tú? ¿Qué esperas?
(Pone la tea en una hendidura de un peñasco.)
JÚDAS. ¿Qué es de Dímas?
ANAS. Va acabando
Su vida facinerosa.
JÚDAS. Ese hombre ha reconocido
Por Dios á Jesus.
ANAS. ¿Qué importa?
Le han reconocido muchos
Por tal, y no se equivocan
Ménos.
JÚDAS. Y le ha declarado
Jesus que Dios le perdona.
ANAS. Un reo, que está en la cruz,
Puede decir cualquier cosa.
JÚDAS. ¡Cómo! — Anas, ó Satanas,
Véte de aquí: me trastornas.
ANAS. Me iré; pero, ya lo sabes,
Dios juzga segun las obras.
JÚDAS. Y segun la contricion
De quien su piedad implora.
ANAS. Quien pide perdon... y mata...
¿Merece misericordia?
JÚDAS. ¿Qué quieres decir?
ANAS. Me voy.
JÚDAS. Explica tus misteriosas
Palabras ántes.
ANAS. Anoche
Dímas, vengativo hipócrita,
Se agenció con Barrabas
Una entrevista no corta.
JÚDAS. Sí.
ANAS. Dímas dijo que, viendo
Venir la última hora,
Le declaraba que habia
En esta cueva horrosa
Un caudal propio del padre
De Barrabas, y oro y joyas
De Nacor: que lo partiesen
María y él...
JÚDAS. ¡Rara historia!

ANAS. Y que de aquí lo sacasen
Los dos, sin otra persona.
JÚDAS. Han venido aquí, y están...
ANAS. ¿Dónde?
JÚDAS. En la parte más honda
De la cueva, abajo.
ANAS. ¿Abajo!
Pues abajo hay una losa;
Y los que alzarla pretenden,
Como es natural, se doblan:
Al doblarse, la cabeza
Sumergen en la ponzoña
De una capa densa de aire
Mefítico, baja; postra
El invisible veneno
Al que lo aspira una sola
Vez, y muere sin que pueda
Lanzar ni una queja sorda.
JÚDAS. ¡Es posible!
ANAS. Verlo es fácil.
Si entra un hombre, nada nota,
Estando de pié: le llega
A medio muslo la zona
Mortífera. Si entra un niño,
Al instante se atolondra,
Y cae sin vida.
JÚDAS. Entónces...
¡María! (Gritando.) Quizá no me oiga
Desde aquí.
(Vase por la bajada á la cueva inferior.)
¡María! (Bajando.)
ANAS. No
Esperes que te responda.
JÚDAS, abajo. ¡María! (Subiendo.) Está la linterna
En un hueco de la roca,
Y ambos en el suelo.
ANAS. Muertos
Entrambos: ¡hazaña propia
De Dímas!
JÚDAS. ¡Muerta María!
ANAS. Sí: ya no será tu esposa,
Ni de Pilátos.
JÚDAS. Pues ¿qué!...
ANAS. Poncio la prefiere á Procla.
Dímas lo sabe, es celoso
Más que el mismo Heródes, odia
A Barrabas, conocia

La rareza portentosa
De esta caverna, hurtos varios
Aquí tenia en custodia,
Y ha engañado á Barrabas,
Y mata á María, y logra
Que no triunfe de su amor
El disoluto de Roma.

JÚDAS. ¡Cuánta maldad!

ANAS. Pues Jesus
Parece que las ignora,
Cuando por Dios á ese monstruo
Promete indulgencia pronta.
¡No hay perdon para traidores
Ni en esta vida ni en otra!

JÚDAS. Tú eres más traidor que yo,
Sierpe infame tentadora.

ANAS. Yo solo debo á Jesus
Afrentas que me abochornan;
Tú favores, tú consuelos,
Advertencias amistosas,
¡Pan!

JÚDAS. Y ¿por quién le vendí!

ANAS. Tiempo tuviste de sobra
Para mirar lo que hacias.

JÚDAS. Tiré en el templo la bolsa:
Por eso no te deshago
Con ella el gesto de mofa
De esa cara vil.

ANAS. Apóstol,
Cuya suerte venturosa
Pende de la de un ladron,
Tiembla ante mi cara torva.

JÚDAS. ¡Temblar un desesperado
Con un puñal!...

(Repara en el cordel que arrojó María, y lo coge.)

Esta soga
Te he de echar al cuello.

ANAS. Tú,
Cuando mejor te conozcas,
Y á mí, te la echarás.

(Coge la tea, y se defiende con ella de Júdas.)

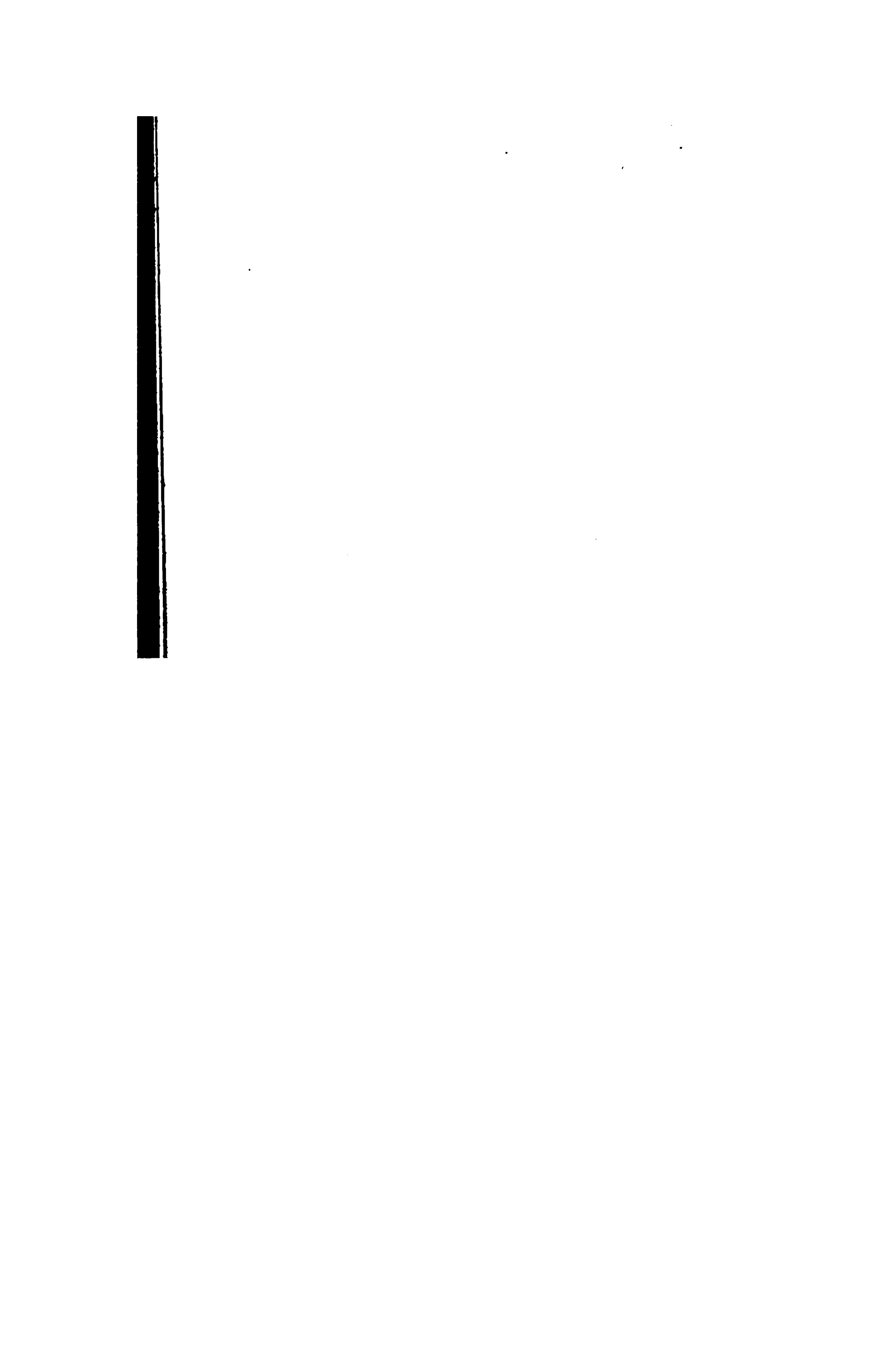
JÚDAS. Antes
Bajarás á las mazmorras
De Lucifer.

ANAS. Antes, no.

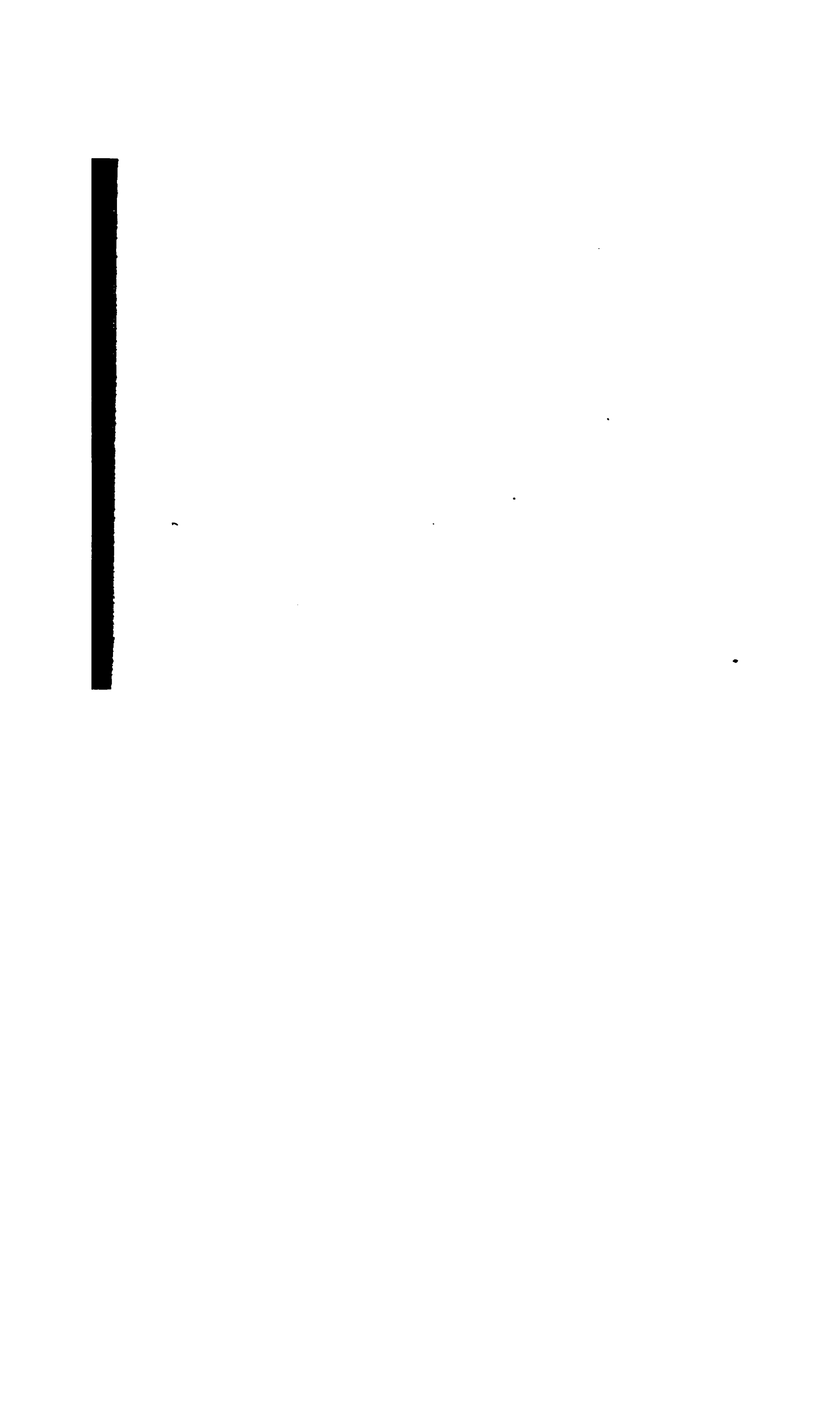
Ved en la del pecador
El llanto del convertido.
¡Bendecid al redimido,
Y adorad al Redentor!

(Una gran cruz blanca aparece en el cielo, rodeada de guirnaldas de flores; otra menor, parda y salpicada de lágrimas, delante de ella; en los brazos de la primera se lee la palabra *Redencion*; en los de la segunda, *Contricion*; infinitos ángeles adoran el santo madero. Abajo, un grupo de demonios atravesa le escena conduciendo á Júdas con la soga al cuello. Los Padres del Limbo cantan al compas de una música de triunfo: *(Attollite portas, Principes, vestras..... et introibit Rex gloriae.)*

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.








Stanford University Libraries
3 6105 002 256 449

